



**UN DUQUE INGLÉS PARA UNA
ESCOCESA EN APUROS**

SERIE DUQUES, VOL. 1

ISABELLA ABAD

Un duque inglés para una escocesa en apuros

Duques 1



ISABELLA ABAD

©Todos los derechos reservados

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS.
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ.
ONCE.
DOCE.
TRECE.
CATORCE.
QUINCE.
DIECISÉIS.
DIECISIETE.
DIECIOCHO.
DIECINUEVE.
VEINTE.
VEINTIUNO
VEINTIDÓS.
VEINTITRÉS.
VEINTICUATRO.
VEINTICINCO.
VEINTISÉIS.
VEINTISIETE.
VEINTIOCHO.
VEINTINUEVE.
PRÓXIMA NOVELA DE LA SERIE

UNO.

—¡Nada, Maisie! ¡No ha quedado ni una libra! ¿Es que no lo entiendes?—el grito frustrado de Angus Campbell y sus brazos en alto dieron salida a la rabia que lo llenaba, pero se llamó a la razón, porque su esposa no era la culpable. Respiró hondo, y se acercó a ella para tomar su mano—. Se lo ha llevado todo—murmuró.

—Pero... Pero.... No es posible, no...—Maisie meneó su cabeza, confundida, sin querer dar crédito a las palabras de Angus, por puro dolor más que por desconfianza a lo que el hombre que adoraba le decía.

—Mi querida, escucha. Lo lamento... No llores, no... No lo soporto, mi amor, cualquier cosa tolero, menos saberte inconsolable—La abrazó fuerte y le acarició la espalda. Por ella tenía que fingir que no se sentía desesperado, pensó, por el bien de todos—. Cálmate, nada se gana con llorar y gritar, al fin y al cabo.

Ella se separó y asintió, respirando hondo, y se limpió las lágrimas con el dorso de su mano.

—Esto es... increíble. No podría haberlo imaginado—dijo muy bajito—. Nos pone en una situación...

—Muy difícil. Estamos en la ruina, Maisie.

—El ganado, las tierras...

—Eso es nuestro—aseguró, aunque no podía asegurar que así permaneciera por largo tiempo, porque sus deudas... Tembló por dentro, pero se mantuvo estoico para no generar miedo en Maisie—. El dinero de las ventas de la lana y carne que teníamos... No está.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo traicionarnos así?—Las lágrimas corrían otra vez por sus mejillas, y movió su cabeza en negación, azorada—. Oh, Angus... Me cuesta tanto creerlo—susurró—. Lo hago, sí—se corrigió—. Sé que serías incapaz de engañarme, mas... ¡Es mi hermano!

—Así lo llegué a considerar también yo—contestó Angus con la hiel de la amargura envolviendo cada palabra.

—Me resulta... ¡Que nos haya robado! ¡Que se haya fugado con nuestro dinero, dejándonos en la estacada! ¡Mi sangre!—susurró.

—Hace algunos días que lo sé, y traté de seguir su rastro, sin éxito. Mas no podía seguir manteniendo el silencio. Esta situación no puede continuar. Tú e Isla planeando el viaje a Londres y la presentación social allá, tan entusiasmadas—suspiró muy largo—. Lo han soñado tanto, y... Estamos arruinados...—dijo, y su tono trasuntó la derrota y cansancio que sentía.

El silencio posterior duró poco y entonces Nessa, testigo oculto del drama que se

desarrollaba en la sala de lectura del castillo Campbell, escuchó a su madre llorar desgarrada. u

Se hizo adelante para mirar mejor la escena, y la escena le partió el alma. Su madre se veía quebrada, y sollozaba sentada en su sillón de costura, su pecho sacudido y su cara anegada. Su padre estaba arrodillado a su lado, abrazándola por los hombros y susurrando con torpeza las que creía eran palabras de consuelo.

—Ya, mi querida. Es... Nos queda la tierra, el ganado. Sobreviviremos, nos levantaremos. Somos los Campbell, un clan fuerte.

—Oh, Angus—dijo Maisie, dando manotazos a su cara para limpiarla, y sonando ahora frustrada, rabiosa. Bien, pensó Nessa, la prefiero así—. ¿Cómo vamos a afrontar los gastos del invierno? ¿Las provisiones, los salarios de la servidumbre, de los guardias? ¿Cómo ayudaremos con los gastos de los molinos y caminos? ¿En qué condiciones viviremos? La lana no va a crecer mágicamente de las ovejas. ¿Cómo pagaremos...? Los prestamistas ya te tenían por el cuello, querido mío—Sus manos fueron al rostro arrugado de su esposo, padre de Nessa, que se veía cansado y al que se le notaban los años—. Oh, Angus. Isla y Nessa esperan ese viaje a Londres, la temporada. Necesitan vestidos, sombreros, zapatos...

—Eso es impensable. Al menos en las mejores condiciones. El dinero que tenía destinado para ello era el del pago de la zafra de la lana y eso... Tu hermano se encargó de que no haya ni un penique.

Nessa se hizo atrás, pegándose al muro, y plegó sus manos en puños, iracunda, y procurando contener las palabras soeces que se agolpaban en la garganta. Ese maldito hombre, su tío...

—No desesperes...—su padre trabajaba en calmar a su esposa, siempre el protector—. Esto... Apenas lo supe, me puse en acción para rescatar lo que se puede de la situación. Escribí a Brodie, porque no quiero que mis hijas sufran por mi estupidez y ceguera.

—¡No es tu culpa, Angus!—defendió Maisie con fiereza a su esposo, y lo abrazó.

Nessa contuvo las ganas de llorar, porque lo que de habitual la impacientaba, esa tendencia de sus padres a tocarse y abrazarse, hoy la conmovía. Esos dos, se adoraban, en las buenas y en las malas, de verdad.

—Me gustaría creerlo, mi Maisie, pero...—resopló—. Mira, mi hermana escribió de vuelta, y aquí tengo la respuesta. Al menos no todo es un desastre—sentenció.

—Oh, Brodie... Ella nos ayudará, sí.

—Lo hará. Ella no olvida a su familia, y entiende nuestra situación. Nuestras hijas tendrán lo necesario y más en Londres, porque Brodie se asegurará de ello, Maisie. Sabes cuánto adora a Isla, y también a Nessa, aunque esta la impacienta un pelín ¿A quién no?

Nessa rodó los ojos ante la referencia a su carácter, demasiado impactada por el relato, escuchado por pura casualidad. Había retornado de las caballerizas más temprano de lo

usual, y por fortuna su hermana Isla estaba en el poblado. La situación era desoladora desolador.

Se había congelado al pasar por la puerta entreabierta de la salita donde su madre solía leer la correspondencia, hacer sus costuras y tomar el té cuando escuchó la angustia derramándose en cada palabra que su padre pronunciaba.

Angus Campbell no era un hombre de hacer aspavientos ni proclive a las expresiones desmesuradas. Antes bien, era contenido y cauteloso, incluso irresoluto, consideraba Nessa cuando se frustraba por su tendencia a pensar cada uno de sus pasos con rigor y tiempo.

Parecía ser que esto no había servido de nada, pero... ¿Quién podría haber esperado la traición de alguien que gozaba de la confianza de todos? ¡Que era familia! Que había estado alrededor desde siempre.

Archibald Conty, comerciante acomodado de Glasgow y hermano de Maisie, su madre, había sido el soporte financiero y quien gerenciaba los negocios del castillo. Un hombre que respetaba a su padre, en franca contraposición con las actitudes de afectada superioridad (o desprecio, creía Nessa) que le mostraban su hermanastro Colin, el vizconde de Argyll, o Percy Murray, conde de Atholl y esposo de su hermana Brodie.

El jovial tío Archie, pensó Nessa con dolor, sintiendo que su corazón latía apresurado. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué? Si había tenido dificultades, ¿por qué irse así, dejándolos en una situación tan delicada?

—... *ten por seguro que tendrán un hogar en mi casa por el tiempo que sea necesario, así como no debes preocuparte por su ajuar o gastos. Isla y Nessa brillarán con mi auspicio, y tengo fe que podrán captar la atención e interés genuino de hombres prominentes de Londres. Me congratula haber enviado a Anne allá, porque eso le ha dado brillo a los modales y el temperamento encantador de Isla, y sé que hay también avances con Nessa.*

Esta contuvo un resoplido y rodó sus ojos cuando escuchó la lectura en voz alta de la carta de su tía Brodie, pero se obligó a concentrarse en lo importante. No era para nadie desconocido, ella incluida, que sus modales y personalidad eran... peculiares, llamémosle así. Se lo habían señalado con denuedo.

—... *Comprendo a la perfección la desesperada situación en que ese espantoso hombre te ha puesto, Angus, y aunque odio señalarlo, Percy te lo advirtió. La codicia y la expresión disipada de su rostro se me hacía sospechosa. Mas no es momento de atizar tu herida, hermano.*

Condescendiente, consideró Nessa con encono. Su tía era una mujer honesta, decente, algo estirada, pero justa y generosa, aunque le gustaba señalar las debilidades del otro con liviandad, sin cebarse en ellas.

—... *Conozco a la persona perfecta para Nessa, y creo que podría estar interesado. Es un comerciante adinerado, pero de modales perfectos y cultura vasta. Su entusiasta*

conversación y su actitud proclive a los negocios inteligentes lo hace el hombre ideal. No dudará en percibir las conexiones que su boda con Nessa le abrirían. Tu hija es sobrina de un conde y de un vizconde, Angus, y eso tiene que contar. Estos hombres de negocios saben lo importante de codearse con quienes detentan el poder y el acceso a las oportunidades...

No, no, no, pensó Nessa, sus ojos desorbitados y una mano en su boca intentando detener la catarata de improperios que pugnaban por escaparse de sus labios. ¿Conexiones? ¿La persona perfecta para ella?

La descripción era ridícula, absurda. Ella no tenía intenciones de casarse pronto, y un comerciante ávido de escalar la pirámide social de esa cueva de pretenciosos que era Londres... Sus padres sabían lo que ella pensaba, no iban a...

—... Uno de esos nuevos ricos que gustan de codearse con la nobleza... Sí, es ... Brodie tiene razón—escuchó decir a su madre, y entonces no resistió más.

No decidirían por ella sin su participación. Abrió la puerta de un envión para ingresar a la sala como el impenitente viento del mar y se plantó con sus dos manos en las caderas frente a sus progenitores.

—¡No puedo creer que estén considerando siquiera este absurdo! ¡No necesito un esposo, no quiero ir a Londres, y no pueden obligarme!

—Nessa...—su padre enrojeció, y sus manos se apretaron—. Querida, no entiendes... Estamos frente al desastre. Si no ...

—Escuché suficiente como para entender que estamos momentáneamente arruinados, pero... No tiene por qué ser así al largo plazo—Comenzó a pasearse por la habitación, buscando argumentos—. Tenemos el ganado engordando en los valles, y la lana volverá a crecer en las ovejas. Estaremos ajustados, sí, pero... Si restringimos gastos, tal vez pedimos algunos préstamos—sugirió, pero su madre denegó, y esto la rebeló.

—No podemos hacerlo.

—¿Prefieres entregar a tu hija como si fuese ganado a un petimetre inglés que solo quiere caer bien a los pares del Parlamento? Isla puede ir con la tía Brodie, ella anhela su presentación, pero yo... Sabes que no me interesa, no...

—La tierra está prendada, Nessa. ¿Cómo crees que resistimos la sequía del pasado invierno? ¿O la muerte de parte del ganado en el anterior? Contaba con el dinero de la zafra para pagar parte de esas obligaciones y obtener crédito—dijo su padre, desinflando su argumento.

—¿Cuánto más podríamos reducir los gastos? Lo hemos hecho, sabe Dios que lo hemos hecho. Que el castillo funcione es un milagro con tan poca servidumbre. Lo que Brodie ofrece es más que generoso. Es la oportunidad de que tú e Isla se casen bien, y estén protegidas de la pobreza y la ignominia. Y es vital hacerlo antes de que nos echen a patadas de estas tierras, y del castillo—sentenció Maisie, su garganta agitada y sus mejillas de un rojo furioso.

—Eso no pasará—levantó la voz Angus, pero Nessa no vio en él la seguridad de antaño.

Su padre estaba asustado, lo percibió debajo de su tormentosa expresión. La situación era grave, muy grave.

—Padre...

—Tú e Isla deberán prepararse para partir en dos días. Negociaré la venta de la mitad del ganado y tendré el dinero entonces. Deberás administrarlo con extrema cautela y sabiduría.

—¡Angus! Dijiste que el señor MacMahon espera que le pagues lo que te prestó con la venta de esas vacas. ¡No puedes venderlas!

—Eso no ocurrirá hasta el año próximo. Él no tiene por qué saberlo, y para entonces habré encontrado... Confío en que tendremos...

—Dinero fresco de la venta de *otro* ganado... Nosotros—reprochó Nessa con veneno en su voz, los puños apretados contra su falda, y su mirada fue puro rencor dirigida hacia su padre, que desvió la vista.

—Créeme que no quisiera...—comenzó a decir Angus con derrota, aunque luego se envaró y meneó su cabeza—. Es un tema laudado, Nessa. No, no...—atajó su interrupción—. Puedo aceptar que me odies si en el proceso me aseguro de que tengas un futuro. Tú e Isla.

—¡No quiero ese futuro! ¡No aceptaré...!

—¡No aceptaré tu rebeldía, Nessa!—Su padre se elevó, y su rostro serio demostró que no toleraría negativas—. ¿Es que quieres que tu hermana no pueda alcanzar sus sueños? ¿Que no pueda casarse con un hombre que la valore, la respete y le de la seguridad económica que yo no puedo proveerle, para mi vergüenza? ¿Quieres que tu hermano pierda lo que debe heredar, esta tierra, este castillo? Sus heridas no sanan bien, no todavía...

—Sabes...—Cerró sus ojos y su labio inferior tembló, su garganta cerrada, oprimida—. No es lo que quiero, lo sabes.

Era injusto, devastador. Ella adoraba esta tierra, a su familia. ¿Cómo podía su padre echarle en cara lo que acarrearía su rebeldía, sin considerar sus sentimientos? ¿Por qué parecía que la vida de todos contaba menos la suya?

¿Por qué tenía ella en sus manos la llave del futuro de Isla, el de John, incluso el de sus padres? ¿Por qué hacerla sentir que sus rabiosos deseos de independencia y de tomar las decisiones en su vida era egoísta y devastador?

Respiró con pesadez, abrumada por emociones encontradas, vencida por argumentos contra los que no podía luchar. Siempre pondría el bienestar de los suyos por delante, esa era la verdad, y su debilidad.

—Nessa...—su madre llegó a ella y la abrazó—. Lamento tanto esto... Te pedimos

que hagas el esfuerzo, y solo porque no vemos otra salida ahora mismo. Tal vez... Tal vez allá en Londres las cosas den un giro y encuentres...

—¿Qué? ¿El hombre perfecto?—rio sin alegría, el alma constreñida, y la desilusión ganando espacio en su cuerpo, vencéndola—. Parece que la tía Brodie ya tiene al indicado. Y sé positivamente que no hay nada más alejado a mi concepto de perfección que el que ella sostiene, madre. Pero supongo que eso importa poco...—suspiró.

—No te lo pediría si no fuese...—comenzó su padre.

—Importante, sí—asintió ella—. Asegúrate de vender bien ese ganado, padre, porque la vida en Londres es muy, muy cara, y no queremos avergonzar al tío Colin, o al conde Percy.

—Ellos actuarán con honorabilidad y tendrás su apoyo incondicional, eso lo sé—aseguró Angus—. Los problemas de mi hermano y mi cuñado son conmigo y mi manera de actuar y ver el mundo. Y parece que no estaban tan desencaminados. Este fracaso, uno más, es mi culpa—señaló, más bajo, su semblante sombrío, y se sentó con pesadez en una butaca.

Era la estampa de la derrota y el pesar, y Nessa sintió que su corazón se conmovía. ¿Cómo podía actuar como una perra fría e inconmovible cuando su padre tenía el corazón roto y estaba arriesgando lo poco que le quedaba, e incluso ir a la cárcel, por asegurarles un futuro?

Se acercó a él y lo abrazó, sin decir una palabra. Que ella no quisiese lo que se avizoraba como inexorable era irrelevante, después de todo. ¿Cuándo, oh, cuándo, importaba lo que deseaba el corazón de una mujer?

DOS.

El viento soplabla impiadoso y arrancaba silbidos en el adarve por el que Nessa caminaba con lentitud, pisando de memoria el largo pasillo sobre las murallas. El castillo comenzaba a cubrirse de las medias sombras que la cercanía del ocaso provocaba.

Se arrebujó en su chal y recostó su cadera contra la piedra, girando su cabeza para mirar el paisaje amado que de habitual la reconfortaba. Hoy no podía disfrutar de la maravilla del cielo contra el que se recostaban las colinas y valles que eran su lugar en el mundo, su hogar.

Tenía tantos pensamientos dando vueltas por su cabeza, mucho ruido en ella. Las emociones en su pecho la agobiaban, y la rabia acumulada la nublaba, impidiéndole procesar los hechos con calma para ordenar sus ideas.

La mujer práctica y sensata que era había sido hecha a un costado por una versión suya más feroz e impulsiva, y esta la quería empujar a gritar, a negarse a actuar de acuerdo a lo necesario, y a elegir lo que deseaba sin consideraciones de futuro, o de lo que era correcto.

—Ese maldito hombre...—murmuró entre dientes, tenso cada músculo de su cuello de apretar sus mandíbulas.

El rencor que brotó con las palabras la hizo encogerse sobre sí misma, pero no se arrepintió de ellas. Su tío era el responsable del desastre en el que su familia estaba metida. ¡Maldito ladrón, poco hombre!

Traicionar así a su familia, dejándolos en la estacada. Su furor era entendible, y si prefería dar salida a este y no a su tristeza y preocupación... ¿Quién podía culparla?

—¡Él sabía que contábamos con ese dinero! ¿Cuántas veces escuchó a nuestra madre, o a Isla, hablar del viaje a Londres? ¿De su presentación formal en sociedad? Y cada vez que lo hicieron, padre confirmó que sería parte del dinero que se robó el que lo financiaría. Y que el resto era vital para mantener la tierra, los animales...

No dejó nada, había dicho su madre luego de que la emocional conversación entre Nessa y su padre finalizó al retirarse Angus a su habitación, debilitado y con una tos que le sacudía el pecho. *No hay carta de explicación, aunque fuese absurda. No hay dinero, ni letras de cambio. Se marchó al continente, eso le dijeron a Angus.*

—Como una rata—masculló, girando para posar sus palmas en las salientes de piedra, apretándolas con la fuerza con la que le gustaría hacerlo con el cuello del que acababa de colocar el último clavo en un ataúd que se venía cerrando lento hacía un tiempo.

Compradores codiciosos que pagaban menos de lo que la lana y la carne valían, prestamistas ávidos de recargar deudas con altos intereses, mantenimiento de un castillo que se caía a pedazos en algunos rincones...

Las demandas de dinero eran constantes, y su padre había lidiado con ellas como un malabarista algo torpe. O eso creía ella, pero ¿qué sabía de verdad lo que había atravesado? Tendía a juzgarlo con dureza.

—¿Lo habrías hecho mejor, Nessa?—susurró, y con vanidad pensó que sí, para después respirar hondo y abatir sus hombros, concluyendo que probablemente no.

Miró alrededor, las almenas vacías, y luego hacia abajo, al camino despejado de viajeros. Su mente viajó atrás, congratulándose con el recuerdo de tiempos más felices, holgados en presencias queridas y en abundancia de productos y de dinero.

John, Isla y ella corriendo sin apremios, sorteando a sus primos y tíos, a los sirvientes que iban y venían con provisiones, abrigos, antorchas, libros.

Noches de festines en el salón central, de mesas llenas de platos e invitados, con música y bailes. Cuchicheos de los niños que se escondían detrás de cortinados, riendo de las barrigas llenas, barbas engrasadas y vocabulario soez de los adultos, o admirando las telas de los vestidos de las damas.

Años en que este castillo, hogar de imponentes lairds del pasado, todavía era el centro de la confraternización local y familiar. Antes de que el tío Colin recibiera el título de Vizconde de Argyll, producto de una herencia por parte de su familia paterna y rompiera con su padraastro Duncan, el abuelo de Nessa.

Duncan Campbell había desposado a la madre de Colin cuando esta enviudó, y Angus y Brodie habían nacido de esta unión. Aunque Colin fue tratado con respeto y cariño, al decir de su padre Angus, había crecido para convertirse en un hombre serio, dogmático y engreído. El título le dio elementos para reforzar el convencimiento de su importancia.

Nessa esbozó una agria sonrisa al recordar a su abuelo Duncan. Había sido un hombre enorme, de vozarrón formidable y presencia imponente. Había perdido la cabeza en el último tramo de su vida, sí, dando órdenes más y más locas.

Nessa recordaba con nitidez el día que su abuelo, ataviado con su kilt y sus botas, con su plaid atado al hombro y sin camisa, había cargado a caballo contra el carruaje de Colin, armado con la vieja espada ceremonial que había estado en la pared de la sala de armas.

¡Oh, los gritos habían sido memorables! Los de su abuelo, casi rugidos. Los de su padre, horrorizados, más que nada porque si alguien veía a Duncan desafiando la prohibición de vestir las ropas tradicionales, tendrían problemas. Y los de Leslie, la vizcondesa, habían sido de absoluto horror. El tío Colin había quedado congelado, y Nessa fantaseaba con que se había meado en sus pantalones.

Nessa había vivido el suceso y la persecución, que fue de unos quinientos metros, como una escena de batalla. Su abuelo se había cansado y vuelto al trote con una sonrisa vibrante y los ojos desenfocados, como si estuviese inmerso en el pasado y en recuerdos de otras glorias.

Muchos años más tarde supo que esa tarde Colin había pretendido comprar las tierras y el castillo, y pretendía que vivieran en un cottage en las afueras de Glasgow.

El abuelo había estallado de furia y *solo pretendió asustarlo*, dijo Angus. Vaya si lo había logrado. No habían vuelto a pisar estas tierras.

Esto implicó la desaparición de los primos con los que habían crecido. A Nessa no le habían importado Archibald o George, mayores y pagados de sí mismo, aunque le constaba que su hermano John si les había echado de menos.

Para ella había sido duro no ver más a Elizabeth, e incluso a la vana Megan, que podía ser divertida cuando su madre no la veía.

La tía Brodie y su esposo Percy, el conde de Atholl, también había venido menos y menos con el pasar del tiempo y a medida que la locura de Duncan progresaba. *El conde tiene tantos compromisos políticos*, decía Brodie en sus cartas, *y su familia y las obligaciones de sus inversiones y tierras lo absorben*.

Nessa suponía que la renuencia a venir tenía más que ver con la convicción de que la ruina de Angus y los suyos no estaba lejos. No se había equivocado nada, había que reconocerlo. Angus había heredado un patrimonio en decadencia, en realidad.

¡Cuánto habían cambiado las cosas! Y ella no pensaba en términos de larga duración, como sí lo hacía su abuelo cuando despotricaba contra los ingleses y la manera en que habían sometido a los escoceses o las Tierras Altas, lamentando la muerte de los clanes y la conversión de los lairds de líderes políticos a comerciantes sin instinto o cojones.

No. Para Nessa el antes y el después había sido el año 1808, justo cuando había cumplido quince años. Fue entonces cuando John se enroló en el ejército y marchó con la división de las Tierras Altas a combatir las fuerzas bonapartistas en España.

El abuelo había muerto orgulloso al ver a su nieto en kilt, única oportunidad en que esto fue considerado aceptable. Su madre, Isla, ella, habían vivido la partida y la falta de noticias frescas con dolor y miedo.

Las guerras peninsulares habían sido trágicas, sangrientas. El John que había vuelto luego de Waterloo había sido un hombre serio, muy diferente al joven esperanzado y decidido que partió. No trajo solo cicatrices físicas. Había perdido la alegría, la esperanza, la voluntad.

Angus no había recuperado al heredero que necesitaba, y nunca apreció el empecinamiento de Nessa por lidiar con los gastos y los registros de finanzas, actividades para las que confió en su cuñado. Hoy veían el resultado.

—¡Nessa, Nessa!

La voz agitada de Isla interrumpió sus recuerdos, y Nessa se dio la vuelta y compuso su rostro.

—Hermanita, ya te habías demorado demasiado—le dijo.

—Oh, Nessa, ¡estoy tan feliz!—Isla danzó en el lugar, sus ojos brillando de excitación—. Madre me ha contado que partiremos antes de lo planeado. ¡Es maravilloso!—dio un saltito y aplaudió con deleite, su rostro hermoso resplandeciendo.

Era tan alegre y despreocupada. Nessa a veces envidiaba eso, y otras tanto la fastidiaba, aunque sabía que era responsabilidad de todos los que tendían a alivianarle preocupaciones o problemas. Como ella, y caso actual.

—Pues así parece—señaló, tragando saliva, y esta le supo a bilis.

—¡Anne, apúrate! Mira que eres floja—rio Isla, y el rostro de la mencionada joven apareció arrebolado, sus manos sosteniendo los bordes del vestido mientras subía los últimos escalones para llegar junto a ellas.

—Nunca entenderé la necesidad de construir tan alto—gruñó—. No había caminado tanto en mi vida como lo he hecho este año.

—Mm, ¿no nos contaste que las damas caminan en Hyde Park o por Bond Street?

Isla guiñó un ojo a Nessa, y Anne rodó los suyos.

—No es posible comparar esas caminatas laxas y livianas con una hasta el poblado de ida y vuelta. A la que se debe agregar el tener que subir y bajar cientos de escalones y pasillos interminables—se quejó, sin calor en sus palabras.

—¡Oh, pero sabremos la diferencia en unos días, Nessa querida!—chilló Isla—. ¡Anda, tenemos que empacar! Mañana hemos de ir otra vez a la costurera, Anne, y asegurarnos de que los vestidos estarán listos a tiempo. Nessa, tú también tienes que...

—No es necesario, con los que tengo es suficiente.

—Por favor, Nessa, esos son apenas adecuados para tomar el té. Llevé uno de tus atuendos para que tomen las medidas. La costurera está confeccionando dos nuevos. En Londres tendremos oportunidad de encargar otros, así lo aseguró la tía Brodie.

No si ella podía evitarlo, pensó Nessa, que cuidaría cada penique con el celo de un mastín. Lo que importaba era que Isla destacara. Ella no importaba, y se aseguraría de estar lejos de luminarias y bailes.

—¡Será como lo he soñado, y tal como lo cuentan los libros!—Isla giró sobre sí misma—. Margueritte me escribió para decirme que hay uno causando sensación, ¡y escrito por una mujer! Me lo prestará cuando lleguemos. Estoy tan ansiosa, nerviosa. ¿Crees que lo haremos bien, Anne?—se agitó, y la mencionada asintió con gentileza.

—Para eso vine aquí y hemos trabajado duro, Isla—le contestó—. Te aseguro que estás preparada para la temporada. Eres la perfecta debutante, toda una dama, y tu belleza te hará destacar. Y también Nessa, si contiene su espíritu y modera su lengua.

Sí, Anne tenía brío y temple debajo de esa apariencia de calma, y no había dejado de señalarle sus *gestos y actitudes a pulir*.

—Veremos, veremos—sentenció Nessa, que se apartó de la muralla y les hizo un gesto para entrar, porque la oscuridad se abatía con velocidad sobre la mole de piedra—. Por lo pronto, disfrutemos de la paz de una cena sin ostentación en la que no me sentiré hostigada por el horror de cometer un gesto inapropiado.

Había escuchado a Anne a medias cada vez que las instruyó en los entresijos de la socialización entre la crema y nata de Londres. Normas, detalles, reglas, prohibiciones, puf...

Era una pesadilla, y no podía entender como Isla estaba tan apurada por integrarse a esa tortura de constricciones y falsedad.

He de hablar con John y estimularlo para que tome un papel más activo. Su cabeza necesita la distracción para que su ánimo se eleve. El desafío de levantar estas tierras y ayudar a nuestro padre puede acelerar su recuperación, consideró, dejando de escuchar a Anne e Isla.

Él ya puede montar, su brazo mejora y esos dos dedos menos no impiden que maneje las riendas. Una vez que eso esté hecho, te dejarás de tonteras y te harás fuerte para resistir en Londres, y correr de tu lado cualquier mentecato sin sentido que crea que podrías ser una esposa adecuada. Isla conseguirá un compromiso brillante con alguien que no dudará en ayudar a su familia política. Y tú estarás de vuelta en pocas semanas.

Esperaba que desearlo con todas sus fuerzas fuese suficiente.

TRES.

—Lo pomposo del marqués solo tiene igual con el tamaño de su barriga—indicó Hugh Lycombe, duque de Elywood, su ceja elevada como único gesto de demostración del fastidio que le provocaba el mencionado.

Francis no quitó ojo de su lectura, pero no era necesario desviar la mirada para identificar el tono chillón y el discurso acartonado del marqués de Suttonshire. Era la actitud habitual de ese noble cada vez que estaba en público.

El fatuo individuo hacía un acto de cada presencia, como si fuese vital que su entorno estuviese consciente de su opinión sobre política exterior, el precio de las materias primas o la guerra.

No había nada novedoso o interesante en las expresiones, por cierto, y todo aquello de lo que hablaba lo conocía de segundo mano, pensó Francis George Garnett, duque de Worcester, molesto a su pesar, y dobló el periódico.

—Sus opiniones son insultantes y la forma tan torpe en que las expresa... Repelente—sentenció, mirando de reojo al marqués, que sorbía su brandy y miraba en derredor, evaluando cuánta atención había captado en los caballeros presentes en el club Brook's.

—Hablar con esa liviandad de las estrategias de Wellington cuando la guerra ya está ganada—bufó Hugh, meneando su cabeza.

—Y hacerlo sin haber empuñado un arma, como no sea para dar el tiro de gracia a las presas que le caza alguno de sus sirvientes. Patético—meneó su cabeza Grayson James Stapleton, duque de Bristolbridge.

Los *duques liberales*, así llamaban los *tories* al trío de nobles que incluía a Francis, y lo hacían con fastidio y molestia. Pero también había condescendencia entre los whigs, partido al que los tres pertenecían por convicción y afiliación política tradicional.

Era normal que cosecharan silencios incómodos o agitadas palabras de rechazo cuando exponían sus ideas en alguna tertulia, cena, o en sus intervenciones en el Parlamento.

Es que para la mayoría de los whigs estaba bien impulsar algunas leyes en pro de derechos laborales, pero retar al establishment era ir más allá del límite de lo que un noble que se preciase debería hacer.

Hay riqueza en la tradición...

Los negocios florecen amparados por la sabiduría de la Cámara de los lores que desbroza el camino al futuro permitiendo cambios graduales y frenando los que pondrían a la sociedad de cabeza.

¿Para qué cambiar lo que está bien? Un absurdo, rezongaban.

Gran Bretaña era una potencia. Vencedora en una guerra larga y cansina que agotó arcas, puso a Napoleón de rodillas dos veces, y dominaba los mares con su flota mercante, controlando riquezas en varios continentes.

La era de la máquina se imponía y daba frutos en más producción y comercio, llenando bolsillos. Todo estaba bien, y no era necesario agitar las aguas, no más de lo que los propios revoltosos sociales ya hacían. Esto resumía a grandes rasgos lo que muchos nobles pensaban.

En muchos aspectos Francis, Hugh y Grayson, los tres duques, disentían.

—... es vital atrapar a ese hombre, el tal Ludd. No puede seguir alimentando el salvajismo. ¿Cuánto han perdido los caballeros que con esfuerzo y esperanza invirtieron en esas máquinas hiladoras y tejedoras?

—Tiene usted razón, milord—alentó una voz al marqués para que continuara, como si este lo necesitara.

—¡Romper máquinas es un acto de guerra y debe ser penado acorde a ello!—alzó la voz el susodicho, y hubo asentimientos y cabeceos sólidos entre otros presentes.

—Mal que pese, hay que reconocer a esa frase algo de verdad—gruñó Francis—. ¿Qué culpa tiene la máquina de la miseria en la que viven? Hay obreros que no entienden que su objetivo deberían ser los dueños, sus patrones...

—¿Sugieres que deberían romper huesos en lugar de piezas, Francis?—Hugh se echó atrás en el sillón, con ironía—. Porque te recuerdo que estás entre los patrones que mencionas. ¿No han sido blanco de esas protestas violentas esas fábricas tuyas en Kidderminster o Worcestershire?

Francis suspiró y negó.

—Nada de eso. Me precio de preocuparme por la gente que trabaja allí, y mis administradores son justos y pagan lo suficiente como para garantizar que eso no ocurra. Y escuchan a los representantes de los empleados, me he asegurado de que así sea.

—Mi buen amigo, tanto como me congratula tu decencia, debo recordarte que las buenas intenciones no garantizan nada—intervino Grayson con su medida habitual—. La gente en la que confías debe ser controlada de cerca, te lo recomiendo. No sería la primera vez que un noble es engañado en su buena fe por intermediarios codiciosos.

—Me cuido de ir allí a menudo, y hablar con mi gente—gruñó Francis, molesto por la sugerencia de que no atendía sus asuntos con cuidado.

Metódico como era, un perfeccionista de cabo a rabo, se obsesionaba por el orden en sus negocios y asumía las responsabilidades. No defendía ideas que no hubiese implementado él mismo, a diferencia del parlanchín marqués que comenzaba a perder audiencia, por fortuna.

—Sé que así es, no te incomodes—le dijo Grayson sin dar entidad al tono cortante

con el que Francis le había contestado—. Sé lo prósperos que son tus emprendimientos.

—Las alfombras y los guantes son apuestas seguras, por supuesto. No pueden faltar costosas alfombras en las mansiones inglesas, ni guantes en torneados brazos femeninos—añadió Hugh

Se conocían desde hacía mucho tiempo. Habían estudiado juntos en Eton, además de luchar codo a codo en el ejército de Su Majestad. Cuando no se encontraban en los lugares usuales de la socialización, el contacto epistolar era fluido. Las responsabilidades de administrar sus vastas posesiones rurales a veces les hacía perderse de vista por semanas.

—Ayer me encontré con tu encantadora madre en una misión por la calle Bond—dijo Grayson, cambiando el tema.

Francis supo de inmediato que su amigo gozaba con anticipación de lo que diría, porque el gesto de su boca era inequívoco.

—¿Tú por Bond Street? ¿En procura de algún nuevo faldón o pañuelo, Grayson? ¿No es esa una tarea para tu valet?—le contestó, elevando una comisura para enfatizar lo que opinaba sobre la, a su juicio, *excesiva* preocupación de Grayson por su aspecto y atuendos.

—Uhú, búrlate. Lady Brenna me hizo saber su... preocupación por tu mutismo en relación a la inminente temporada. Entiende que estás demasiado enfocado en los negocios y no atiendes a tus responsabilidades familiares. Necesitas una esposa, Francis, eso parece.

Hugh rio y Grayson estampó una sonrisa igual de molesta en su rostro. ¡Como si ambos no tuviesen el mismo peso sobre sus hombros! Asegurar el ducado, para lo que se requería una esposa y descendencia. Claro que no sentían sobre sí el celo de una madre empecinada como la suya, determinó Francis, suspirando.

—Soy consciente de su determinación, me la hace pesar a diario, sin sutilezas. Que recurra a ustedes es, además de indignante, artero—respondió.

—Astuto de su parte. Como ilustre miembros de la nobleza que conoce sus obligaciones, puedo afirmar...—comenzó a decir Hugh, y tanto Grayson como Francis resoplaron.

Hugh tenía una vida disipada, y sus *actividades extras* eran expuestas con frecuencia por los panfletos y periódicos que se deleitaban en describir sus excesos. No era que Francis se horrorizase de ello, por cierto.

Si una parte de su vida era menos pública, no era un monje. Mantenía el favor de una bella bailarina con joyas y regalos. La afable y bonita Antoinette era un deleite para sus sentidos y acudir a ella dos veces por semana le permitía olvidar obligaciones y quebraderos de cabeza por un rato.

—Escucharte hablando sobre buenas costumbres y casamiento es por lo menos irónico. Dar lecciones...

—No pretendo hacerlo—Hugh chasqueó su lengua, sin inmutarse por el cáustico comentario de Francis—. En mi cama, prefiero a una dama ardiente y apasionada a una modosa y virtuosa, muchas gracias. La noción de morir de aburrimiento en un lecho me estremece, y no hay nada más tedioso que cortejar a una de las flores ingenuas y castas de nuestro círculo.

—No veo nada de malo en una dama sobria, prudente y de buena naturaleza—intervino Grayson—. ¿No es eso lo que son nuestras madres y hermanas, después de todo? Sería hipócrita desdeñar las virtudes que apreciamos en las mujeres de nuestra familia.

—Por supuesto, por supuesto—señaló Francis—. No obstante, es real que la manera en que se espera que las mujeres se comporten, y cómo son educadas... Eso mata desde la tierna niñez cualquier posibilidad de que sean espontáneas y tan versadas como desearías, Hugh. Se les enseña a contenerse, a reprimirse.

—No es tan así. O supongo que lo es entre los nobles y cuando la mujer debuta en sociedad. Luego... He escuchado a condesas y vizcondesas decir su pensamiento sin ningún prurito. O hacer saber sus intenciones y manipular a su esposo para que...

—Esas mujeres suelen tener un bigote tan tupido como el del noble más compuesto—intervino Hugh, y generó la risa colectiva—. Son matronas, están más allá del bien y el mal.

—Temibles—asintió Francis, divertido.

No era el caso de su madre, de la que podía decir con certeza que era femenina y con una textura delicada. Había estado sometida a su padre, pero una vez viuda, había tomado el control de los asuntos domésticos, y lo intentaba con él.

No temía decir lo que pensaba. Tampoco sus hermanas, pero si bien él era la figura de autoridad, también era un hombre laxo que alentaba la honestidad y naturalidad entre ellos.

—Hugh, por más que creas que puedes permanecer soltero para evitar perecer ahogado por el lazo de la rutina y el decoro, sabes tan bien como yo que tener herederos es vital para conservar el patrimonio y el título—señaló Francis—. Asegurarse de que los que queremos estén cuidados y que nada les falte es importante, y sé que mi madre lo tiene en mente cuando me presiona. Y tanto como me molesta la idea, la he estado considerando.

Así era. A sus treinta y tres años, no se hacía más joven. La idea de Hugh de que casarse era sucumbir al tedio era exagerada, y aunque una boda no le entusiasmaba, un noble debía hacer lo correcto para los suyos.

Un casamiento honorable ayudaría a profundizar los vínculos con sus pares, e iniciaría una progenie con la que el ducado estaría asegurado.

—Vaya, vaya...—silbó bajito Grayson—. Esto es nuevo. El duque de Worcester está planeando participar de esta temporada. Mm, esta información va a alborotar a las matronas, y temo que te volverá la comidilla y el centro de los intereses. Tal vez tu brillo opaque el de las jovencitas más brillantes que se presenten.

—Estoy seguro de que así será—indicó una nueva voz, que indicó la presencia de alguien a quien no habían visto acercarse, tan enfrascados habían estado en la charla.

—Vizconde Bristolbridge—dijo Francis con una ligerísima inclinación de su cabeza, suspirando para sus adentros.

El hombre era conocido por su verborragia copiosa, su resistencia heroica al alcohol y su tendencia a apostar más de lo adecuado y sensato.

—Me complace escuchar que su Excelencia está considerando tomar una esposa. Habrá muchas damas encantadas, mis hijas incluidas. La menor se presenta este año, y aunque parezca vanidoso de mi parte, es una belleza.

Francis carraspeó, incómodo, y miró con encono a Hugh, que contenía su carcajada a duras penas. Estaban seguramente pensando lo mismo: si la mujercita había heredado alguno de los rasgos exagerados del vizconde, su afirmación era más que cuestionable.

—Milord, supe de su infortunio en Ascot—deslizó Grayson con astucia, y a ninguno se le escapó el tinte rojizo en las mejillas y cuello del vizconde.

—Un... contratiempo, nada más—indicó, apurado.

—Sin dudas—asintió Francis, que dudaba que perder una propiedad en apuestas pudiese calificarse como contratiempo.

Máxime si las maliciosas versiones que hablaban de apuros económicos eran reales, algo que no descartaba, porque el gusto del noble por las apuestas fuertes y osadas era conocido.

—Nos veremos en Almack's, presumo—indicó el vizconde, y Francis asintió con lentitud, devolviendo el saludo cortés de despedida con un gesto de su cabeza.

Así sería, a su pesar. En dos semanas la temporada social de 1816 comenzaría, y el salón abriría sus puertas a los más selectos miembros de la nobleza británica. Selecto en un sentido muy literal, porque las damas que gerenciaban el enorme club...

Francis tembló al recordar a la formidable condesa de Jersey o a la marquesa de Londonderry, dos de las principales patrocinantes. Habría quienes darían un miembro por obtener acceso al sitio, pero estas mujeres eran una muralla infranqueable a advenedizos o nuevos ricos.

Incluso a nobles venidos a menos. Si el vizconde no cesaba en su hábito de apostar, Francis podía avizorar que su presencia en Almack's sería discontinuada.

—Bien, la novedad se extenderá como un reguero, y no tienes vuelta atrás, estimado Francis—indicó Grayson—. El vizconde le hará saber a su esposa, y ella a sus hijas. Las costureras tendrán más trabajo, y las criadas diseminarán el rumor por calles y mansiones.

—Exageras, por supuesto—resopló, temiendo que no fuera así.

No por falsa modestia, y sí por consciencia de su posición y prestigio, sabía que habría interés desmedido y su vida sería un infierno a partir de la primera gala en que se

presentase.

Solo cabía esperar que hubiese una mujer a la altura a sus estándares que destacase de inmediato y llamara su atención. Esto facilitaría la tarea y le economizaría horas de tediosa cháchara y bailes.

CUATRO.

Era casi la hora de la cena cuando salió de Brook's, y se dirigió caminando de retorno a su mansión, aprovechando la escasa distancia para tomar algo de aire y energizar sus músculos.

La falta de ejercicio se sentía en sus miembros tiesos, pero la vida en Londres daba menos oportunidades para cabalgar a su antojo, como hacía en su propiedad rural. Un paseo diario al amanecer a un trote decente por Hyde Park no se comparaba a su veloz cabalgata en las tierras de Worcestershire Manor.

Enlenteció la marcha al acercarse a la entrada del club White's, entrecerrando sus ojos para apreciar mejor la escena que se desarrollaba en las escaleras del edificio de la calle James.

Un lacayo con librea, envarado y con un gesto de desagrado que era amenazante hablaba con rudeza a una mujer cuya vestimenta dejaba bastante que desear. Había solo que mirar lo arrugado de la falda y los colores horripilantes para percatarse de la pobreza de la tela.

El cabello negro escapaba del sombrero y todo el aspecto denunciaba que esta no era una dama, y su presencia en la fachada del reconocido baluarte de los tories era escandalosa.

La mujer, además, sostenía un bulto contra su pecho, sospechosamente similar a un niño, se percató cuando cruzó la calle para acercarse, esquivando ser atropellado por un faetón de un salto.

—¡Cuidado, o te haré arrestar!—gritó con autoridad, y el conductor detuvo a los caballos con presteza y bajó para disculparse, pálido.

—Excelencia, mis más sinceras disculpas. Estos caballos son muy nuevos, y aún trabajo para...

—Trabaja con mayor ahínco, o provocarás un accidente grave—gruñó, y con un gesto altivo se alejó, escuchando detrás más disculpas.

El incidente lo distrajo, por lo que cuando alcanzó la puerta, la mujer ya había sido empujada con rudeza por el empleado del club. Francis encajó las mandíbulas, furioso ante el desplante y la violencia innecesaria desplegada.

—¿Qué ocurre aquí?—alzó la voz, deteniéndose a unos tres metros de la mujer, que lloraba en silencio.

El bulto se removió entre sus brazos, y un sonido que se pareció a un gorjeo emanó de las telas. No se había equivocado.

—Esta mujerzuela...—el empleado se plantó con dignidad, señalando a la mujer en cuestión con su mentón, y luego bajó la mirada para dirigirse a Francis—. Está haciendo un

escándalo y pretende ser recibida...

—Por favor, tiene que entender...—la voz femenina sonó baja, cansada, y los ojos eran los más tristes que Francis recordara haber contemplado—. Debo ver al conde Martinton, él... Él es... Cuando le diga quién soy...

Había una cualidad casi etérea que emanaba de la esbeltez pálida de la joven mujer, que tal vez ni siquiera tenía dieciocho años. El hambre raleaba la carne de su cuerpo, eso le fue evidente.

El duque había contemplado a muchos sufriendo de inanición durante su paso por la Península combatiendo a Napoleón como para no reconocerlo.

—Eso no va a pasar. Es tiempo de que se marche y no regrese—el empleado retrocedió y le hizo un gesto de respeto a Francis—. Su excelencia, no preste atención con esta pérdida. Haré que la saquen de la calle y vuelva a dónde debe estar.

Francis suspiró y meneó la cabeza. No era solo que no le permitirían ingresar al club, inaccesible incluso para damas nobles, sino que el conde no se enteraría de que había estado.

La servidumbre hacía bien su trabajo y además de servir bebidas, eliminaba los problemas y asuntillos inconvenientes para los miembros del club.

Este no debía ser el primer caso en la puerta, aunque no fuera común que alguna de estas desgraciadas se acercara luego de haber sido hecha a un lado. Él no dudaba ni por un momento que eso era lo que había hecho el mencionado conde, famoso por su impudicia y perversión.

Este era uno más de esos casos sórdidos en los que una mujer joven y bonita perdía su dignidad y su futuro, aun cuando humilde, como consecuencia del capricho de un noble, o la tontería de una advenediza que pensaba que podría cambiar las reglas de la pirámide social.

—¡Este es su hijo, él querrá conocerlo!

El empleado levantó su brazo e hizo un gesto indicando la calle, y Francis supo que en minutos podrían tener aquí a la guardia, por lo que intercedió con gracia.

No tenía sentido un escándalo, y la única que perdería aquí eran la joven y el bebé, del que ahora veía la cabecita. Su boca abierta parecía la de un pájaro esperando a ser alimentado.

—Señora, no haga las cosas difíciles. No podrá entrar, ni será recibida. No es el lugar o el momento, y créame, nunca lo será—Ella abatió sus pestañas y su boca se frunció para contener un sollozo. Lo percibió, y la piedad le hizo agregar—. Lo mejor es que se marche. Venga, la acompaño.

Le hizo un gesto con su mano para marcarle el camino calle abajo, y el suspiro de alivio del lacayo fue evidente, por lo que lo miró con severidad.

—Diga al conde que el duque de Worcester estuvo aquí y quiere tener unas palabras con él—Sacó una tarjeta y se la tendió—. Lo espero en mi casa mañana a la tarde.

—Así lo haré saber, su Excelencia—contestó el hombre, haciendo una reverencia profunda.

Haría saber al bastardo que su deleznable acción era conocida, y se dijo que lo forzaría a dar a la mujer una suma de dinero considerable para la manutención del pequeño, aunque fuese con la amenaza de echar a rodar el rumor.

Francis no temía comportarse por debajo de su dignidad en un caso así. Le recordaba demasiado al pasado como para actuar como si nada ocurriese.

El conde podría romper el corazón y la vida de esta joven con un gesto y una palabra, pero nadie estaba a salvo de rumores y presiones, y si bien algunos *caballeros* tendían a cubrirse las indiscreciones y algunas damas no dudaban en hacer la vista gorda antes esta, había un sector que era crítico.

Él estaba entre ellos, así como Hugh y Grayson, y había otros nobles que no dudarían en usar el caso como munición política. Sí, tal vez a esos tampoco les importaba el caso per se, sino el rédito que podrían obtener de golpearse el pecho en defensa de la plebe. Pero esa amenaza podría ser suficiente para mover al conde a hacer algo correcto.

—No obtendrá nada de golpear esa puerta, o la de la mansión del conde. Solo desprecio y tal vez la cárcel. Tenga—Le tendió una tarjeta con la dirección y nombre del administrador de sus asuntos en Londres—. Esté allí mañana. Le darán empleo y un adelanto para que pueda comprar comida y ropa para usted y el niño. El aire del campo les hará bien.

—Su Gracia...—graznó ella, lágrimas en sus ojos—. No sé qué decir, yo... Fue la desesperación... Usted ha de saber lo que me espera... Lo único a lo que podría aspirar en la posición que el conde... No tuve elección—murmuró—. No la hay para las de mi clase.

—Ahora la tiene—interrumpió con gravedad, retrocediendo—. Tome la oportunidad que tiene ante sí. Worcestershire es un buen lugar para vivir, se lo aseguro.

—Gracias—dijo con fervor, abrazando al pequeño que estaba comenzando a incomodarse entre sus brazos—. Nos ha salvado. Rezaré por usted—susurró, y Francis asintió, emprendiendo la marcha con paso más vivo.

Odiaba con ferocidad la prescindencia con la que los hombres despreciables hacían gala de su posición y dinero para saciar sus instintos más bajos y quedaban impunes, e inmunes a las consecuencias. Era tan sencillo arrojar a los más débiles bajo las ruedas del infortunio.

Hugh solía bromear con lo que llamaba su tendencia a jugar al héroe caballeresco, y Francis sabía que el mundo apenas variaba cuando alguna buena acción remedaba en parte la situación, pero no por eso dejaba de intentarlo.

También tenía claro que era una de las razones por la que muchos nobles lo

detestaban: *el duque de Worcester y su fastidiosa superioridad moral*, había escuchado no pocas veces mascullado en pasillos e incluso así había sido mencionado en artículos arteros de panfletos y libelos.

Mas su actitud no surgía de creerse por encima de la vanidad, el orgullo o las pasiones, al contrario. Francis recordaba muy bien lo que era sentirse inerme, atado y sin voluntad frente a otro que imponía el poder.

Su infancia y juventud habían sido miserables bajo la batuta de un padre tirano. Su personalidad se forjó en la decadencia del difunto duque, un hombre despreciable. Ebrio, apostador y mujeriego, había humillado a su madre en incontables ocasiones, llegando incluso a levantarle la mano. Hasta que Francis tuvo fuerza y edad como para detenerlo.

Se había jurado no ser como él, no caer en sus errores ni debilidades, y lo intentaba, con disciplina y convicción. El dolor y el miedo lo asolaban cuando perdía la compostura y su temperamento explotaba, tomando lo mejor de él.

Por ello estructuraba su vida en torno a rutinas claras y evitaba las decisiones abruptas y espontáneas. Era la razón por la que boxeaba tan a menudo, o se dejaba tentar por el alcohol, las apuestas y el sexo, sin excederse nunca.

Servían para drenar la violencia y la furia, pero ser capaz de controlarse en situaciones extremas le recordaba que podía frenarse. Le demostraba que era fuerte. Domaba las tentaciones no evitándolas, sino tomando control racional sobre ellas.

Su andar se hizo más liviano cuando se acercó a su casa, y se dijo que este había sido un buen día. Enviaría una nota a su administrador para que supiese que habría una incorporación entre la servidumbre de su casa solariega, y luego disfrutaría de la cena con los suyos.

No dudaba de que su madre y hermanas tendrían mucho para contarle sobre sus preparativos para la temporada social que se les venía encima.

CINCO.

—¡No, Nessa, y esa es mi palabra final! ¡Ninguna hija mía vivirá esa indignidad!— sentenció Angus con firmeza, sus ojos brillando de furia.

—¡Tenemos que ahorrar dinero, padre, y esa es una forma práctica de hacerlo!— contestó Nessa, sus manos en las caderas y la porfía nublando sus pensamientos—. ¿Qué importa que el viaje nos tome más días? Grant es un hombre honorable, él ...

—Lo es, pero, ¿qué hay del resto de los que viajan con él? No hay nadie que pueda frenar el ímpetu y los bajos instintos de los hombres, y sabe Dios qué tipo de escoria podría estar entre quienes arrean ese ganado, Nessa. ¡El día que permita que tú e Isla tomen riesgos así estaré muerto, lo juro!

Nessa resopló, fastidiada, pero su padre no cambiaría de idea. Ella había considerado que la sugerida era una solución aceptable, además de económica, pero... Mm. Tenía que reconocer que también había tenido algunos reparos, en su fuero interno.

Serían tres mujeres solas e indefensas... Su cuchillo no contaría de mucho si la situación se salía de lo esperable, de lo decente. Había considerado que podrían llevar a Ned con ellas, mas el trabajador sería más necesario aquí, reparando lo que se rompía a diario en el castillo, en el molino, o con los carruajes.

Angus había negociado la venta de la mitad de su ganado con Samuel Grant, el terrateniente más poderoso de los alrededores, y este llevaría una tropa muy grande desde las Tierras Altas hasta Smithfield, el mercado de la carne más importante del país, justo a las afueras de Londres.

Las rutas coincidían, ¿por qué no aprovecharlo, había pensado ella? Su padre le daría una parte del dinero de la venta y ella debería administrarlo con sagacidad y celo.

Viajar en los carruajes que cubrían la gran distancia entre Glasgow y Londres en una semana era costoso. Mucho. A esto se debía agregar el costo de pernoctar en las posadas en camino, y los alimentos...

—Nessa, hija... No es seguro.

Su padre le hablaba con cautela, sabedor de que era porfiada, y más cuando le llevaban la contraria. Pero ella no era tan tonta como para ignorar que lo que decía sobre la seguridad era cierto.

—Puede ser.

—Además, ¿llegar así a Londres? ¿Con olor a ganado y a bosta? Es una indignidad impensable.

—Exageras.

—Tal vez crees que es así, pero no eres tan curtida como piensas, Nessa. Sé que montas muy bien, que te las arreglas para hacer escuchar tu voz, que te puedes defender relativamente bien, pero... Eso no sería suficiente en el largo camino a Londres, con más de quince hombres, varios de los cuales podrían tener muy malas ideas con relación a ustedes.

—Podemos ir vestidas como hombres, podemos...

Angus bufó, sus carrillos inflados, y negó con vehemencia.

—Esta no es una de esas historias de las que te gusta leer, Nessa. E Isla y Anne sufrirían, no podrían hacerlo. Deja este desatino. Las llevaré a Glasgow mañana, y allí tomarán un coche postal. Me han dicho que viajar en ellos es maravilloso, cómodo y veloz. Rodeadas de gente honorable y sin preocupaciones. No sumaré más preocupaciones a las que tengo.

El diálogo con su padre se cerró con esta decisión, y Nessa se encontró preparando su equipaje, y luego ayudando a Isla con el suyo. Este incluía el doble de vestidos que ella, por supuesto, además de algunas joyas valiosas que su madre le había entregado para adornar su cabello y cuello, guantes, zapatos, y libros.

—¿Qué sentido tiene llevar estos?—Tomó un ejemplar en cada mano—. Los has de haber leído más de un centenar de veces. Juro que esta autora, la tal Fanny Burney, te ha llenado la cabeza de pájaros—rezongó.

—Oh, Nessa, ¿qué hay de malo en leer y soñar? En las páginas de estas novelas he encontrado horas de placer y solaz... E inspiración—sonrió con amplitud, mientras seguía en la tarea de colocar sus prendas y objetos con primoroso cuidado en el arcón.

—Eso temo, que te confundan y cuando lleguemos... Cuando estemos allá, en Londres, rodeadas de desconocidos con normas y reglas, podría pasar que no te adaptes, o te desilusiones... Eso podría ser decepcionante, y triste.

—Mm, o exactamente lo contrario—Isla la miró, y en sus ojos advirtió esa mirada honda que a veces le hacía pensar que su hermana no era tan prescindente de la realidad como creía—. No temas, estaremos juntas, nos apoyaremos, y Anne será nuestro soporte. También nuestra tía, nuestros primos...

—No tengo miedo—contestó de inmediato, su susceptibilidad herida por un breve instante.

No era propio de Nessa demostrar temor, aunque tenía que reconocer que esta vez estaría justificado. Dejarían su hogar, el sitio que adoraba y que conocía al dedillo, la gente a la que amaba y en la que confiaba.

Allá, en Londres... Solo encontrarían desconocidos que estarían mirándolas con fijeza, buscando faltas, defectos, imponiendo constricciones ridículas, sometiéndolas a actividades absurdas.

¿Cómo era racional ir en busca de un esposo a un lugar donde las mujeres eran

medidas por talentos tan nimios como coser, tocar el pianoforte, vestir con elegancia y sonreír sin pensar, sin dar a conocer lo que se pensaba con franqueza?

Acá en Escocia había hombres adecuados, hombres que las mirarían por sí mismas, que no dudarían en pedir su mano y...

¿Dónde están esos hombres, Nessa? Porque por cierto que has vivido aquí veintidós años y ninguno de los que conoces te ha parecido interesante o te atraído. En defensa de su tierra, era obvio que la guerra y la emigración no ayudaron a que hubiera solteros adecuados disponibles.

Si a esto se sumaba la progresiva decadencia económica de las tierras que gerenciaba su padre, el quiebre de relaciones con el tío Colin y la reciente huida del tío Archie con el dinero que les pertenecía, el panorama era oscuro. Habían sido golpes fuertes.

Tal vez no sea tan loco pensar que un cambio de escenario sea necesario para recuperarnos. Es probable que Isla tenga razón. Incluso que las proclamas de la tía Brodie de que buenas alianzas matrimoniales pueden ayudarnos sean certeras, tanto como odio la idea.

Isla confía en ello y lo desea, y también nuestros padres. Incluso John parece creer que algo bueno puede salir de este viaje, y él es el menos esperanzado de nosotros.

—Nessa... Nessa, ¿te sientes bien?—le inquirió Anne, que al parecer había golpeado la puerta del dormitorio de Isla y se había colocado a su lado mientras pensaba.

—Sí, sí. ¿Más libros?—inquirió con desmayo, mirando como Anne tendía uno a Isla, que lo colocó entre sus pertenencias.

—No está de más que repasemos algunas normas de etiqueta mientras viajamos—sonrió Anne—. ¿Y qué mejor que esto?

—¡Adoro *El espejo de las gracias*!—^[1]señaló Isla—. Su autora realmente describe cada aspecto de la vida de una dama de una manera maravillosa—agregó.

—Por lo que sabemos, su autor podría ser cualquiera, un hombre incluido. ¿Una dama distinguida? ¡Que nombre tan ridículo!

—Nada de eso le quita valor, Nessa—instruyó Anne, con esa voz tenue y sin inflexiones que usaba para reprenderla sin que fuese obvio—. Ahora que estarás en el corazón de ese mundo, entre la nobleza... Verás con tus propios ojos que lo que describe y sugiere es así. Lo necesitarás. Por ello considero prudente releer algunos pasajes.

Ella no tenía intenciones de hacerlo, muchas gracias. Ese libro era la muestra de la esclavitud a la que se sometía a las mujeres. De las reglas, de las telas y bordados, de tediosas conversaciones sin sentido y giros incomprensibles de abanicos, bailes.

Nessa no había podido leerlo por completo, y le estremecía pensar que estarían viajando directo a ese infierno que la dama describía.

++++

Extracto del diario de Anne Holloway.

El viaje ha comenzado, y la convicción de que cada milla nos acerca a Londres y a mi antigua vida me provoca una mezcla de emociones que apenas si puedo dilucidar. Aprehensión, en su mayor parte, porque no sé qué me espera al llegar. No imagino la recepción que tendré entre aquellos que dispusieron mi partida.

Probablemente encontrarán otro lugar recóndito donde esconderme apenas llegue allá. Debería estar haciendo mis propios planes, pero no hay salida fácil a mi situación.

No obstante, me alegra la posibilidad de ver otra vez a Meg, e incluso a Derek, tan breve como nuestro encuentro sea. Y es maravillosa la oportunidad de acompañar a Isla y a Nessa en su incursión a la jungla londinense.

Espero haber hecho un buen trabajo alertándolas e instruyéndolas, porque el Señor sabe que necesitarán recurrir a cada detalle y conocimiento que procuré insuflarles.

Isla es tan hermosa y flexible, tan grácil y elegante que podría tener a cualquier caballero bien intencionado y dispuesto a sus pies, si se le brinda la oportunidad. Y su conversación instruida y buen talante, además de su inteligencia clara, podrán mantener a raya a matronas malintencionadas que pretendan quitarla del ojo de los solteros codiciados. Ojalá que estas excelsas cualidades opaquen lo complicado de su situación económica.

Nessa, por otro lado...

La pluma se había detenido aquí unos instantes, y era la causa de las gotas de pintura en la hoja. Anne había dudado, embebiéndose en sus cavilaciones, tratando de aclarar su mente en relación con la mayor de las Campbell.

Nessa es la mujercita más honesta y franca que he conocido, pero hacer de ella una dama capaz de transitar los salones de Mayfair estuvo mucho más allá de mis posibilidades, o de su interés. Mis esfuerzos, así como mis recursos, son limitados.

No soy más que una mujer que vivió su vida en las penumbras de la alta sociedad, mirándola desde el borde o desde un escenario. Los libros, lo que he vivido, son herramientas valiosas, pero nada de ello podría preparar a Nessa Campbell para Almack's.

No porque carezca de belleza, astucia o vivacidad. En su caso el inconveniente es el exceso. Esto la vuelve incomparable, a mis ojos.

Vivaz, de conversación interesante, es un soplo de brisa fresca en cualquier estancia. Todo lo que jugará en su contra, eso me temo. Su madre ha puesto tantas esperanzas en este viaje, y su padre ha invertido lo impensado para un terrateniente en apuros.

Espero que la condesa de Atholl sea una patrocinante fervorosa. La tía Brodie es

tan generosa y dulce, dice Isla con ingenuidad, y no me he atrevido a comentar que hay una parte de su persona que su familia escocesa no conoce. No como yo.

Tal vez el vizconde y la vizcondesa de Argyll consideren apuntalar su presentación en sociedad y eso les provea de un halo de respeto adicional. Las relaciones de estos con el señor Angus no están bien, pero mantener las apariencias y el buen nombre podría ser lo que les empuje a respaldar a Isla y Nessa. Solo puedo rogar y esperar a que así sea.

SEIS.

—No se inquieten, jovencitas—indicó la señora Emma Trent, que se presentó apenas emprendieron el viaje en Glasgow—. En pocas millas habremos alcanzado la posada y allí podrán refrescarse y descansar. Es un lugar agradable, con buena comida y las camas son más suaves de lo que se podría esperar.

—Oh, eso es reconfortante—suspiró Isla con una sonrisa cortés, llevando su mano a su cuello para aflojar la cinta que sujetaba el sombrero por debajo de su barbilla—. Confieso que este traqueteo me ha agotado.

—Tendremos varios días de zangoloteo, así que no queda más que acostumbrarse—susurró Nessa, rompiendo el mutismo en el que se había sumido al dejar atrás las tierras de su hogar.

—Esta es la manera más rápida y cómoda de viajar, lo aseguro—intervino el señor Trent, un hombrecillo agradable y de poca labia; Nessa creía que lo primero se debía a lo segundo, en realidad—. Las rutas han mejorado muchísimo en los últimos veinte años, así como los carruajes. En mi juventud viajar estas distancias tomaba semanas. Uf, y la posibilidad de ser atacados por bandidos o detenidos por tormentas que cortaban las rutas era más que habitual. La modernidad ha llegado, y viajar cincuenta o sesenta millas por día es el resultado. Nunca pensé vivir para ver algo así.

Mm. Al parecer había temas que despertaban la locuacidad del comerciante, consideró. Bueno saberlo, para evitarlo, porque viajarían juntos por varios días.

Lo primero que Nessa, Anne y ella habían dejado atrás era el valle del Clyde y el castillo Campbell, y por tanto lo familiar y reconfortante: las colinas, valles, caminos y personas que habían sido el escenario de su vida, hasta hoy.

Los colores, los sonidos, las formas, todo fue desapareciendo poco a poco, y en su lugar vino Glasgow con su trajinar, sus ruidos, la cantidad de gente que iba de un lado al otro, los barcos, los carros, y toda la agitación de una ciudad comercial de creciente importancia.

De allí habían partido en este carruaje amplio y que sí, coincidía con el señor Trent, era bastante impresionante. La velocidad que los cuatro caballos desarrollaban era sorprendente.

Claro, esto implicaba refrescarlos cada diez o doce millas y, en dos ocasiones al día, cambiar los animales por otros similares en las postas ubicadas en el camino. Todo sin perder tiempo y con agilidad, demostrando eficiencia, algo de lo que se preciaba la empresa que gerenciaba esta línea de correo.

Era de agradecer que el matrimonio que viajaba con ellas fuese de mediana edad y estuviese acostumbrado a estas lides. Podría haberles tocado compartir espacio y tiempo con

alguno de esos regordetes vanidosos que habían visto en los puestos anteriores que no dejaban de charlar sobre su importancia y negocios.

Algunos de ellos con gestos y miradas impropias, de eso también se había percatado Nessa.

—Tienen familiares esperando por ustedes en Londres, me imagino—indagó la señora Emma, sonriente, y Nessa la observó.

No había malicia en la pregunta, o eso le pareció, por lo que no interrumpió a Isla cuando respondió con entusiasmo.

—Así es. Tíos, primos. No puedo esperar a conocer esa ciudad, los parques, las fiestas—dijo, y suspiró—. No me cabe duda de que será maravilloso.

—Oh, puede serlo, sin dudas. Londres es... Complejo—Emma Trent sonrió—. Si ustedes van a Mayfair, como intuyo, verán la parte más brillante, limpia, ordenada, y coincido en que allí hay maravillas. La City, empero, es bullicio, comercio, color... Allí trabaja mi señor Trent. Diles, querido.

Este asintió con gravedad.

—Caótico, me temo, con todo el ir y venir de carruajes, mercaderías, trabajadores. Oficinas y depósitos, puro ajetreo. Es el corazón de esta Gran Bretaña que crece día a día. No es lugar para jovencitas como ustedes—agregó.

—No me intimidan el trabajo y la actividad, señor, se lo aseguro—aclaró Nessa, el ceño fruncido, y curiosa de saber más de esa parte de Londres que desconocía—. Además de esas fiestas y constantes festejos de los que nos han contado debe haber otra vida. Trabajadores, personas con horarios y tareas, obligaciones.

—Sin duda, sin duda—asintió el señor Trent, un pelín sobresaltado por la intensidad de Nessa—. También delincuencia y personas de baja estofa, lo aseguro. Aunque no es algo por lo que deban inquietarse—agregó, percibiendo la mirada de costado de su esposa.

Nessa no se iba a intimidar por lo que le contaba, no había cuidado.

—Conocer una parte ínfima de la ciudad no me parece interesante, máxime sabiendo que hay tanto más por ver—porfió, y la señora y el señor Trent se miraron, para luego negar ambos.

—Puedo asegurarte que tu tía Brodie y tus primas no conocen esas zonas, así como la mayoría de las personas que frecuentarás. Tendrás suficiente con lo que entretenerte en los límites de Mayfair—indicó Anne con seriedad, mirándola como si quisiera erradicar de su cabeza lo que le acababan de contar.

Como si fuese posible. Ese Londres que le pintaban le parecía bastante más intrigante y atrayente que el de las mansiones en que pretenderían encerrarla.

—Tiene usted razón—dijo la señora Emma, sonriendo a Anne—. El Parlamento ha

comenzado sus sesiones, y los nobles caballeros han vuelto a sus mansiones. Las damas patrocinantes de Almack's deben estar ocupadas procurando que el lugar reluzca, así como han de estarse afinando detalles para bailes y cenas elegantísimas.

—¿Asistirá usted a alguna de ellas, señora Trent?—inquirió Isla con ingenuidad, sus ojos brillando ante la imagen que la mujer había pintado, y Nessa agradeció que no hubiese un gesto desagradable en su faz.

Era obvio que el señor Trent era un comerciante, probablemente uno próspero, pero los límites entre la aristocracia y los nuevos ricos tenían que ver con la cuna y los títulos nobiliarios, con su poder político, además del dinero.

Los nobles despreciaban a los comerciantes, eso tenía entendido, y estos últimos querían acceder al círculo estrecho y selecto de la nobleza.

—Oh, no, no, mi querida, conozco mi lugar, y no es ese—dijo la señora Trent, sin malicia ni disgusto—. Estoy muy bien en mi casa, con mis gatos, mis libros, mi familia. Mi sala tiene siempre té y pastas listas para mis amistades. Que están lejos de ser tan encumbradas, pero me llenan el corazón.

—Una manera encantadora de describirlo, y me provoca sana envidia, señora Trent—dijo Anne, con más calor del que Nessa hubiese pensado.

Anne tenía unos pocos años más que ellas, y Nessa la consideraba una amiga a estas alturas. Se había empeñado en pulirlas y convertirlas en finas damas, y su discurso era siempre sobre Londres, y Mayfair, por lo que había estado convencida de que no veía la hora de retornar.

—Salvo la parte de los gatos, me parece mucho más interesante que una cena con condes y vizcondes—dijo Nessa, bajito.

—Pues yo no puedo esperar a estar danzando en algún salón—dijo Isla, una gran sonrisa en su faz.

—Se verá usted encantadora, jovencita—dijo el señor Trent con galantería.

—¡Por supuesto, no tengo duda alguna!—agregó su esposa.

Las voces afuera y el detener de la marcha indicó que habían alcanzado el destino del día. Justo a tiempo, porque la luz del sol declinaba, y su estómago comenzaba a sonar con enfado.

SIETE.

Francis colocó su pie sobre la rodilla izquierda y se reclinó contra el respaldo acolchado de su sillón. Su mirada se paseó por la habitación, su preferida en la gran mansión.

Su escritorio y biblioteca, lugar de trabajo pero también santuario donde podía refugiarse para huir de las demandas y entusiastas charlas de su madre y hermanas.

Estas no hacían más que aumentar a diario, a su juicio, y había un límite a lo que un hombre con sangre en las venas podía resistir. Toda esa charla sobre telas, peinados, bailes, solteros elegibles y risitas nerviosas eran agobiantes.

Volvió a concentrarse en sus tareas, y elevó la carta que sostenía en su mano derecha para continuar leyendo lo que Saint McDowell, el administrador de Worcester Manor, su extensa propiedad rural, tenía para informarle.

Ah, ya extrañaba su casa solariega, y eso a pesar de que había estado allá hacía poco más de un mes. La vida transcurría diferente en el campo; tenía otro color y sabor, se sentía menos pretenciosa o urgente.

Alejado de Londres podía distenderse y disfrutar de los placeres simples que adoraba: montar, cazar, nadar, leer, todo ello sin experimentar las presiones políticas o sociales que las sesiones del Parlamento y las interacciones entre los aristócratas implicaban.

Al menos podía confiar en que todo marchaba como un reloj de precisión en la campaña, como no podía ser de otro modo con Saint en la gestión de los gastos y en la resolución de los problemas que los arrendatarios le traían a diario.

Este era ordenado, metódico y podía imponer límites sin elevar la voz, tan solo con un gesto de su ceja o levantando su índice para frenar un exabrupto o queja improcedente. El administrador tenía décadas en la gestión, y Francis se alegraba de contar con él.

Podía ser un tanto invasivo y no doblaba la cerviz como la mayoría de la servidumbre, pero ese era otro de sus puntos a favor. Francis necesitaba un hombre de confianza que además fuera capaz de disentir sin ser irrespetuoso.

Su cara se iluminó al leer que había tenido éxito en la adquisición de los magníficos caballos que Francis había admirado en la propiedad del marqués de Somerville. Estarían llegando a Londres en breve, y podría disfrutar de sus cabalgatas diarias montando un animal de mayor nervio, tal y como le gustaba.

Los que poseía aquí en las caballerizas eran muy buenos ejemplares, pero él prefería algo de desafío y de tensión cuando cabalgaba. Podía controlar a su montura como el jinete avezado que era, y la actividad diaria más entusiasta matizaría la monotonía de los días.

Había tardes que parecían no terminar, en especial durante las sesiones soporíferas

del Parlamento en las que algún aristócrata conservador decidía disertar por horas acerca de los beneficios de un impuesto que protegía a los productos nacionales, o sobre la maldad intrínseca de los que lideraban a grupos de trabajadores con promesas *de libertades indignas e impropias*.

La última sesión había sido un ejemplo de esto, y su intervención no fue contemporizadora, como debió pasar. Se percató, pero alguien tenía que llevar razón a esas cabezas tradicionales que no entendían que el mundo cambiaba.

No se apagaba el fuego con más fuego, esa era su convicción, y arengar para que se utilizara la horca para los agitadores era una estrategia antigua que podía funcionar al corto plazo, pero que no atacaba el asunto de fondo.

Era la insatisfacción de miles de obreros que trabajaban horas excesivas, cobraban salarios magros, que no lograban alimentar a sus familias y que se hacinaban en la parte pobre de Londres las que provocaban las huelgas y ataques a las fábricas.

Francis sabía de esto, lo había visto. Pasar desapercibido no era simple para un noble porque las ropas podían cambiarse, mas el porte y la natural propensión a dar órdenes se notaba. Pero el duque había podido hacerlo en varias ocasiones, curioso e inquieto por naturaleza a pesar de su apariencia flemática e incommovible.

Había querido ver con sus propios ojos cómo vivía la otra mitad. O la mayoría de los londinenses, en realidad. Los aristócratas y la gentry, los privilegiados, eran una minoría.

Vaya si sus ojos se habían abierto. La suciedad, el hacinamiento, el hambre y la pobreza extrema campeaban en los vecindarios aledaños a las fábricas textiles que humeaban negro al cielo y llenaban los bolsillos de los comerciantes.

La modernidad traía consigo aspectos no deseados que eran ignorados en los salones de las mansiones de Mayfair. Francis no era un activista ni creía en la revolución como modo de cambio social, pero sí abogaba por las reformas.

Consideraba que era importante adelantarse a los problemas con leyes ajustadas a la nueva realidad. Lo suyo era *moderado humanitarismo unido a pragmatismo*, como le gustaba decir a Hugh.

Este solía reírse del *contradictorio duque de Worcester*, como le llamaba. Incluso Grayson, menos dado a la sorna, lo había definido como un *aristócrata que disfruta del brandy, los caballos, la buena ropa y comida, y al que le gusta el poder, pero que también consideraría charlar con el elusivo bandido Ludd*^[2] *sin pretender eliminarlo de la faz de la tierra*.

El golpe discreto en la puerta y la voz de Cameron, el mayordomo, le anunció que la cena estaba lista, y esto lo sacó de sus cavilaciones. Tendía a distraerse y no era extraño, considerando las múltiples actividades y tareas que caracterizaban su día.

—Está bien, Cameron, gracias. Estaré en el salón en unos minutos.

—Muy bien, Excelencia.

Volvió a focalizar en la carta, y lo siguiente que leyó le hizo fruncir el ceño y agrió su humor.

Me temo que Pete O'Dampey está dando problemas, Su Gracia. No traería este asunto a consideración ni le molestaría con esta situación si no estuviese al tanto de su interés en el muchacho.

He intentado actuar con tacto y modestia con él y asignarle tareas sencillas que no requieran fuerza o destreza. Empero, no encuentro respuesta.

Las quejas en su contra son constantes. Su inacción molesta y recarga al resto de la servidumbre, además de que su comportamiento es irrespetuoso.

Seguiré al pie de la letra sus órdenes y no cejaré en mis esfuerzos por ponerlo en camino, no obstante.

El malestar permeaba la prolija caligrafía de Saint, y si las frases eran prudentes, Francis entendió a la perfección que la situación se estaba convirtiendo en un incordio. Maldijo y meneó su cabeza.

Su *interés*, como su administrador lo describía con cautela, había sido expresado por Francis cuatro meses atrás cuando llevó al muchachón a la propiedad. Pete había cumplido la mayoría de edad y era un hombre fuerte y sano.

El duque había esperado que demostrara capacidad y moralidad, lo que le llevaría a mejorar la complicada situación económica en la que vivía. Esto, imaginó, le llevaría a tener aspiraciones, y en el futuro a alcanzar una posición de prosperidad.

Tal parecía que su plan no iba por buen camino. *¿Qué esperabas, considerando su origen y crianza?*, pensó, meneando su cabeza. Era un bastardo, así había sido engendrado y criado. Sin consideraciones, sin educación, sin cuidados.

No era su responsabilidad, solía decirse. Tenía que abandonar la pretensión de llevar justicia a las vidas de aquellos a los que su padre había tocado, en general para destruir.

Funcionó con Ewan, se dijo. El joven Mendel era un joven responsable, instruido, de principios, estaba estudiando en Eton y sus tutores tenían solo excelentes referencias de él. Una parte de este éxito se debía a su ayuda económica, aunque esto no lo explicaba todo.

Ewan había tenido la dedicada crianza de su madre Mercy, una viuda a la que el difunto duque de Worcester había convertido en amante y a la que mantuvo por años.

En el ínterin, también había tenido una corta aventura con una prostituta, la madre de Pete. Una mujer diametralmente opuesto a la madre de Ewan. No podía haber dos mujeres más diferentes en crianza, trabajos, ambiciones y en preocupación por sus hijos.

Bastardos ambos del difunto duque de Worcester, Francis no consideraba a Ewan o Pete como sus hermanos, pero había un sentimiento de deuda con ellos, incluso de culpa, por

absurdo que sonara.

La duquesa de Worcester, su madre levantaría los techos con sus gritos y se desmayaría una y otra vez ante la mera mención de las amantes de su esposo o de eventuales hijos surgidos de estas indiscreciones.

En la cabeza de Brenna Garnett, viuda del cuarto duque de Worcester y madre del quinto, su marido había sido intachable. Y esperaba lo mismo de Francis.

Que cumpliera con sus obligaciones a rajatabla, encargándose de los asuntos y responsabilidades que el título implicaba, y que no trajera miserias o complicaciones a la burbuja maravillosa en la que habitaban y pululaban.

Francis se incorporó y estiró los faldones de su casaca, para luego reacomodar su pañuelo de manera instintiva. Su madre era detallista incluso en las cenas familiares más íntimas, y no quería largos minutos de diatriba sobre lo inadecuado de alguna de sus prendas.

Escuchó la risa cantarina de Olivia antes de ingresar al salón comedor, y sonrió. Su hermana menor era alegre por naturaleza y capaz de encontrar encanto a situaciones, personas y objetos más peculiares.

O indignos de atención, a decir de su madre, que tenía sus manos llenas tratando de llevar juicio a esa cabeza llena de pájaros.

La luz se colaba por los grandes ventanales drapados con metros y metros de cortinas de terciopelo verde y azul y se esparcía por la que era la habitación favorita de su madre, que la había redecorado para atender a las tendencias en boga.

Las líneas simples de sillas y mesas se elevaban con patas y reposabrazos que imitaban sables, garras, esfinges. Ah, el gusto por lo romano y lo egipcio era una lamentable derivación de las andanzas napoleónicas por aquellos lares, creía el duque.

Era fastidioso que, a pesar de que el deplorable y auto coronado emperador francés había sido derrotado luego de una larga guerra, su influencia todavía permeara aspectos como la ropa y los muebles.

Aunque esto se explicara también por la obsesión de Prinny, el regente, con el arte, la moda, las tendencias en arquitectura y el diseño, y la ropa. Lamentablemente, en este último caso, porque... Digamos que su extravagancia era notoria.

No era algo que Francis diría en alta voz, como hacían otros nobles menos cuidadosos y más propensos al cotilleo.

El ruido de sus pasos fue absorbido por la rica y enorme alfombra. Esta y las demás que decoraban las habitaciones de la mansión, habían sido elaboradas en la fábrica que la familia tenía en Kidderminster.

Francis se complacía en observarlas y en pisar en ellas, enorgulleciéndose al pensar que eran la suma de la practicidad y el buen gusto. Se producían con cuidado y eran reversibles,

un concepto revolucionario.

El diseño de cada cara se tejía en pura lana y con colores contrastantes, por lo que se podía cambiar el aspecto de una estancia con algo tan simple como voltearla. Ingenioso, y además la producción había tomado vuelo con la introducción de las máquinas textiles a vapor.

—Aquí estás, Francis, en buena hora—dijo su madre, reprendiéndolo con unas pocas palabras.

—Ha sido un día ocupado, madre.

—Sin duda, sin duda. Sé lo duro que trabajas. Demasiado, si me preguntas—suspiró ella, moviendo su cabeza, que se coronaba con un moño severo del que no escapaba un mechón.

—Es mi deber, y lo hago con todo gusto—le respondió.

—Señora Smith, pueden proceder—ordenó su madre al ama de llaves.

La mujer, una de las empleadas más antiguas de la casa, hizo una reverencia y Francis le correspondió el gesto en silencio. La seña leve de su mano puso en movimiento a dos criados, que comenzaron a acarrear los alimentos a la mesa.

—Oh, Francis, ya casi todo está listo—le contó Olivia y él la miró, divertido. La menor de sus hermanas apenas podía contener la excitación—. Las telas que escogimos son increíbles, y los diseños que la modista me enseñó, bellos. El azul definitivamente es mi color, eso dijo, y creo que coincido, porque me realza la piel. ¿Crees que notarán el defecto de mi nariz? Detestaría ser el hazmerreír de las galas.

Francis tomó aire y se conminó a la paciencia. Olivia hablaba mucho, todo el tiempo, y su presentación inminente en sociedad exacerbaba su entusiasmo.

—No hay nada defectuoso en tu nariz—intervino su madre—. Respira y habla pausado, Olivia.

—Tienes una nariz de lo más normal—asintió Francis.

—Oh, no estoy tan seguro de ello. Mira bien, Francis, y no pretendas que no lo percibes. Se le desvía un poquito a un lado y...—intervino Samuel, inoportuno, haciendo su cabeza a un lado mientras fingía examinar a Olivia con detalle.

—Sam, no es momento de molestar a tu prima—intervino Francis con severidad.

Sam era huérfano desde pequeño como consecuencia de la muerte de sus padres en un trágico suceso en Bengala, y había sido criado en la casa como uno más de los hermanos.

De hecho, su comportamiento era similar al de un fastidioso hermano menor, y Olivia y él solían enredarse en discusiones.

Ahora mismo, su comentario buscaba incordiarla, y la jovencita picó, resoplando, y dejó su cubierto con ruido en la mesa, lo que fue reprendido de inmediato.

Francis dirigió su mirada a Bonnie, que estaba callada, como era habitual. Era la segunda de las hijas y de temperamento calmo y reflexivo, lo que agradaba a Francis y volvía

loca a su madre, que lo definía como *apocado* en la intimidad de la charla con su hijo mayor.

Su presentación en sociedad había transcurrido con pompa el año anterior, una que su hermana detestó, y que no había tenido el éxito que la madre persiguió. Este se medía en conexiones y en un compromiso matrimonial, por supuesto, y esto no se concretó.

El duque Francis no tenía claro si Bonnie consideraba esto bueno o malo, aunque sospechaba que había más de lo primero, porque la manera en la que su sonrisa reaparecía al regresar de las galas y soirée...

Era como si floreciera, encantada de sumergirse en la lectura o en pintar, que eran sus pasiones.

—Y tú, Bonnie, ¿también tienes todo listo?—le preguntó, y esta le miró, masticando con elegancia, y asintió sin gran despliegue de energía.

—Hemos decidido cambiar los colores de los vestidos, querido. Esos rosas y celestes del año anterior...—Brenna meneó su cabeza—. No fueron buenas elecciones, me temo. Nos hemos inclinado por amarillos y turquesas para Bonnie. Oh, va a resplandecer—Carraspeó, y se limpió las comisuras de su boca con delicadeza—. No es que el año pasado no estuvieses maravillosa, Bonnie, pero... Tendrás que hacer mayor esfuerzo por entretener a los interesados y hablarles, mi querida. Tal vez mostrar adecuado entusiasmo y respeto por sus logros.

Bonnie parpadeó, y luego suspiró. Cuando elevó su mirada, Francis le sonrió, procurando aparecer alentador.

Todos en esta mesa salvo lady Brenna intuían que Bonnie odiaba esos colores, amén de la parafernalia de plumas y joyas que la matriarca le haría vestir para su segunda temporada.

Y también a nadie escapaba que su inteligencia clara excedía en mucho a la de los varios pretendientes que se habían interesado en ella y la habían cortejado, sin éxito, para desesperación de su madre.

Es que así como había gentileza y amabilidad en Bonnie, también la caracterizaba una fortaleza que la volvía obcecada. No pocas de las comidas compartidas en el seno familiar el pasado año habían estado signadas por silencios porfiados, y no importó cuánto insistió Brenna.

Entonces, su madre había instado a Francis a intervenir. En su rol de duque y hermano mayor se esperaba que impusiera razón y alentara a sus hermanas a proseguir el camino esperable para jóvenes aristócratas como ellas.

No era lo que mejor hacía, lo reconocía. Él entendía la frustración de Bonnie, pero no podía alentarla. Ella era muy joven y veía el mundo desde la comodidad de un hogar acomodado y sin sinsabores.

El matrimonio era un acto de responsabilidad, e implicaba cabeza fría y planificación. Sus hermanas estarían siempre cuidadas y protegidas por él, no les faltaría nada, pero una mujer se realizaba en engendrar y criar hijos, en educarlos, en dar consuelo y apoyo a

un esposo, en gerenciar una mansión con mano firme. Así proclamaba su madre, y él lo veía razonable.

—Es interesante—indicó Samuel, sonriendo con bonhomía, pero el brillo travieso de sus ojos desmintió sus palabras—. Lo que le aconsejas a Bonnie es exactamente lo opuesto de lo que le dijiste a Olivia, mi querida tía. Contener la charla y el entusiasmo, creo que fueron tus palabras.

—Samuel, ¿cómo van tus estudios?—intervino el duque para evitar una nueva confrontación, que era la meta de Samuel, quien se complacía en incordiar a Olivia.

Esta ya había entrecerrado sus ojos y clavaba sus ojos con desafío. Bonnie masticaba sin molestarse en decir una palabra, aunque intuía que su cabeza estaba llena de estas. Le alegró que no las derramara, porque quería terminar esta comida sin discusiones.

—Me interesan mucho la geografía y la biología, y me va muy bien con los idiomas. No tanto en literatura y matemáticas, pero no me preocupa. Después de todo, quien debe manejar la fortuna de la familia eres tú.

—Recuerda que en tu condición de heredero del conde de Blowtown...

—Ese hombre es inmortal, creo yo—gruñó Samuel, pero Francis no atendió la intervención.

—Debes prepararte para atender tus futuras responsabilidades. Llegará el día en que heredarás ese título, y tendrás que controlar, administrar, organizar. Aprender a dar órdenes y a ver que se cumplan—sentenció con seriedad.

Su primo tendía a minimizar sus obligaciones, y si esto era todavía admisible, pues a sus catorce años era muy joven, Francis pretendía que los años siguientes fueran esclarecedores.

Tenía pensado comenzar a educarlo en la realidad de las labores de un terrateniente y empresario cuando el Parlamento culminara su actuación en unos meses. No había nada como confrontar con los desafíos para abrir los ojos de un hombre.

—Me temo que las mejores calificaciones de Samuel son en el cricket y relacionamiento social—bromeó Bonnie, y este resopló, pero no respondió a su prima, que daba en la tecla las veces que hablaba.

Francis recordó que Ewan tenía excelsas calificaciones en contabilidad, debate y oratoria, áreas en las que Samuel era flojo. No era su intención compararlos, por supuesto, porque confiaba en que Samuel entraría en caja y entendería cómo funcionaba el mundo, el país y la economía, y sería un caballero ejemplar.

Su corazón estaba en un buen lugar. A Francis le resultaba más preocupante aceptar que había un jovencito con su misma sangre que nunca lograría demostrar su potencial porque estaba estigmatizado. *Haces más de lo que cualquiera en tu lugar haría. La mayoría ignoraría su existencia.*

—Francis, querido, no puedo esperar a verte asistir y participar con interés y propósito en los eventos de esta temporada. Es hora—dijo su madre, y él asintió.

—No me perdería el primer baile de Olivia por ningún motivo.

Su madre asintió con gravedad, pero no desistió en su empeño por obtener clarificación. Por supuesto que no lo haría; necesitaba saber que lo había convencido.

—Es imperioso que seas más que testigo y asistente en las galas, y lo sabes. No te haces más joven, y un heredero...

—Gracias, madre, es un recordatorio que necesitaba—indicó con acidez, y tanto Bonnie como Olivia rieron sin cortarse.

—Por supuesto que no es mi lugar decirte qué hacer, mas entiende que me preocupo.

Francis suspiró, y asintió, concentrándose en medir sus siguientes palabras mientras cortaba su carne y la masticaba, deleitándose en el sabor del cordero envuelto en el suave hojaldre.

—Es entendible, y sé que lo haces desde un lugar de cariño y sentido común. Soy consciente de mis obligaciones y responsabilidades...

—Que cumples meticulosamente—indicó Bonnie, fervorosa, y los otros tres asintieron, lo que le hizo sonreír.

Era reconfortante saber que contaba con su cariño y comprensión, más allá de los enojos que surgían cuando debía negarles algo.

—Eso intento. No debes preocuparte, madre, es mi intención cortejar a una dama esta temporada. Como dices, estoy en edad de casarme, y es menester desanimar en forma definitiva la ambición del barón de Woodstick. Del que no hablaremos, porque ya todos se han expresado con largura.

Hubo muecas de desagrado ante la referencia. El citado era su tío, hermano de su padre, y sería el eventual heredero del ducado, título y propiedades, si algo le ocurría a Francis. Algo que este no permitiría que aconteciera, por supuesto. El barón era avaro, displicente, y sus gustos sibaritas desgastaban sus arcas año a año.

—Estuve organizando la agenda—agregó lady Brenna—. Esta se avizora como una temporada fantástica, lo presiento. No han cesado de llegar invitaciones, por supuesto. Después de la primera gala en Almack's, hay varias cenas y un evento de caridad para los huérfanos de la guerra.

—Ir a todas es un derroche de energía y tiempo que no puedo afrontar—indicó el duque, horrorizado ante la mera idea de horas y horas de conversación intrascendente.

—Claro que no, Francis. Solo las más importantes—suspiró—. Algunas de las invitaciones son francamente molestas. Como la de la baronesa Sherwood, o la de la señora Marshbundle—gruñó—. Es absurdo que crean que contarán con nuestra presencia considerando

su posición. Es nauseabundo como ese caballero, Marshbundle, trata de situarse entre los duques y condes. ¡Un comerciante!

El gesto de desprecio era el típico que muchos aristócratas usaban para tratar o hablar de los recién arribados a la cúspide de la sociedad.

—Leí que es dueño de varias fábricas y posee muchos barcos que comercian con América y la India—intervino Bonnie, a quien le gustaba saber lo que sucedía en el país, y no solo lo que la rodeaba.

En eso se parecía mucho a él, pensó Francis.

—Pues tener dinero no lo hace uno de nosotros—indicó Brenna—. La clase y el buen gusto no se compran, y el tipo de actividades que realizan...

—No olvides que también tenemos fábricas, madre—intervino Francis para frenar cualquier inconveniencia que su madre pudiese esgrimir, con una ceja levantada, pero el gesto con la mano implicó que su madre mantenía sus dichos.

—Sin ánimo de parecer altiva, nuestra familia tiene lo mejor de ambos mundos—determinó.

Ella detestaba a los que llamaba *advenedizos nuevos ricos*, y Francis tenía una visión más pragmática sobre esos burgueses que procuraban escalar posiciones sociales y políticas. Después de todo, estas eran lo que hombres como él o mujeres como su madre defendían: un lugar en una escalera jerárquica.

—Me gustaría asistir a la gala en la mansión del vizconde de Argyll—intervino Olivia, y Francis contuvo el graznido de molestia.

Ese hombre era un asno, y justamente la persona que había motivado su apasionada intervención en el Parlamento. Pero sabía que Olivia era muy amiga de una de sus hijas, y vivían a pocas casas de distancia.

—Creo que puede ser interesante. La vizcondesa trajo la invitación en persona, y me hizo saber que es muy factible que el marqués de Sherwood y el duque de York asistan—agregó Brenna.

—Oh, Bonnie, eso es maravilloso—dijo Oliva a su hermana, sin pensarlo, exultante, y el rubor en las mejillas de la mayor hizo que Francis la mirara con más atención.

¿Estaba Bonnie interesada en uno de esos dos nobles? Mm. No los conocía en profundidad, pero no tardaría en averiguar sobre ellos si era necesario, por supuesto.

Y si su presencia era aliciente para que Bonnie tuviera más chances de lograr sus deseos, se sometería al bodrio de tolerar al vizconde y su grupo de conservadores.

Algunos de esos tories no eran del todo insoportables, y los orígenes escoceses del vizconde aseguraban buen whiskey.

—Francis, querido, sería buena idea que le digas a tu valet que concerte una cita con

alguno de los sastres que visten al señor Brummel.

—De ningún modo—miró a su madre y negó con énfasis—. No tengo intenciones de fingir ser un dandi. No me va el raso y no malgastaré horas de mi vida para anudar caprichosamente un pañuelo al cuello. No soy un pavo real—gruñó.

—Beau Brummel es la elegancia en persona, y el Rey...

—Se va a endeudar de la misma forma que ese caballero que mencionas si sigue prestándole atención. Hay acreedores tras Brummel, y lo más desagradable es que es un hombre grosero y vanidoso. No pasará mucho antes de que alguien lo confronte por su falta de pagos—agregó, y dio por terminada la conversación—. ¿Una partida de whist?

—Claro que sí—dijo Samuel, frotándose las manos—. Bonnie y yo jugaremos juntos esta vez.

—Muy listo—indicó Francis, con una sonrisa. Su hermana era muy buena en el juego—. Parece que somos tú y yo, Olivia—miró a la menor y esta asintió con énfasis.

—Espero que no haya gritos esta vez—suspiró la madre, mientras se incorporaba—. No hay buenos perdedores en esta casa.

OCHO.

Nessa se movió hacia uno de los lados de la estancia mientras los músicos preparaban sus instrumentos, incentivados a dejar la bebida a un lado por la generosa propina del señor Trent.

El matrimonio había resultado ser una muy buena compañía durante los seis días del viaje, cada uno de ellos culminado en una posada donde pasaban la noche. Y cada velada, Anne e Isla se habían propuesto ponerla de malas.

Estaba hasta la coronilla de las lecciones de etiqueta y los ensayos de posturas rígidas y sonrisas vanas, además de que la artificialidad de los diálogos se le hacía insoportable.

—Nessa—la llamó Isla, atenta a su intención de escabullirse—. Colócate frente al señor Trent. Esta es la oportunidad de bailar de verdad.

Su hermana la tomó por el antebrazo y la movió para que se ubicara frente al risueño comerciante, que le hizo una reverencia exagerada, mientras su esposa se colocaba frente a Isla.

El sonido de un vals comenzó a desgranarse desde el violín y violoncello y Nessa se esforzó por repetir lo que Anne les había enseñado. Contó cada paso, giró cuando debía, o eso creyó...

Decir que tenía dos pies izquierdos era sobrevalorar su habilidad, y no dejó de tropezar y chocar sus manos de manera torpe con el ágil señor Trent, que no perdió la sonrisa a pesar de que dos de sus pisotones fueron épicos.

A su lado, Isla giraba y danzaba como si hubiese nacido para ello, sin importarle que estuviesen en un sitio pequeño y rodeado de comunes. Nessa estaba segura de que estaba en una ensoñación, su cabecita en una nube.

—Lo lamento, señor—dijo Nessa la tercera vez que pisó a su compañero, deteniéndose—. No soy buena...

—Espero que no me considere rudo, pero... Me percaté de ello—sonrió con picardía—. Si me permite la sugerencia y no la considera incorrecta, le aconsejo mucho ensayo y dedicación diaria en los días que vendrán. Esas galas de las que su hermana habla... Bailar es inevitable.

—Lo sé, créame, señor Trent. Iré a descansar.

Saludó con brevedad y pasó por delante de Anne, que intentó sonreír, aunque su gesto fue una mueca de circunstancias. Estaba preocupada por ella, se dio cuenta, pero no tenía por qué.

Nessa no tenía intenciones de someterse a una humillación pública, y cuando su tía y primas se percataran de su torpeza y falta de garbo e interés, seguro no la empujarían al escarnio,

ya que este recaería en ellas. Probablemente.

Entonces, podría dedicarse a vagar por los confines de los salones o sus anexos, y a admirar el arte en las paredes, así como deleitarse en el festín de platos que se ofrecerían. O a escuchar las conversaciones desde rincones.

Era buena cuando se proponía mimetizarse entre la multitud, y le fascinaba observar las interacciones entre las personas. Satisfecha con esta perspectiva, que era casi un plan, se alistó para dormir, pero su cabeza no dejó de dar vueltas.

Era consciente de que la esperanza de los suyos implicaba responsabilidades en sus hombros y los de Isla. Esas expectativas coincidían con las de su hermana, quien anhelaba conocer un hombre adecuado que le propusiese matrimonio y con quien comenzar una familia.

El eventual afortunado debería acordar con su padre Angus, y habría un acuerdo económico sustancioso que ayudaría a los Campbell, o esa era la idea. Una que la incluía a ella, de un modo más marginal y práctico.

En la cabeza de su madre Maisie, Isla sería desposada por un noble y Nessa por un acaudalado señor, caballero, baronet, alguien de la gentry o nobleza menor. Sí, escuchar a su madre soñar con los ojos abiertos y sin filtro había sido esclarecedor. En dicha ensoñación, había un futuro perfecto para sus hijas.

Nessa quería ayudar a su familia, quitar las deudas y preocupaciones, mantener la tierra de los ancestros para que John la pudiese administrar cuando se recuperara, realmente lo quería.

Pero era una mujer realista y consciente de sus virtudes y falencias. No sobrevaloraba estas últimas, pero tampoco las primeras. Sus talentos no serían reconocidos en los salones de Londres. Por el contrario.

A nadie interesaría su habilidad con los números, su destreza para montar, el que pudiese manejar armas, o que le encantase la poesía y el arte en todas sus formas y tuviese una curiosidad *preocupante*, al decir de su madre.

Anne había sido clara en lo que se valoraría, y las cartas de las primas Elizabeth y Margueritte, que llegaban cada pocas semanas, lo habían reafirmado. Nessa no distinguía telas, no gustaba de peinados complicados, su postura era terrible (y la idea de una tabla que enderezara su espalda era aterradora), no bailaba bien.

Sus conocimientos excedían la media, pero eran sobre temas que interesaban y de los que hablaban... los hombres exclusivamente, al parecer. Temas que ella solía escuchar a su padre discutir con sus invitados o iguales, frente al fuego, en una cena.

Temas que leía en los periódicos, panfletos y libros que llegaban a su hogar. Precios del ganado, tarifas, impuestos, política, la guerra, inventos aplicados a la economía y a los transportes, descripciones de viajes, y tratados.

La ruptura de su familia hacía que la ayuda económica que el tío Colin o el vizconde Atholl podrían realizar no fuera factible, porque Angus no la pediría. Era demasiado orgulloso, decía su madre, pero Nessa lo entendía.

Por fortuna, el cisma no había implicado el ostracismo de Nessa e Isla. Sus primos por ambas partes y su tía Brodie habían mantenido el contacto epistolar, y enviar a Anne había sido la forma de ayudar que esta última había encontrado para prepararlas para su presentación social.

Su padre no tuvo inconveniente con esto, y Nessa había considerado el asunto de la presentación en sociedad un trámite engorroso pero soportable, hasta que la urgencia económica las rodeó.

No tienes que pensar de manera tan terminante, se dijo, tapándose hasta la barbilla. *No hay que esperar lo peor. Mira el ejemplo más cercano que tienes*, el señor Trent *es un hombre agradable y habrá otros más jóvenes como él, e interesados en alguien como tú. Un gentilhombre inteligente apreciará a una mujer práctica e instruida que pueda ayudarle en sus asuntos, además de atender a la casa.*

Era una idea que le dio cierto confort, y se decidió a alimentarla. No todos los que vería en Londres y la rodearían serían desagradables y pretenderían que ella fuera alguien diferente, o la humillarían por serlo, se alentó.

En un grupo grande de personas, no importaba su posición o prestigio, había tres tipos de gente, a su juicio: los desagradables, los interesantes, y los que le eran indiferentes. ¿Por qué sería distinto entre la flor y nata de la nobleza?

No lo era, se dijo. *Es real en tu familia*. El tío Colin le era indiferente, su esposa Leslie era desagradable, igual que el conde de Atholl. Su tía Brodie era agradable, sus primos también podían dividirse en esas categorías.

Era posible que el tiempo y la lejanía hubiesen pulido rasgos molestos o erosionado caracteres interesantes entre ellos, pero sería intrigante y desafiante comprobarlo. *Eso*, se dijo, sintiéndose mejor. Habría mucho más que bailes y momentos tensos para ella en Londres.

—Nessa, ¿estás bien?—Isla le habló bajito, y se dio la vuelta, encontrando a su hermana sentada en el borde del lecho, mirándola con atención.

—Lo estoy.

—Temí que te hubieses sentido...—carraspeó—. Que no bailes todavía de manera armónica no quita que eres preciosa, y que ...

—Oh, Isla, estoy muy bien, querida. No tienes de qué preocuparte, mi ego no está herido. Si acaso, fueron los pies de ese buen hombre los afectados.

Hubo risas, y que Anne se uniera, divertida, la hizo sentir bien.

—Lo harán bien, no se inquieten. Son dos mujercitas formidables y de una

hermosura singular. De buen corazón, y con una inteligencia clara. Quienes las merezcan lo verán, incluso a pesar de tu expresión seria y el desafío en tu mirada, Nessa.

—El futuro dirá.

—Pues espero que el mío sea tan atractivo y recto como Mortimer Delville—susurró Isla, y Nessa resopló.

—Recuerda que ese hombre es imaginario, producto de una pluma, y tu situación no se parece a la de Cecilia, que es un personaje, Isla—dijo, procurando enfatizar que el mundo de la ficción y el real eran distintos—. No sé cuan útil o práctico sea el mirar el mundo en el que ingresaremos desde la pluma de una novelista—indicó Nessa sin calor en sus frases.

No quería sonar dura. Isla era soñadora y romántica por naturaleza, pero también era muy inteligente, rasgo que quienes la veían tendían a desconocer, opacado por su belleza y gentileza.

—Oh, lo sé, Nessa, no te inquietes. Pero te recuerdo que Londres tampoco es un lugar frío y hostil.

—Debo coincidir en que es un mundo diverso, diferente, y puede ser confuso—dijo Anne— Incluso intimidante. Tal vez la actitud intermedia sería deseable. Expectantes, pero no temerosas. No harán nada que no deseen, eso lo sé.

—Gracias, Anne—dijo Isla, y Nessa pensó que debería haberlo dicho también, antes.

La joven tenía apenas tres años más que ellas, y había sacrificado mucho para ir a las Tierras Altas y enseñarles lo que sabía. Nessa tenía curiosidad, pero nunca quiso preguntar cuál era su historia, más allá de lo que manifestó siempre, que fue su compromiso con la condesa de Atholl.

—No tienen nada que agradecerme. He sido feliz con ustedes, y las considero mis amigas. Mañana llegaremos, y habrá muchas distracciones y gente a su alrededor. Nos veremos menos, pero estaré para ustedes cuando me necesiten.

—Que será todos los días, no tengo duda—indicó Nessa, sonriendo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

NUEVE.

Extracto del diario de Anne Holloway.

Han sido días interesantes y llenos de aprendizaje para Nessa e Isla, pero también para mí. ¡Tan diferente a mi viaje de ida hacia las tierras de Campbell! Entonces me debatía entre el temor a lo que vendría y la zozobra y alivio de dejar atrás mi vida.

Viajar con Nessa e Isla ha sido mirar cada paisaje y pueblo desde su mirada nueva, apreciativa y maravillada. Imbuirme de su entusiasmo por saber detalles y aspectos curiosos de cada sitio, así como reírme.

El contar con la compañía del señor y la señora Trent ha sido más que bueno. La preocupación de Nessa encontró un desahogo en la charla con ellos. Exprimió al pobre hombre de cada dato económico y político que tuviese, y él respondió a la curiosidad voraz sin quejarse.

Algo que Nessa tiene que evitar, se lo he dicho ya varias veces, pero forma parte de su carácter. A mi interna, admiro su fortaleza, sus convicciones, su inteligencia, pero no es lo que se espera de ella. Será algo que entenderá cuando se confronte a la realidad.

En cuanto a Isla, su entusiasmo y excitación crecen con cada milla que avanzamos. Me arrepiento un poco de haberle suministrado esas novelas, porque creo que Nessa tiene razón cuando dice que Isla quiere vivir la trama romántica que esas novelas retratan.

Se ha quedado con la versión simplificada de las vicisitudes que las protagonistas vivieron, y se ancló en los finales felices.

No soy quién para decirle que lo comparable entre la realidad y las novelas es que hay mucho de trama política e intereses económicos tejiéndose en los salones de la nobleza. No quiero teñir sus expectativas con mi visión gris y desilusionada, para nada. No es mi tarea, y su situación es bien distinta a la mía.

Estamos muy cerca de Londres. Mañana, si no hay tropiezos en el camino, estaremos allí. Me congratula pensar que he cumplido con la tarea que me encomendaron, aunque esta dejó de ser un mandato o deber al instante de conocer a Nessa e Isla.

Su bienvenida cálida y sincera, la forma en la que me acogieron e hicieron sentir parte de su familia lo han sido todo para mí. Se convirtieron en hermanas menores, amigas por las que siento incondicional cariño, y sé que este es correspondido.

Empero, no puedo evitar los nervios al acercarme a Londres. No sé qué pasará conmigo de aquí en más. Mi vuelta no será celebrada, eso lo doy por descontado.

Mi presencia es dolorosa y un recordatorio ingrato para la condesa de Atholl, y es de esperar que no tolere mi presencia a su alrededor. No la culpo, aunque desearía que ella

tampoco lo hiciese conmigo. Somos ambas víctimas de las decisiones de otros.

No quiero adelantarme a los hechos. Dibujaré una gran sonrisa al llegar, una que aliente a Nessa e Isla. Por fortuna, sé cuánto quiere la condesa a sus sobrinas, así como el cariño que sus primas Margueritte y Maude sienten por ellas. Estarán bien, y también yo.

++++

El carruaje avanzó por la calle amplia y arbolada y Nessa se dejó absorber por el trajín y la actividad que se veía por todos lados. Dejar atrás la campiña e ingresar en la ciudad había sido sorprendente.

Los ruidos, los olores, los colores, las personas que parecían emerger de cada esquina y se paseaban por las veredas, los escaparates, todo era nuevo.

—¡Mira qué damas tan elegantes! ¡Oh, esos vestidos tan bellos! Y los carruajes, tan lujosos.

—Mayfair es un sitio donde coincide lo mejor de lo mejor—aseguró Anne—. Mansiones esplendorosas, jardines y parques cuidados con primor, las tiendas más exclusivas, los carruajes más modernos y adornados, y por supuesto, los aristócratas y poderosos dueños de todo ello.

Algo en el tono de voz de Anne llamó la atención de Nessa, pero no percibió nada extraño en el rostro de la mujer, por lo que se volvió a concentrar en la asombrosa Londres.

—Regent Street. La calle y el canal son construcciones nuevas impulsadas por el Regente. Esto ha valorizado mucho más la zona, e impulsado el crecimiento y la mejora de grandes casas. El vizconde de Argyll adquirió una de ellas, por cierto. Seguro que tendrán oportunidad de conocerla.

—Eso si su esposa olvidó su enfado con nuestro padre—señaló Isla, frunciendo el ceño—. No es como si él tuviese responsabilidad en lo que el abuelo hacía, pero...

—Seguramente no querrá que los demás nobles puedan cotillear sobre el origen de su esposo y su conflicto con su hermano. Nos invitará a su casa cuando sepa que estamos aquí —indicó Nessa, sonriendo.

Si en algo podían confiar era en la preocupación de la vizcondesa de Argyll por no desentonar o llamar la atención sobre la familia escocesa de su esposo Colin.

El carruaje viró y Anne continuó recitando nombres y describiendo los sitios por los que pasaban.

—La calle Piccadilly... Oh, y esta es la calle St. James. Aquí se encuentran los clubes más exclusivos, como Almack's. Tal vez puedan asistir a alguna de las galas, aunque es un sitio muy...—Anne carraspeó—. Es difícil conseguir una invitación o ser aceptado, eso me han dicho. Las nobles que lo patrocinan son muy rigurosas.

—Me imagino—asintió Nessa, y estuvo segura de que no pondrían un pie en ese

sitio.

Tanto como tendrían el respaldo de un conde y su esposa, y tal vez, eventualmente, el de un vizconde, ellas no estaban a la altura de lo que la aristócrata sociedad londinense exigía. Para Nessa eso era un alivio, pero le dolió ver la mueca de desencanto en la faz de Isla.

El conductor detuvo los caballos y descendió con agilidad, acercándose a ellas, mientras Anne se incorporaba y alisaba su falda. La percibió nerviosa y con su faz arrebolada, algo que no era habitual. Su temperamento calmo y reflexivo era uno de sus rasgos distintivos.

—Aquí estamos—señaló—. 5 de la calle Cork. Hogar del conde y la condesa de Atholl.

Descendieron mientras el conductor se abocaba a bajar sus bultos, y Nessa observó la gran casa con interés. Era una mansión impresionante de dos pisos, y las altas y blancas paredes estaban salpicadas de terrazas.

Semi pilares y semi columnas se alternaban en los muros en un estilo imperial, y la madera oscura de las puertas y ventanas contrastaba con el esplendor de un jardín cuidado con primor.

Abundaban los verdes, y los colores vivos saturaban las matas cortadas con formas caprichosas y las flores arregladas en canteros. Había esculturas jalonando el camino que llevaba desde la calle a la fuente, y alrededor de esta a la puerta de entrada.

Esfinges, querubines y dioses griegos sobre pilares acanalados eran las temáticas predominantes.

—Es...—Nessa parpadeó y se encontró falta de palabras.

—Impactante. Bello—susurró Isla, que inhaló con ruido—. La fragancia de estas flores es maravillosa. Es tal y como me lo contó Margueritte, y ¡ohh, allí está!—gritó, y se movió con velocidad para ir al encuentro de su prima, que también corría hacia ellas.

—Vamos, Nessa—dijo Anne, llamando su atención—. Ellos moverán nuestro equipaje.

Dos criados de impecable vestimenta habían llegado a su lado como invocados y ya estaban en proceso de encargarse de los bultos.

En cuestión de segundos estuvo también Nessa abrazando a su prima, a la que se había unido Maude, y los saludos y las voces excitadas hablaron del gusto y la alegría de verse luego de un buen tiempo.

—¡Nessa, Isla, qué gusto verlas!

—¡Estamos tan contentas de tenerlas aquí! ¡Esto será maravilloso!

—¡Oh, no se imaginan lo felices que estamos!—dijo Isla, y Nessa no la desmintió, sonriendo a sus primas, y asintió.

Estas tenían sonrisas amplias, y las tomaron del brazo para conducir las a la entrada,

donde un serio mayordomo las estaba esperando, su mirada evaluándolas, Nessa estuvo segura de eso. *Estirado*, pensó.

—¡Señor Derek, conozca a Isla y Nessa! Vienen de Escocia, y pasarán aquí la temporada.

—Lo sé, lady Margueritte—respondió el mayordomo, apenas moviendo sus labios y sin que otra parte de su cuerpo pareciese hacerlo—. La condesa me lo hizo saber con antelación para que todo estuviese listo. La señora Smith se ha encargado.

El interior de la mansión no era menos señorial e impactante. Las paredes estaban pintadas en un color melocotón muy pálido y las alfombras y cortinados, así como el tapizado de los sillones, butacones y otomanas, era en terciopelo borgoña oscuro.

Atravesaron la entrada, un salón comedor enorme con ventanas gigantescas, donde Nessa se detuvo a admirar la escalera de mármol que llevaba al piso superior.

Luego desembocaron en una sala donde había un pianoforte, libreros repletos, y varias mesas, pero lo que dominaba la estancia eran dos largos sofás estilo chaise longue.

En uno de ellos estaba su prima Victoria sentada lánguidamente, mientras sus hermanos Kyle y Edward se afanaban con cartas en una mesa cerca de la ventana.

—¡Llegaron!—dijo Maude con excitación, y los otros tres se incorporaron con distinto grado de velocidad e interés en sus movimientos y gestos.

Los primos eran mayores y nunca habían sido muy cercanos, pero las saludaron con sonrisas y gestos amables. Victoria fue más glacial y seria, pero era esperable. Tenía la misma edad que Nessa, y esta siempre la había encontrado irritante.

—¡Queridas, aquí están!—la voz de la tía Brodie se elevó desde la entrada, y Nessa e Isla se movieron para abrazarla—. Déjenme verlas. ¡Están resplandecientes! Bienvenidas.

—Gracias—sonrió Nessa, apretando la mano de su tía, y esta le sonrió con placidez.

Su padre y Brodie tenían temperamentos similares y a pesar de que su tía era una condesa y cumplía su rol a la perfección, Nessa siempre sintió que quedaba mucho de su pasado escocés en ella, lo que transmitió a sus hijos con distinto grado de éxito.

Victoria y Kyle se parecían más a su padre, el serio y estirado conde de Atholl.

—Deben estar muy cansadas. La señora Smith les mostrará sus habitaciones y podrán refrescarse y cambiarse. Tendremos refrigerios aquí mismo cuando estén listas. Hay mucho de qué hablar y ponernos al día, queridas.

—¡Hay varias invitaciones para galas en la semana próxima!

Maude elevó su voz y su sonrisa fue toda dirigida a Isla, que respondió de la misma forma.

—Ya les contarás, hija. No las aturdas con tu entusiasmo.

—Oh, puedo ver que Nessa está exultante también, y deseando saber cuándo será su

primera gala—intervino Edward con una risita, y ella elevó su ceja, sin inmutarse.

A diferencia de Kyle o Victoria, su primo Edward era muy agradable y le gustaba bromear. Tenía la capacidad de ironizar sin sonar despectivo, y ella recordaba cuánto solían jugar juntos. Así que no le pareció mal el mostrarle la lengua en respuesta.

—¡Muy madura, Nessa, encajarás de maravilla aquí!—escuchó a Victoria, y se encogió de hombros mientras escuchaba la risita de Edward, Margueritte y Maude.

—Por acá—escuchó una voz grave y se dio la vuelta para ver que su hermana ya iba detrás de una matrona de caderas anchas y moño severo, y la siguió.

—Anne, repórtate con la señora Smith. Ella tiene instrucciones para ti—escuchó a su tía, y miró atrás antes de salir de la habitación.

Su tía miraba a Anne sin una sonrisa, con una seriedad como pocas veces la había visto, y la faz casi sombría y ¿triste? de Anne llamó su atención.

No tuvo mucho tiempo para profundizar en este pensamiento porque la voz del ama de llaves nombrando los lugares que pasaban, y luego indicándoles las habitaciones, la absorbió.

Nessa estaba azorada y sorprendida por el esplendor y riqueza que la rodeaba, y la convicción de que de verdad no estaba preparada para este mundo la atenazó.

No obstante, sonrió a Isla cuando esta la miró, sus ojos desmesurados y su boca semi abierta, observando y disfrutando de cada detalle y novedad.

—Mi nombre es Sally, y estoy aquí para ayudarla—escuchó, y sacudió su cabeza para concentrarse.

El ama de llaves había seguido con Isla para mostrarle su habitación, y ella se había perdido unos segundos en la atribulada contemplación de lujos inesperados.

—Ah... Soy Nessa.

—Bienvenida a la mansión Atholl, señorita Nessa. Estoy a su disposición. Puedo ayudarla con su ropa, si lo desea. Hay agua tibia y ...

—Te lo agradezco, Sally, pero no será necesario—le dijo, sin rudeza, y cuando vio que la criada parpadeaba y se retorció las manos, desconcertada, suspiró—. Estoy acostumbrada a encargarme de mis necesidades.

—Pero... Mm... La señora Smith me indicó que...

Algo en la voz de la muchacha le hizo saber que el ama de llaves no sería tan contemplativa con Sally, por lo que desistió en su empeño de evitar su presencia.

—Puedes pasar y ayudarme a desempacar mi ropa—Hubo un suspiro de alivio en Sally, y Nessa sonrió—. Te advierto que es poca y no tan bella como la de mis primas.

—Oh, señorita, eso de seguro va a cambiar. Escuché a la señorita Maude decir que irían a la modista apenas arribaran, y estaba muy entusiasmada con la posibilidad de encargar vestidos para ustedes.

Nessa resopló con ruido. Sí, podía imaginar que Maude y Margueritte tenían varias salidas de ese tipo planeadas.

DIEZ.

Nessa estaba encantada. Hyde Park era tal y como se lo había descrito Anne, incluso mejor, porque luego de tres días de actividad intensa y encierro, se asemejaba a la libertad.

No importaba que el paseo fuese a paso lento y que lo realizara embutida en un vestido color verde brillante y adornado con lazos y puntillas, ni tampoco que estuviese rodeada de mujeres cuyo único objetivo parecía ser el de admirar a los caballeros que iban y venían por las sendas de grava.

Sentir el aire fresco en su rostro y el suelo hundiéndose bajo sus zapatos, mirar el verde de la arboleda y el brillo que los rayos del sol levantaban del agua, era más que bonito.

Esta no era la naturaleza semi salvaje de su hogar, por supuesto, y luego de unos minutos de caminar, la actividad humana a su alrededor se tornó intensa.

Isla, Maude, Margueritte y la querida Elizabeth, hija del vizconde de Argyll, caminaban adelante, murmurando sin cesar, y su charla era interrumpida a menudo por las risitas y miradas cómplices que cruzaban cuando alguien de su interés se acercaba.

—Camina derecha, Nessa, querida, y dirige tu mirada al frente—le indicó su tía Brodie con firmeza—. Estamos aquí para pasear, pero también para ver y ser vistas, y te aseguro que estamos siendo evaluadas cada paso que damos.

Puf, qué manera de sabotear el momento con la inhóspita realidad.

—¿Qué sentido tiene venir a un lugar tan bonito y no disfrutarlo? Me distrae y atrae mucho más la naturaleza que la gente, y no me siento cómoda soportando sus miradas y cuchicheos—se quejó.

Hubo un suspiro largo y sufrido, y no tuvo que mirar para saber que era su prima Victoria la que así hacía saber su desaprobación. La risa de Edward le supo mejor, aunque provocó un carraspeo molesto en su tía.

—Puedes venir a caminar aquí en las mañanas, si lo que deseas es aire fresco y ejercicio, Nessa, aunque no imagino el sentido de tal acción. Dispondré que alguien te acompañe, por supuesto. Anne podría hacerlo, me imagino—la voz de Brodie se hizo más fría, pero de inmediato recuperó energía—. Pero hoy estás aquí para ser apreciada y considerada, todas lo están. Por ello les pedí que se vistieran tan bonitas.

—El abuelo se revolcaría en su tumba si me viera usar uno de los colores de los McDougal.

—Papá perdió la razón, Nessa, e incluso antes de eso, miraba más al pasado que al futuro. Algo que tú tienes que hacer, porque el presente de tu familia es complicado—esto se lo dijo en un susurro, y sin intención de herirla, lo tenía claro, pero le agrió el ánimo.

Suspiró.

—Muy bien, dime qué tengo qué mirar.

—Un poco tarde, pero aprecio el cambio. Cien metros atrás, cuando estabas mirando al cielo, la marquesa Wittham se detuvo a saludarnos, lo que no es habitual, y se interesó en saber más sobre ustedes.

—La marquesa Wittham—repitió, asintiendo.

—Isla en particular, aunque también Victoria y Margueritte, fueron bien ponderadas. Eso asegura que mañana mismo nos llegará una invitación a alguna de sus tertulias. Es una mujer muy curiosa, y a sus galas y reuniones acuden nobles muy importantes. Su palabra y respaldo tienen mucho peso.

—Eso es fantástico—asintió.

Que su hermana fuese foco de interés no era novedad, porque era hermosa y encantadora, pero era bueno que estos estirados nobles también lo percibieran.

—¡Oh, ahí está Olivia!—escuchó que decía Elizabeth, y hubo murmullos entusiasmados de las otras.

—¡Y acompañada por el duque! ¡Eso es muy poco usual!—dijo Maude, que casi aplaudió de gusto, y Nessa sonrió con amplitud.

Su querida prima menor a veces no podía con su entusiasmo, y este se derramaba en gestos y sonidos que su madre y hermana mayor Victoria denostaban por poco refinados. Eso a Nessa le gustaba, de rebelde que era.

—Es ampliamente sabido que el duque de Worcester ha decidido dar el paso y elegir una esposa. Es un rumor extendido que su madre está ansiosa por un heredero—indicó Victoria con un dejo de superioridad en su voz, que intentó que sonara aburrida, pero Nessa percibió que se acomodaba el cabello y se observaba el atuendo.

—Maravilloso—suspiró la tía Brodie, a contrapelo con la crítica interna de Nessa, que pensó que elegir una esposa sonaba como la mera selección de un animal para reproducción—. La encantadora joven ha salido de paseo con su familia, el duque incluido. La oportunidad no podría ser mejor. Hemos de saludarlos y presentarnos—agregó, y miró a Nessa con gesto serio—. ¡Compórtate, querida! Esta puede ser la oportunidad ideal para mis hijas, o para Isla.

No tuvo tiempo de contestarle, aunque asintió, cuando su tía se adelantaba para alcanzar al grupo que se acercaba a ellos, con una gran sonrisa.

—Sonríe también, Nessa—susurró Edward, inclinándose para hablarle bajito—. Su Excelencia es el partido más importante de esta temporada. No demorará sus aristocráticos ojos en ti si estás con tu habitual gesto agrio—bromeó, y ella resopló.

—¡Como si me interesara ganar el favor de uno de estos estirados petimetres!—respondió, haciendo una mueca, y le dio la espalda para observar la escena.

Se comportaría de la mejor manera, por supuesto, y no solo porque la tía se lo pedía, sino porque no le interesaba llamar la atención sobre sí misma por sus modales cuando había tantas expectativas en su familia.

Si la tía decía que este noble era importante, no lo dudaba, y no arruinaría el momento.

—Excelencia, buenas tardes—dijo su tía, y fue correspondida con una reverencia del hombre alto y de hombros anchos, que giró para incluir a todo el grupo en el gesto de saludo.

—Buenas tardes, lady Atholl. Señoritas—su boca se distendió levemente, sin llegar a dibujar una sonrisa—. Veo que están disfrutando de un paseo, al igual que nosotros.

—Así es, Excelencia. El clima es ideal para ello. Olivia, Bonnie, están hermosísimas, mis queridas—señaló la tía Brodie, y Nessa se sintió aliviada de que el halago no sonase falso ni meloso.

Su tía lo pensaba, y en verdad, las dos mujeres se veían bonitas y arregladas, sin excesos.

—Gracias, lady Atholl—respondió una de ellas.

—¡Elizabeth, recibimos la invitación a la fiesta en tu casa!—intervino la otra que flanqueaba al duque, más espontánea, y eso hizo sonreír a Nessa.

Similar a Maude en su exuberancia, dedujo.

—¡Sería maravilloso que pudiesen asistir, Olivia!—respondió Elizabeth, que tomó a la mencionada por la mano, y ambas sonrieron.

Claramente era amigas, percibió Nessa, y se estaban conteniendo de charlar como querían. La situación era poco natural. Dos grupos de personas en vestimentas caras en medio de un parque, en una danza de pomposidad.

—La duquesa está organizando la agenda, pero cómo entenderá, esta es nutrida y no será posible asistir a todos los eventos—intervino el duque, y Nessa tuvo la convicción de que este hombre no tenía interés en asistir a la mansión del tío Colin.

Con seguridad la vizcondesa estaría devastada, pensó, y se distrajo. Su pie se movió un poco por la grava y hundió la punta de su zapato en ella, las manos extendidas a los costados.

Elevó una de las comisuras de sus labios con impaciencia, deseando seguir el paseo. En su lugar, escuchó como Edward y el tal duque intercambiaban saludos, y la tía Brodie preguntaba por la salud de la duquesa de Worcester.

Supuso que esa sería la duquesa viuda, porque las intenciones casaderas de este duque habían sido ventiladas por sus primas minutos atrás.

—Está muy bien, aunque descansando de sus actividades por el día de hoy. La presentación de Olivia y Bonnie la tiene muy ocupada, pero no voy a contarle esto a usted, lady Atholl, que tiene sus manos llenas.

—Oh, sin dudas, Excelencia. Una tarea agotadora, pero que bien vale el esfuerzo. Mis queridas niñas están fascinadas y nerviosas—el brazo de Brodie se extendió—. Margueritte, Maude, Victoria—las presentó—. Y mis queridas sobrinas, que han venido desde Escocia: Isla y Nessa.

Cada una de las mencionadas hizo una pequeña reverencia, Nessa incluida, aunque la suya fue apurada por un codazo de Isla, y por tanto fue tardía y torpe. La mirada azul acerada contorneada por pestañas y cejas negrísimas pareció clavarla en el sitio, y se percató de que esos ojos no perdían detalle de lo que veían.

Mientras hablaban más intrascendencias, lo observó con atención. Era alto, muy cerca al metro noventa, y su ropa elegante abrazaba un pecho amplio, y brazos y piernas musculosos, determinó.

En su rostro destacaban la mandíbula cuadrada, el mentón partido con un hoyuelo en forma de y, y la boca era de labios gruesos. La nariz recta y amplia sería un desastre en otro rostro, consideró, porque aparecía algo torcida, pero en él... Estaba bien.

Dos grandes líneas de expresión cortaban su frente en horizontal, tal vez producto de una tendencia a arrugarla. Distinguió una cicatriz menor que atravesaba una de las cejas en vertical.

El cabello castaño aparecía bien cortado, y el sol, que acababa de descubrirse, arrancó brillos dorados del mismo. Un conjunto atractivo, mucho, consideró, fijándose entonces en sus manos.

Sus dedos eran finos y largos, y la piel aparecía ligeramente rojiza en sus nudillos. ¿Boxeaba? Le habían comentado que algunos nobles lo hacían por deporte. Tenía algunos callos típicos de los jinetes avezados, se dio cuenta.

Elevó su vista y se encontró con la mirada intensísima sobre ella, y enrojeció. Había estado chequeándolo y evaluándolo como se hacía con un corcel, en un gesto de un atrevimiento considerable.

Por fortuna él no pareció colérico ni llamó la atención de los demás al respecto, y Nessa pudo recomponerse en silencio, dando un paso atrás, y luego otro al costado para quitarse de la vista.

El grupo se había cerrado y las conversaciones amables entre su tía, Edward y el duque continuaron por unos minutos, mientras sus primas, Isla y las dos hermanas del duque hablaban y reían. Nessa se distrajo, y escuchaba retazos de sus diálogos.

—... guantes y vestidos hermosos...

—... no puedo esperar a mi primera gala...

—Sería divino vernos en Almack's.

—Oh, eso no será posible—intervino la tía Brodie—. Me temo que tomará tiempo

antes de que las patrocinantes puedan evaluar adecuadamente mi petición.

—Lo mismo pasa con nosotros—dijo Elizabeth.

—¡Qué pena! ¡Me hubiese encantado tener a Elizabeth allí conmigo! Y ahora que las conozco, también a ustedes—indicó Olivia, y su hermana Bonnie asintió con entusiasmo.

Eran dos mujercitas muy agradables. No había altanería ni soberbia en sus palabras o gestos, y habían incorporado a Isla en su charla con total naturalidad .

—Pero sí estaremos en la gala organizada por la marquesa Wittham—indicó Victoria, presurosa, su mirada sobre el duque—. Y también en la de la baronesa Merryweather y en la del tío... el vizconde de Argyll.

—Oh, por Dios, eso suena agotador—murmuró Nessa, y cuando fue consciente de que había expresado su pensamiento en alta voz, se sonrojó hasta la raíz.

La mirada furibunda de Victoria y el gesto contrito de su tía fueron lo primero que percibió. Luego, las risitas de las otras mujeres, además del gesto sardónico de Edward. Pero la expresión que más la rebeló fue la del duque.

Esos ojos azules entrecerrados, fijos en ella, el entrecejo fruncido, la ceja de la cicatriz apenas elevada... Sí, su Excelencia no estaba nada impresionado con su falta de tacto, pero que se uniera a la fila.

Pensar esto no quitó los nervios de su estómago, por cierto.

ONCE.

La tarde había dado un giro... interesante, consideró Francis, asintiendo a lo que Edward Murray, barón de Sheffield y heredero del ducado de Atholl le estaba contando sobre su última adquisición en el pasado remate de Tattersall.

—... Y Richard Tattersall me aseguró que ese caballo vale cada libra que invertí.

—No le quepa duda, ese caballero es un hombre de palabra—respondió, en automático, mientras su mirada paseaba por el grupo de mujeres y se detenía, otra vez, en la que estaba apartada y parecía más interesada en el parque que en las conversaciones.

Nessa, así la había presentado la condesa de Atholl, que ahora se le acercaba y trataba de traerla con las demás, susurrando algo que hizo que la bonita rubia dibujase un mohín de contrariedad, pero asintiera.

Escocesa, por supuesto, y factiblemente de las Tierras Altas. Tenía entendido que la condesa y su hermano, el vizconde de Argyll, provenían de allí.

Ese dejo rebelde era tan característico, pensó, dejando de lado el hecho de que la hermana, Isla, parecía una joven gentil y muy educada.

La mujercita había dejado entrever su disgusto con la agenda social de su familia, y por extensión, su desprecio por la nobleza londinense. ¿O estaba exagerando las implicancias de un pensamiento pasajero que fluyó sin filtro?

Estaba seguro de que no, porque la escocesa parecía vibrar de deseos de seguir caminando y alejarse, y la manera en que pretendía aflojar la cinta de su cofia era prueba de su incomodidad.

¡Oh, cómo iba a sufrir en cada gala a la que la arrastraran!, se dijo, quitando su mirada de la faz ovalada de ojos verde musgo que no paraban quietos y cada tanto se posaban en él.

El cabello caía hasta la mitad de la espalda y por los hombros, pero el rostro aparecía despejado, sujeto a la coronilla por un broche sencillo. La piel de su cara y cuello, y hasta el escote, que era alto, aparecía cremosa.

La boca aparecía pequeña pero dibujada con primor, y... ¿Qué? ¿En qué estaba pensando, fijándose en este tipo de detalles en una mujer sin modales ni prudencia? Bastaba observarla para ver que carecía de las formas mínimas.

Además, tal vez alguno de sus rasgos fuese interesante de manera individual, pero la suma resultaba en una mujer de un atractivo promedio. Su hermana, por otra parte, era bellísima.

Tal vez una de las mujeres más hermosas que había visto, y eso sin necesidad de muchos afeites. Sería uno de los atractivos de los salones londinenses, no había dudas, mientras

su hermana vegetariana en rincones, siendo objeto de cotilleos nada bondadosos.

La idea no le pareció agradable, y que la condesa la marcara tan de cerca le hizo ver que esta presumía lo que se venía. Pero eso no parecía empujarla a no exponerla, al parecer. Había una historia detrás de esto, estaba seguro.

—Es momento de seguir nuestro camino—anunció, y se volvió hacia Edward—. Seguramente coincidiremos alguna de estas mañanas y podrá mostrarme su caballo.

—Así será—dijo Edward.

—Mis saludos a la duquesa, Excelencia.

—Le haré saber sus buenos deseos, lady Atholl.

Esperó con paciencia a que sus hermanas se despidieran, y dejó vagar sus ojos, que se toparon con los de la escocesa, que no apartó la vista esta vez. No logró descifrar la expresión: ¿desafío, interés, simple curiosidad? Tal vez una suma de las tres.

Cuando estuvieron a distancia considerable, se abocó a dejar hablar a sus hermanas, que claramente tenían información extra.

—¡Isla es tan bonita!—dijo Olivia, con admiración.

—Y no tiene una onza de vanidad al respecto—agregó Bonnie—. Algo que le sobra a Victoria. Cualquiera diría que lo hizo mejor que yo el año pasado—gruñó, y Francis apretó sus labios.

El tono de Bonnie era de molestia y dejaba entrever algún resquemor producto de la anterior temporada.

Le preocupó que este año trajera más preocupaciones a su sensible hermana, pero no tenía modo de torcer lo que se esperaba de ellas. *Tal vez puedes estar más atento y dispuesto a escuchar e interceder este año.*

—Nessa, empero... Es ... cortante, y sus modos le van a traer problemas—dijo Bonnie.

—Pues prefiero su naturalidad a la artificialidad de muchas que conocí el año pasado. Pero entiendo lo que dices. Elizabeth adora a ambas, y me dijo que Margueritte le había confesado que están muy mal económicamente y sus padres aspiran a que puedan comprometerse con hombres que puedan sustentarlas, y tal vez ayudar a su familia. Nessa no quería venir.

Ah, ahí estaba. Un clásico. Las esperanzas de hombres venidos a menos sustentadas en los hombros de sus hijas. Era ridículo que pensarán que tendrían chances con la alta nobleza. A lo sumo, algún baronet, tal vez.

La menor podría hechizar con su belleza, pero en el entramado de los compromisos entraban otras consideraciones, y la posesión de títulos y dinero eran las más importantes. Algo que estas escocesas no poseían.

—Es una pena que no tengan la oportunidad de ser presentadas en Almack's— señaló Olivia, que se colgó del brazo de Francis—. Me sentiría a gusto con Elizabeth y Margueritte a mi lado. Al menos seríamos tres igual de nerviosas y podríamos conversar y divertirnos un poco.

—Es muy exclusivo, y nadie que tenga una mancha en su origen pasa por el tamiz de esas damas—señaló el duque.

—Es injusto. Estoy segura de que varios nobles que son vistos como la flor y nata tienen trapitos sucios y vidas dobles—dijo Bonnie, y Francis la miró con reconvención.

—Bonnie...

—Me molesta la doble moral, en especial cuando es contra las mujeres, Francis— defendió con apasionamiento lo que pensaba, y el duque suspiró.

—Tal vez si le pedimos a nuestra madre que patrocine a...

—No lo hará, Olivia. Ella también tiene sus reparos con la vizcondesa de Argyll.

—¿Y qué hay de la condesa de Atholl? Es una mujer encantadora.

—Nuestra familia no va a respaldar a personas con la que tenemos tan poco contacto y a los que apenas conocemos—indicó, tratando de cerrar el tema.

No quería entrar en detalles sórdidos, y la historia que corría en voz baja en relación con Percy Murray, el conde de Atholl tenía esos matices.

Sí, era añeja y no incluía a su esposa, pero pesaba en muchos nobles, y esto iba en detrimento de sus hijas. Injusto, pero así funcionaba.

—Es una pena—suspiró Olivia, pero luego agregó—. ¿Qué te parecieron las dos escocesas, Francis? Son muy hermosas, ¿no es así?

Había un tono zumbón en la menor, y Bonnie rio bajito.

—Sí, hermanito, cuéntanos.

—No les presté atención. La charla con Edward me pareció estimulante, sin embargo. El muchacho sabe de caballos, es un punto a favor.

—Es guapísimo—dijo Olivia, suspirando—. Espero que baile conmigo en las galas que coincidamos. Es muy agradable.

—Jovencita, dudo que Andrew Murray sea del agrado de nuestra madre. Es importante que mantengas tus opciones abiertas y no te apresures, Olivia. Sé que estás nerviosa y anhelante, y que hay una tendencia a apurar compromisos, pero eres muy joven. Igual tú, Bonnie. Están en una posición inmejorable. Quiero que entiendan que tienen mi apoyo, y eso siempre será así.

—¿Así seamos unas solteras?—bromeó Bonnie, pero a Francis no se le pasó el dejo de ansiedad que había en su voz.

Esta era una más de las razones para asentarse y casarse, reafirmó. Mantener a la

familia sólida y segura.

Aunque había otro tipo de medidas que podía tomar que diera tranquilidad a los suyos, consideró. Era tiempo de considerar dejar a cada una un seguro económico que le permitiera tomar decisiones con autonomía y sin ser forzadas por la desesperación.

—Así se queden para vestir santos, aunque ruego que esto no ocurra. Quiero que puedan formar familias que las colmen de felicidad.

—Es un hombre de una gentileza mayúscula, su Gracia—indicó Olivia, con una reverencia—. Tiene que dejar que esto se filtre a su cara y que otros lo vean. En especial alguna inteligente y bonita debutante.

—Tal vez deberías contarnos un poco sobre tus gustos y deseos, Francis—señaló Bonnie, ruborizada—. Me refiero a referencias de carácter, a qué tipo de esposa buscas. Estaremos compartiendo muchas tardes y noches con la mayoría de las solteras consideradas apropiadas.

Carraspeó, y asintió. Esperaba no lamentar esto más adelante, pensó, mientras extendía su brazo para indicar la reja de salida del parque hacia la calle Oxford.

—Una dama elegante, bonita, pero sobria, para empezar.

—No una que dilapide tu dinero en vestidos y joyas, por supuesto, pero que vista de acuerdo con su posición, y la tuya.

—Así es. Es vital que sea inteligente, de conversación interesante, culta...

—Eso restringirá sensiblemente el número, te lo aseguro—dijo Bonnie—. Gran parte de las chicas saben bailar, bordar, tocar algún instrumento o cantar, algunas leen, pero... Coincidirás que no se nos preparara para ser intelectualmente desafiantes.

—Ustedes lo son—les comentó.

—Porque madre y tú son liberales al respecto—dijo Bonnie—. No es lo que pasa en la mayoría de los casos.

—Hay sentido en enseñar a llevar adelante una casa y la servidumbre. Y una mujer que pueda danzar y disfrute de la música puede ser consuelo al final de una jornada—concedió—. Una buena madre y anfitriona, gentil y de buen talante, solícita.

—Varias de esas características que hoy mencionas te parecían tediosas el año anterior, y te volverían loco en cuestión de semanas. Una de las razones por las que nos quieres tanto es porque te desafiamos, y esto incluye a Samuel.

—Con ustedes me basta. No quiero una mujer que me lleve la contraria día sí y otro también. Aquí estamos—indicó—. Vayan a reportarse con nuestra madre. Yo buscaré al cochero y saldré.

—Como todos los domingos y miércoles, como un reloj—dijo Olivia, y él entrecerró sus ojos para mirarla con tal reconvención que la hizo retroceder.

Bajo ningún concepto permitiría que el tema de su amante siquiera se rozara superficialmente. Su relación con Antoinette era sexual, y había respeto y cordialidad entre ambos, pero era una transacción más, sin sentimientos de fondo.

Una relación que tendría que terminar, y de eso hablarían precisamente hoy. No podía emprender la búsqueda de una esposa cuando mantenía a una amante.

—Francis, por favor, convence a mamá de incorporar la gala de la vizcondesa de Argyll a la agenda—le dijo Olivia, y él asintió, a la par que la imagen de unos ojos verdes enormes retornaba a su mente.

Tonterías, pensó, y se dirigió a los establos.

DOCE.

Nessa mordisqueó suavemente la pluma mientras ordenaba sus ideas y pensaba qué quería que su madre supiese y qué aspectos debía guardarse.

Había prometido tenerlos al tanto de lo que aconteciera en Londres, y ya se había demorado en enviarles correspondencia, pero había estado muy ocupada. Hizo una mueca y meneó su cabeza. *Ocupada*. Era una manera de verlo.

Pasear con morosidad, ir a la modista a mirar telas y probarse vestimenta, tomar té y pastas con invitados constantes o recostarse contra una pared buena parte de una velada en una mansión deslumbrante había sido lo que había llenado la semana de actividad. Nada productivo en el sentido literal de la palabra.

Su tía Brodie y su flemático esposo habían enfatizado la importancia de lucir extraordinarias, mostrar modales exquisitos, hablar cuando se les inquiría algo y siempre, siempre, *cuidar la reputación como el tesoro más valioso que tenían*.

Esto había sido dicho con una doble mirada a ella e Isla, como si lord Percy Murray estuviese convencido de que era necesario repetírselos para que no arrastrasen su nombre por el lodo.

Tal vez así fuese, se amonestó Nessa, considerando que había errado ya en varias ocasiones, motivada por curiosidad, aburrimiento, o rabia. Es que no le era sencillo permanecer muda cuando escuchaba tonterías solemnes expresadas con lapidaria verborragia.

El mismo conde era fastidioso en sus expresiones acerca de las razones de la decadencia de su padre, por ejemplo. Había sugerido que la *mala cabeza* y *el intentar mantener vivas tradiciones que debían morir* eran lo que llevó a su padre Angus a la ruina, y a que otros tuvieran que hacerse cargo de sus desastres.

¿Cómo podía quedar callada ante la injusticia, y la sugerencia de que estaban aquí por lástima y eran recibidas por obligación? Su orgullo se rebeló, y no la contuvo el que Isla le diera un pellizco muy fuerte en el muslo.

Le había contestado, por supuesto. *Mi padre no tiene mala cabeza, sino que nos robaron. Los precios que pagan los ingleses por los productos son muy bajos, y se aprovechan. Las tradiciones son parte de la historia, y nos anclan en el presente*, le dijo.

El conde no estaba acostumbrado a ser confrontado en su casa y le había ordenado callarse. En retrospectiva, el diálogo no había sido tan terrible, y ella hizo saber lo que pensaba con relativo respeto.

Pero aquí no se toleraban versiones contrarias a las del conde, y tenía que recordarlo. Estaba en su casa, eran sus reglas. Y eso aplicaba para lo que hicieran en Londres, en general.

Suspiró, y comenzó a escribir.

Madre querida,

Espero que estén muy bien, y que tanto padre como John estén aliviados de trabajo así como de preocupaciones. Nosotros fuimos recibidas y atendidas de maravilla.

La tía Brodie y nuestros primos les envían sus mejores deseos. Han sido días intensos luego de un viaje largo, pero muy interesante, y Londres es lo que esperaba, y más.

Esto era real. La ciudad la atraía, al menos lo poco que había visto de ella. Las calles por las que habían transitado eran limpias y pavimentadas, y los carruajes modernos iban y venían llevando gente a comercios llamativos, clubs y parques.

Había color por doquier, y esto incluía a las mansiones exuberantes y construidas con materiales nobles y variados rodeadas de cuidados jardines exteriores.

La tía Brodie insistió mucho para que tengamos un vestuario variado, y si bien traté de disuadirla de gastos superfluos, en un intento por cuidar el dinero que traje, ella no ha querido saber nada. Me avergüenza decir que acepté que se haga cargo de los estipendios sin el calor que de habitual impondría a mis negativas. *Tiempos desesperados aflojan mi orgullo, al parecer.*

El ajetreo es constante. Hemos conocido varias familias de importancia que tienen hijos en edad de casarse y a los que no parece detener el hecho de que nuestra fortuna va en declive. Algunos se han mostrado encantados por el hecho de que nuestro hogar esté en las salvajes Tierras Altas, pero sobre todo por el hecho de que estemos emparentados con un conde y un vizconde.

He de aclarar que las dos personas que así se manifestaron son hombres que han hecho su fortuna en el negocio del carbón, el hierro y la importación de algodón. Mostraron interés en cortejarnos en la gala organizada por la marquesa de Wittham.

Te hubiese gustado vernos allí, madre. Isla resplandecía en un vestido en pálidos rosas, y el mío en azul zafiro no estaba mal, aunque me sentí oprimida la noche entera.

Los preparativos en la mansión Atholl habían sido largos para concurrir a dicha gala, y las estancias se llenaron de gritos, fragancias y colores antes de subir a los carruajes que las llevaron a la mansión de la marquesa.

La tía Brodie lució maravillosa en su vestido impecable y sus costosas joyas, del brazo del conde, al que Nessa reconoció elegancia, aunque a regañadientes. Sus primas, Isla, y ella misma habían sido una suma de telas suaves y brillantes, guantes hasta el codo, peinados extravagantes con plumas y flores, y tacones incómodos que le habían apretado la gala entera.

Anne, bendita sea, las había ayudado a prepararse, y no dejó de recordarles sus enseñanzas. Nessa estuvo más interesada en saber por qué la veían tan poco estos días, qué hacía y por qué no asistía con ellas.

Su amiga había sonreído y les contó que la habían asignado a realizar recados, y cuando la criada personal de Victoria enfermó, a asistirle. Eso la tuvo muy ocupada.

Por supuesto, había pensado Nessa. La más egoísta y absorbente de sus primas la tendría bajo un tormento de órdenes y tareas.

Nessa no entendía el papel de Anne en la casa y en la familia, de verdad que no, y lo había comentado con Isla, pero no se atrevían a preguntar porque parecía un tema muy sensible con su tía.

El interior de la casa resplandecía con candelabros y lámparas por doquier. Mesas colmadas de manjares deliciosos y bebidas abundantes. La música era maravillosa. Había una banda de músicos excepcionales que tocaron toda la noche. Isla tuvo su libreta llena y fue la sensación, eso creo.

Hubo interesados que se acercaron al conde para pedir autorización para cortejar a Margueritte y Victoria, y por ello las tardes en la mansión Atholl han sido intensas desde entonces.

Había sido como un desfile, a juicio de Nessa, que veía ir y venir carruajes desde la quietud de una pérgola en el jardín, lugar que había hecho su favorito. Sus momentos de lectura y tranquilidad habían sido interrumpidos a menudo por la llegada de Sally para decirle que su presencia era requerida en la sala de recepción, lugar adonde se recibían a los cortejantes.

Un baronet llamado Cohen estaba interesado en Margueritte, y esta estaba embelesada con el pelirrojo elegante de conversación serena y que la escuchaba con suma atención. Victoria era cortejada por el hijo de la marquesa Wittham, para sorpresa de la tía Brodie, y la prima brillaba, e incluso estaba menos irritante.

Bien por ella, pensaba Nessa, que se había ablandado hacia Victoria cuando su tía le confesó que estaba aliviada, porque esta había sido presentada el año anterior y había tenido algunos interesados menores. El hijo de la marquesa heredaría el título pronto, eso se decía, porque su padre estaba postrado.

En cuanto a Isla, si bien su belleza tuvo a todos embobados en la fiesta, por ahora esto había atraído a dos hombres, y ninguno de ellos con título. El que los recibieran en la mansión Atholl era muestra del cariño que la tía Brodie les tenía a sus sobrinas y mostró lo empeñada que estaba en ayudar a su hermano Angus y sus sobrinas.

Lord Percy apenas sí había estado unos minutos con ellos, y tanto Victoria como Kyle habían dado pretextos para no estar presentes.

El señor Jayden Moore había sido agradable, tenía muchas anécdotas e incluía a todos en la conversación y no esperaba que las damas estuviesen quietas y compuestas. Era un comerciante ultramarino y mostró interés en Isla.

Esta había sido gentil, pero Nessa entendió que no tenía interés en el hombre robusto y con comienzo de calvicie. El otro cortejante era el señor Charles Sommerset, hombre con el cual Nessa había intercambiado algunas palabras mientras bailaban.

Cuando le escuchó hablar en la sala de la mansión Atholl, se alegró de haberlo pisado sin piedad. Pedante y pagado de sí mismo, no parecía entender que charlaba con la esposa e hijos de un noble de alcurnia.

Edward lo había soportado brevemente antes de huir. Margueritte había pretextado una jaqueca, e Isla, que debería haberlo tolerado, se excusó diciendo que ayudaría a su prima.

Al final, solo quedaron la tía Brodie, Maude, que claramente sufría porque no se podía mover y estaba aburridísima, y Nessa, que soportó con estoicismo la vanidosa perorata porque pudo derivar el tema al comercio de la lana en Escocia y las posibilidades de venderla saltando intermediarios locales.

Madre, debes contarle a papá que hay posibilidades de vender nuestra lana con contactos directos aquí en Londres. Uno de los caballeros me contó que la mejora en los canales ha hecho que haya más competidores y que se puede negociar con los dueños de las fábricas. Estaré atenta para ver si puedo entablar vínculos adecuados. No te inquietes, no haré nada aventurado.

Se apresuró a calmarla. Esta información era una pequeña luz en la oscuridad, pero una posibilidad al fin. Sommerset había dicho que muchos empresarios preferían el algodón, pero había otros, caso el duque de Worcester, que estaban expandiendo sus fábricas y necesitaban más materia prima.

Nessa había parpadeado con sorpresa al escuchar el nombre del duque vinculado a negocios que no tenían que ver con la tierra. Ella hubiese imaginado que el noble seguía la línea de desprecio tradicional que la nobleza tenía por los que amasaban fortunas con el comercio y las fábricas.

Era una lástima que hubiese sabido esto después de la gala, porque el duque había asistido. De haberse enterado antes, Nessa se hubiese acercado y le hubiese solicitado una reunión.

Mm. Pensándolo bien, no saberlo había sido afortunado. Su impulsividad le hubiese jugado en contra. No se hacían las cosas así en Londres, e imaginó que él hubiese estado disgustado, tal vez horrorizado con su falta de tacto.

Se lo notaba estirado y circunspecto, pero era guapo. No que a ella le interesara, pero a muchas en el salón, sin dudas. Cada paso que hacía a un lado, cada gesto y palabra, estaban bajo escrutinio. Nessa lo había observado desde los rincones en los que procuró esconderse.

Su figura alta y ancha destacaba en elegante atuendo. El pañuelo muy blanco

resaltaba la piel algo cetrina de su cuello y rostro. Sus manos tenían ese mismo tinte, el de un hombre que disfrutaba del aire libre.

Los ojos claros lo evaluaban todo, serios y escrutadores, aunque no faltó una cortés sonrisa de saludo a quienes se le acercaban. Que eran muchos.

Él y un hombre apenas unos dos o tres centímetros más bajo, un elegante dandi de ojos café con una sonrisa de picardía constante, eran los más solicitados de la noche. *Su Excelencia, el duque de Elywood*, le había susurrado Elizabeth, suspirando con ensoñación.

Nessa se las había arreglado para chocar o empujar a ambos en la pista, para su humillación, y su rostro había quedado púrpura cuando el duque de Worcester la escrutó con una ceja levantada por el lapso de un giro.

Esto no le había ayudado a concentrarse en las instrucciones para el vals que Anne había grabado en su cabeza. No quería bailar, pero la empujaban a no desairar a los que se anotaban en su libreta. Eso de seguro cambiaría cuando la voz de su torpeza se corriera.

Más tarde, ella y Elizabeth habían conversado animadamente con las hermanas de dicho duque, y refrendó la idea de que tanto Olivia como Bonnie eran encantadoras. La primera estaba exaltada y entusiasmada, y la segunda era más medida en sus expresiones. Le habían contado sobre la velada en la famosa Almack's.

<<*¡Tan hermoso! ¡Resplandeciente! Incluso el Rey apareció, brevemente. Fue algo loco, también. Tenía temor de equivocarme a cada paso. Bonnie estuvo maravillosa, y el duque de Bristolbridge bailó dos veces con ella.*>>

<<Olivia, sabes que Grayson es gentil, y muy amigo de Francis,>> la había reprendido Bonnie, sonrojada, y Nessa se preguntó por qué eso sería un impedimento si a la bonita mujercita, que tenía un año menos que ella, le parecía agradable.

<<¿El que sean amigos impediría un compromiso entre ustedes?>>, había inquirido, y Bonnie tartamudeó que no era conveniente, aunque Olivia se había encogido de hombros, y el asunto quedó así sellado.

No hemos visto aún al tío Colin, a la vizcondesa, o a los demás primos, con excepción de Elizabeth. Pero lo haremos pronto. Habrá una gala la siguiente semana, y la tía Brodie dice que será espectacular. Se espera que haya muy buena asistencia, y lady Leslie invitó a muchos nobles de alcurnia.

Al parecer intenta ser aceptada en esos círculos con empeño, y si bien no dudo que hubiese preferido no tenernos por aquí, la noticia de nuestro arribo se ha extendido como un reguero, y la impactante presencia de Isla lo ha enfatizado. Así que creo que apostarán a jugar la carta de preocupados por sus parientes menos afortunados.

Estos datos le encantarían a su madre, que de seguro reiría al leer sus irónicas

palabras, aunque las traduciría sin ese borde filoso a su padre, que aún sangraba por la herida de la decepción que la ruptura con su medio hermano Colin le había abierto.

Lo que le contaba al pasar sobre que la alta sociedad londinense estaba bien enterada de su llegada era real, en el más descarnado de los sentidos.

Había escuchado una conversación mientras deambulaba por los pasillos de la mansión de la marquesa, y esta había incluido a la anfitriona y a otras dos mujeres.

Esas dos jovencitas son bonitas, la menor bellísima, pero no tienen oportunidad. Casi me apena que las envíen a Londres a jugar el rol de cazafortunas, aunque sus cabecitas no lo entiendan así, había dicho la marquesa, y Nessa había hecho un esfuerzo de voluntad brutal para no decirles cuatro verdades.

En su lugar, se había pegado más a la pared, y continuó escuchando. *Una vergüenza,* había gruñido la más rechoncha. *Es importante que los nobles solteros y sus familias estén al tanto de los apuros económicos e intenciones malignas de estas dos. La más hermosa ha captado mucho interés en dos o tres buenos partidos, que se han abocado a girar y charlar con ella en lugar de hacerlo con otras más adecuadas.*

En unos días todos lo sabrán, y no importa el auspicio del conde de Atholl, o el del vizconde de Argyll. En fin... Cambiando de tema, es maravilloso que haya logrado la asistencia de los duques de Worcester y de Elywood. El segundo no se decide a sentar cabeza, pero el primero está en la búsqueda, así me lo confirmó su madre.

Me complace comprobar que mi querida Lydia ha captado su atención, señaló la mujer más elegante y alta.

Era de esperar, lady Bournemouth. Lydia es exquisita, y brilla por atributos naturales y de su atavío, indicó la marquesa. *¿Qué mejor que la hija de un conde para el duque de Worcester? Tengo entendido que pertenecen ambos al mismo partido.*

Así es, así es. Agradezco sus palabras, lady Witthall. Creo que podrían ser la pareja de esta temporada, a no dudar.

La satisfacción que emanaba de su boca era obvia, y Nessa había fijado su mirada en la mencionada pareja, que había estado danzando el vals a la perfección. Pudo apreciar que la orgullosa matrona que hablaba de las dotes de su hija tenía razón.

La mencionada Lydia era una mujer alta y estilizada con el cabello castaño y ojos celestes, arreglada de manera impecable. No hizo un movimiento equivocado durante la danza, sonrió con adecuada contención y Nessa supuso que solo habló cuando el duque la inquirió, o pareció así desde donde ella estaba.

No es que hubiese estado observándolos con fijeza, nada de eso. Pero no podía menos que atender a las diferencias entre damas como esa, finas, gráciles e inmovibles, con ella misma.

Nessa tenía mechones cayendo sobre su frente y había derramado la mitad de su bebida en el costado de su falda. No cojeaba, pero sí se movía tiesa, y la siguiente mañana había descubierto ampollas en un pie.

Así y todo se las había arreglado para escurrirse al jardín, y se había sentado en un banco desde donde podía apreciar el salón de baile. Estuvo en soledad un buen rato, hasta que un ruido atrás le hizo volver la cabeza y vio que el duque de Worchester estaba a unos metros.

Se había incorporado por inercia, e hizo una reverencia, pero él hizo una mueca y se había retirado rápido, sin dirigirle la palabra, lo que provocó una punzada en su pecho. Al parecer el noble era grosero, y no se cuidaba de mostrar su desprecio a los que no eran sus iguales.

¿Es que respirar el mismo aire era un problema? Hombre despectivo y prescindente, cateto inconsiderado, pagado de sí mismo. ¿Cómo se le podía haber ocurrido que podía pedirle una audiencia y explorar la posibilidad de hacer negocios? Desvaríos de una alocada soñadora, como solía decirle John cuando se enfadaba.

Edward y Maude habían venido en su busca minutos más tarde, cuando todavía la ira la consumía, y aparecieron aliviados de encontrarla. El primero le dijo que no tenía que perderse de vista ni andar sola por pasillos y jardines.

Algo ya repetido, pero se le había olvidado, impulsada por el tedio y la incomodidad de estar en un lugar que consideraba hostil. La necesidad de chaperona constante era frustrante.

Dile a John que cuide de Lento y de Buster. No tengan cuidado, madre, estamos bien, y tengo esperanzas de que nuestros asuntos mejorarán muy pronto.

*Su hija que los quiere,
Nessa.*

Pensar en su perro y en su caballo la sumió en la nostalgia por un buen rato, pero luego suspiró, y esto coincidió con la llegada de Sally, que traía ropa en sus brazos.

—Señorita, este vestido de montar y las botas son de su talla. La señorita Margueritte se las regala. Están impecable porque ella no es dada a cabalgar, y además, tiene otro atuendo de ser necesario.

—¡Perfecto!—dijo con alborozo.

La posibilidad de cabalgar la hizo suspirar de gozo, y aceptó la ayuda de la criada. Cuando estuvo lista, se apresuró escaleras abajo y hasta las caballerizas, donde Edward le había dicho que la esperaba.

Convencerlo de aceptar su compañía había sido sencillo, lo difícil sería que le permitiera disfrutar de un trote vigoroso. El conde había fruncido el entrecejo y le había dicho

que mantuviera las formas y no los avergonzara cuando escuchó que saldrían.

Nessa suspiró, pero se dijo que ya tendría oportunidad de montar como quería al volver a su hogar. Sonrió a Edward, y admiró su caballo, lo que hizo que su primo inflara el pecho. El caballo que le trajeron no estaba mal, decidió, pero suspiró al ver el sillín lateral.

Nada de montar a horcajadas, había dicho Anne decenas de veces. *Una dama usa un sillín adecuado*. Y helo aquí, pensó con el ceño fruncido. Era imposible dar un salto para montarse en el corcel.

Entonces se le ocurrió que era lo mejor, porque con la falda de montar hasta los tobillos y pesada como era, no podría garantizar que no se le enredara y cayera de bruces.

—Usa esa base—Edward le señaló un madero ancho y alto—. Mis hermanas recurren a él, o a mi ayuda, pero ya me ves, listo, y tú eres ágil como una amazona.

—Es increíble que hasta le quiten el gusto a una cabalgata—gruñó, y se apoyó en el lomo del caballo para impulsarse arriba y quedar sentada.

Por fortuna el animal era manso y estaba acostumbrado a estas lides, claramente, porque se podría haber roto la crisma. Miró de reojo a Edward, que contenía la risa. Cateto. Se removió para acomodarse bien, y azuzó la grupa izquierda para que avanzara.

—¿Una fusta? Porque lograr que gire a la derecha será imposible sin ella.

Su primo movió el corcel y tomó una mediana de una de las paredes, de donde colgaban bridas, sillines, y otros de elementos para cabalgar. Se la entregó y le hizo una señal para que lo siguiera.

—Vamos, Nessa.

Esta asintió, y a pesar de las limitaciones que le significaban la ropa incómoda y el ir de lado, su boca se ensanchó en la primer sonrisa amplia y natural desde que había arribado a Londres.

TRECE.

El trote del caballo era equilibrado y estaba domado a la perfección para atender a los comandos más sutiles de su talón, consideró Francis mientras se deleitaba en el movimiento poderoso del bruto avanzando sobre la superficie de la vía más importante de Hyde Park.

Este y otro corcel habían arribado ayer con otro similar, tal y como Saint le había prometido. Había estado deseando montarlo, por lo que esta mañana se había levantado más temprano que de costumbre, dispuesto a probar su desempeño.

La extensión de dos kilómetros que era la Rotten Row en el Hyde Park era poco para comprobar la resistencia y velocidad de este ejemplar, y si se atendía a lo poderoso de su ancestro, el esfuerzo sería mínimo.

Aspiró el aire cortante con deleite y azuzó al animal para que su trote se convirtiese en galope, y por unos instantes exhilarantes, se sintió en su propiedad a campo abierto.

La cerca de madera que bordeaba el camino mostraba que no era así, y se recordó que las autoridades que controlaban el parque abogaban por montar a un paso prudente.

Mas solo había cruzado tres o cuatro mozos de cuadra ejercitando a los caballos de sus señores, que debían dormir todavía, pues vendrían a la tarde, como lo hacía la mayoría de quienes usaban este sitio como vidriera o evento social.

Sí, el corcel respondía de manera fenomenal, girando a izquierda o derecha, deteniéndose y avanzando a voluntad de su jinete, aunque cada movimiento lo hacía con nervio, para deleite de Francis, que detestaba los caballos sumisos y sin brío.

Hizo un sonido de chasquido y el caballo se elevó sobre sus patas traseras, relinchando, y Francis rio, ajeno a la mirada de desaprobación del jinete que pasó en sentido contrario, que a pesar de ello hizo un movimiento de saludo con su cabeza.

Su rango haría que, si acaso, su conducta fuese comentada, y lo que recibiría sería una recomendación de cautela. Pensar esto le hizo contener su entusiasmo y dirigió las riendas para sostener un trote vivo. No tenía que aprovechar su posición para desafiar las reglas.

Los casi mil metros recorridos con velocidad y novedad le quitaron parte de su energía excesiva y se contentó con avanzar, su mente perdiéndose en consideraciones. Tenía un largo día por delante, y una reunión con su administrador sería la primera cita de la mañana.

Por la tarde concurriría al Parlamento, y había prometido a sus hermanas que las acompañaría a la tertulia organizada por lady Polly Mitchell. Al parecer era un evento esperado porque contaría con la actuación de una cantante de ópera excepcional, además de que *lady Lydia Rose Bournemouth estaría allí*, había agregado su madre, como si este dato fuese trascendental.

Su progenitora no había demorado en percatarse de que la bonita hija del conde de Bournemouth era la que más le había atraído del abanico de damiselas de todos los colores y formas desplegadas por el gran salón de Almack's, y luego en el más pequeño de la marquesa de Wittham.

Se estremeció al pensar en las pasadas de pie y girando en la pista, cambiando varias veces de acompañante para no dar esperanzas infundadas. Bailar dos piezas seguidas hubiese equivalido a una declaración de interés, por lo que se instó a atender y sonreír, además de preguntar intrascendentes detalles a las damas con las que bailó.

De la misma manera, procuró estar al lado de sus hermanas o de Hugh y Grayson el resto del tiempo, porque no sería la primera vez que una dama taimada entrampara a un noble para que estuviese a solas con su hija y luego obligarlo a casarse para lavar el honor mancillado. En varios sentidos estos salones eran peor que una jungla.

Sí, lady Lydia tenía su atención. Era hermosa, bailaba muy bien, vestía y olía de maravilla, y tenía los modales perfectos. Adecuada, eso le pareció. Su padre pertenecía a su partido, y aunque su relación no era estrecha, lo encontraba soportable.

Incluso había aplaudido su postura en defensa de los veteranos de guerra y la política exterior británica. Un hombre con una fortuna considerable y sin vicios flagrantes, todo lo que aseguraba que un compromiso entre ambas familias sería celebrado por ambas partes.

De todas formas, esperaría para hacer un movimiento en ese sentido. No era un hombre de prisas, y atarse por años ameritaba más que guiarse por primeras impresiones.

Sostenía la misma idea en relación con sus hermanas, y su preocupación no estaba tanto en Olivia, que había actuado en los salones con naturalidad y entusiasmo, y sí en Bonnie. Esta había actuado un pelín agitada en las dos oportunidades, y Francis no había dudado en solicitar la ayuda de Grayson para darle ánimos y entretenerla.

Este era como un hermano, y conocía a las suyas desde niñas, y las protegería de ser necesario. Francis quería evitar que alguno de los calaveras que transitaban estos eventos munidos de un título pero sin blanca hiciera de Bonnie u Olivia su presa. Él podía lidiar con las aves de presa, pero era mejor anticiparse a sus movimientos.

Hacia él avanzaban dos jinetes, uno de ellos femenino, con el cabello claro al viento y el color borra de vino de su atuendo contrastando con el paisaje de verdes y marrones de la vegetación y de grises acelestados del alba.

Edward Murray, el hijo del conde de Atholl, y una de las escocesas que había visto en este mismo parque una semana atrás. Y tres noches antes, cuando ella lo había empujado con torpeza en la pista de baile de la marquesa.

La mujercita se balanceaba con mucha gracia sobre la montura, empero, como si estuviese unida al corcel, acompañando a este en sus movimientos, y la sonrisa que apreció en su

rostro era brillante.

Francis entrecerró sus ojos, y no los apartó mientras se acercaba, a pesar de que sabía que Edward lo había visto. Ella no, tan embelesada estaba en sus alrededores y palmeando y hablando al bruto. *¿Quién hacía eso?*, pensó.

—Excelencia, qué gusto encontrarlo—elevó su voz Edward cuando estaban a unos cinco metros, su mirada fija en el caballo de Francis, quien recordó lo entusiasmado que había estado el muchacho cuando le contó sobre su adquisición en Tattersall.

Los ojos verdes muy abiertos giraron hacia Francis, que sintió el peso de esa mirada intensa que mezclaba escrutinio y curiosidad. De inmediato le vino a la mente este mismo duelo en los jardines de la marquesa de Wittham, cuando él había salido a tomar un poco de aire y para alejarse por un instante de la multitud, y se había topado con ella, sola.

La sorpresa le había hecho detenerse en seco, y cuando ella le miró, sin parpadear, el instinto de evadir problemas le había hecho girar sobre sí mismo y huir, porque no había chaperona. Expuesta y libre, ignorante o desafiante de las reglas sociales.

—Buenos días, lord Edward—Estaba casi seguro de que el joven había heredado un título menor de uno de sus tíos paternos, por lo que el tratamiento correspondía—. Probando su nueva adquisición, imagino.

—Así es, excelencia. Y es una maravilla.

—Así veo—asintió.

Se acercó al trote y miró al caballo con apreciación. Era un buen ejemplar, era indudable. Su mirada se posó sobre la joven, que estaba arreglando su falda y hablaba por lo bajo, unos dos metros más lejos, prescindente de su presencia.

Insolente, o ignorante de las mínimas cortesías. Su mirada recorrió la curva que su cabeza inclinada hacia la izquierda dejaba visible desde el lóbulo de su oreja por su cuello y hasta su clavícula.

—Nessa, el duque de Worcester—dijo Edward, algo tenso, y entonces ella elevó sus ojos, mientras su caballo caracoleaba, lo que la hizo mascullar algo por lo bajo.

El duque taloneó para acercarse, por instinto, temiendo que ella acabase en el suelo, pero la vio recuperar control acudiendo a su fusta.

—Buenos días—dijo ella, obviando el tratamiento que su título implicaba, pero la disculpó a su interna, porque aún se afanaba en colocarse derecha en su montura.

—Buenos días, señorita. Tenía entendido que los habitantes de las Tierras Altas eran jinetes excelsos. Supongo que hay excepciones—señaló, cediendo a un impulsivo deseo perverso de incordiarla, y la manera en que sus ojos se agrandaron y el verde pareció devorado por motas doradas fue increíble.

Sus rasgos, por otro lado, dibujaron sus emociones a través de expresiones rápidas.

Una O de sorpresa y un rictus molesto en su boca de labios cincelados como los de una de las esculturas griegas que se exponían estos días en el museo.

Sus cejas levantadas, el parpadeo rápido que hizo que las pestañas abanicaran sus ojos, sus manos apretando las bridas... Todo habló de tensión y furor, pero ella demostró inteligencia al controlarse.

—Oh, lo somos, pero no solemos constreñirnos tanto para una cabalgata. Las mujeres no tenemos desventajas allá... O al menos, no tantas—dijo, la frustración colándose leve en su voz, mientras señalaba su posición de costado y su falda.

—Nuestras damas no tienen inconvenientes con esto.

—Sus damas *se exhiben* sobre los caballos, *no cabalgan de verdad*—remarcó—. Lo mismo en cada espacio a los que asisten—anunció, y la aspereza de su voz provocó que él elevara su ceja, y se hizo adelante, sus manos en sus muslos, desafiándola con la mirada.

—No es algo que moleste a sus primas, a su tía, o incluso a su hermana, si observé bien sus comportamientos el otro día en este mismo parque, o en la gala de la marquesa Witham—le espetó, y ella se sonrojó hasta la raíz.

Edward carraspeó, llamando la atención de ambos y sacándolos del duelo verbal al que Francis se dejó arrastrar. Le molestó que ella tuviese ese poder sobre él, sacarlo de sus cabales, pero era una tontería, por supuesto.

Ella era una mujercita sin modales y hablaba desde la torpeza que parecía caracterizarla. No bailaba, no era capaz de dialogar sin discutir o decir inconveniencias.

—Ese caballo suyo es impresionante, Excelencia. ¡Qué líneas, qué poderío en esos músculos!—dijo Edward con admiración, y Francis sonrió, palmeando el lomo del corcel.

—Es una maravilla. Es la primera vez que lo monto, por cierto. Es descendiente de Eclipse—agregó con orgullo incontrastable.

—Formidable—susurró Edward, descabalgando para venir más cerca, y el duque lo imitó.

Ambos se enfrascaron en detalles acerca del pura sangre y sus ancestros, y el respeto por el muchacho aumentó. Sonidos de roce de telas lo hicieron mirar a su lado, y vio que la mujercita...

Nessa, se dijo, ese era su nombre... Ella estaba mirando al caballo con la misma atención de ambos, y su mano pequeña le acarició la testuz, murmurando palabras de aprecio casi en la oreja. El animal resopló y su pata delantera escarbó en la grava, nervioso.

—Es un ejemplar magnífico.

—¿Quiere montarlo?—ofreció a Edward, que asintió sin dudar, por lo que intercambiaron bridas, y en segundos el muchacho taloneaba alejándose por la pista.

—Es un pecado tener a un caballo así para paseos en un parque—dijo ella—. Un

ejemplar como ese debería estar cabalgando en la campiña, permitiéndosele explotar su energía.

El descaro de esta mujer, queriendo decirle qué hacer y cómo actuar con lo que le pertenecía, pensó, y su mirada volvió a la boca, que dibujaba un rictus porfiado. Esos labios bien dibujados podían ser muy expresivos.

—Ese animal estará perfectamente cuidado, alimentado, cepillado y abrigado en mis establos.

—Lo mejor que puede tener es su libertad, y yo creo que esta la encuentra en la velocidad y el campo abierto.

¿Por qué parecía que estaban hablando de algo más que de caballos?, se preguntó, pero renegó de la idea. Ella no era quien para llegar y juzgar cómo se hacían las cosas en Londres, o cómo las hacía él.

—Hay sentido en el orden, las normas, la estructura. Así se progresa, se controlan los impulsos. Es válido para caballos, y seres humanos, creo yo.

—Si le gustan domados...—indicó la atrevida, todavía ignorando la manera correcta de dirigirse a él, y esto lo rebeló.

—Su Excelencia, o su Gracia—le dijo, la mirada fija en ella y la voz cortante—. Intuyo que le han enseñado que esa es la manera correcta de dirigirse a mí.

No le dio tregua, sus ojos fijos, hasta que se puso como la grana y bajó la vista, asintiendo.

—Mis disculpas... Excelencia—alargó la palabra, que además surgió como mordida, pero le produjo satisfacción, aunque pareciese poco digno de un adulto de su estirpe.

Ella lo molestaba, lo movilizaba, y no en el buen sentido. Osada y sin formas, una semi salvaje que no tendría suerte en los salones, y sería objeto de burlas y estigma, pensó, y su satisfacción se desinfló.

Alguien tendría que llevar sentido a esta cabecita hueca, se dijo. Miró al joven que estaba dando la vuelta a unos cien metros.

—¿Cómo ha ido su presentación y la de su hermana? Me percaté de que ella tuvo mucha atención en la velada pasada. Imagino que la mansión Atholl ha de estar muy visitada estos días.

Observó su reacción, que deliberadamente buscó, como un bastardo, al implicar que no habría interesados en ella. Para su sorpresa, no demostró molestia ni humillación, sino que una sonrisa se extendió en su faz.

—Isla es muy bella, sí, y cualquiera que se interese de verdad en ella verá que lo es también por dentro—Hubo genuino cariño en la expresión—. De hecho, creo que mi hermana no se conformará con menos de lo que merece, una vez que pasen la ilusión y la ceguera que provoca el brillo falso de esta ciudad—señaló, y el duque movió sus cejas para demostrar su

sorpresa ante el veneno de las últimas palabras.

—¡Ouch! Temo que hace juicios rápidos y engloba en ellos a demasiada gente como para que estos sean certeros. Habla usted como si fuera juez de carácter y virtudes. ¿Lo es?

Ella parpadeó, y se mordió un costado de su labio inferior.

—Tiene usted razón, me disculpo—dijo—. No soy una mujer de modales o virtudes excelsas, y menos aún de las que se estiman aquí.

—Me percaté. Estar sola en un jardín a la noche, sin chaperona. Debería ser más cuidadosa con eso, señorita—sus ojos azules la taladraron, y ella parpadeó.

Por eso había retrocedido como si se le fuese la vida en ello, claro, que boba había sido.

—Yo... Esas galas son tediosas al punto del colapso.

—Mm, y dado que no disfruta el baile. Lo percibí en el momento en que me empujó en la pista así como lo aprecié en la cara de sufrimiento de ese caballero... No recuerdo su nombre.

Ah, ese color borgoña de sus mejillas era adorable, similar al de uno de los tintes que su fábrica de alfombras utilizaba.

—No es extraño que no recuerde su nombre, no es un noble como usted. Ese caballero es Charles Sommerset.

Edward estaba llegando a su lado, una gran sonrisa en su cara.

—Lo lamento, Excelencia, me entusiasmé y lo he demorado—dijo, desmontando, y acariciando el pelo del caballo.

—De ningún modo. Estaba poniéndome al día sobre las andanzas de su señorita prima en Londres.

—Nessa está... adaptándose—respondió Edward, elevando levemente las comisuras de sus labios.

—Lady Atholl debe estar muy ocupada con sus hijas y sus sobrinas. Hay innumerables galas y reuniones programadas. Los cortejantes han de ser muchos.

—Mi señora madre disfruta de ello, y estoy de acuerdo en que la belleza y talentos de mis hermanas y primas tentarán la soltería de muchos. Es temprano para aventurarse, pero escuché que nombraban a Sommerset. El pájaro temprano se queda con la lombriz, eso dicen—rio Edward, pero el rodar de ojos de la escocesa y la seriedad de Francis le hizo ver que su broma había sido desafortunada.

—Edward, es hora de que regresemos. Excelencia, buen día—dijo ella, y Edward asintió y murmuró un saludo, llevándose una mano al sombrero.

Francis sonrió al ver que estaba avergonzado y se subía a su caballo sin ayudar a la mujercita a montar. Esta estaba intentando poner su pie en el estribo, que estaba demasiado alto.

Si por alguna chance lo lograra, pondría presión excesiva en la montura, que quedaría descentrada y podría provocar su caída.

Suspiró al ver un retazo de piel tentadora entre el batir de la falda, y escuchó el resoplido frustrado de ella, que miró a todos lados.

—Oh, por Dios—Edward amagó a bajar, pero el duque intervino.

—Permítame—elevó su voz y se acercó al joven, al que entregó las riendas de su caballo, y fue hasta la mujercita—. La ayudaré.

Se arrodilló y entrelazó sus manos, mirando hacia arriba inexpresivo, indicando el hueco con un gesto de su barbilla. Ella dudó, pero luego colocó su pie izquierdo con firmeza, y posó la mano en su hombro, tras lo cual estiró su rodilla y se impulsó. Él se elevó para ayudar el movimiento, logrando que ella quedara sentada en la montura de manera correcta.

Mechones de su cabello sedoso rozaron su rostro en el proceso, y su mano rozó la de ella, suavísima, al ayudarla a estabilizarse. La fragancia sutil a flores que se desprendía de su cuerpo le hizo aspirar hondo, y le encantó. Fresca, natural, apreció.

No supo por qué percibió esto con tanta intensidad, pero lo hizo, y la convicción de que se comportaba como un niño le hizo tensarse.

—Gracias, Excelencia—dijo ella, bajito, y él asintió, serio y compuesto, avanzando para tomar las bridas de su caballo, que montó de un salto.

—Los veré en la gala en casa de la vizcondesa de Argyll.

—Oh, allí estaremos—sonrió Edward—. La vizcondesa estará feliz de contar con su asistencia, Excelencia.

—Mi hermana Olivia es muy amiga de Elizabeth, y el grupo de señoritas que la rodean. Eso incluye a su prima Isla, y no dudo que también a usted, señorita Nessa.

Ella hizo un gesto de asentimiento tímido, y Francis consideró, por primera vez, que detrás de su aparente desinterés y altanera concepción de la temporada social londinense y sus participantes había cortedad y temor.

CATORCE.

—En un placer tenerla aquí, lady Leslie—repitió la tía Brodie, a la vez que hacía una discreta seña a las dos criadas para que comenzasen a servir el té y dejaran los platos con pastas al alcance de las damas y caballeros presentes.

La sala de recibir de la mansión Atholl estaba colmada. Su tía, sus dos primas, Kyle, Isla y Nessa conformaban el grupo anfitrión, que recibía a la vizcondesa de Argyll y sus hijas Megan y Elizabeth.

También había venido el vizconde, su tío Colin, que les saludó brevemente antes de ser conducido al escritorio del conde de Atholl. Era la primera vez que Nessa veía a sus tíos en varios años, y lo primero que le vino a la mente era que el tiempo no había sido generoso con ellos. O tal vez era su encono el que hacía la valoración.

La vizcondesa estaba ricamente ataviada y enojada, pero aunque exudaba prosperidad, no era ni la mitad de bonita que la tía Brodie. Los aretes y la gargantilla eran más propios para una fiesta nocturna y estaban colocados para impresionarlos, evidentemente.

Una sola de esas joyas podría atemperar los ímpetus de los acreedores de su familia, consideró Nessa, y era la muestra de que al vizconde no le tocaría el bolsillo el ayudar a su medio hermano en sus tribulaciones económicas.

No cometería la tontería de contar a su estirado tío la apurada situación en la que estaba su hermano en las Tierras Altas, no tenía sentido. Su padre había sido muy claro al respecto: Colin había desertado de la familia, abandonándola en el instante en que consiguió su título nobiliario, y esta se había convertido en un peso para él.

Nessa sospechaba que esta mujer que degustaba pastas con avidez estaba detrás de esa conducta de desapego, o al menos la había estimulado. La vizcondesa era una mujer estirada, pendiente de la mirada de sus pares y en un esfuerzo constante por ser aceptada entre los más poderosos que ellos.

Por lo que se desprendía de sus comentarios, lo estaba logrando. Bien por ella, pensó con aburrimiento, mientras asentía y escuchaba a medias lo que se charlaba. Estaba más entretenida con la observación de sus primos menos conocidos.

Kyle era la imagen de su padre, y sus modales eran impecables. Escuchaba con atención a las damas, sonreía cuando debía, estimulando la charla con frases cortas. Mas había una frialdad en sus ojos que denotaba que no lo hacía con real interés. Muy diferente a Edward, por cierto, al que Nessa adoraba.

Megan era atractiva, aunque bastante plana en su cháchara, que en general emulaba la de su madre, o reforzaba esta. Le faltaba carácter, algo que no ocurría con Elizabeth.

—Megan, Kyle y Victoria se parecen, ¿no crees?—se agachó para susurrar en el oído de Isla, que escondió su boca tras la taza de porcelana para sonreír, y susurrar:

—Es notable como no olvidas nuestra niñez. Te complacías en molestarles allá en el castillo. Todavía recuerdo cuando colocaste aquella rana en la cama de Megan. O la oportunidad en que empujaste a Kyle de su caballo.

—O cuando escondí a Victoria las cintas de cabello y su peine—agregó, e hizo una mueca breve.

No era raro que la esquivasen o le prestasen poca atención. Había sido una niña activa, bromista y gustaba de tomar el pelo de los visitantes más estirados y poco divertidos, y estos tres... Seguían iguales.

Tú también, Nessa, pero a ellos les va muy bien, y tú has tenido que ceder posturas y fingir que te pareces o quieres ser como ellos. La idea la rebeló. ¡Ella no deseaba ser una aristócrata tonta! Detestaba estar aquí, probablemente con la misma fuerza con la que ellos la querían lejos.

—Será una recepción maravillosa, Brodie, y me atrevo a decir que uno de los puntos altos de la temporada, aunque parezca que peco de vanidosa o soberbia.

Nessa estuvo segura de que ese era un pecado que cometía a menudo, y la forma en que se dirigía a Brodie era la primer demostración. La tía era una condesa, y por ello estaba en un escalón jerárquico superior, pero la dinámica entre ambas no lo trasuntaba.

Brodie se refería a su cuñada como Lady Leslie, o vizcondesa. Esta, usualmente usaba el nombre de pila de la condesa, con la familiaridad que le negaba a la otra. Y eso cuando eran más de dos décadas que se conocían, y cuando habían pasado mucho tiempo juntas allá en las Tierras Altas, en principio, y luego acá en Londres, donde vivían a poca distancia.

¿Qué podían esperar Nessa e Isla con este antecedente? La vizcondesa detestaba a Angus, tal vez porque representaba ese pasado que la hace socialmente poco atractiva para los grandes apellidos, reflexionó Nessa, mirando sus gestos y expresiones.

Lady Leslie era la tercera hija de un barón que había logrado interesar a Colin justo cuando este heredó su título. Probablemente creyó que esto le aseguraría mayor consideración entre sus pares.

El tío Colin era un hombre de metas cortas y le había costado dejar atrás sus costumbres, más que a su familia. Durante varios años se resistió a mudarse de Glasgow, y entonces la vizcondesa trató de que al menos fuesen dueños de un castillo y tierras. El de los Campbell parecía ideal, y de ahí el conflicto desatado que partió a la familia.

Entonces, se habían mudado a la propiedad rural heredada en las Tierras Bajas, y de allí a Londres, donde al parecer *eran propietarios de una de las mansiones más elegantes y sofisticadas de Regent Street.*

—Es maravilloso, lady Elise. Supongo que los preparativos para tan importante gala la han de haber agotado.

La mujer asintió, y Nessa fijó su vista en las manos regordetas que acompañaban las palabras.

—Organizar algo tan grande y lograr que la servidumbre entienda y cumpla con sus tareas es tarea difícil, pero ya todo está listo para esa noche. Me aseguré de llevar las tarjetas en aquellos casos en los que se impone una invitación personal, por supuesto.

Nessa había visto la tarjeta hacía algunos días, por lo que los Atholl no estuvieron incluidos en tan alta consideración, pensó, y no se perdió de apreciar las miradas entre Margueritte, Maude y Kyle, quien perdió su sonrisa. Un desliz de la vizcondesa, pero ella no se percató, tan inmersa estaba en la descripción de sus tejemanejes.

—Por supuesto—asintió la tía Brodie, que parpadeó, pero no esbozó molestia.

Nessa no sabía si admirar o denostar esa inexpresividad que su tía, amable y gentil la mayor parte del tiempo, adquiriría en momentos como estos, soportando la conversación pueril y la falta de respeto de una mujer inferior en varios aspectos.

Nessa no pensaba en términos de títulos. La tía Brodie era mucho mejor madre de lo que la vizcondesa sería alguna vez; Elizabeth lo dejaba entrever cuando suspiraba y hacía notar a Maude o Margueritte lo afortunadas que eran.

—La duquesa de Worcester me hizo saber que ella, sus dos hijas y el duque asistirán —agregó lady Leslie con una sonrisa brillante—. Otros nobles confirmaron en los siguientes días, y entre ellos, la condesa de Bournemouth—hizo un gesto que pretendió pícaro, pero que a Nessa se le antojó desagradable—. Por supuesto, no podía ser menos. De algún modo supo que el duque vendría a mi mansión, y no quiso perder oportunidad. Se rumora que él mostró interés en su hija, y la condesa ha de estar afilando sus garras para atraparlo.

—Haciendo lo que todas las madres de las debutantes hacen, lady Leslie—indicó la tía Brodie.

—Oh, claro, a todas nos preocupa que nuestras queridas hijas sean respetadas y puedan ser cortejadas por hombres adecuados. Pero hay casos...—suspiró con dramatismo—. La desesperación se nota, y no es agradable, ni elegante, ni tiene éxito—su mirada se clavó en Nessa e Isla, y la primera no bajó la suya.

Ni muerta le dejaba ver que la afectaba.

—No considero que lady Lydia Bournemouth esté desesperada—intervino Kyle—. Es una mujer muy bonita, de exquisitos modales, y su familia posee una fortuna considerable. Se habla de rentas que superan las quinientas mil libras.

Nessa casi se atragantó con una pasta al escuchar la cifra, y tragó con dificultad. Dios, eso era muchísimo dinero. ¿De verdad se podía tener esa cantidad? Unos tanto, otros tan

poco.

—Pero el duque supera eso con amplitud—sentenció la vizcondesa, chasqueando su lengua—. Entre las propiedades y sus fábricas, se dice que supera el millón de libras. Es un hombre muy inteligente que ha logrado aumentar su herencia con creces.

—Un partido que ha despertado el interés de muchas—dijo la tía Brodie—. Ha sido así por años, pero no había mostrado interés en una boda antes.

—Participar en la guerra hizo que estuviese varios años afuera, y su pasión por los inventos aplicados a la economía, amén de su talento para los negocios, es reconocido—dijo Kyle, que se encogió de hombros—. El duque prefiere el campo y pasa todo el tiempo que puede allá. Cuando viene a Londres, el Parlamento absorbe parte de su tiempo. Es un liberal entre los whigs—agregó, con un gesto de disgusto.

—¿Qué quiere decir eso?—demandó Nessa, interviniendo por primera vez.

—Tiene ideas un tanto... Digamos que es de aquellos que promueven mejoras para los obreros que exceden las que son posibles, si se quiere obtener ganancias. Sus discursos encendidos son molestos, o eso dice nuestro padre.

—Pero dijiste que él ha incrementado sus ganancias, a pesar de darle mejoras a sus obreros... ¿Supongo que ese es el caso?

Frunció el ceño. No sería la primera vez que alguien defendía algo y no lo aplicaba o cumplía con eso.

—No lo sé, pero...

—Oh, toda esta charla es innecesaria. Esos temas de política y economía nos exceden, Nessa querida, y harías bien en recordarlo. Las damas tenemos demasiado en nuestras manos como para introducirnos en temas que no nos interesan.

A mí sí, quiso decir. Me interesan, me involucran, y no me exceden, quiso gritarle.

—El contar con la asistencia del duque de Worcester en tu gala probablemente logrará que sus amigos también estén presentes—dijo Brodie, quitando atención de Nessa, que agradeció el detalle.

—Oh, los duques de Lycombe y de Bristolbridge asistirán, no me cabe duda. Por supuesto, eso implica más presión sobre mis hombros. No puede haber más que perfección en los detalles. Me he asegurado de ello. La modista ha trabajado con denuedo para que estemos impecables.

Su mirada pasó por todos, y recaló más tiempo en Nessa e Isla, que se miraron brevemente. Había un comando evidente en la mirada y las palabras que no se expresaban. La vizcondesa había venido para asegurarse de que su familia estaría a la altura del magno evento que organizaba.

El descaro era flagrante, aunque al no ser expreso, impedía una respuesta acorde.

Una que no se le daría, porque ninguno de los presentes era de confrontar o poner en su lugar a otra persona, con excepción de Kyle, hubiese creído Nessa, pero este solo hizo un gesto de molestia y suspiró.

—No podemos esperar a disfrutar de tu hospitalidad y calidez, *Leslie*—señaló la tía Brodie, arrastrando el nombre, y Nessa entrecerró sus ojos.

Mm, su tía manejó el sarcasmo con maestría, y eso la reconfortó. A veces olvidaba que las garras no tenían que estar expuestas para existir.

La vizcondesa apareció momentáneamente desconcertada, no acostumbrada a que usara su primer nombre. Luego, decidió no dar entidad al asunto, y su mirada se clavó en Isla y en ella.

—Queridas, entiendo que puedan necesitar ayuda para comprar atuendos como los que se necesitan para estas ocasiones, pero hay crédito abierto a mi nombre y...

—Eso no será necesario, lady Leslie, pero lo agradecemos—dijo Isla, adelantándose a su respuesta, mientras su mano apretaba la de Nessa, instándola a callar, y esta cerró la boca con una mueca.

—El conde y yo estamos exultantes de tener a ambas con nosotros, y cuidamos de que estén perfectas para las galas y tertulias a las que asistimos. No cometeríamos el absurdo de exponerlas, como comprenderás. Isla y Nessa han resplandecido, ¿no es así, mis queridos?—dijo a sus hijos, que asintieron todos.

—Isla ha embobado a todos—dijo Maude.

—Por supuesto. Mi intención es ayudar—aseguró lady Leslie—. Me imagino que han de estar echando de menos su hogar, a sus padres. ¿Cómo está Maisie?

—Muy bien, y también mi padre—dijo Nessa—. Gozan de buena salud, y están en su mejor momento.

—Oh, eso es un alivio. Las malas lenguas...—Lady Leslie suspiró—. Me temo que algunos malintencionados esparcieron rumores terribles sobre su situación económica, querida. Y sobre el hermano de tu madre, ese comerciante locuaz, Percival algo.

Era increíble lo rápido que viajaban los rumores, se dijo Nessa, molesta, pero no daría la satisfacción a esta víbora. Era incomprensible pero no dudaba que esta mujer encontraría solaz en saber que Angus estaba sin un penique y a punto de perder sus tierras.

Leslie no entendía que esto iría en detrimento de la imagen de su esposo Colin, porque el escándalo lo salpicaría. Había gente tonta, no importaba cuán importante y sabios creyeran ser.

—¿De verdad?—fingió horrorizarse, llevándose incluso una mano al pecho—. ¡Es ultrajante! Mi tío emprendió viaje al continente. Es algo que siempre quiso hacer, y como la guerra terminó, le pareció ideal. Por otro lado, los negocios de la lana y la carne están como de

costumbre. La gente sigue comiendo y se hila y teje más que nunca.

No era así. Durante la guerra, los ejércitos consumían muchísimo, por lo que la materia prima se había encarecido, aka carnes, lanas, granos, y ello benefició los bolsillos de los productores como su padre.

Con la desmovilización y la vuelta a los hogares de los sobrevivientes luego de la última estocada de Napoleón Bonaparte en 1815, los precios se derrumbaron, además de que el algodón había sustituido a la lana en muchos productos. Pero el golpe de gracia lo dio el tío al huir.

Nada de esto iba a reconocer frente a esta mujer, que alimentaría el ego de su tío y tal vez propiciaría otro intento de adquirir el castillo Campbell. Su padre moriría de disgusto y vergüenza, y ella otro tanto.

—El interés que estas chicas han generado es reconfortante—señaló la tía Brodie, y lady Leslie elevó una ceja.

—¿Eso ha resultado en algún cortejo concreto?—demandó saber, y hubo susurros entre las mujeres, algunas risitas y rubores.

—Pues sí, mi Margueritte tiene un firme interesado, y el señor Charles Sommerset ha hecho bien visible sus intenciones con Nessa.

Esta demudó su rostro, y parpadeó, y su rostro debió ser muy cómico, porque hasta Kyle rio. La única excepción fueron la tía Brodie y lady Leslie.

—¿A mí? Pero... El baile que compartimos fue... Lo pisé varias veces... Las veces que ha venido...—Estaba confundida—. Creí que había marcado su interés en Isla.

Esta carraspeó y achinó sus ojos, y se ruborizó.

—El señor Sommerset cree que tú serías una esposa perfecta, Nessa querida, y por supuesto le hice saber que eres encantadora. ¿No notaste su interés en ti? Se ha esforzado por llamar tu atención.

—Mm... Es confuso darse cuenta... Cada vez que ha venido somos varias en la sala, y él es gentil con todas. Habla tanto...

—Siempre debe haber testigos presentes en un cortejo—gruñó lady Leslie—. Es garantía de que las malas lenguas no esparzan veneno y comprometan la reputación de una dama.

—Él preguntó cuáles eran tus flores favoritas, y por ello trajo un ramo de peonías a la siguiente oportunidad. Ahora entiendo por qué se las entregaste a Isla cuando él te las dio a ti —dijo Maude, riendo fuerte.

—Creí que eran para ella—se defendió—. ¡Detesto estos convencionalismos confusos! Tanta pomposidad me abruma.

—Son la base de la sociedad en la que transitas en este momento—le advirtió lady Leslie—. Y tu comportamiento se refleja en todos nosotros, Nessa, no lo olvides—Dibujó la

sonrisa más falsa que pudo y asintió—. Por otro lado, esta es una novedad interesante, y un alivio. Temí que...—carraspeó, y Nessa hizo su cabeza a un lado, esperando lo que saldría de esa boca—. Creí que podrías sufrir contratiempos o desilusionarte con la temporada.

Sutil, elegante manera de decir que había estado segura de que sería un desastre. Oh, Nessa estaba desilusionada, sí. Y por cierto que no tenía interés en Charles Sommerset. Era aburrido, pedante, y la verdad es que se había confundido.

El hombre miraba a Isla cada vez que podía, incluso cuando le hablaba a Nessa. Su hermana solía generar atención y Nessa estaba acostumbrada a que la observaran con fijeza, por ello no le había llamado la atención.

Se llamó a silencio y se preguntó qué podía querer Sommerset con ella. Si creía que cortejarla le daría acceso a la nobleza, estaba equivocado. Tal vez no tanto, consideró. Después de todo, ella contaba con el aval de la tía Brodie, y esta influía en el conde Atholl.

No te provoques una jaqueca considerando lo que los otros pueden pensar o querer. Pregúntale la próxima vez que lo veas, y aprecia su reacción y respuesta. ¡Como si le fuese a decir la verdad!, consideró. Esta gente hablaba envolviendo sus intenciones en palabrería fútil.

—Has estado distraída, pero lo del señor Sommerset fue evidente, Nessa—le susurró Isla, aprovechando que los demás estaban inmersos en conversaciones dispares—. Sé que te desvelas pensando en lo que estarán pasando nuestros padres y John. También lo hago, pero nos dieron esta oportunidad con generosidad, y debemos aprovecharla para hacer lo mejor con ella. Sommerset... Considera darte la oportunidad de conocerlo un poco. Dicen que es muy rico, y eso... Tal vez podría ayudarnos.

Asintió, aunque sin calor. No era el momento ni el lugar para pensar y discutir. Su cabeza había estado ocupada, era cierto, y no en nada productivo. Sí, pensaba en su familia a cada rato, pero también... Suspiró.

No sabía por qué la imagen de ese hombre, el duque, se le colaba una y otra vez en los pensamientos. El duque de Worcester, que al parecer era la joya de la temporada. Contuvo el resoplido. Era un pagado de sí mismo, pretencioso.

Había que ver el orgullo que se le derramaba al hablar de su caballo y la historia de este. Seguramente había pago miles de libras por él, tan solo para alardear al paso por ese parque que era una imitación domesticada de la Naturaleza real.

Te fastidió el que hablara de tus falencias, como si tú no las vieras o estuvieses avergonzada de ellas. Fastidioso y fatuo. Se había fijado en que había pisado a Sommerset, y le llamó la atención sobre el empujón que le propinó en la pista. ¡Fue totalmente involuntario, de pura torpeza!

Tuvo el nervio de reclamarle el que estaba sola en el jardín, como si eso fuese un crimen. Al menos el evitar estar cerca de ella no había tenido que ver con desprecio a su

personalidad o atractivo, consideró, sino porque era inadecuado socialmente.

¿Por qué te importa el que te evitara, Nessa? Ten cuidado, ten cuidado.

Esa mujer, Lydia Bournemouth parecía hecha a medida para él. Elizabeth le había contado que era una mujercita vanidosa que creía que el mundo giraba a su alrededor, y no había dejado de quejarse en la velada en Almack's.

Le había hablado de mal modo a Victoria, al parecer, y esta la detestaba y remarcaba su falta de modales cada vez que podía (aunque esto podía ser producto de la envidia, Nessa lo sabía).

También había empujado a Olivia, pero el destrato hacia ella desapareció luego de la gala en lo de la marquesa de Wittham. Al parecer, en días posteriores había invitado a Olivia y Bonnie a pasear y habían ido juntas de compras a Bond Street. Las dos madres estaban muy abocadas a zurcir esa unión. La tía Leslie decía que esta se daba casi por hecho.

—Lady Brodie, aquí estoy.

La suave voz de Anne la trajo de vuelta, y le sonrió, encantada de la oportunidad de compartir tiempo con ella. La veía muy poco, y cada vez que preguntaba por ella, se le decía que estaba ocupada.

En las oportunidades en que pudo charlar, la notó triste, aunque hizo el esfuerzo porque no se le notara. Nessa percibió que no era feliz y eso le rompía el corazón. Seguía sin entender qué rol tenía en la casa.

Era una mujer de educación exquisita y que se destacaría en un salón, pero estaba constreñida a la cocina o a ayudarlas con la vestimenta o peinados. Hacía unos días había escuchado el final de una conversación entre ella y su tía, y la tensión se desprendía de cada frase.

<<No importa lo que el conde disponga, Anne, sabes que no es correcto, y no lo acepto.>>

<<Lo entiendo, lady Brodie, se lo aseguro. Dígame que quiere que haga y lo cumpliré. No me complace herirla, ni lo intento, créame.>>

<<Lo sé, pero es inevitable. Saberte aquí me lleva al pasado, y este duele, Anne. Si de verdad no quieres herirme, vete. Sé que disfrutas de la casa de campo, ve allá.>>

La vista de Nessa se fijó en su tía, que asintió a la frase de la estatuesca Anne, parada apenas pasando la puerta.

—Anne... Lady Leslie cree que puedes ayudarla con un problema—dijo la tía Brodie con voz helada, y Nessa arrugó el entrecejo.

—Buenas tardes, mi querida—dijo la vizcondesa, y Anne creyó notar un dejo de diversión en su voz, y en la mirada de soslayo que dirigió a la tía Brodie—. Hace mucho tiempo que no te veía.

—Lady Argyll—Anne hizo una reverencia—. Me complace verla tan bien, y a sus hijas.

—Me preguntaba si todavía tocas el pianoforte, querida. Siempre adoré la manera excelsa en la que te desempeñabas con él.

—Le agradezco, y sí, lo hago.

Y muy bien, pensó Nessa, que lo había escuchado por horas mientras Anne les daba instrucciones de baile, infructuosas, como se comprobó.

—La banda que está contratada para la gala tuvo un inconveniente con su pianista, y pensé en ti. Tus manos son mágicas, y las piezas que tocarán son clásicos que no dudo sabes de memoria.

—Yo...—Anne restregó sus manos en la falda, y pestañeó, tomada por sorpresa—. No sé si...

—¡Oh, Anne, esta es una estupenda oportunidad! ¡Adoras tocar el pianoforte, y tus conciertos eran famosos!—Margueritte se llevó sus manos al pecho, y Anne le sonrió con calidez.

—Es tu decisión, Anne. Ayudarías a la vizcondesa y con ello a mi familia—dijo la tía Brodie, con un movimiento de cabeza, y Anne inhaló y asintió, y luego se dirigió a lady Leslie.

—No tendría inconveniente, aunque debería hablar con el contratista de esos músicos o con ellos para ensayar previamente.

—Perfecto, perfecto. Oh, me quitas un peso de encima, Anne. Es un evento muy importante y me complace ofrecer lo mejor a mis invitados. Muchos han echado en falta tu música, y será una grata sorpresa cuando te vean desplegar tu talento una vez más.

Isla y Nessa se miraron, sorprendidas. Que Anne fuese reconocida por su música era nuevo para ellas. Nessa se sintió todavía más confundida, y tuvo la convicción de que la gala en la mansión Argyll sería interesante en más de un sentido.

QUINCE.

Extracto del diario de Anne Holloway

La solicitud de la vizcondesa de Argyll fue inesperada, y la sorpresa me hizo aceptar antes de considerarlo con cuidado. Lady Brodie no pudo más que asentir porque hubiese sido violento negarse al pedido de su cuñada, máxime cuando esta es tan intensa y tiende a imponer su voluntad.

Sé que la decisión de no tocar más en público fue lo correcto en su momento, pero... La posibilidad de volver a hacerlo es exhilarante. ¡Ha pasado tanto tiempo! Habrá quienes me critiquen, e incluso quienes me perseguirán para saber las razones de mi desaparición, y si hay fundamento en los rumores terribles que se esparcieron.

Es inevitable, y me atemoriza, lo confieso. Sin embargo, a pesar del miedo y la ansiedad, mi corazón se deleita ante la oportunidad. Tengo la convicción de que esto me permitirá sentirme entera.

No cabe duda de que necesitaré ensayos intensos para acoplarme a esa banda de músicos, y eso implicará alejarme por largas horas de esta casa, del conde y de su esposa. Respirar en libertad, lejos de la tensión y de la cárcel que significa vivir en un sitio donde no soy bienvenida.

Antes bien, soy una carga. He procurado ganar mi sustento y ayudar en aquello que se me solicita y más. Es un alivio que los hijos del conde no sepan la verdad. Victoria no me toleraría a su lado, y tampoco Kyle. Dios, puedo imaginar el odio en sus miradas, y me estremezco.

Edward, Margueritte y Maude son diferentes. Son generosos y gentiles, y se demuestra a diario con Nessa e Isla. Adoran a sus primas, y sé que esos sentimientos son la siembra de su madre, que es una mujer formidable y de buen corazón.

Que prefiera no tenerme cerca o mi vista la entristezca es algo que no puede evitar. ¿Cómo culparla, después de todo? La responsabilidad final es del conde, y su insistencia en mantenerme aquí, forzando a su esposa a tolerarme. Lo hace por mero egoísmo, porque se niega a dejar atrás el pasado, y con ello nos castiga a las dos.

Me parezco tanto a mi madre que soy recuerdo vivo y a eso se aferra, con la porfía de quien no puede dejar descansar a los muertos y aliviarle el peso a los que respiran. Admito que un amor que trasciende la muerte parece bello en la literatura, pero él tiene una esposa que lo adora y sufre por su desamor.

Es tan frío con sus hijos. Y la manera en la que habla de Nessa e Isla, aunque sea a

solas con su esposa, es desagradable. Calificar a sus sobrinas como arribistas es triste, y además falso. No conozco personas menos interesadas que Nessa e Isla, que solo buscan lo que es normal en mujeres de su edad.

Es lo mismo que sus hijas, y las debutantes en general, esperan. Formar una familia con alguien que cuide de ellas, que les asegure un buen pasar, seguridad. Cada compromiso y boda que surge en las temporadas está signado por acuerdos verbales entre las familias, y muchas veces implican contratos con asignaciones mensuales o pagos de deudas familiares.

Me disgusta la hipocresía de aquellos que desdeñan a jovencitas como Nessa. Yo misma hubiese estado en esa situación si alguna vez...

No tiene sentido pensarlo. Mi conmiseración es sobre todo para Nessa, que está aquí sin ganas, obligada por circunstancias que la exceden.

Su cabeza está abocada a actuar como se espera de ella, pero su corazón la insta a ser honesta y frontal, y este gana la mayor parte del tiempo. Por ello no puede contener gestos o comentarios inconvenientes.

El señor Charles Sommerset no tiene oportunidad, eso lo tengo muy claro, aunque lady Brodie piense que es un cortejante ideal porque su fortuna podría ayudar a su hermano Angus.

Sommerset es un hombre de negocios, práctico, pero también busca una mujer que esté en su casa y sea la madre de varios hijos. Aspira a una esposa que lo atienda al llegar del trabajo y sea benevolente con sus fallas, así como se someta a sus órdenes y disposiciones. Esa no es Nessa.

Nessa tiene cabeza para los números y talento para lidiar con la gente, eso lo vi bien allá en su castillo. Ella es mejor negociante que su padre y su hermano, capaz de convencer a un terrateniente de venderle o comprarle lo que necesita. Le gusta involucrarse en lo que el señor Sommerset calificó como tareas inherentes a un hombre.

Ella es intensidad, emociones, entusiasmo. Inteligente y práctica, no se contentaría con un rol tradicional que la someta al arbitrio de un esposo que la gobierne y apague sus ideas. Si ese hombre piensa que puede doblegarla, está errado. Es obcecada.

Su amor por Isla es emocionante, como la cuida y procura que disfrute de esta experiencia en Londres. Me apena que la belleza remarcable de Isla, empero, no logra equilibrar el hecho de que no tienen un respaldo, ni dinero ni título ni posición de poder para ofrecer. Así y todo, los celos que su hermosura ha despertado han echado a rodar rumores que desalentaron cortejantes de importancia, estoy segura.

Es reconfortante haber presenciado a lady Brodie frenando a otros que llegaron a esta puerta a dejar sus tarjetas de visita. Hombres inapropiados e inconvenientes que intentarían comprometer la moral de Isla para satisfacer sus instintos, y luego la dejarían atrás

sin inconvenientes.

Recuerdo al menos dos casos así desde que tengo memoria, y alguno que otro lo intentó conmigo, creyendo que ser una mujer presentándose en un escenario hablaba de una moral floja.

Para su decepción, yo nunca estuve desprotegida, porque si el conde es prescindente en muchos aspectos, y no soy más que su bastarda, nunca me dejó faltar nada. Salvo cariño, consejo y tranquilidad de espíritu.

++++

Nessa descendió del carruaje con dificultad, sus piernas doliendo por las extensas sesiones dedicadas a ejercitarse en el caballo. Se había propuesto dominar la manera ridícula en la que montaban aquí.

Si había algo que ella estaba segura de que podría ejecutar a la perfección era cabalgar. El pedante duque de Worcester se había burlado de su inexperiencia montando de lado, y con ello había despertado su lado competitivo.

Edward le decía que su orgullo había sido herido y reía mientras la veía montar, desmontar, así como trotar por la propiedad, pero no importaba. Mientras sus primas e Isla jugaban cartas, leían o cotilleaban, ella entrenaba. Nessa quería que la próxima vez que encontraran al duque, este tuviera que comerse sus palabras.

Por ello sus músculos estaban cansados y caminar elegante y compuesta le resultaba un reto, más que de costumbre. Echó atrás sus hombros y adelantó su barbilla, y sus manos enguantadas alisaron la falda y acomodaron el collar en su cuello, un préstamo de Maude.

Su vestido era bonito, y había resultado relativamente barato. Era de Margueritte, y la modista le había realizado algunos ajustes aquí y allá, además de quitar algunas puntillas y lazos que no le habían gustado.

El color no era el que más le sentaba, porque el naranja no era lo suyo, pero estaba presentable, y tenía que ser suficiente. Anne la había peinado con esmero, y por ello el complicado moño del que se desprendían algunos mechones estratégicos.

Isla resplandecía en un vestido de color magenta y con pedrería y perlas en su cabello.

Nessa barrió la entrada con la mirada y fue apreciando a las damas y caballeros que ingresaban antes que ellos y a los que el vizconde y su esposa recibían con sonrisas brillantes.

Lady Leslie tenía un collar y pendientes de diamantes, y Nessa pensó, otra vez, que lo que la mujer usaba con orgullo en su cuello para una velada podría salvar a su castillo y dar descanso a la preocupación económica que llenaba sus horas. Tan injusto, barruntó.

—Brodie, lord Atholl, ¡qué gusto recibirlos!

El conde hizo una mueca de disgusto, la misma que siempre esbozaba cuando

escuchaba a lady Leslie fallar en dirigirse a su esposa, pero no dijo nada. Los hermanos se saludaron con cordialidad, el tío Colin aflojando un poco su postura rígida cuando besó la mejilla de Brodie.

—Niñas, están hermosas. Maude, Margueritte, ¡qué elegantes! Megan y Elizabeth están esperándolas, adelante, adelante.

La manera en que las ignoró luego de barrer sus atuendos con la mirada, provocó que Nessa e Isla se miraran con incomodidad, y la sonrisa alentadora de la tía Brodie o el que el conde Percy hiciera una reverencia gentil al cederles paso no alcanzó a apagar la molestia.

Caminaron por el gran hall iluminado con gigantescas arañas que proyectaban la luz en espejos, y admiraron el lujoso ambiente, en el que se intercalaban esculturas con pinturas de temáticas mitológicas.

—El tío Colin nos ignoró completamente, Nessa, como si fuésemos desconocidas—susurró Isla, y el tono de decepción hizo que Nessa apretara sus labios.

—Lo hizo—asintió—. Supongo que eso responde la incógnita de si sigue molesto con nuestro padre.

—Es más que molestia, Nessa. No somos bienvenidas aquí—murmuró Isla.

—No obstante, aquí estamos, y lo mejor que podemos hacer es disfrutar de la comida, la bebida y la conversación con nuestras primas. Y de la música. Mira, allá está Anne.

Ubicada en un rincón de privilegio, Anne desgranaba notas con maestría y la dulce melodía del pianoforte, del violín y la guitarra envolvían el salón.

—¡Qué bonita está! Y se nota que la música es su lugar feliz, Nessa, ¿lo ves? Su rostro brilla, está sonriendo. Está contenta—Isla parpadeó y tomó la mano de Nessa—. ¿Por qué crees que no tocó por tanto tiempo, y se contenta con hacer tareas en la mansión cuando es tan talentosa y reconocida?

—No lo sé, Isla, no lo sé. Hay una historia detrás que no sabemos. Ella y la tía ...

—Hay tensión entre ambas, sí—asintió Isla.

—¡Por aquí!

El llamado entusiasta de Elizabeth les hizo sonreír y se dirigieron hacia el rincón donde sus primas se habían refugiado y charlaban, admirándose mutuamente y comenzando a cotillear sobre las damas que no cesaban de ingresar.

—Oh, miren a Lydia Bournemouth. ¿Cómo su cuello no se dobla por el peso de esa gargantilla? Es un milagro. ¿Son...?

—Turquesas y perlas engarzadas de una manera maravillosa. Y van de maravilla con sus ojos y su vestido, por cierto.

—El cabello así, apenas recogido, es una elección un poco osada, ¿no creen?—inquirió Elizabeth.

—Vino preparada para conquistar la mirada del duque e instarlo al cortejo—dijo Victoria.

Nessa no quitaba ojo de Lydia Bournemouth, y coincidió en que efectivamente se la veía espectacular con sus joyas y telas, que la envolvían con primor y elegancia. Isla era más bonita, empero.

Los rasgos de Lydia carecían de personalidad, en su opinión, y el gesto de su boca apretada la hacía aparecer enfurruñada. Apretó el antebrazo de su hermana y le sonrió, e Isla le devolvió el gesto.

—¡Ahí está el duque de Worcester, y su familia!—dijo Margueritte, y Nessa controló el deseo de mirar de inmediato a la entrada.

Oh, las debutantes se preparaban, consideró, mirando alrededor, notando los sutiles cambios en las mujercitas, que se enderezaban, acomodaban el cabello o las joyas. Miró a Lydia inclinarse para escuchar a su madre, y luego componer una sonrisa brillante que a Nessa se le antojó ensayada.

—Su Excelencia es un hombre muy guapo—susurró Elizabeth, y el cuchicheo aumentó—. Y un caballero con su madre y hermanas.

—Ya vio a Lydia, ¿lo notaron? Ella le sonrió y él hizo un gesto con su cabeza. Todo indica que el interés es mutuo.

—¿Solo porque se saludaron, como la mayoría de los que están aquí lo hacen?—preguntó, y las otras asintieron.

—El duque apenas si prestaba atención a las damas en los años anteriores—dijo Victoria, arreglándose el cabello y sonriendo con modestia.

Nessa siguió su mirada y ubicó al hijo de la marquesa Whitman, que sonreía agradable hacia su grupo, la mirada fija en Victoria. Su prima probablemente se casaría esta temporada. Ojalá que eso mejorase su humor.

La tía Brodie estaría aliviada. No podía imaginar lo tenso que debía ser para una madre el soportar el escrutinio constante sobre sus hijas, y cómo les quitaría el sueño el asegurarles un futuro. *Eso es lo que nuestros padres quieren también.*

—Ahí llegó el duque de Lycombe. ¿Leyeron lo que se dice de él? Al parecer participó en una pelea en un burdel para defender a una de esas mujeres...—Megan se había unido al grupo, y era la que dejaba caer la información, que fue recibida con ojos enormes y exclamaciones de incredulidad.

—Padre dice que es un hombre licencioso y sin conciencia—señaló Elizabeth—, ¡pero a mí me parece tan atractivo!

—Nuestro padre también ha señalado que es un calavera—dijo Maude—. No entiende como es tan amigo del duque de Worcester o del de Bristolbridge, que son hombres

rectos y honrados.

—Pues así y todo, es un duque y está por encima de nosotros, ¿no es así?—intervino Nessa.

El sonido de la música más alta y los movimientos a su alrededor alertaron a Nessa de la danza, y en segundos los caballeros se acercaron galantes y sus primas y hermanas estuvieron formadas, con excepción de ella, Elizabeth y Maude.

Las tres se limitaron a ser testigos de la coreografía de giros, el refulgir de colores y el aroma de las fragancias que se desprendían de los cuerpos en danza.

Durante el siguiente baile, Nessa se encontró con Isla y Megan a su lado. La libreta de su hermana no se había llenado de pedidos, para variar. La suya tenía más huecos que la dentadura del viejo MacAllister.

Sonrió al recordarlo. Decidió que lo más productivo que podía hacer era comer, por lo que se acercó a la mesa dispuesta con carnes frías, quesos y verduras glaseadas, y se sirvió un plato sin pudores, mirando con desafío a las dos mujeres que la observaban con claro disgusto desde unas sillas en un rincón.

—Nessa, querida, no querrás atiborrar tu estómago con estas entradas—La tía Brodie estuvo con ella al instante—. Más tarde será servida una cena en el gran salón.

—El ejercicio me abrió el apetito, y no pude comer mucho en la tarde.

—Estabas ansiosa, imagino. No hay necesidad. Como ves, esto es igual a la gala en lo de la marquesa.

—Lady Leslie discreparía con tu juicio, tía.

—Probablemente, pero su juicio está comprometido. Es el primer año que la asistencia es tan masiva, y los nombres que logró reunir...

—El tío Colin está muy satisfecho—agregó Nessa. Se lo veía exultante en su rol de anfitrión—. Me pregunto qué piensa de nuestra presencia aquí, de verdad. No solo no nos saludó, sino que nos ignoró.

—Su afán principal es lograr aceptación, me temo—susurró su tía, dando una palmadita en el antebrazo—. Y lady Leslie... Su ambición es intensa y visceral, y lo ha cambiado.

—Mm. ¿Crees que Isla tendrá una oportunidad con alguien aquí, tía Brodie?

El suspiro a su lado y el gesto incierto confirmó lo que temía. Miró la pista y la vio danzando con un hombre muy elegante y atractivo, y al que ella sonreía con dulzura, asintiendo a algo que le decía.

—Ese es el duque de Bristolbridge. Un héroe de guerra, además de un acaudalado terrateniente. Antes bailó con el hijo mediano de un marqués y con un baronet. Nuestra Isla es la flor más hermosa en un ramillete de jovencitas bonitas...

—Pero eso no alcanza—asintió Nessa—. Me rompe el corazón el que se haya hecho tantas ilusiones y que estas se estrellen sin...

—Es pronto, querida, no te adelantes. Mi Victoria no tuvo suerte en su primera temporada, y mírala ahora. No es mera cuestión de estatus, no. Mira a la bonita Bonnie...—observaron con prudencia a la joven, que conversaba con su madre y un hombre alto que claramente estaba solicitando un baile—. Le pasó igual. No todas las debutantes conocen al hombre adecuado para ellas en su primer intento.

—Pero, eventualmente, lo harán. Nosotros estamos con el tiempo jugando en nuestra contra—susurró—. A mí me importa poco, tía, pero me desespera pensar... Isla, papá—su voz era muy bajita, un susurro en un rincón y en la oreja de una persona que la entendía.

—Shh, querida, no es momento ni lugar. Las paredes escuchan. El señor Sommerset está interesado en ti, recuérdalo.

—No está aquí, y no ... Yo...

—Lady Leslie no es afín a invitar a los comerciantes a sus fiestas. Cree que eso va en contra de su imagen—se encogió de hombros—. Gran parte de la nobleza no tiene ese prurito cuando necesita algún préstamo, y coquetea con hombres como el señor Sommerset. Es un buen partido, Nessa.

—Es que... No siento nada cuando estoy cerca suyo, más que deseos de sacudirlo por sus ideas sobre lo que las mujeres podemos hacer. Me gustaría desposar a alguien que me quisiera como mi madre ama a tu hermano, tía.

—Oh, mi querida—sonrió con afecto, meneando la cabeza—. Pensé que la romántica era Isla. El amor es... Complicado, y muchas veces una quimera—su voz bajó, y su mirada escapó, pero no antes de que Nessa leyera dolor en ella—. Ohh, mira lo sonrojada que está mi Maude. Tengo que ir a con ella, Nessa. No te pierdas de vista y quédate al lado de tus primas.

Asintió, y se abocó a mirar el intercambio entre su tía, Maude, y lady Leslie, que estaba presentando a un hombre interesado en bailar con su prima, al parecer. La satisfacción en el rostro de la tía Brodie se lo dijo todo, y se alegró.

Se movió para estar más cerca de sus primas, pero se recostó a la pared, justo al lado de un pilar, que la quitaba de la visión de las dos damas que parecían haber hecho su meta el observarla, así como a Isla, comprobó con fastidio.

Su retirada fue justo en el momento en que Lydia Bournemouth y Bonnie se acercaron a la mesa de comidas, que por ello no la vieron, y ella pudo escucharlas sin que se cortaran.

—Es una gala interesante. No tenía intenciones de asistir, pero mi madre insistió, y me alegra ver que otra vez coincidimos.

—También yo, Lydia—escuchó responder a Bonnie, que tenía una voz dulce y era gentil.

—La vizcondesa ha logrado superarse. La música es hermosa, y poder disfrutar del talento de Anne Holloway es un privilegio. Tenía entendido que había dejado los escenarios.

—Oh, creo que es una excepción. Y coincido, es maravillosa.

—Una pena tener que tolerar la presencia de esas escocesas—hubo un suspiro, y Nessa sintió su sangre hervir—. Ya es vox populi sus intenciones de cazar a alguien importante, y su desesperación se nota en la manera tan descarada en que se exhiben.

—No me parece—respondió Bonnie, y Nessa agradeció la defensa—. He charlado con ellas y son muy agradables. Además, Isla tiene modales exquisitos, y ...

—Usted es tan encantadoramente ingenua, y me parece adorable—agregó Lydia, y Nessa se imaginó retorciéndole el cuello, porque la condescendencia de su tono era insufrible—. Este tipo de mujeres hace lo que sea para agradar. No me extrañaría que intentaran seducir a su hermano—bajó la voz en tono conspiratorio.

—Mi hermano es un hombre inteligente y capaz de cuidarse bien. Seguramente reconoce los intentos de... seducirlo, como dice. Me parece inapropiado hablar así de dos mujeres.

—Por supuesto, sí—dijo Lydia, comprendiendo que no tendría una aliada en Bonnie.

Las observó alejarse sin desprenderse de la pared, furiosa y dolida, parpadeando e intentando tragar la saliva que se le había atorado. No era necesario hacer mucho para recibir dardos envenenados en estos salones.

—No es educado escuchar las conversaciones de los demás—escuchó una voz pausada y profunda a poca distancia, y entonces encontró los ojos del duque de Worcester sobre ella, fijos, y ese gesto altanero que estaba empezando a detestar.

—No es mi culpa si la gente decide hablar a mi lado, y no me voy a disculpar por no retirarme cuando escucho que me destrozan. Creo que debe agradecerse que no hiciese una escena—respondió, retirándose de la pared y elevando su mentón con desafío, que atemperó cuando vio que el duque estaba acompañado por otro, el mentado Lycombe.

—Nessa...—la voz de Margueritte llamándola la distrajo un momento, pero enseguida volvió a posar su mirada seria en el duque.

No supo si este había escuchado las palabras pronunciadas con tanto desdén, pero no le extrañaría nada que las disculpara, e incluso coincidiera.

—No sé qué se ha dicho aquí, pero nada disculpa exabruptos, señorita Nessa.

—Oh, estamos usando los primeros nombres—dijo el duque de Lycombe, sonriente y aparentemente disfrutando del instante en que era reprendida como una niñata mientras todavía

no terminaba de digerir los términos vertidos por Lydia—. Soy Hugh. ¿Dónde has estado, que no he tenido oportunidad de bailar contigo?

Era osado y no se andaba con vueltas, como otros aquí, aunque la picardía danzaba en sus ojos.

—La señorita es sobrina del anfitrión, y también del conde de Atholl. Viene de las Tierras Altas—señaló el duque pedante al otro, mirándolo muy serio.

—Ah, se entiende la confusión en las formas y la reacción exagerada ante la puñalada en la espalda y los comentarios destructivos. No se preocupe, querida, si está unos cuantos meses por aquí, se habituará, e incluso aprenderá a devolverlos.

—Nunca—señaló entre dientes, y se dio la vuelta para dejarlos atrás.

Elizabeth, Margueritte e Isla la siguieron, y cuando se detuvieron y notó la confusión con que la miraban, les hizo un gesto de que todo estaba bien.

—Me preguntaban por detalles de la mansión, y los referí con el tío Colin.

—¿Viste qué guapo es ese duque?—susurró Isla en su oído—. Bailé con él y fue de lo más amable.

—Es un libertino, eso escuché, Isla, así que quítate cualquier idea sobre él.

O sobre cualquiera aquí, tuvo deseos de añadir, pero se contuvo. No tenía sentido traer realidad y pesadumbre sobre el ánimo de su hermana. Ya bastante tenía con intentar levantar el suyo.

El movimiento de personas en dirección a la sala donde las mesas estaban tendidas y el ir y venir de criados con platos señaló que la cena sería servida. Aprovechó para colarse por un pasillo y luego por una puerta lateral que la condujo al jardín que ya había admirado por los ventanales.

Los rosales estallaban de pimpollos y flores abiertas, en colores blancos y borgoñas, perfumando el aire, y caminó entre ellos hasta que encontró un banco de madera.

Extendió su mano para tomar un tallo largo y esbelto, y trajo hasta ella una rosa roja, aspirando la fragancia con deleite, y agradeciendo que el guante la protegiera de las púas más pequeñas e insidiosas.

Perdían el tiempo jugando a ser lo que no eran, se dijo. Tiempo que podía usar para ayudar a su padre en su hogar. O aquí mismo... Tal vez podría ir en busca del señor Trent y plantearle su problema.

Él podría tener una solución, o saber de alguien que pudiera ofrecerles buenos precios por la lana el próximo año, o les diese un préstamo con esa zafra como garantía. Sí, era desesperado, pero seguro Edward estaría dispuesto a acompañarla, con la adecuada insistencia.

Sus dedos enguantados tocaron los pétalos con suavidad, concentrada, pensando. No supo cuánto tiempo pasó, pero agradeció que la calma de la noche y el aire fresco la templaran.

—Hay algo en los jardines que actúa como imán para usted, por lo que veo.

Parpadeó y se enderezó, dejando escapar la rosa de sus manos, con tal suerte que una de las espinas le rasgó el guante. Hizo un mohín de disgusto y miró de costado al que interrumpía, que conoció por su voz.

—Una pena que un guante tan fino y elegante se echase a perder con un movimiento tan impulsivo. Un contraste, el objeto y su dueña.

Al parecer la noche era joven y pródiga en insultos, se dijo, e inspiró, conteniendo el aire unos segundos antes de largarlo, porque la única afectada en un estallido serían ella e Isla. Refrendaría la convicción del *salvajismo* de las escocesas.

Miró alrededor, y notó que Olivia y Bonnie estaban unos pasos detrás del duque. Claro, este no le habría hablado sin la protección de testigos.

—Nessa, no tuvimos oportunidad de hablar esta noche—dijo Olivia, moviéndose con entusiasmo encantador—. Ya se lo dije a Isla y a las demás. ¡Habrá una mascarada en nuestra casa! ¡Oh, será maravilloso! La organización es algo apresurada, pero será divino. La invitación estará mañana en la mansión Atholl.

—¡Qué encantador!—dijo, con amabilidad, justo cuando otras dos mujeres aparecían y reclamaban la atención de las hermanas. La cena terminaba y los invitados venían al jardín a caminar—. Un tipo de gala más que adecuado, se me ocurre—murmuró, su mirada al frente, pensativa.

—¿Por qué lo dice?—la voz grave del duque sonó más cerca, y lo observó, quedando prendada de la mirada azul que se deslizó por su rostro y pareció detenerse en sus labios.

Nessa se encogió de hombros.

—Es lo que hacen a diario, ¿no es así? Usan máscaras, y las cambian en acuerdo a la persona con la que charlan.

—Las buenas costumbres mandan que seamos gentiles, y que guardemos las emociones y desbordes.

—Suenas muy saludable—indicó, irónica—. Empero, si la falsa cordialidad y los modales exquisitos priman, ¿cómo es que no hay piedad al destrozar a otro verbalmente? A mí me parece que muchos pretenden compostura y mesura, y filtran sus dardos y veneno con impunidad.

—No es lo que hago, le aseguro.

—¿No? Sin embargo cada vez que nos vemos me habla con condescendencia, desde su apostura y elegante vestimenta, pretendiendo darme lecciones.

—Es inevitable que me encuentre guapo.

Se ruborizó por haber resbalado y darle munición para avergonzarla. Que él se

quedara en esa parte de su frase, sin embargo, era un despropósito.

—Lo que digo...

—No avalo el insulto ni la crueldad, pero hay una verdad que resalta entre las palabras duras. Usted, señorita Nessa, no está hecha para estos salones—le dijo, y su voz pareció bajar un tono y ganar en modulación y calidez, pero fue un instante que se cortó de inmediato—. Madre, te buscábamos.

La duquesa de Worcester avanzó, con lady Bournemouth y Lydia flanqueándola, y Nessa detestó la sonrisa de falso comedimiento y benevolencia que bañaba sus rostros.

—Mi querido—dijo la duquesa—. Lady Bournemouth y su hija están muy interesada en conocer detalles de tu fábrica de alfombras. Al parecer están remodelando uno de los salones de su mansión.

—Por supuesto, encantado. No me gustaría aburrirlas con detalles técnicos sobre la producción o el diseño, sin embargo. Puedo ser algo tedioso cuando me entusiasmo.

—Imposible aburrirme en su presencia, Excelencia—señaló Lydia, y Nessa contuvo el rodar de sus ojos ante la melosa forma en que se inclinaba hacia él y el halago desmedido e inmerecido por el cateto.

Este señaló adelante con su brazo extendido para que las dos finas damas caminaran con él, y Nessa agradeció que la dejaran sola. Eran tal para cual esos dos.

—La mejor lana de Escocia es la que caracteriza a nuestras alfombras...

Sus ojos se redondearon como platos, y se mordió los labios. El duque producía alfombras, y necesitaba materia prima. Ya tenía proveedores escoceses. ¿Qué perdía con plantearle la posibilidad de un negocio?

No te va a prestar atención, ni te atenderá, Nessa. Ya has escuchado la pobre opinión que tiene de ti. Si se te ocurre acercarte y plantearlo, lo verá como algo inapropiado, por lo que su opinión sobre ti será todavía más pobre.

Resopló. Ser mujer en este lugar era doblemente difícil.

DIECISÉIS.

—Creí que no te veríamos hoy, Francis—Hugh lo recibió con una semi sonrisa, y le habló sin esperar a que se sentara en su sillón habitual en el club—. Presumí que por estas horas estarías haciendo tu primera visita oficial a la mansión Bournemouth.

—¿Por qué razón lo pensarías?—respondió, repantigándose y agradeciendo el vaso de brandy que se le ofrecía.

Miró a sus dos amigos con el entrecejo fruncido. Había venido aquí a distenderse y olvidar por un rato las molestas presiones que estaba sufriendo. Su madre, por un lado, empeñada en apurarlo a hacer movimientos que aún estaba considerando y sopesando.

Sus hermanas, curiosas y metomentodo, queriendo hacerle hablar acerca de sus impresiones de la pasada gala y sus preferencias. Había debido llamarles la atención. Y estos dos, amigos de toda la vida, también parecían dispuestos a incordiarlo.

—Los rumores atraviesan Mayfair de lado a lado, querido amigo. Y se cuelan en las insidiosas publicaciones que las damas leen con deleite.

—También los caballeros, por lo que noto—gruñó.

—Es divertido no ser el centro de la atención por una vez—agregó Hugh, muy ufano.

—La atención y el interés que Francis ha logrado no es del tipo que tú recibes—agregó Grayson, sonriendo con diversión—. Las elucubraciones sobre a quién favorecerá el apuesto, elegante y serio duque de Worcester no son lo mismo que el relato de la última barrabada del licencioso y disoluto duque de Lycombe.

—Bah, hay quien prefiere lo pomposo y predecible sobre lo divertido e inesperado, qué se le va a hacer—fingió suspirar con pena, pero la actitud no le duró nada—. Anda, cuéntanos. ¿Has decidido cortejar de manera formal a Lydia Bournemouth? Aunque no me fío de los rumores, pues muchos de los que se levantan sobre mí son falsos, creo que hay fundamentos en este caso.

Sorbió un largo trago y no se apuró a contestar, más porque no tenía una respuesta definitiva que porque le molestase la inquisición de su amigo. Cuando se decidió a participar de manera activa en el juego de la temporada social no había considerado que sería tedioso y generaría esta repercusión, y atraería tanta atención sobre sí.

Asistir a las galas era estar en continua exposición, ser objeto de miradas y presentaciones constantes. En las tres fiestas mayores a las que había concurrido, la cara le había dolido de tanto sonreír a padres y madres que traían a sus hijas con ellos.

Es lo que hacen, me parece. Usar máscaras a diario, y cambiarlas en acuerdo a la

persona con la que charlan, sonó en su cabeza. La escocesa... Nessa, ella tenía razón. Había debido saludar, sonreír, platicar con cortesía y bailar con innumerable cantidad de damas.

Las hubo muy sonrientes y serias, nerviosas, ansiosas, mudas, muy conversadoras, y ninguna llamó realmente su atención, salvo la hija del conde de Bournemouth.

Esta era una mujercita bonita, muy elegante, que bailaba a la perfección y podía seguir una conversación mirando a los ojos. Además, tenía detrás a una familia cuya estirpe hundía raíces en el pasado más glorioso de Inglaterra.

El conde Bournemouth era un hombre muy acaudalado y de influencia, respetado por sus pares, y de su mismo partido. Parecía la elección más evidente y lógica, y no solo por conveniencia económica, porque este era el menor de los intereses para Francis.

Él tenía una fortuna muy importante, y podría mantener a los suyos por varias vidas sin inconvenientes y disfrutando de lo mejor. Lo que necesitaba era un heredero que diera tranquilidad a su madre, y a él mismo, porque nada garantizaba su salud.

—Parece la opción más adecuada. Es una dama agradable y segura de sí misma, y tiene personalidad.

—Es pasable—se encogió de hombros Hugh, y Francis hizo un gesto de desagrado ante el comentario.

—Por supuesto que no es lo que acostumbras, Hugh—contestó, elevando sus cejas—. No tiene los rasgos que te atraen. Tu... estilo poco ortodoxo y gusto por lo dramático no tiene forma de satisfacerse en salones donde prima la prudencia, las buenas formas y la timidez.

Grayson resopló, y Hugh lanzó la carcajada, y ambas reacciones lo molestaron.

—Vamos, Francis, tanto como coincido en que Hugh no es juez adecuado de carácter, no concuerdo en tu definición del clima de los eventos sociales de la temporada. Temo menos a un soldado enemigo cargando con su sable o fusil que a una matrona empeñada en casar a su hija. Las redes de falsedades, esquemas y planes de caza elaborados que nacen y se ejecutan en cada una de estas soirées supera a cualquier estrategia napoleónica.

—Exageran—indicó, aunque les reconocía algo de razón.

No era tan ingenuo como para creer que no había cuidadosa preparación y planificación en los intentos por agradar y lograr que un noble cortejara a una debutante.

—*Dicen que se ha visto a lady Bournemouth y la duquesa viuda de Worcester juntas y de compras por Bond Street. La primera está exultante porque su Excelencia el duque de Worcester ha bailado repetidas veces con su hija Lydia y se vio a las hermanas del mencionado duque muy atentas y agradables con la menor de los Bournemouth. Creemos que no pasarán más de unos días en que habrá agradables novedades que involucren cortejo y casamiento*—Hugh leyó de un periódico.

—Pues es algo que podría pasar, o no. Lo estoy considerando con cautela. Saben

que no me gusta apresurarme.

—Cuando estás convencido de algo te precipitas a ello—discrepó Grayson, que era observador y lo evaluaba—. Así ha sido con tus negocios, con tus inversiones, con tus ideas en el Parlamento.

—No necesitas cambiar tu vida, Francis—señaló Hugh, más serio, contemplativo—. No si no lo haces convencido. No me gustaría verte convertido en uno de esos hombres atados a una esposa aburrida que le hace la vida miserable.

—Y que tienen por ello una paralela—agregó Grayson.

—Soy un hombre de rutinas, aburrido yo mismo—dijo, y ambos negaron.

—Eres pomposo y a veces fastidioso, pero también eres creativo, enérgico, te gustan los desafíos, el cambio. No dudo de que esto se refleje en tus deseos carnales, Excelencia—Hugh hizo un gesto idiota con sus cejas, y él lo miró con estoicismo.

—Es tiempo de comenzar una familia. La posibilidad de que algo me pase y mi madre y hermanas queden desprotegidas...

—Eso no ocurriría—atajó Grayson—. Nos tendrían a Hugh y a mí.

—Por supuesto—afirmó Hugh, y Francis no tenía una duda de que así sería.

—El barón de Woodstick. Es un hombre avaricioso y sin límites, y sus fallas hacen que esté siempre corto de dinero. Se rumora que tiene vínculos con gente de muy baja estofa. El caso es...

—¿Temes que pueda intentar algo contra ti?—Grayson se hizo adelante, su faz distorsionada en una mueca de rabia.

—No lo sé. No hay nada concreto, salvo rumores de sus deudas, y me ha escrito algunas veces para pedirme dinero.

—Que no le habrás dado, supongo—dijo Hugh, pero Francis elevó sus hombros.

—Lo hice en una oportunidad, y en las otras lo rechacé. No lo tomó bien, y en el calor de la negativa me amenazó. No di importancia a sus exabruptos, ni la doy ahora, mas... La idea de que el título y las propiedades que amo podrían caer en manos de un hombre tan desagradable y sin escrúpulos me pone iracundo. Él jamás protegería a los míos, y entre ellos incluyo a quienes trabajan desde hace décadas para mi familia, algunos por generaciones.

—Entiendo—dijo Grayson—. De todas formas, él es mayor que tú, al menos una década. Y con los vicios que abraza, no es factible que viva largo.

—No quiero dejar un resquicio de posibilidad.

—Te ayudaremos en lo que podamos, siempre, eso lo sabes—afirmó Hugh—. Eso incluye analizar a las debutantes—se frotó las manos—. ¿Por qué piensas que he concurrido a las galas en lugar de correr a los brazos de damas que me esperan con ansias?

—¿En lugar de? ¿O además de? ¿Crees que no nos hemos percatado de que te has

retirado a la mitad de la celebración, en cada oportunidad?—indicó Francis.

—Son eventos largos, deberían agradecer que tolere a esa fauna por horas. Sin ánimo de despreciar a tus hermanas y madre—suspiró—. La gala en la casa del vizconde Argyll, sin embargo... Fue bastante más interesante de lo que consideré a priori.

Los otros dos asintieron.

—El regreso de Anne Holloway fue un punto alto—señaló Grayson—. Esa mujer es una dotada con el pianoforte. Su vuelta sorprendió y levantó algo de polvareda. Era inevitable, luego de ese impasse de varios años, durante el cual se tejieron tantos rumores.

—Una mujer muy hermosa—indicó Hugh, los ojos entrecerrados—. La perfección con la que toca la haría famosa en las cortes del continente. Un logro de la vizcondesa de Argyll el tenerla en su mansión.

—Su fiesta fue un suceso. Los nombres más importantes de Londres se dieron cita. Creo que ella misma no lo debía creer, pero todo estuvo a la altura. La belleza de esas sobrinas escocesas fue un atractivo más—dijo Grayson—. La más sociable...

—Isla—dijo Hugh, una amplia sonrisa en su faz—. Una mujercita preciosa, con rasgos como los de un ángel, modales impecables, bailarina excelente. Supera a la señorita Bournemouth con amplitud, Francis, eso creo.

Francis pensó que era muy bella, sin dudas, pero... Había algo en su hermana que lo distraía más y que lo atraía de un modo intenso. Ni él mismo entendía qué, porque vaya si la muchacha era torpe y no se atenía a normas de decoro.

Su voz más elevada de lo que era aconsejable, sus ojos que no bajaban con castidad para mostrar timidez o recato, su tendencia a vagar por espacios que la exponían a las malas lenguas.

—Pareces... impresionado—dijo Grayson a Hugh, y este dibujó el típico gesto irónico que lo distinguía.

No se tomaba nada o nadie en serio. *No es cierto*, reconsideró. Su amigo era incondicional, honrado, valiente, y esas y otras fortalezas las había refrendado en la guerra y cada vez que sus amigos lo necesitaron.

Para el resto del mundo, el duque de Lycombe era un hombre rico que no sentaba cabeza y prefería el alcohol, a sus amantes, y dilapidar dinero en las apuestas de caballos. Nada más alejado de la verdad.

Francis lo había visto pocas veces ebrio, y en situaciones excepcionales. Era un apostador inteligente y sabía retirarse a tiempo. Le gustaban el riesgo y la novedad, y detestaba las ataduras.

—No se puede negar lo evidente, y que es la mujer más bella esta temporada es claro a los ojos de todos.

—Carece del respaldo de un título y dinero—dijo Francis, su mente volviendo a la hermana y a esos ojos y labios tan...

Sacudió su cabeza con determinación. No era usual que no pudiera controlar sus pensamientos, pero aquí estaba su cabeza, mostrándole una y otra vez la figura atractiva rodeada de rosas, sola con sus pensamientos y con un dejo de fragilidad que lo había impulsado a hablarle.

—Escuché al conde de Atholl y al vizconde de Argyll hablando sobre ellas. Son sobrinas de ambos. No lo sabía—dijo Grayson—. Fueron algo vagos con la información, lo que me hizo sospechar que no tienen mucho interés en respaldarlas.

—La mayor es también hermosa, pero carece de la dulzura de la otra. De hecho, creo que su ceño fruncido y mirada huidiza espantó a los interesados.

—Eso, lo mal que baila, y que es una deslenguada—dijo él.

Hugh rio y Grayson lo miró con curiosidad.

—Pareces conocerla bien.

—Una de sus primas es amiga de Olivia y Bonnie. La he encontrado en Hyde Park en más de una oportunidad, y he intercambiado algunas frases con ella.

—Mm, sí, lo presencié, y me pareció divertido el que te dejase con la palabra en la boca. No lo niegues—dijo Hugh, y él frunció el ceño.

—No lo hago, y eso es muestra de salvajismo en este círculo nuestro, y juega en su contra.

—Estaba muy molesta. Escuchó una conversación desagradable que la nombraba. No la culpo por estar tan susceptible.

Había sido desagradable, y él solo escuchó el final de la conversación entre su hermana Bonnie y Lydia Bournemouth. Esta se expresó en términos derogatorios sobre Nessa y su hermana, sin percatarse de que la primera estaba recostada justo al otro lado del pilar donde estaba charlando.

—Pues la cosa no quedó ahí, porque escuché a lady Bournemouth cuando murmuraba con otras damas. Estaba escandalizada por la presencia de la escocesa en los jardines sin una chaperona, y señaló que se había acercado a ti—Grayson entrecerró sus ojos—. Al parecer esos encuentros que dices son repetidos.

—Es imposible no toparse con la misma gente una y otra vez. Mayfair no es tan grande, y concurrimos a los mismos sitios. Es erróneo, ella no se acercó a mí. Estaba en el jardín cuando salí, e intercambiamos saludos. Nada extraño.

—Lady Bournemouth comentó que estaba segura de que esas dos buscaban seducir a algún noble incauto.—Grayson rio ante el gesto de fastidio de Francis—. No mates al mensajero.

—Es molesta esa tendencia al cotilleo entre gente que se supone debería tener otras actividades para divertirse.

—Pues es una de las diversiones a la que muchos se entregan.

—Yo no.

Respiró hondo y lamentó haber sido tan tonto como para acercarse a la mujercita, porque los rumores nacían con o sin fundamento, y se extendían con la velocidad de la plaga.

Fue él quien habló y se acercó, pero en este círculo dorado en el que se movían, nadie lo señalaría. A ella sí, y la afectaría. Mucho. Qué idiota era. Debería haberse detenido.

No fue su intención, pero la notó pensativa y triste, y quiso... No sabía qué quiso hacer, para ser honesto. Esto de actuar en base a impulsos del momento era una novedad para él.

DIECISIETE.

Descendió del faetón y se dirigió a la casa principal casi corriendo, evadiendo las pesadas gotas que comenzaban a caer, e ingresó por la entrada de servicio. La cocinera y la criada que la ayudaba se sobresaltaron, y les pidió disculpas.

Su mirada se concentró en las pesadas bandejas cargadas de infusiones y pastas. Su madre tenía invitados, pensó, arrugando el ceño ante la posibilidad de que fuese algún cortejante para sus hermanas del que no estuviese enterado.

Encontró al mayordomo al ingresar al salón central, y este lo saludó con gravedad.

—Excelencia, su madre ha preguntado por usted repetidas veces. Está en su sala de recepción.

—Gracias, Cameron. ¿Quién está con ella?

—Lady Bournemouth y su hija.

Contuvo el suspiro y el deseo de replegarse a su escritorio. Su madre estaba decidida a imponerle a Lydia por los ojos, y con ello apurar los trámites. El sonido de risas y una voz dulce y fuerte entonando una canción lo sorprendieron.

—¿Esa es...?

—Una de las varias damas invitadas por la señorita Olivia, Excelencia. Están reunidas en la sala pequeña y debo decir que son ruidosas—sonrió, y Francis rio, meneando su cabeza.

El mayordomo las había visto nacer y les tenía mucho cariño, pero a veces sus hermanas eran demasiado energéticas y trastocaban la tranquilidad de la casa.

La voz volvió a llamar su atención, y como atraído por una sirena se dirigió a la salita. Quienquiera que cantase así tenía talento.

Los aplausos señalaron el fin de la presentación, supuso, justo cuando él se paraba en el vano de la puerta. Su hermana Bonnie tenía el violín sobre sus muslos, y la que estaba siendo halagada por las otras cinco mujeres era nada más ni nada menos que la escocesa, Nessa.

—¡Qué voz tan maravillosa tienes!—dijo su hermana Olivia con alborozo, y una gran sonrisa.

—Cantaste hermoso, Nessa—agregó Elizabeth, la mejor amiga de su hermana Olivia, y las demás asintieron con vehemencia.

—¡Qué envidia!—suspiró otra de las mujeres, que Francis había visto con la escocesa en Hyde Park y en las pasadas galas.

—Nessa es el alma de las fiestas allá en las Tierras Altas—dijo Isla, la mujercita que tanto Hugh como Grayson habían coincidido en que era la más bella de la temporada.

Su mirada no se demoró en ella, pues como si estuviese imantada, se posó en Nessa, que estaba sonrojada y pretendía diluir los halagos.

—Exageran, pero gracias. No bailo bien, no soy buena en conversaciones de salón, pero siempre me ha gustado cantar. De habitual lo hago para las ovejas—rió, y las demás la corearon.

—Pues vaya talento que tenías escondido—dijo Bonnie—. Ey, sería maravilloso que Anne Holloway y tú pudiesen preparar algo para nuestra fiesta.

—Moriría de vergüenza—negó con énfasis.

—Es una fiesta con máscaras, no sabrían quién eres—argumentó Olivia—. Si te hacemos un bonito disfraz, nadie te reconocería. Aunque no sé por qué querrías esconder tanto talento.

Francis aprobó lo que su hermana le decía, y decidido a no dejarse ver, pretendió retroceder, justo en el instante en que su madre y sus invitadas llegaban a la puerta de la salita.

—¡Francis, te hemos estado esperando, querido! El señor Cameron nos hizo saber que habías llegado.

Forzó una sonrisa, haciendo una reverencia a las dos damas que acompañaban a su madre.

—Hace apenas unos minutos que arribé, y quise saludar a mis hermanas—las miró, y se encontró con varios pares de ojos sobre él, y ninguno refulgía tanto como los verdes de la escocesa.

Esto era mucho considerando los más claros de su hermana y los azules de su hermana Olivia.

—¡Francis, qué gusto tenerte aquí tan temprano!—dijo esta—. Aunque si lo que buscabas era el remanso del hogar, me temo que distorsionaremos tus planes.

—En lo absoluto. Veo que se divierten, y me parece perfecto—Su mirada volvió a apreciar a Nessa, pero se forzó a despegar la vista y concentrarla en su madre. Alcanzó a percibir la mirada de halcón y el gesto hosco de lady Bournemouth enfocado en Nessa—. Me encantará compartir el té con ustedes, además de las exquisitas pastas de la señora Wilson.

—Perfecto—dijo su madre, abriendo la marcha para volver a su sala, y él ofreció su brazo a Lydia, que lo tomó con gracia, sonriéndole profusamente.

Una vez instalados y con tazas en la mano, la conversación fluyó, manejada de manera experta por las damas mayores, que se intercalaron para hacer notar a Francis las dotes de Lydia.

Si esta no era una celada en toda la regla, no sabía cómo más calificarla. A Hugh le encantaría saber los detalles.

—¿Puedes creer que Lydia toca el arpa con maestría?

—No lo dudo, tiene la música en su sangre, lo noté cada vez que bailamos.

—Oh, muchas gracias, Excelencia—dijo ella, su espalda envarada, la boca estirada en una sonrisa medida y sus manos graciosas y enguantadas posadas en su falda.

El recuerdo de otras manos y de un guante roto lo hizo perder por un momento el hilo de la conversación, pero se rehízo.

—Es una muchacha con muchos talentos. Ha quitado peso de mis hombros con su excelente disposición. Administrar una casa es una tarea ardua y exige severidad para hacer trabajar a la servidumbre como se debe.

—Coincido, sí—dijo su madre, y Francis asintió con amabilidad—. Estás bien preparada para asumir el control de un hogar, lo veo con claridad.

—Mi madre me inculcó con el ejemplo, y siempre admiré su entrega para hacer la vida de mi padre más agradable y pacífica. Me hizo querer lograr lo mismo.

Aburrido, pensó, y luego forzó a su mente a retractarse. Era lo que se esperaba de ella, ni más ni menos, pero él necesitaba algo más. No se contentaría con una versión tan limitada de una esposa.

—¿Es usted de las que disfrutan la lectura, señorita Lydia?

—Leo, sí.

—¿Los clásicos?

—Temo que les encuentre un tanto... insulsos. Me informo, leo los periódicos, por supuesto.

Apostaba a que leía solo la parte social y de eventos.

—¿Le gusta montar?

Ella frunció levemente sus labios.

—No es de mis actividades favoritas, confieso. Me ponen nerviosa los caballos.

—Mi pobrecita—intervino la madre—. Se cayó de uno cuando pequeña y no hemos logrado que tome confianza para volver a intentarlo.

—No hay que forzar nada. Para eso están los cocheros—intervino la madre de Francis, y este asintió.

—¿Está disfrutando de su debut, Lydia? Me imagino que debe ser un poco avasallante.

Ella pareció en su elemento con esta pregunta.

—Es maravilloso, y no me pesa. Estuve preparándome con disciplina, y me congratula presentarme en el mismo momento que sus hermanas.

—¿Tal vez preferiría estar en la salita pequeña con las demás?—le preguntó, deseando que asintiera para poder retirarse sin inconvenientes.

—No, para nada, Excelencia, Lydia sabe su lugar—intervino su madre, y Francis

hizo cara de circunstancias.

—Me agrada muchísimo estar aquí. Y salvo sus hermanas, que son encantadoras, las demás son demasiado ruidosas y les falta prudencia. Creo que es el origen—bajó su voz, y su madre asintió—. No pueden negar que vienen de zonas poco civilizadas.

—Escocia tiene mucho desarrollo y ciudades grandes—dijo él—. Y las hijas del conde de Atholl y el vizconde de Argyll han vivido en Londres por años.

—El origen se nota en los pequeños detalles—suspiró lady Bournemouth—. No soy de aquellas a las que les gusta el chisme, pero...

—Es escandalosa la manera en que esas dos chicas, las escocesas... No recuerdo los nombres... Me apenó mucho ver su actitud durante la gala en casa de la vizcondesa de Argyll.

—¿Actitud?—dijo Francis, haciendo su cabeza levemente a un lado, instando a la mujercita a seguir.

—Estar sola en el jardín... Donde cualquier caballero podía salir en algún momento... Es como si estuviese a la espera de poner a alguno en una posición imposible.

—¡Un horror!

—Creo que se sintió afectada por sus dichos adentro del salón, señorita Lydia—le dijo con voz monótona y como si hablara del tiempo, pero apostando a impartir justicia para Nessa—. Verá, ella y yo estábamos cerca de donde usted hablaba con Bonnie. Términos como *cazar a un noble y desesperación* no le cayeron bien. Supongo que necesitaría aire para recobrase.

La mujercita se encarnó y Francis sintió la perversa satisfacción de haberla puesto en evidencia, aun cuando las dos mayores vinieron a su rescate al instante, y su propia madre envió a Francis una mirada como las que solía dirigirle cuando niño.

—Por supuesto que no pretendí... Tal vez me dejé llevar por algunos comentarios insidiosos.

—Probablemente. Es importante medirse en los dichos sobre los demás. He aprendido que podemos encontrar barro debajo de lo que reluce, y viceversa.

—Oh, mi hijo es un romántico. A veces le digo que no debe ser tan confiado, porque hay muchos que se aprovecharían de él en un segundo.

—Madre...

—Excelencia, si me permite...—intervino la condesa—. Debe cuidarse. Su señora madre tiene razón. Hay mucha maldad y gente que cree que puede arrebatar a otros lo que poseen en base a engaños.

—Lady Bournemouth, agradezco su consejo—hizo un gesto, y luego fingió pensar, meneando la cabeza, serio y con afectación—. Es más, me hace reconsiderar mi idea de cortejar a alguien este año.

Su madre le clavó dagas, la boca apretada, pero a él le divirtió el aleteo rápido en los ojos de Lydia y la sorpresa que lady Bournemouth madre trató en vano de contener.

—¡Oh, no, no, Excelencia! ¡No es lo que trataba de...!

—Señoras...—se incorporó y les hizo una reverencia—. Las voy a dejar para que sigan disfrutando de su té. Debo reflexionar—volvió a decir.

Libre de las tres damas, se dirigió a su escritorio, donde trató de concentrarse en contestar a correspondencia, sin éxito. En su cabeza resonaba la dulce voz de la escocesa. Cuando tocaron a su puerta y dio la autorización, Bonnie ingresó. Se la veía risueña y más contenta que de habitual, y eso le alegró.

—Francis, ¿qué has hecho? Mamá está muy gruñona y dice que va a morir sin verte casado. Y las caras de lady Bournemouth y de Lydia no eran de agrado al marcharse. Por poco no tiraron a Isla de un empujón.

—Ese nivel de grosería y falta de modales en contra de aquellos que consideran inferiores me enerva—gruñó.

—Pues es más habitual de lo que te imaginas—agregó Bonnie, que se sentó enfrente—. Este año las más señaladas son Nessa e Isla. He notado que la animosidad contra ellas crece, y sus primas están furiosas por ello.

—Como debe ser—asintió—. ¿Qué opinas de Lydia Bournemouth?

Su hermana era buena juez de carácter.

—Es bonita, se viste bien, baila con gracia notable, y responde con lo que se espera que diga.

Francis rio y meneó la cabeza.

—Lo dices como si fuese terrible.

—Lo digo como lo veo. Si es lo que buscas en tu futura esposa, es la indicada.

—¿Crees que es lo que busco?

—Mm. Los hombres son difíciles de interpretar, y sus razones muchas veces me exceden. Pero sé positivamente que no basta con cualidades externas para garantizar una buena vida juntos. Debe haber algo acá—se señaló el corazón, y él asintió.

Bonnie no podía haber sido más clara, y él coincidía con su apreciación. Mas el mundo estaba hecho más que de impresiones y sentimientos. Había un orden deseable y que hacía las cosas más fáciles en la sociedad.

Pocos privilegiados tenían la suerte de lograr un equilibrio entre el deber y el querer.

DIECIOCHO.

—Maude me dijo que te habían entregado correspondencia. Viene de Escocia, imagino—dijo Isla ingresando a la sala en la que Nessa estaba recostada en un sillón, ya rompiendo el lacre del sobre.

—Sí—asintió mientras extraía la carta y la desplegaba. Su hermana estaba echando de menos su hogar, como ella—. Es de John.

—¿John? Uh, eso es extraño, con lo que detesta sentarse a escribir. En particular este pasado año—murmuró Isla.

Su hermano era avaro con las palabras tanto en una conversación como por escrito, y esto se había vuelto casi mutismo desde su retorno del continente, herido y obviamente sacudido por los horrores que había vivido allá.

Las heridas que demoraron en sanar y dejaron marcas en él lo volvieron menos dado a socializar, algo que Nessa había tratado de modificar instándolo a acompañarla al campo a supervisar tareas, para disfrutar del aire fresco, o visitar a los arrendatarios.

Él era el futuro señor del castillo y de las tierras, y tenía que sobreponerse a la carga del pasado, eso creía Nessa, que ignoraba sus resoplidos y quejas para que lo dejaran solo. Cuanto antes dejara atrás las malas experiencias vividas, más rápido se recuperaría y podría formar una familia, además de liderar a la que tenía.

Era tiempo de que su padre descargara alguna de las responsabilidades que tenía, y si Nessa creía poder con algunas, sabía que se necesitaba una figura masculina fuerte para ser respetado y obedecido.

—Mm, tal vez nos echa de menos. Ahora que no estamos, madre debe estarlo atormentando con pedidos y tareas—sugirió Nessa, que hizo un mohín cuando Isla se posicionó a su lado.

—Lee en voz alta—la instó.

Hubiese preferido enterarse de lo que su hermano tenía para decir sin Isla a su lado. Más allá de lo liviano de su tono, esta misiva le daba mala espina, y esta convicción se afirmó apenas leyó las primeras líneas de saludo y formalidades.

A Isla le ocurrió igual, y la agitación se filtró en el sonido de la súbita y ruidosa aspiración de aire por la nariz. Si bien esto la hizo consciente de la ansiedad de su hermana, consolarla se le volvió imposible, porque sus propias emociones la envolvieron.

Querida Nessa,

Espero que tú e Isla estén bien, y que Londres sea lo que esperaban y más. No dudo

de que Isla esté disfrutando de cada día allí, aunque me imagino que no es ese tu caso. He tratado de pensar cómo te las arreglas para socializar con esos Sassenach, y se me escapa, pero sé que has encontrado la forma.

John había adoptado el apelativo despreciativo con el que el abuelo nombraba a los ingleses y que hundía sus raíces en un pasado de confrontación, prefiriendo ignorar el hecho de que la unión entre Escocia e Inglaterra tenía más de cien años.

Su hermano admiraba al abuelo y pasó mucho tiempo con él mientras crecía, bebiendo de sus relatos, y Angus solía decir que la fiera nostalgia se había saltado una generación, porque a él no lo afectaba.

Su padre tenía dificultades concretas con el presente y las dificultades financieras que este había traído a los Campbell.

Las cosas no van bien aquí, pero eso ya lo sabes. Me avergüenzo de haber estado tan sumido en mi miseria que nuestro padre tuviese que lidiar solo con las dificultades que nos asolaron.

Les debo a ambos una disculpa eterna, y la culpa me corroe. Hacerte cargo de las tareas que me correspondían mientras yo penaba demuestra tu carácter y tu talante, hermana querida, y por ello te estaré agradecido por siempre.

Nessa parpadeó, tocada por la sincera emoción que las frases de su hermano trasuntaban. Lo imaginó escribiéndolas, la dificultad para hacerlo con su mano herida, y el corazón se le apretó.

John era un hombre parco, y por ello cada palabra contaba. El cariño entre ambos era fuerte, y Nessa no lo culpaba de nada. Sanar heridas físicas y mentales llevaba tiempo, todos en la familia lo entendían.

—Querido John...—musitó Isla, conmovida, y Nessa asintió, pero se rehízo, para continuar.

Enterarme por una conversación escuchada de casualidad de que el tío Archie huyó con el dinero destinado a pagar las ingentes deudas que papá ha contraído ha sido un golpe duro. La traición caló hondo en nuestros padres, que aparecen tristes y abatidos. Me corroe verlos así.

Pero más aún me rebela que ambas hayan marchado a Londres con la tarea de conseguir un compromiso con un caballero cuya fortuna ayude a salvar las posesiones de nuestra familia. Eso es oprobioso, Nessa. Sé cuánto esperó Isla por la oportunidad de disfrutar

de la temporada, y debería hacerlo sin presiones. Lo mismo tú.

He discutido con nuestro padre otras opciones que no sean esperar que ustedes nos salven y comprometan con ello su futuro. Una posibilidad que ha rechazado de manera terminante es el recurrir a los tíos Colin o Brodie por un préstamo.

No va a ceder en eso. Tu ya lo sabes, por supuesto, por eso estás allá, haciendo algo que odias. Me llena de cortedad el haberme retraído de tal forma que obliga a mis hermanas a hacer algo desesperado para no perderlo todo.

—Nessa, ¿esto es así?—susurró Isla, su voz un hilo, y su rostro pálido

Nessa tomó su mano y la apretó con fuerza, y asintió.

—Pero... ¿Cómo no me lo dijeron? Yo... Gasté sin control en vestidos, guantes, capas...—Se cubrió la boca, pero el sonido de un sollozo ahogado se filtró—. ¿Cómo pudo nuestro tío hacer algo así?—susurró.

—No lo sé. Traicionó la confianza de nuestros padres. Ese dinero se iba a usar para pagar los intereses de préstamos que papá debió tomar... Otra parte se gastaría en nuestra estadía aquí. Se llevó todo.

—Es inaudito. Doloroso—murmuró—. Eso debió doler a nuestro padre como si le clavarán una daga en el pecho. A mamá. Sin embargo, no percibí nada. Estuve ciega, tonta de mí —meneó su cabeza, y sollozó desconsolada.

—¡No, Isla, no te culpes! Una de las razones que mantuvo a papá en pie es la convicción de que debías estar aquí. Lo merecías. Han sido años de soñarlo, y aunque es verdad que a mí no me entusiasmaba, tenía curiosidad por conocer cómo era Londres, la temporada. Ver a nuestra familia.

—No hubiese creído posible que algo así ocurriese. Sabía que no nos sobraba demasiado, pero...—habló muy bajito, y las lágrimas arrasaron sus ojos, pero las limpió con el dorso de su mano, tratando de sobreponerse, y sacudió la cabeza, parpadeando—. Papá te dio dinero, ¿de dónde lo sacó?

—Vendió una parte del ganado. El problema es que... La carta lo dice, aquí...—avanzó sobre el siguiente párrafo, que ya había leído en silencio.

El señor MacMahon estuvo en el castillo ayer. Estaba furioso, y de no haber estado presente para frenarlo, hubiese molido a golpes a nuestro padre. Fue muy violento, Nessa, aunque torpe. La furia nublaba su entendimiento.

Alguien le hizo saber que habíamos vendido parte del ganado que era garantía para el pago de una suma que le adeudábamos. Una de las tantas sobre las que no tenía idea existían.

Padre estaba tan avergonzado y disminuido que me conmovió. Pude convencer al hombre para que nos diera más plazo para pagarle. Mentí con descaro, me temo, y las usé como escudo.

Le hice saber que Isla estaba comprometida con un noble y tú con un caballero, y las bodas garantizarán que las deudas familiares serán atendidas. Sé que fue un movimiento desesperado, pero al menos nos ha comprado tiempo.

Por mi parte, he cursado correspondencia a uno de los oficiales bajo cuyas órdenes luché en España, solicitándole ayuda. Tiene una deuda de honor conmigo que nunca esperé tener que cobrar, pero los tiempos difíciles necesitan medidas igual de urgentes.

Apenas tenga su respuesta te la haré saber. Envía mis saludos a la tía Brodie y a nuestros primos.

John.

—¿Por qué hizo eso nuestro padre? ¿Por qué vender el ganado y endeudarse más? No tiene sentido. Si hubiese sabido las penurias económicas en la que estábamos, hubiese suspendido nuestro viaje. Me siento terrible. Mis caprichos...

—Padre quería cumplir lo que había prometido por años. Enviarnos a Londres para participar en los eventos y conocer a esa nobleza de la que sus hermanos y sobrinos forman parte.

Nessa no quería ni por un momento que la alegría de Isla se marchitara como consecuencia de la culpa. No había sentido en ello.

—¿Cómo puedo seguir inmersa en esto cuando conozco que consume las pocas reservas que tenemos, y...?

—Nuestro padre considera esta una posibilidad para que tú y yo escapemos de la ruina. Como escribe John, cree que existe la chance de que logremos eclipsar la razón de un noble y un matrimonio nos salve.

El rostro de Isla se demudó.

—Lo hizo por mí, entonces. Porque no dejé de fantasear y empujarnos para estar en Londres... Gastando lo que no tenemos—susurró, y gotas muy gruesas descendieron por sus mejillas.

Nessa se apresuró a abrazarla.

—¡No, no! Lo hizo por las dos, por el castillo, las tierras. Satisfacer tu deseo de venir y empujarme para acompañarte... Fue estrategia. Buscó sacarnos del medio porque se siente desesperado y no puede mirarnos a la cara. Siente que fracasó y puso el hogar de generaciones en riesgo. Lo que debía ser la herencia de John está a punto de perderse.

—¡Debe haber algo que podamos hacer! Cuando ese hombre se impacienta y el

dinero que se le debe no llegue, ¿qué pasará entonces? Porque las cosas no van bien aquí, Nessa, y lo sabes—la miró con fiereza, perdida la suavidad que de habitual teñía su rostro—. Hay rumores rondando sobre nosotros y nuestros deseos de cazar a un noble—resopló—. ¡Yo estaba lívida por ellos!—rio con tristeza—. No podían estar más acertados.

—No será así. Buscaremos un modo...—le indicó, su cabeza buscando opciones. *Nuestras alfombras usan la mejor lana escocesa*, flotó en su mente el recuerdo de las palabras del duque, y se mordió el carrillo derecho—. Si logramos contactar con alguien de influencia, podríamos encontrar un comprador para nuestra lana que nos adelante dinero...

—Desvarías, Nessa—sacudió su cabeza en negación—. ¿Quién confiaría en dos mujeres, jóvenes y sin un respaldo, para un negocio a futuro?—argumentó, y esta suspiró.

—¿Quién te contó de esos rumores, Isla?

—Edward, y lo hizo porque le pregunté por qué creía que no había interesados en cortejarme—respondió, sus dientes mordiendo un costado del labio inferior—. Perdí la cuenta de cuántos duques, condes, vizcondes, o hijos y hermanos de estos bailaron conmigo en las galas. Se mostraron galantes y no dejaron de halagarme, pero... Ninguno trajo su tarjeta, o solicitó cortejarme. Eso me hizo sentir... Poco atractiva, y...

—No estás acostumbrada a ello, y así debe ser. Has sido la mujer más bella en todas las fiestas, pero eso no es suficiente.

—No soy una vanidosa que aspira a que caigan rendidos ante mi belleza, Nessa—había frustración en su voz—. Quiero que me vean de verdad. Pero es humillante saberse el foco de los cotilleos y malicia. Y ahora esto...

—No eres responsable de sacarnos de la bancarrota, Isla—le dijo con ferocidad, porque no permitiría que su hermana creyese que era la encargada de evitar la ruina y aceptara cualquier propuesta—. He decidido aceptar el cortejo de Sommerset—dijo, exponiendo la idea a la que le venía dando vueltas hacía días, pero que había pospuesto.

—¡Nessa, no! ¡Ese hombre es atroz! Pagado de sí mismo, convencido de tener la verdad de cada tema, además de...

—Es el único que se ha interesado. Y es un hombre rico, que entiende de negocios. Tal vez sea la solución a nuestras angustias.

—Tú lo detestas, así como odias estar aquí—esgrimió Isla.

—Bueno, es hora de que haga aquello que no deseo o rechazo en pos del bien mayor. No le he dado una verdadera oportunidad de cortejarme.

—Nessa...—insistió, pero esta la cortó con una negativa vehemente de su cabeza.

—Anne no va a poder creer que voy a seguir sus indicaciones al pie de la letra. Hablaré con la tía Brodie y le haré saber de mi... interés.

—Tienes que contarle lo que pasa con su hermano y su antiguo hogar.

—No. Ella le diría al conde, con la pura intención de ayudarnos, y lord Percy le contaría al tío Colin. La satisfacción que este sentiría al escribir para hacer una oferta por el castillo heriría a nuestro padre, y la memoria del abuelo. No lo podemos permitir.

—Los tiempos cambian, y no se mantiene la tierra con orgullo—argumentó Isla.

—Exacto. Voy a doblegar el mío para dar una oportunidad a Sommerset.

—Voy a rezar para que ese hombre al que John escribió le responda. Odiaría que mantener el castillo y las tierras sea a costa de tu felicidad.

—Confiemos en que no será así. Todavía hay oportunidad para que el hombre de tus sueños aparezca en alguna gala y decida cortejarte.

Isla resopló y apretó sus labios. La decepción crecía en ella, y era doloroso de ver. Tan ansiosa que había estado por venir, por participar de la temporada, se encontraba con barreras invisibles difíciles de sortear.

—Tenías razón, Nessa. Leer tantos libros románticos no le hizo bien a mi cabeza. La llenó de aire—suspiró—. No vuelvas a esconderme la verdad. Soy parte de la familia, no necesitas protegerme. No soy tan débil como crees.

—Lo sé—asintió, y apretó su mano con suavidad—. No lo volveré a hacer.

DIECINUEVE.

Convencer a su tía de extender una invitación a Sommerset para una tertulia en su mansión no tomó nada de tiempo, porque lady Brodie lo vio con alivio, y así lo manifestó.

<<Ay, querida, es un alivio ver que entras en razón. El señor Sommerset es un comerciante muy importante, y se dice que incluso tiene inversiones en compañías que comercian con América y la India. Él ha mostrado su interés con claridad.>>

Así que aquí estaban, dos días después, en la sala de recepción más grande de la mansión, y por unos quince minutos también estuvo el conde, que le dio la bienvenida, de seguro empujado por las súplicas de su tía. Luego se retiró argumentando una reunión.

Nessa no creía que el interés del comerciante tuviese que ver con su persona en particular, sino con la eventual cercanía que esto implicaba con hombres de influencia. Los burgueses como Sommerset podían ser muy ricos, pero les costaba colarse entre las grietas de la nobleza para ser reconocidos, o al menos tolerados.

No sería ella la que le haría ver que el conde de Atholl no prestaba atención a sus sobrinas políticas, y que el vizconde de Argyll ni siquiera había reparado en ellas, o mejor, las ignoró.

Estaban aquí, participaban de la temporada, se codeaban con gente de importancia producto de la generosidad de su tía, y eso parecía bastar a Sommerset.

El hombre conversaba demasiado, y lo engolado de su voz solo tenía rival con la monotonía de sus temas, básicamente conversaciones que pretendían hacer notar sus adquisiciones inmobiliarias o artísticas.

—Me encanta ese mural—señaló una de las pinturas, que a Nessa le parecía exquisita—. Es un magnífico bodegón. ¿Es un Constable? Me parece del estilo del que adquirí. Un paisaje pintado que es una maravilla. Le hace querer estar a uno allí, en medio de la pacífica campiña, lejos del ajetreo de Londres.

—Oh, aprecié algunas de las pinturas de Constable cuando visitamos la Real Academia—dijo Nessa, entusiasmada.

Le encantaba el arte, la pintura en especial, y había logrado arrastrar a Isla y Margueritte para que la acompañaran a ver los paneles y esculturas griegas expuestas en el Museo y que habían sido traídas al país por el conde de Elgin.

Si a Sommerset le gustaba el arte podrían tener un tema en común, pensó, más animada.

—Mm, bueno, mi tiempo es escaso, y no me interesan los objetos viejos. Compro lo que decora mis paredes, me da paz, y además, es una buena inversión.

El ánimo se le desinfló, porque no podía haber una respuesta más inadecuada. Había belleza y valor en el arte por sí mismo, y descubrirlo tenía que ver con sensibilidad, con apreciación genuina. *Es un comerciante, recuerda. No te desilusiones, explora para encontrar intereses comunes.*

—¿Encuentra Londres interesante, señorita?—inquirió Sommerset—. Hay mucho por ver y disfrutar. Mis actividades me obligan a viajar mucho, pero me gusta asistir a galas y reuniones cuando puedo.

O cuando lo invitan, pensó Nessa, a la que no se le escapaba que su ausencia de la mayoría de aquellas a las que asistieron tenía que ver con la renuencia de los nobles más intransigentes a dar cabida a burgueses como él.

—Lo que he visto me parece muy bonito, aunque confieso que no he ido más allá de Mayfair y sus calles principales.

—Y así debe ser—asintió Sommerset—. Aunque la zona donde están mis oficinas es segura y limpia, por supuesto.

—Me gusta mucho cabalgar, y he mejorado en el estilo que usan por aquí, de lado.

Él arrugó el entrecejo y asintió.

—Nessa puede hasta saltar obstáculos—agregó Maude, que estaba sentada al lado de Isla—. Es muy ágil.

—Debe tener cuidado, señorita Nessa, puede sufrir un accidente. Los animales son impredecibles.

Contuvo el deseo de rodar los ojos. Este hombre probablemente veía los caballos de lejos o atados a su carruaje. *No hay problema, no necesito que me acompañe cuando quiera cabalgar, si es que el compromiso se concreta.*

—En las Tierras Altas y para recorrer nuestras tierras y alrededores una buena montura es esencial. A menudo tomaba un libro e iba a una zona cerca del río para disfrutar de la lectura en contacto con la naturaleza.

Oh, cómo extrañaba las fragancias de las flores silvestres, la brisa en su piel, y los tintes del paisaje y el cielo. Vivir rodeada de casas y mansiones ostentosas, aun cuando arboladas y con jardines meticulosamente cuidados y diseñados, no era lo que Nessa quería.

Nadie hace lo que quiere cuando quiere. Hay obligaciones, responsabilidades, decisiones que llevan a sacrificios, recuérdalo.

—Tengo una biblioteca muy completa en mi casa, con miles de ejemplares. Astronomía, matemática, diarios de viajes, y mucho más. Encuadernados en el mejor cuero y esperando a ser usados. Como digo, tengo poco tiempo.

Bueno, eso era un aliciente. Ella adoraba leer.

—Señor Sommerset, ¿más pastas?—indicó, y este asintió con vehemencia.

El hombre adoraba los dulces, y eso se hacía notar en su estómago. Analizó críticamente su aspecto mientras la tía Brodie hablaba con él. El cabello muy bien peinado se mostraba algo ralo en los costados.

Era unos cinco centímetros más alto que ella, pero eso implicaba que medía un metro sesenta y cinco, si acaso. A Nessa le gustaban altos, como... Se removió, y siguió evaluando al cortejante. Sus ojos grises eran inexpresivos, y sus manos eran suaves y medianas, cuidadas. Manos de alguien que manejaba la pluma y no hacía tarea física.

—¿Hay algún rubro específico en el que se especializa, señor Sommerset?

Este asintió, y bebió un largo sorbo de té.

—Mis empresas se dedican a la provisión de hierro para la confección de máquinas. Sembradoras, hiladoras, grandes aparatos. Controlo algún que otro yacimiento, transporte del mismo, hasta las fábricas. Por supuesto que también tengo varios barcos, y con ellos traigo materias primas del extranjero.

—Una función muy importante considerando el crecimiento de la mecanización, o eso leí—dijo Nessa—. Es muy interesante. Dicen que las máquinas han sustituido a muchos trabajadores, y por eso hay huelgas y más pobreza.

—Oh, señorita, no necesita preocupar esa bonita cabecita suya con ese tipo de asuntos. Para eso estamos los caballeros. Es vital que detrás de cada hombre emprendedor y dispuesto a crecer y progresar haya una esposa esperándolo en su hogar, con la comida lista y el fuego encendido. Una mujer que sea remanso.

Una que no piense mucho y cubra sus necesidades básicas, consideró, fastidiada por la manera en que le habló.

—¿No cree usted que las mujeres pueden desempeñarse en algún trabajo más especializado y ayudar desde él? Yo soy buena con los números, por ejemplo. Padre confía en mí para supervisar la contabilidad y ...

—Tengo entendido que los negocios en las Tierras Altas no van bien—la interrumpió con una sonrisa tiesa, y Nessa entendió el mensaje.

No solo le estaba diciendo que no era buena en contabilidad si los negocios iban mal, también que conocía su situación, y esto la avergonzó, por lo que parpadeó. La mano de Isla en el bajo de su espalda la tocó, y tuvo la convicción de que estaba pensando lo mismo.

—Usted es un hombre avezado en los negocios. Sabe que hay altas y bajas—indicó, con una semi sonrisa falsa, y él asintió.

—También reconozco cuando uno se hunde irremediablemente. Me gusta invertir en ese tipo de negocios, por cierto, cuando entiendo que puedo sacar rédito y hacerlo florecer.

Estaba hablando en doble sentido, y no le gustó nada. Clavó sus uñas en el interior de una de sus palmas, instándose a controlar sus impulsos, que la empujaban a levantarse y

retirarse luego de gritarle que no quería nada con él, ni podría tolerarlo como esposo.

Este hombre cobraría muy cara la ayuda que pudiera dar, y dudaba de que esta llegara si él no creía que valiera el esfuerzo y redundara en un beneficio económico. ¿Lo valía Nessa? Tanto como tenía una auto estima sana, no lo creía.

Cuando este hombrecillo viera la escasa importancia que Nessa tenía para los nobles que eran sus parientes, se replegaría y buscaría alguien más adecuado para sus planes de inversión.

Salvo que lograras enamorarlo, Nessa. Es un hombre como cualquier otro, por tanto, susceptible a la seducción. Tuvo ganas de reír a carcajadas de sí misma, porque eso nunca pasaría. Su moral era demasiado elevada para venderse así.

No, Sommerset seguramente no la ayudaría, o si lo hacía, pretendería quedarse con las posesiones de los Campbell. El objetivo mismo de venir aquí se desvirtuaría. Miró a la tía Brodie y la notó tensa, aunque sin perder la sonrisa. Algo similar encontró en Isla.

Se incorporó, y Sommerset hizo lo mismo, en un gesto de galantería.

—Señor Sommerset, me temo que tengo que retirarme. Seguramente lo veré alguna vez en los eventos sociales que restan, pero estaré retornando a mi hogar en poco tiempo. Ha sido un placer conocerlo. Le deseo éxito en sus negocios.

Él parpadeó dos veces y pareció confuso y muy sorprendido, lo que la satisfizo. Cateto. ¿Creía que ella aceptaría la cárcel del matrimonio con él en la eventualidad de que salvara el patrimonio familiar? Si por un momento lo consideró, esta tarde con él había sellado la negativa.

Hizo un gesto cortés y lo dejó atrás, farfullando, y luego escuchó la voz de su tía aplacándolo. Los pasos que corrieron detrás suyo anunciaron a su hermana, y aceleró su caminar para llegar a su habitación, pero no pudo evitar que esta entrara tras ella.

Suspiró.

—Lo lamento, no sé qué... No pude...

—¿Cómo ibas a hacerlo?—Isla levantó las manos al aire con indignación—. ¡Es un hombre horrible! Lo único de lo que habla es de su dinero, sus posesiones, sus negocios. No encuentra nada placentero como no tenga que ver con eso. Y lo que dejó entrever...—se estremeció—. Prefiero que nos hacinemos en alguna casucha en Glasgow a pensarte en la casa de ese hombre y a su merced—declaró con apasionamiento.

—Se nos cierran las opciones, Isla.

—Confiemos. John puede tener buenas noticias a la brevedad. O nuestra suerte puede cambiar en los siguientes días, en las próximas galas.

—Isla, hemos de volver. No tiene sentido perder tiempo aquí, o gastar dinero que puede ser vital en los siguientes meses.

—Una semana más—hizo gesto de súplica—. La mascarada en la mansión de Worcester. El día de campo en la casa solariega de los Atholl. Luego de ello, nos volvemos.

—Está bien—asintió.

No es que quisiera ver otra vez a ese hombre tan pedante, el duque. La idea de un intercambio verbal con él era molesta. Mucho. El duque se complacía en hacerle notar sus deficiencias, y no importaba lo atractivo que le resultara y lo mucho que sus ojos azules la atrajeran.

Era muy probable que ya estuviese cortejando a Lydia Bournemouth. Se había mordido para no preguntarle a Bonnie y Olivia la tarde anterior cuando se habían topado en la calle Bond, y habían pasado un buen rato mirando máscaras, sombreros y guantes.

Las hermanas Worcester habían gastado muchísimo sin que se les moviera un cabello, y sus primas también. Isla y ella se habían contentado con adquirir las máscaras que necesitarían para la gala siguiente, y aunque ella necesitaba guantes nuevos, se abstuvo de gastar las libras que guardaba con celo.

—Tienes que ensayar una canción, Nessa. Recuerda que se los prometiste.

Había sido un momento de debilidad, perdida en el gozo de cantar. La perspectiva de hacerlo enfrente a decenas de personas acostumbradas a escuchar a los artistas más importantes era escalofriante, y ya había tenido una pesadilla al respecto.

—Seguro que entienden si me retracto—musitó.

—Estarás amparada en una máscara, Nessa. Y Anne te dijo que te acompañará, con lo que la mitad de las miradas estarán sobre ellas. La gente estaba alelada el día en que tocó el piano en la mansión Argyll.

—Sí, eso es cierto. Iré con Anne en un rato—se acostó en su cama, y su hermana lo hizo a su lado—. No sé por qué me preocupo. No es como si pueden tener una opinión más baja de mí.

—Tu voz es preciosa, Nessa. Hay que ser muy necio para no reconocerlo. Lo harás muy bien. Y yo voy a bailar como si no hubiese mañana, sin preocuparme más por hacerlo perfecto y encajar. Es imposible encastrar donde no hay sitio para uno.

—Al menos Margueritte y Victoria tienen a sus cortejantes comiendo de su mano, y son hombres agradables. Eso es bueno, la tía Brodie va a tenerlo más sencillo el año siguiente. La querida Maude es muy joven y tendrá experiencia, y lo hará genial.

—Sí. Lo mismo Elizabeth. Es maravilloso que hayamos podido verlas y disfrutar de su hospitalidad y cariño. Edward es mi primo favorito.

—No es difícil considerando lo vanidoso de Kyle, y que no vimos a Archibald y George—sentenció, y llevó sus manos abajo de su nuca—. Isla, ¿alguno de los hombres que conociste te atrajo?

El silencio que siguió la alertó, y observar las mejillas encarnadas de su tez la hizo sonreír.

—Dime, anda.

—El duque de Lycombe es muy apuesto—suspiró—. Y un deslenguado sin modales, también. Aunque no un pedante.

—Mm. La mala fama le precede.

—¿Qué hay de ti, Nessa?—le inquirió, curiosa, observándola, y ella miró a un costado, pensando en unas pupilas azules, una fragancia masculina intensa y unos dedos que le rodeaban el antebrazo con gentileza y le quemaban.

—No, no puedo decir que alguno de estos nobles me impresionara.

Mentiras, mentiras, canturreó una voz en su interior, y a la que su razón fustigó.

VEINTE.

Francis recorrió los espacios ya listos para la mascarada y se sintió impresionado. Las grandes salas de la mansión resplandecían. Una de ellas tenía sillas y sillones en sitios estratégicos para dar sitio a la charla y el descanso, con mesas cargadas de adornos y comida.

Se había liberado de muebles al salón central para crear una pista de baile en la que los invitados lucieran sus disfraces, girando y danzando bajo la miríada de luces y reflejos provocadas por la luz de las incontables velas de los candelabros y las lámparas de aceite. Los jardines también estaban iluminados.

Su madre y sus hermanas habían estado días hablando y planificando, contratando gente y dando directivas. Las invitaciones se habían cursado con menos anticipación de la deseada, porque la idea de esta mascarada había sido inspiración del momento, pero eso no fue óbice para que la mayoría de los convocados asegurara su presencia.

Nadie quería quedar por fuera de lo que las publicaciones llamaban *la mascarada más esperada en la mansión del soltero más codiciado*. Esto se lo había hecho saber el tonto de Hugh una de las mañanas en que habían cabalgado juntos.

<<Quién diría que serías considerado el sol de la temporada, Francis. De habitual eres más una nube negra que arruina la diversión.>>

—¡Mira qué elegante y misterioso estás en tu dominó!—dijo su madre, y se dio la vuelta para saludarla.

La anfitriona estaba elegantísima en su vestido crema con incrustaciones en cristales, y la única concesión a la mascarada era el turbante en su cabeza, que tenía un zafiro incrustado en el medio y plumas en un costado.

—Estás hermosa, madre—besó su mejilla y ella sonrió.

—Gracias. Los carruajes ya están llegando. ¿Dónde están...?

—Aquí—se escuchó a Olivia, que apareció brincando, el sombrero de dos puntas en negro y blanco moviéndose en su cabeza.

—Un Arlequín. Mm, refleja parte de tu personalidad—le dijo, con una sonrisa amplia.

—Pues yo espero que esa capa negra no refleje tu ánimo, hermanito, porque no quiero nubes en esta fiesta. ¡Estoy tan ansiosa!

—No muy lejos de tu estado habitual, aunque el atuendo lo potencia—señaló Bonnie.

La miró, tratando de identificar el personaje que la inspiró.

—¿Una dama griega, romana?

—Perséfone, una diosa griega. Por ello las flores en el cabello—indicó.

—Esperemos que no haya un Hades que te rapte, hermanita—rio Olivia, y Francis frunció el ceño, mirando con seriedad a Olivia, que escondió su risita con su mano.

—Compórtense. El disfraz no da licencia para la picardía o el desliz.

—Eres demasiado aburrido, Francis—se quejó Olivia, cruzando sus brazos en el pecho—. Lo divertido es distenderse y olvidar un poco las convenciones. Es agotador estar siempre en pose.

—No es pose, son tradiciones, queridas, y Francis tiene razón. Vamos a la puerta a recibir a nuestros invitados.

Él quedó atrás y se dirigió a su escritorio, donde se reclinó con calma, pensativo. El comentario de Olivia, a la que reprendió, como era su obligación, no le pasó sin considerarlo, empero.

La máscara, el disfraz en general invitaba a perderse en el anonimato, al menos por algunas horas.

No dudaba de que los ojos entrenados de algunas damas lo reconocerían al cabo de un rato, pero mientras tanto, no tenía que bailar si no lo deseaba, y podía transitar sin ser agobiado por conversaciones aburridas.

El golpe en la puerta fue mera etiqueta, porque el duque de Lycombe ingresó sin esperar autorización, una sonrisa extendida en su rostro. Francis suspiró al observar el atuendo, y la ironía no se perdió en él.

—¿Un cuáquero, en serio? No podría haber una distancia más extensa entre tú y un puritano, Hugh.

Este se adelantó y se sentó en un sillón a su frente. Lo más impactante era sin duda el personaje elegido, pero Francis evaluó el disfraz en detalle. La capa y los pantalones confeccionadas en telas de lana, en la gama de los negros y grises, y que debían picar, supuso. El blanco en puños y cuello contrastaba, y el sombrero redondo y hacia arriba, en punta, daba el toque final.

—Soy la imagen de la sobriedad y la sencillez, además de la moral severa.

—Me alegra que te diviertas, Hugh, y aunque nadie que te conozca superficialmente lo afirmaría, sí sé que alguna que otra cualidad cuáquera tienes. No las que mencionas, precisamente, pero eres un ejemplo de honradez y sinceridad.

Hugh meneó su cabeza, desarmado por la seriedad con la que Francis le señaló eso, pero decía la verdad. No le gustaba cuando su amigo pretendía aceptar y mimetizarse en la imagen que la alta sociedad tenía de él.

Francis y Grayson lo conocían bien. Habían jugado juntos y fueron confidentes desde pequeños. Habían luchado a la par en una guerra espantosa, y acá estaban. Hugh era un

hombre de honor, y si sus hábitos licenciosos ofendían algunas damas de alcurnia o nobles hipócritas, eso era algo que no incidía en la percepción que Francis tenía de él.

—Gracias, mi buen amigo—dijo Hugh, asintiendo, y se reclinó—. La mansión resplandece, y lo mismo las damas que me recibieron. Me apresuré a venir, queriendo eludir al borbollón que sin duda se está produciendo ahora mismo en la entrada.

Un nuevo golpe en la puerta anunció otra presencia, esta menos impetuosa, porque esperó a la autorización grave de Francis, que sonrió al ver entrar a Grayson. La carcajada de Hugh hizo suspirar a Grayson, que se sentó y aceptó el whiskey que Francis le ofreció.

—Es el precio que pago por dejar mis asuntos domésticos en manos de mi hermano—gruñó.

—El puesto te sienta bien. Tenemos claro que tienes el mismo don de mando que un sultán—dijo Hugh.

Francis coincidía, por lo que asintió. La actuación de su querido amigo el duque de Bristolbridge había sido heroica en las guerras peninsulares, y había una cicatriz que lo atestiguaba debajo de las babuchas de seda oscura que cubrían sus muslos.

Había visto la muerte a la cara y sobrevivió para conducir a su batallón al triunfo detrás de Wellington, y habían sido testigos directos.

—La concurrencia es extraordinaria. Tuve que entrar por la puerta de servicio para evitar atascarme detrás de dioses griegos, faraones y seres mitológicos. Me encanta tu disfraz, Hugh, por cierto. Francis, manteniendo el estilo, dentro de lo tradicional.

—Que haya decidido participar es muestra de la adoración que tengo por mi familia—gruñó.

Se incorporó y fue hasta la puerta, que entreabrió. El sonido de voces altas y variadas más la música que llenaba el espacio le anunció que la celebración comenzaba.

—No perdamos tiempo. Máscaras, caballeros, y a confundirnos en la multitud.

—Me pareció escuchar a tu madre anunciar que Anne Holloway tocaría hoy.

Hugh y Francis se miraron, sorprendidos. Grayson no solía interesarse en la música.

—¿Has desarrollado un interés por el piano, amigo? ¿O por la que le arranca melodías tan sutiles y perfectas?

La inspiración súbita de aire desplegó las narinas de Grayson, y los otros rieron.

—Curiosidad, simple y llana. Me gustan los misterios, y esa mujer es uno. Dejó los escenarios cuando ya se había hecho un nombre, desapareció por años, y ahora vuelve, sin explicaciones.

—Seguro que puede atajarla antes de que se vaya y preguntarle en persona, su Gracia—bromeó Hugh—. Traté de hablarle en la gala de la mansión Argyll, y fracasé con estrépito, porque apenas si me miró.

—Tu fama te precede, te lo hemos dicho—dijo, y luego agregó, impaciente—. Basta de cháchara. Mi madre gastó una fortuna en asegurar que la bebida más fina y la comida más cara estuviese disponible.

Cubrió su cara con la máscara, que dejaba solo su labio inferior y mentón al descubierto, comprobó, mirándose con brevedad en el espejo de la pared lateral. La imagen que le devolvió lo conformó, porque su identidad se preservaba.

Grayson y Hugh le dieron igual impresión, ya que el primero tenía un turbante además de la máscara, y el segundo usaba una que le cubría toda su cara, al estilo de las teatrales griegas.

Se unieron a los grupos de invitados que circulaban y se dispersaron. Los murmullos y las risas provenían de los distintos subgrupos que se abigarraban en esquinas y en sillas que se habían dispuesto en el perímetro de las salas y en los pasillos que las comunicaban.

Solo el piso superior estaba vedados a la circulación y el ingreso, y él se había asegurado de que las habitaciones estuviesen debidamente cerradas. En este tipo de galas, a pesar de que la entrada era por invitación exclusiva, podían colarse personas de baja calaña.

Había cerca de doscientos invitados, y la servidumbre estaría afanada en la atención de estos, y si bien se habían contratado más manos, ser precavido no estaba de más.

Con una copa en la mano caminó por los distintos salones, y se ubicó en un costado del mayor, donde comenzó a pasar revista a la muchedumbre. Su madre conversaba muy animada con la marquesa de Whittall y la vizcondesa de Argyll, las tres sin máscaras y muy elegantes en vestidos adornados con profusión y cargadas de joyas.

No muy lejos, el vizconde charlaba con el conde de Bournemouth, y la cara de este era de educada escucha, aunque su mirada recorría su alrededor, procurando escapar, imaginó, o atraer a alguien más para dividir la atención de lord Argyll.

El noble escocés era la representación del tedio, a juicio de Francis. No hacía muchos años que había heredado su título y luego se instaló en Londres, mas no era esto lo que le convertía en un hombre al que no muchos consideraban interesante o al que llamaran amigo.

Era probable que el conde de Atholl fuese el único que de habitual sostenía la charla larga, y eso tenía explicación en el lazo familiar que los unía. Era risible que un hombre tan dogmático y estructurado fuese tío de esa polvorita que era Nessa Campbell.

Su mirada barrió la estancia, curioso por encontrarla y descubrir qué disfraz había elegido. ¿Amazona, vikinga, diosa celta? Hizo una mueca divertida al considerarlo.

Cualquiera de estos personajes le sentarían de maravilla, porque compartían ese espíritu semi salvaje que intuía en ella, y que se volcaba aquí y allá en frases espontáneas o gestos.

Era molesto cómo no se la podía quitar de la mente, pero no extraño, porque la

chatura de la mayoría de sus interacciones verbales con debutantes y otras que ya tenían experiencia en la temporada eran... sosas, amables y edulcoradas.

No reconoció su figura entre las asistentes, y que pudiera discernir esta del resto era ... alarmante. Carraspeó, y se encogió levemente de hombros. El cabello rubio con vetas rojizas, esos ojos y esos labios expresivos eran rasgos inconfundibles, y estuvo seguro de que Hugh o Francis también reconocerían a varias asistentes por detalles notorios que las identificaban.

Un grupo grande de damas rodeaba un largo sillón en el que algunas estaban sentadas, y se las veía divertidas y entusiastas, y Bonnie y Olivia estaban entre ellas.

Algunas de esas mujercitas tenían que ser las hijas del vizconde de Argyll, al menos Elizabeth, la amiga más querida de su hermana menor. Sí, cuando se dio la vuelta la reconoció caracterizada como una reina egipcia. El pesado maquillaje de ojos y la gorra en forma de esfinge no disimulaba su identidad, pero no todos lo buscaban.

Una de las hijas del conde de Atholl, no recordaba su nombre, lucía un vestido plisado en muselina blanca muy similar al que vestía Bonnie, así que supuso que era una diosa. El sombrero en forma de casco y la lanza en su mano le trajo a la memoria a Atenea, aunque no era el hombre más interesado en las antiguas culturas.

En el grupo había también una sultana vestida en seda roja, con turbante y una máscara que le cubría medio rostro, una hindú envuelta en un sari celeste brillante, otra diosa griega (esta tenía bordados motivos vegetales como espigas de trigo), y dos mujeres en trajes de dominós, como él, con cabellos cubiertos por capuchas amplias y en punta, y máscaras sofisticadas con plumas negras y bordó.

Francis entrecerró sus ojos y empujó su bebida, sin despegar la vista del grupo, y dejó su copa en una bandeja, para luego acercarse con sigilo al animado sector, como atraído por un invisible imán.

Era ridículo, se reprendió. Como si no tuviese algo más interesante que hacer que escuchar lo que conversaban unas mujeres jóvenes exaltadas por la ocasión. Se dijo que estaba ejercitando sus poderes de observación, y se abocó a mirar en detalle las siluetas y en especial, los rasgos no cubiertos.

Justo entonces se escucharon los acordes de una cuadrilla, y los caballeros se movieron por la sala a buscar compañeras, y la formación se realizó entre risas, comentarios y chistes.

Se recostó contra la pared y observó que Hugh era uno de los bailarines. Se divertía sin fustigarse, permitiéndose disfrutar, algo que a él le costaba mucho. Grayson estaba en la pared opuesta a Francis, y sus ojos estaban pendientes del mismo grupo que él, lo que le hizo enarcar las cejas.

¿A quién observaba su amigo, de habitual tan prescindente como él? ¿Había

reconocido a alguien que le interesaba entre las damas? Su mirada volvió al racimo de mujeres, que tenía menos integrantes porque tres de ellas danzaban, su hermana Bonnie una de ellas.

Una de las que vestía disfraz de dominó detuvo el deambular de sus ojos, y estos se regodearon en la imagen. Bingo. Esa boca rosa fuerte y con la curva del labio superior exquisitamente dibujado le resultó inconfundible.

Había atraído su mirada cada vez que su dueña estuvo cerca, ya fuese elaborando frases, cantando, o haciendo gestos. De las tonterías que un hombre se percataba en instantes como este.

Nessa, porque era ella, la reconoció, vestía un vestido borgoña oscuro que completaba con una capa negra cuya capucha era amplia, pero el contraste entre la piel crema y la tela era notable. Su cabello no se veía, más los ojos destacaban. Tragó saliva, y sus ojos se entrecerraron, fijos en ella.

Se sintió súbitamente... excitado, inquieto, y las sensaciones lo desconcertaron. Él no era un hombre de reacciones viscerales. Al menos no lo había sido en un contexto como este y hasta que la conoció, tenía que admitirlo.

Mm. Inspiró hondo y trató de concentrarse en otros aspectos, personas o detalles de la sala, en la música y los bailarines. Se le hizo imposible, y agradeció no estar expuesto, porque así nadie notaba su desasosiego, y tampoco lo atosigaban.

Nessa Campbell estaba volviéndose una molestia, decidió. Su rostro y su voz aparecían en sus pensamientos más de lo que quisiera y de lo que era recomendable. La curiosidad y el no poder catalogarla como hacía con gran parte de los que lo rodeaban lo molestaba. O algo así.

Se despegó de la pared, pero en lugar de hacer lo obvio y sano, es decir, huir en el sentido contrario, sus piernas lo acercaron al magneto. Ella despertaba fibras dormidas en él, y se encontró haciendo una reverencia y extendiendo su mano para invitarla a la pista, donde un vals comenzaba a sonar.

Ella dudó, pero las demás la empujaron, y su brazo se extendió mientras se inclinaba con levedad. Francis tomó su mano con suavidad, envolviéndola con la suya, que pareció tragar los delicados dedos.

Ella giró para ponerse en frente, y sus ojos se encontraron mientras él la tomaba por la cintura, pasando su mano por debajo de la capa, mientras ella posaba su mano en su hombro. Un cosquilleo lo recorrió, porque si bien el contacto físico estaba mediado por las telas de sus guantes y vestimenta, esta era la primera vez que estaban tan cerca.

Olía perfecto, consideró, sus narinas inflándose y aspirando la fragancia floral liviana, diferente a las más pesadas de los perfumes franceses con los que algunas damas solían embeberse.

Comenzaron a girar con lentitud, la música llenando sus oídos, y no quitó la vista una vez de los verdes con rayos dorados de la dama entre sus brazos.

Francis era de los que consideraban que el vals era un ritmo sensual y sugerente, pero no de los que lo derogaban por ello. Y esta noche, se encontró disfrutándolo como nunca.

Con ella siguiendo su guía, giraron, Francis sintiendo cómo Nessa se relajaba con cada movimiento, y no supo si era porque ella no se sabía reconocida y por tanto no expuesta a la crítica, pero la torpeza que le había visto en la pista no existía hoy. ¿Sería que no lo reconocía, y por eso no estaba a la defensiva?

—Bonito disfraz—le dijo, por iniciar conversación, agravando su voz para mantener su identidad oculta.

Era más que excitante.

—Gracias. No es de los más creativos, pero cumple el requisito.

Ella sonaba... No había desafío o posición defensiva, sino calma, y los labios se plegaron en un gesto de compuesta sonrisa que los distendió. Suaves, llenos, brillantes.

Una boca sensual, que debía besar... ¿Qué estaba pensando, por todos los cielos? Parpadeó y volvió a mirarla, y no supo qué era mejor, o peor.

—¿Disfruta de la fiesta?—inquirió, y ella asintió.

—Confieso que es la que más me ha gustado—susurró y él bajó su cabeza para estar más cerca—. Puede que no hable bien de mí el confesar que prefiero a todos en sus disfraces, se me hacen menos...

—¿Temibles? ¿Pesados?—ofreció los adjetivos, sonriendo—. Las máscaras liberan, por ello es que nos encantan. El peso de las normas se disuelve.

Ella asintió, y el silencio se hizo entre ambos mientras continuaban danzando. Francis notó a su madre en uno de los giros, tratando de llamar su atención, y se percató, con inesperado fastidio, que Lydia Bournemouth estaba a su lado.

—Me parece que este tipo de fiestas despoja de máscaras, aunque parezca un sinsentido—la voz de Nessa lo hizo volver a mirarla, enredado otra vez en el sortilegio de esos ojos intensos, y a la vez honestos, ingenuos. *Eso, eso es*, se dijo, *ella es real, sin dobleces*—. La que se nos exige portar, la socialmente aceptable.

Sonrió, y asintió. Tenía razón, por supuesto. Y mantener la fachada era agotador, al menos estos meses intensos en Londres. En su mansión solariega, en la intimidad de su escritorio en esta casa o de una reunión solo con los suyos, la vida se disfrutaba mejor.

Contuvo el gruñido que casi surgió de sus labios cuando escuchó que su madre le nombraba, y con ello desarmaba la protección del disfraz. Esto en pos de atraerlo a la que su progenitora creía la candidata perfecta para él.

Que él lo pensara hasta hacía pocas horas también no daba derecho a la duquesa a

ser tan intrusiva, consideró. El pisotón en un pie y el vaivén de la damita entre sus brazos marcó el fin del hechizo, justo cuando los últimos acordes de la pieza sonaban.

Su brazo la envolvió por la cintura y la atrajo más, y aunque podía ser visto como un escándalo, la fusión de las capas escondía sus siluetas.

—Relájese, señorita Campbell. Lo estaba haciendo perfecto, y mis pies no temieron hasta ahora. Fluya conmigo, querida.

—Usted...—susurró ella, sus ojos grandes parpadeando—. Es usted... Su Excelencia.

—Francis... Mi nombre es Francis, Nessa—murmuró.

—Lo buscan, Excelencia—Su voz sonó más firme, y la sintió retraerse físicamente entre sus brazos, que intentaron soltarse, pero él lo impidió, sin presionar—. Su madre y la señorita Bournemouth esperan por usted.

—Me gustaba más cuando estaba de incógnito y girando en la pista sin ninguna preocupación. Y por ello le pido que me conceda la siguiente pieza.

—Pero, pero...

—Disfrutemos del disfraz, e ignoremos las presiones, Nessa—murmuró—. Cuénteme, ¿ha seguido usted con sus cabalgatas? Espero que haya mejorado.

Ella frunció sus labios, y él sonrió, satisfecho de conmoverla.

—Si desea saberlo, Excelencia, lo he hecho. Soy una mujer persistente y aprendo rápido. Puedo montar sin dificultades de costado e incluso saltar obstáculos.

—Tsk tsk tsk, Nessa. No es común ni aceptable ese tipo de espectáculos en Hyde Park, y no sería bien visto.

Falso, pensó. Le gustaría apreciarla en su versión amazona, los ojos fijos, reconcentrada, su cuerpo firme sobre el caballo, acompañando el galope con gracia.

Libre, espontánea. Una visión inquietante, decidió, porque su hombría se agitó, y eso era... Preocupante.

—Oh, entiendo que así lo crea; ya hemos establecido lo poco adecuada que soy.

—¿Oh?—parpadeó.

No recordaba haber sido tan poco caballero como para hacerla sentir inadecuada, ¿o sí?

—No pretendo dar un espectáculo, se lo aseguro.

—Si en algún momento le hice creer que la veo con ojos de desaprobación, me disculpo, Nessa. No ha sido mi intención...

—No es necesario que se disculpe—dijo ella.

Hubo un silencio por dos giros, y él volvió a la carga, empeñado en hacerla hablar, en saber más de ella.

—Veo que sustituyó sus guantes.

—Un préstamo de mi prima Margueritte. Los que rompí eran mis favoritos—ella suspiró, y volver a un tema trivial restableció el clima agradable entre ambos.

—Eran de muy buena calidad. Lo digo con propiedad, porque poseo una fábrica de ellos.

—Oh, tenía entendido que producía alfombras. Con lana escocesa.

—Así es.

—Mi familia vende lana, Excelencia. Tal vez alguna vez podríamos hacer negocios. Sonrió ante la oferta. Definitivamente no había diálogos aburridos con Nessa Campbell.

—Tengo mis proveedores, Nessa.

—Si sus negocios crecen, siempre puede necesitar otros. Y mi familia lo consideraría.

—¿Mm? ¿De verdad?—sonrió, y ella asintió.

—Estamos dispuestos a proveer.

—No hago negocios en fiestas, ni con señoritas en disfraz.

—Pues creía que muchos negocios surgían en reuniones. ¿Es por mi disfraz, o por mi condición?

Francis se sintió perdido, y abrumado por la intensidad de la escocesa, que parecía hablar con total seriedad.

—¿Condición? Me temo que me he perdido...

—¿Es porque soy mujer?

Lo consideró, y luego decidió ser brutalmente honesto, porque ella lo merecía.

—Confieso que no he hecho negocios con damas.

—Siempre hay una primera vez.

Se detuvieron, y ambos se miraron con fijeza.

—El vals terminó. Debo...

—Entiendo. Su madre está inquieta y no es correcto dejarla esperando.

Francis asintió, y se separó, observando como ella se deslizaba hacia el extremo opuesto y desaparecía de su vista. Resopló, volviendo a la realidad, y se dirigió hasta donde estaba su madre, que lo recibió con alborozo.

—¡Querido, mira qué hermoso disfraz tiene Lydia!

Sonrió y asintió, apreciando la figura de la bonita mujer, que estaba ataviada con un sari rojo que marcaba su cintura y dejaba libre uno de sus hombros. Tenía un maquillaje dramático que acentuaba sus rasgos, con perlas en su cabello.

—Mi padre me lo trajo de la India en su último viaje. Es exótico y la tela, una

maravilla.

—Lo luce muy bien. ¿Le interesa viajar, Lydia?

—Oh, confieso que si la opción es París, ahora que la paz ha retornado, mi respuesta es sí. Esos lugares tan lejanos y exóticos, empero... Me imagino que es agotador y muy incivilizado. Me han dicho que los nativos son lerdos y carecen de la habilidad de nuestros criados.

Estaba seguro de que a Nessa Campbell le encantaría viajar, y los que Lydia mencionaba como grandes aspectos en detrimento de conocer India, o tal vez África, para la escocesa esos serían meros detalles.

—Francis viaja mucho—dijo su madre—. De hecho, ha ido a la India dos veces, y a Sudáfrica.

—Algo que pretendo repetir, así como conocer más las zonas alrededor del Mediterráneo. Me han dicho que son paradisíacas.

—Oh, por supuesto, por supuesto—sonrió Lydia—. Mi querido padre viaja a menudo, aunque mi madre permanece en el hogar. No le gusta dejar las riendas de la mansión o de la casa solariega en manos de la servidumbre. Hay tanto por hacer.

Él asintió, ya aburrido. Lydia hablaba lo que se esperaba de ella, y si era honesto, aquello que había esperado encontrar en alguien apropiado. Solo que la palabra *adecuada* se sentía...

Sabía a poco, y limitaba. Constreñía. Hablaba de conformarse, cuando un hambre diferente, un deseo de más, mucho más, le distorsionaba los pensamientos y tenía sus emociones revueltas.

Percatarse de ello era preocupante. Distorsivo, incluso, porque cuestionaba lo que hasta entonces veía como correcto, natural, esperable. Estaba visto que sus deseos estaban mutando y lo hacían preferir otro tipo de cualidades en una dama, y con esto, un futuro distinto.

No era un mero ajuste de preferencias, no, porque había un conjunto de derivaciones de elegir con la cabeza o con sus impulsos. *Es imperioso que sujete mis emociones. Nada bueno puede surgir del desvarío y descontrol más que arrepentimiento futuro. Esto que siento... Esto que creo sentir*, se corrigió, *es lujuria*.

Ahí estaba, eso era. Ponerle nombre a lo que Nessa Campbell le provocaba era un comienzo, le permitía actuar sobre ello para hacer control de daños. La lujuria podía drenarse.

Dejar de lado a la amante que había mantenido por años tenía estos efectos, y debía aprender a lidiar con ello hasta tener a una buena esposa, diligente, apropiada y cariñosa. Sí, eso era todo. Evitar a Nessa, cortejar a Lydia, asegurar el compromiso y casarse. Asintió, más tranquilo y seguro de sí mismo.

VEINTIUNO.

Se escurrió entre los que ya comenzaban a danzar en la pista y, en el borde de esta, miró a los lados para buscar a su hermana y primas. Su mano fue hasta su cintura, como si rozar el sitio donde el duque la había tocado pudiese convocar a la tibieza que le había hecho sentir.

Francis... Le había pedido que le llamara por su nombre, pero eso no ocurriría en voz alta. Era demasiado íntimo, demasiado... Le haría sentir un aire de propiedad que era insano, como si pronunciarlo la acercara de una forma impropia, imposible.

No sabía qué pensar sobre él... Sobre ella y él. *No hay él y tú, tonta*, se conminó a la razón, y esta acudió en auxilia con pereza, y no tan aguda como era habitual. La imagen de ambos danzando como si estuviesen solos en la sala, sus ojos fundiéndose y hablándose, diciéndose más de lo que las bocas articulaban.

Desvarío. Intenso, bonito, loco desvarío. Él era uno de los hombres poderosos de Londres, de Inglaterra. Rico, apuesto, lo tenía todo, incluso un objetivo claro, y este lo había convocado desde el otro lado de la pista.

Lydia Bournemouth estaba deslumbrante en su disfraz de hindú, potenciado por la joyería importantísima que rodeaba su cuello y muñecas. Contaba con el favor de la duquesa madre, que sonreía con placer y había urgido al duque a finalizar el baile. *Aunque él lo hizo con renuencia*, murmuró su voccecita interior.

Se movió hacia un rincón para tomar una copa de la bandeja de uno de los mozos que circulaban por el salón, sus ojos pegados a los que departían más lejos. El duque se había quitado la máscara y su rostro no se despegaba del de Lydia, que reía y le tocaba una y otra vez con liviandad y un sentido propietario que no debía escapar a nadie alrededor.

Hacían una bonita pareja esos dos, en todos los sentidos. Imaginó que el racconto de la novedad en los periódicos del día siguiente sería en un tono de alabanza, la clase acomodada exultante de que dos de sus más ilustres miembros estaban en sintonía.

El trago le supo a hiel, le quemó la garganta y luego el estómago. Se despreció por sentirse tan poca cosa y en especial por permitirse sentir algo tan similar a la desilusión. El por qué le era incomprensible. Apenas conocía a ese hombre, y las veces que habló con él sintió su desaprobación.

Hoy no... Esta noche no. *Si en algún momento le hice creer que la veo con ojos de desaprobación, me disculpo, Nessa. No ha sido mi intención.* Sus ojos conectaron con ella de otra manera. Con otras... urgencias.

El pensamiento la avergonzó, porque de inmediato consideró que adjudicaba al duque lo que era suyo. Se había sentido bien entre sus brazos, girando y bailando sin presiones, y

por ello más libre y sin fallar en sus pasos.

Hasta que se percató de quién era él. Luego... Había enloquecido, hablando sin control sobre venderle lana y... Cerró sus ojos, avergonzada por su conducta impropia y desesperada. Una prueba más de lo inadecuada que era, consideró.

—¡Nessa! ¡Aquí estás!—Anne apareció a su lado, y si su máscara no le permitió ver su rostro por completo, la manera en que mordía su labio y como restregaba sus manos le mostró sus nervios—. Ven conmigo, es momento de presentar la canción que preparamos.

Si algo faltaba para ponerla de peor talante, aquí estaba. Encerrada en el remolino que era su cabeza había dejado de lado que había accedido a cantar. ¿Se necesitaba otra muestra más de que su cabeza no funcionaba bien en Londres? Aquí estaba.

—Anne... Escucha, no creo que sea buena idea... No sé por qué dije que sí, pero...

—Lo hiciste y es un compromiso que debes honrar—le respondió con seriedad, tomándola de la mano y tirando de ella con suavidad—. Además de que tenerte a mi lado aliviará mi tensión, Nessa.

—¡Anne, tú eres maravillosa y todos esperan que toques como la excelsa música que eres! Yo...

—Es la primera vez que voy a estar sin el apoyo de otros músicos en años, y me comen los nervios. Tienes una voz preciosa, querida, lo haremos tal y como lo ensayamos. No tienes que quitarte la máscara. Bonnie me dijo que a la duquesa le pareció gracioso mantener la incógnita.

Nessa tomó aire con ansiedad mientras caminó detrás de Anne hasta el pianoforte. Se ubicó detrás de Anne, que deslizó sus largos dedos por las teclas arrancándoles dulces sonidos y llamando la atención de los asistentes, que se acercaron hasta formar un semi círculo.

Era extraño ver a su frente a un mar de desconocidos embutidos en disfraces que emulaban civilizaciones lejanas y exóticas, pero hubo sonrisas y aplausos. La figura de la duquesa de Worcester apareció al frente, y agradeció a todos por estar, y a Anne y su *misteriosa acompañante* por acceder a brindar un espectáculo.

Anne comenzó a ejecutar una pieza, logrando magia con el sonido y Nessa bajó su mirada y se concentró, dejándose envolver por la música. Habían decidido interpretar una balada muy popular en los salones y un aria escocesa clásica que Nessa conocía bien.

A medida que la melodía fluyó y ella se relajó, su voz se hizo más fuerte y sin un ápice del temblor que temió la permearía. La convicción de que lo estaba haciendo bien la volvió más temeraria y enfocó en la multitud, distinguiendo a su hermana en primera fila, al lado de sus primas.

El gesto de aplauso de Isla la motivó, y se animó a batir palmas para seguir el ritmo, y pronto otras se unieron. Sus ojos se posaron en la figura comandante en uno de los extremos

del semi círculo, con las piernas abiertas y los brazos cruzados al pecho.

El duque de Worcester parecía en trance, los ojos clavados en ella, entrecerrados, y sus labios una línea fina que no pudo interpretar. A su lado, Lydia Bournemouth parecía no poder quedarse quieta, su mirada una y otra vez sobre él, más que en el espectáculo.

El fin de la interpretación fue recibido con aplausos entusiastas, y gritos de aprobación hacia Anne, que la tomó de la mano y se inclinó en una reverencia, que ella imitó con algo de torpeza. Cuando el círculo se rompió y algunos asistentes se dirigieron a ellas, Nessa gruñó:

—Anne, por favor, habla tú, no sé qué decir.

—Agradece, vienen a felicitarnos.

En segundos su hermana la estaba abrazando, luego sus primas, y Olivia y Bonnie, todas excitadas y hablando de lo maravilloso que había estado. Hubo más saludos y a todos respondió con un cabeceo, pero cuando a su frente estuvo el duque y su madre, con Lydia a su lado, los nervios volvieron.

—Querida Anne, tu talento es exquisito, no me canso de decirlo—señaló la duquesa—. Espero que este retorno sea duradero, porque hay muchos preguntando si podrán disfrutarte en escena.

—Le agradezco, pero temo que estas fueron mis dos únicas actuaciones, y por puro respeto a la vizcondesa de Argyll y a usted—Anne hizo una reverencia refinada y respetuosa.

—Y tú... Nessa.—la noble se volvió a Nessa con un gesto menos amable, diferente al que solía dirigirle cuando había estado en días anteriores—. Estuviste muy bien, tu voz es muy dulce y afinada. No te reconocí cuando te vi bailando con mi hijo.

Ah. Esa era la causa de la frialdad repentina. El duque había bailado no una, sino dos piezas con ella, y de habitual, eso implicaba interés evidente. *Pero esta es una mascarada, y él no sabía con quien... Lo sabía, sí lo sabía*, se dijo, y parpadeó.

—Gracias, señora.

—¡Ah, no te había reconocido!—la voz de Lydia sonó firme, y la sonrisa tiesa no alcanzó sus ojos—. Tú eres una de las escocesas, ¿no es así? ¿Grant, Mac.. Algo?

—Campbell—intervino el duque—. Uno de los clanes más famosos de las Tierras Altas.

Agradeció el intento de contemporizar, porque el tono y las palabras de la bella mujer era despectivo.

—Los clanes desaparecieron hace mucho, y creo que lo que quedan allá son ovejeros, si no me equivoco. Cantó usted muy bien, señorita Campbell, debería considerar los escenarios. La gente paga por un poco de diversión luego de largas horas de trabajo.

—Oh, Lydia, eso no sonó bien, querida—la madre había llegado a su lado y el

llamado de atención de la condesa más que reprender a su hija pareció ser una sutil reafirmación, por si Nessa no había entendido que consideraban sus dotes adecuadas para las masas, tal vez en alguna taberna o burdel.

—Su voz es angelical, señorita Campbell—dijo el duque—. Digna de acompañar la música sublime que Anne interpretó.

—Esa aria que cantó me hizo rememorar mi tiempo en la milicia—dijo una voz masculina grave, y Nessa agradeció que rompiera el momento tenso y su creciente ira—. ¿Lo recuerdas, Francis? No faltaba día en que alguien en el batallón escocés la cantara a viva voz.

—Tal vez alguno de ellos fuese mi hermano—dijo Nessa, entusiasmada por la casualidad—. Él luchó en la península.

—Oh, me siento algo mareada—interrumpió la voz de Lydia, que se colgó del brazo de Francis... del duque, y de inmediato la atención de él estuvo sobre ella.

En segundos la mujercita fue conducida afuera por el duque y una cohorte de matronas. La música y el baile volvieron al salón.

—Señorita Holloway, ¿me haría el honor de concederme esta pieza?—escuchó al hombre de la voz grave decir, y Anne asintió.

—Ese es el duque de Bristolbridge—dijo Isla, a su lado, y la abrazó por la cintura—. Estuviste maravillosa, Nessa. Tu voz impactó a todos y trajo el silencio por unos minutos.

—La señorita Bournemouth no pareció nada entusiasmada, y parece creer que mi voz es más apta para lugares menos sofisticados.

—Ese comentario fue el más desagradable que he escuchado en mucho tiempo—señaló Bonnie a su lado, y que alguien que no fuera de su familia lo reconociera la reconfortó—. Habla bastante mal de los modales de Lydia.

—Se dejó ganar por los celos o la sospecha, creo yo—señaló Elizabeth—. Estuvo una pieza y media de vals tratando de llamar la atención del duque, que bailaba contigo. Cuando reconoció en ti a la que robó la atención del que ya considera su prometido, se enojó.

—Mi madre y la suya son las más interesadas, porque Francis todavía no ha dado pasos para propiciar algo formal entre ellos.

—Hasta hoy—reafirmó Olivia—. Hay que reconocer que Lydia está esplendorosa, y si Francis no se da prisa, ella va a favorecer a otros interesados, que los debe haber.

Nessa se dejó llevar por Isla, pero su paso fue cortado por un hombre alto y corpulento vestido en traje de cuáquero, que hizo una reverencia profunda y ofreció la mano a su hermana.

—Baila, anda—la instó, y no le dio tiempo a arrepentirse, deslizándose por una puerta hacia un pasillo largo, y entonces pudo respirar con más calma.

Estas galas se tornaban más y más complicadas de lidiar, y la convicción de que se

había hecho de una rival sin pretenderlo la preocupó. Luego de unos segundos, desestimó la idea. Lydia Bournemouth tenía la completa atención del duque, y los atributos físicos y sociales para mantener esta.

Pronto escucharían novedades acerca de su compromiso y boda. O no, porque ella estaría en su hogar, o dónde pudiesen refugiarse cuando lo perdieran todo.

Se asomó al salón por otra puerta, deseosa de regresar a la mansión Atholl, pero Isla danzaba, y lo mismo Margueritte. No tenía sentido molestarlas cuando se divertían.

Su mirada chocó con la figura de Charles Sommerset, que movía su cabeza de un lado al otro, buscando, y luego preguntaba a Maude y Elizabeth por ella. Muchos habían abandonado sus máscaras a estas alturas.

—¿Han visto a la señorita Nessa?

Se hizo atrás con rapidez, y caminó por el pasillo, doblando un recodo hacia el silencio, evitando otra sala donde había más invitados jugando charadas, conversando y riendo con estrépito.

No podía soportar la charla inocua y la pedantería de Sommerset. No esta noche. Probablemente tampoco mañana, o pasado. Era descorazonador que ni siquiera en el momento financiero más complejo para su familia, ella no pudiese instarse a tolerar y comportarse como una hija y hermana responsable por los suyos.

Había rogado varias veces porque la misiva de John encontrase eco en aquel al que había acudido. Era un tiro al aire y con escasas posibilidades, pero, así y todo, una esperanza.

Unos pasos apresurados más atrás la alarmaron. Estaba en una parte privada de la mansión, invadiendo un espacio. Si la encontraban... Corrió en puntas de pie, tanteando las puertas del pasillo, hasta que pudo ingresar en una habitación, que entrecerró.

Suspiró al percatarse de que había convertido una situación tonta en algo mayor. Vagar por un pasillo se podía justificar como confusión. Entrar a un espacio privado era invasión.

Iba a volver sobre sus pasos cuando escuchó un par de voces acaloradas acercándose. Contuvo su respiración porque reconoció la voz del duque.

—Es inconcebible que irrespetes mi hogar con estas demandas. ¡Has perdido la cabeza!

—Para nada, y no son demandas irrazonables. ¿No es de un caballero piadoso ayudar a la familia, máxime cuando esta sufre?

—Tu familia sufre porque dilapidas tu dinero en depravación y vicios, Jason.

—Falacias. Rumores infundados que pretenden embarrar mi reputación. ¿Me darás ese dinero sí o no? Mi hijo será expulsado de Eton si no pago pronto. Y no querrás que el mundo sepa que tienes a una furcia con un bastardo en tu casa solariega, además de la que mantienes

con todo lujo. ¿Qué dirían tu madre, tus hermanas?

Nessa sintió la sangre agolparse en sus mejillas, y una decepción fortísima en el pecho, que latió descontrolado. ¿Eso era cierto? Él... ¿Tenía un hijo? ¿Quién era este hombre que con tanto atrevimiento hablaba al duque?

—Si crees que me intimidas amenazando con gritar falsedades, te equivocas. No soy mi padre, Jason. Nunca dejaría a un hijo de lado, aún nacido de la casualidad, y me cuido bien de que esta ocurra. Y en cuanto a esa amante que dices, llegas tarde. Ya no. Pero es una mujer que aprecio y respeto, y no permitiré que la molestes. No me amenes, no conoces mi furia, y lo que haría por defender a los míos.

—Y tú no conoces a mis amigos, y el poder de mis deseos—dijo el otro, muy bajo, ominoso, y a Nessa se le antojó que parecía una serpiente siseando justo antes de saltar para clavar sus colmillos y envenenar a su presa.

Solo que el duque no era presa de nadie. La autoridad de su voz, el desprecio con el que hablaba a su interlocutor y la seguridad que demostró al rebatir a su interlocutor le hicieron convencerse de que Francis decía la verdad.

—Esa bazofia con la que te codeas, escoria de la sociedad, matones y ladrones, no me asusta. La única razón por la que tolero tu cercanía y no te expulso de mi casa son tu esposa y tus hijos, Jason. Vete en este instante de mi casa. No conseguirás nada de mí.

—Cuida tus espaldas, Francis.

Hubo un ruido sordo, y luego más, junto con sonidos y exclamaciones que Nessa reconoció como la de hombres en lucha. Abrió más la puerta y eso le permitió ver cómo el duque golpeaba a un hombre de cabello muy negro y este trastabillaba, para luego maldecirlo y alejarse.

Observó a Francis girando su cabeza y moviendo sus hombros, y cuando se dio la vuelta, distinguió la sangre corriendo por su barbilla. No pudo evitar el sonido de preocupación, y este sobresaltó al duque.

Sus ojos se abrieron en sorpresa al encontrarla en el vano de la puerta, ahora abierta por completo. Meneó su cabeza con incredulidad.

—Nessa... ¿Qué haces aquí?

—Yo... Buscaba algo de tranquilidad cuando escuché voces... Lo lamento, ya me voy—agregó, pasando apurada a su lado, pero el comando bajo y demandante la detuvo:

—Alto, espera. Tenemos que hablar.

++++

No había una parte de su cuerpo que no exudase tensión: sus nudillos aparecían blancos, sus dientes chirriaban, los tendones de su cuello y espalda alta estaban apretados y un incipiente dolor en su nuca anunciaba un dolor de cabeza en el horizonte.

Su tío, Jason Barnaby George, barón de Woodstick, había logrado sacarlo de las

casillas y ponerlo del peor de los humores. Molestarse o fastidiarse en su presencia era habitual, pero el de hoy había sido un encuentro mucho más intenso y preocupante que otro antes.

La relación entre ambos, nunca buena y la mayor parte de las oportunidades salpicada con agravios velados o frases hirientes, había escalado. Las amenazas fueron abiertas y descaradas, y eso derivó en un enfrentamiento físico vergonzoso e innecesario, que hablaba de lo bajo que había caído su tío, pero también de lo fina que era su paciencia esta noche.

Y para colmo, una de las razones para esto estaba frente a él y había sido testigo de la pelea. ¿Qué hacía esta mujercita en su escritorio, por todos los cielos? ¿Es que no podía dejar de perseguirlo?

Tragó saliva y aire mientras pugnaba por calmarse, y le indicó con su brazo que ingresara al recinto, cosa que esta hizo luego de dudar, pero la orden cáustica y su expresión tormentosa no daban lugar a desobediencias.

Su mente estaba eclipsada por la ira y el dolor que sentía en su nariz. Se pasó la mano por la misma y la retiró sangrante, y se desanudó el pañuelo con torpeza, que apretó contra su pómulo, nariz y zona derecha de su boca.

El puñetazo de Jason le había tomado por sorpresa, y respondió sin pensar. Con satisfacción pensó que su tío se había retirado más afectado, y en una pelea sin trampas, lo derrotaría en segundos, lo dejaría hecho un guiñapo.

Cálmate, el tenor de tus pensamientos denota lo desequilibrado que estás. Cerró la puerta tras de sí y le indicó una silla, mientras él iba por un vaso de whiskey, tomándose el tiempo para recomponerse.

¿Cómo osaba Jason hablarle así? ¿Amenazarlo con divulgar historias falsas y sin fundamento alguno? Aunque... Esa referencia a una mujer con un hijo en Worcester Manor hablaba de cierto conocimiento. Aquella desgraciada a la que ayudó... Bah, eso no importaba.

¿Qué creía su tío? ¿Que él le permitiría que arrastrase su reputación sin exigir compensación? El muy cretino pensaba que le dejaría salirse con la suya, pero eso no pasaría.

Estaba cansado de tolerar sus indiscreciones y demandas de dinero, algunas a las cuales había accedido a lo largo del tiempo por piedad a la familia que lo soportaba, esposa e hijos.

Ya no más. Este era el límite. Debió haber hecho caso a Hugh y a Grayson cada vez que le aconsejaron no financiar sus desmadres. *Eres bondadoso, Francis, demasiado con alguien que ha de desear tu muerte a diario*, solía decirle Hugh, y no lo había querido creer cuando más joven, pero... Así debía ser.

—Déjeme ayudarlo, excelencia—le dijo Nessa, y cuando se dio la vuelta la encontró muy cerca, quitándose sus guantes y elevando sus manos para tomar el pañuelo.

Él asintió con un gruñido, y ella lo tomó del antebrazo y lo condujo a su sillón

preferido. La dejó limpiar la zona afectada de su rostro con golpecitos suaves, sus dedos pequeños procediendo con cautela. Le quitó el vaso de las manos y mojó el pañuelo en whiskey, y lo pasó por la cara, que ardió sobre el labio y la base de su nariz.

—Lo lamento. Iría por elementos para limpiar y desinfectar, pero... Eso llamaría demasiado la atención, y no creo que usted o yo la necesitemos—dijo, retrocediendo, y quedó de pie a un metro.

Francis asintió, todavía en procura de ordenar sus pensamientos, empujando derivaciones de la confrontación con Jason para poder lidiar con la presencia de Nessa Campbell en su escritorio, en un sitio en penumbras, sin chaperonas.

La pesadilla de un noble, pensó. Estar atrapado con una mujer soltera a solas, comprometiendo su virtud y con la posibilidad de arrastrarla por el fango, de hacerse pública la situación.

No obstante, su preocupación no despertó. Al contrario. Los latidos de su corazón se acompañaron y la miró con atención.

Ella estaba incómoda, no sabía qué decir o hacer, y movía el peso del cuerpo de un pie al otro, mientras sus manos retorcían el pañuelo ensangrentado. Los ojos verdes, bellos, parecían más enormes, si cabía, repicando las luces que las velas proyectaban como brillos en sus pupilas.

—Tenemos una situación complicada entre manos, Nessa—señaló, extendiendo sus piernas y dejando que sus dedos jugaran con las tallas de los apoyabrazos del sillón—. Lamento que hayas tenido que presenciar algo tan desagradable. Créeme que no lo inicié yo, ni escalé por mi responsabilidad.

—Yo... Lo sé. No pretendí estar en un lugar tan privado ni en el medio de una situación que no me concierne y... Le juro que ni una palabra saldrá de mi boca, Excelencia.

—Francis...—le dijo, llevándose una mano al cabello, que se mesó, frustrado—. Te creo, Nessa—asintió, procurando llevar tranquilidad a la mujercita que estaba masacrando su labio inferior, mordisqueándolo, para luego pasar su lengua por él.

El movimiento le distrajo más de lo que debería, y disparó malas ideas. Ideas que lo agitaron y excitaron. Carraspeó, llamándose al control, ese que le gustaba tanto y se le escapaba cuando esta mujercita... *Contrólate*.

—Voy a irme ahora, Excelencia.

Frunció el ceño, e hizo la cabeza ligeramente a un lado. Ella se negaba a nombrarlo, interponiendo el título como una barrera defensiva.

—No, Nessa, aún no. Verás, no es tan sencillo—se repantigó y chasqueó la lengua—. Estamos los dos solos aquí y ...

—No es mi intención comprometerlo—intervino ella con pasión, negando con su

cabeza, enfática—. No se me ocurriría ponerlo en una posición imposible.

—Lo sería para ti más que para mí, en caso...—comenzó a decir, y ella tomó aire y parpadeó, para luego negar con su cabeza y manos.

Tan bonita. ¿Cómo fui tan tonto de catalogarla como de un atractivo promedio cuando la conocí? No podía dejar de mirarla, de deleitarse con sus reacciones, como esta de oprobio.

—No es una amenaza, no lo dije con cálculo o ...

—Lo sé, y eso me intriga. Verás, esta situación en la que estás es el sueño de algunas mujeres... Y no, no lo digo con pedantería, sino sabedor del interés calculador que despierta mi fortuna.

—¡No hable así! Usted es más que su dinero—le contestó, y el hecho de que pretendiese elevarle el ego le sonó encantador.

Era una mujer única. Pero se distraía de su punto.

—Tú necesitas... Hace menos de una hora procuraste negociar conmigo, venderme la lana que producen... Diría que hasta con desesperación...

—¡Es algo muy diferente!—Ella arrugó el entrecejo y le respondió con indignación—. No voy a pretender que no es cierto... Que los rumores extendidos sobre la precariedad de nuestra situación financiera no son ciertos.

—No suelo dar por ciertos los rumores—respondió, y ella resopló, menos tensa.

—El caso es... Una cosa es procurar encontrar la oportunidad de hacer un trato en igualdad de condiciones. Negociar, comerciar. Otra muy diferente es insinuar que podría querer cobrarle mi silencio, o exigirle que... Restañe cualquier daño que mi reputación pudiese sufrir.

—Hay quien diría que no es más que lo que un noble indiscreto y descuidado merece. Me hago cargo de que la he puesto en una situación complicada.

Ella resopló.

—Si no estuviese aquí, donde no debo, no habría pasado. Pero... Todo es abrumador, y no me sentía yo misma entre el tumulto y la multitud.

La confesión lo hizo mirarla con mayor detenimiento, y se acercó, colocando su mano en el antebrazo de la mujercita.

—Lo que dijo Lydia fue descortés e inmerecido. Su voz... Es la segunda vez que la escucho cantar, y lo disfruté en cada oportunidad. Canta infinitamente mejor de lo que baila, Nessa.

—No lo hice tan mal hoy—dijo ella, y sonrió, y Francis sintió como si lo golpearan en el estómago y lo dejaran sin aire.

Era... Esa sonrisa iluminaba el rostro, y conquistaba. Irradiaba hechizos. Su mano se elevó y antes de que pudiese detenerla, su pulgar le acarició una comisura. Ella desorbitó sus

ojos, y entreabrió sus labios, como si quisiese hablar, pero el sonido no saliera.

—No, nada mal—respondió, y no retiró su mano, sino que sus dedos bajaron la capucha y dejaron el cabello al descubierto.

Un mechón se deslizó por su mejilla y él lo reacomodó detrás de una oreja.

—Excelencia...

—Francis... Dígame, Nessa, ¿cuáles son sus planes?

—Mm... Creo que lo mejor sería que saliera por ese ventanal, que parece dar a una zona retirada de los jardines. De seguro que puedo llegar hasta donde están mi hermana y primas sin que...

—No hablo de eso. Me refiero a los siguientes días.

—Oh—Ella parpadeó—. Creo que retornaremos a Escocia a la brevedad. No encuentro mucho sentido a permanecer en Londres...

—Tenía entendido que el señor Charles Sommerset la corteja.

Ella entrecerró sus ojos, y lo observó, con seguridad preguntándose cómo lo sabía, pero no le iba a decir que interrogaba a Olivia y Bonnie cada vez que venían de la mansión Atholl o de un sitio donde él presumía que habían estado con Nessa Campbell.

Así de enredado estaba él, mal que le pesara. Por las mañanas su mente parecía aclararse y decidirse por un curso de acción lógico, y Lydia Bournemouth era eso. Pero era ver a Nessa y dudar. ¿Cuándo dudaba él antes de esta temporada y de esta escocesa?

—Él... Sí, eso intenta, pero no tengo intenciones de aceptarlo. Con el mayor de los respetos por el señor Sommerset, no creo que seamos compatibles.

Claro que no, pensó. Sommerset era un idiota, no sabría qué hacer con toda esa pasión acumulada en Nessa. ¿*Tú sí?* Más dudas se le formaban.

—Compatibles—repitió, y se instó a retroceder, a dejarle espacio y comportarse con propiedad.

Ella era muy joven e ingenua, a pesar de su personalidad intensa.

—Creo que tiene que haber más que interés económico y adecuación social entre dos personas que... Que van a compartir una vida larga y formar una familia—susurró ella, y Francis asintió.

—Mm. Sería aconsejable. Aunque muchos no comparten esa idea suya, Nessa. Les basta con conexiones y dinero.

—Yo no soy muchos—señaló ella, y él volvió a asentir.

No tenía duda alguna. Su mano envolvió el mentón femenino, y el leve temblor de los labios rosa atrajo su mirada como una presa a un ave rapaz.

Los sonidos externos desaparecieron, y Francis solo fue consciente del respirar rápido que levantaba el pecho de Nessa, y de la excitación en él.

La miró a los ojos, sin palabras, el deseo eclipsando su razón, queriendo paladear esa boca que había atrapado su mirada desde la vez primera.

Precisamente con la velocidad de un predador del aire que se lanzaba en picada, su cabeza bajó para que su boca atrapara la femenina, en el movimiento más espontáneo de su vida.

El contacto leve, sutil, de prueba, le dio oportunidad y tiempo para retroceder, pero ella no lo hizo. Sus labios se abrieron para él, y le supieron a gloria, a pesar de que la herida de su boca molestó al apretarse y demandar más.

Pétalos suaves, húmedos, lo recibieron y le devolvieron el beso, y cerró sus ojos, embebiéndose del perfume a hierbas y flores que ya podía reconocer entre muchos.

El suave toque de yemas en su mandíbula le hizo abrir los ojos, y llevó su mano a la nuca femenina, enredando su cabello entre los dedos, mientras su lengua se introducía y saboreaba la calidez abrumadora y acariciaba la punta de la de Nessa.

Un suave gemido emergió de la garganta trémula, y el sonido quitó a Francis de la bruma de éxtasis en la que estaba.

Suspiró y bajó sus manos para tomarla por los hombros, percibiendo que ella estaba aún sacudida, sus labios palpitando, ligeramente hinchados, y la huella de su sangre en el superior.

Lo limpió con suavidad, y le habló con gentileza, mientras su cabeza comenzaba a recobrar equilibrio.

—Nessa... Voy a... Perdóname, no pretendí... Voy a salir, y enviaré a Bonnie. Explícale que fuiste testigo de una discusión entre un hombre y yo, y que te permití ingresar para recuperarte de la impresión. Ella te acompañará con tu familia.

Ella asintió, y él se retiró como si lo persiguieran. De hecho, así era, pero en su mente, y eran la lujuria y la pasión, amenazando con hacerlo perder pie.

Colocó su máscara, agradeciendo que le cubriera parte del labio superior, porque de aparecer en el salón con signos de una pelea, los rumores se dispararían sin control, tiñendo la fiesta que su madre había organizado con tanto esmero.

Se movió rápido para separar a Bonnie de sus amigas, llevándola fuera de la vista de los invitados, y entonces le dijo que había tenido un enfrentamiento con su tío, y que Nessa Campbell había sido involuntaria testigo.

Lo sensible del tema discutido con el barón hizo que derivara a la escocesa a su estudio, agregó, y ella estaba allá calmándose y esperando para que alguien fuese a buscarla.

—¡Oh, Francis, es horrible, pobrecilla! ¿Alguien vio...? ¿La llevaste tú? Espero que no, porque si alguien te vio a solas con ella...

—Ve, Bonnie, cálmala y reúnela con su familia. Después hablaremos, mañana.

No tenía intenciones de mentir a su hermana, salvo por omisión. Él tenía mucho,

mucho por pensar y sopesar.

VEINTIDÓS.

Dos días habían transcurrido desde la mascarada en la mansión Worcester, y Nessa no podía quitarse los sucesos de la cabeza. El baile con el duque. Su conversación. *Ese beso...*

Cada una de las interacciones entre ambos se repicaba en bucle, y se encontraba revisándolas, apreciándolas, buscando explicaciones alternativas, y lo que era peor, saboreándolas.

El duque sacudió y le dio vuelta el mundo esa noche, movilizándola de una manera irracional. Desde entonces, eran escasos los instantes en los que su cabeza se mantenía ocupada en otra cosa que no fuese él. *Francis...*

Eran demasiadas las veces en que sus labios habían modulado su nombre en la soledad de su habitación, y sus pensamientos y fantasías carecían de otro tema, para su decepción. Se había considerado más fuerte, más inteligente, más práctica. Vanidosa que era.

Lo apurado de la situación de su familia y el qué hacer al respecto se difuminaban cuando el rostro masculino, pleno de ángulos, se le aparecía. Su mandíbula cuadrada y velada por la barba bien recortada, su nariz regia, los intensos ojos que la atravesaban...

Los vellos de sus antebrazos cobraban vida cuando revivía la increíble sensación de la presión de la mano masculina en la base de su espalda, quemándola a través de las capas de tela.

Las yemas de sus dedos callosos sobre su rostro, acariciándolo con suavidad, despertando su piel a experiencias que no había vivido. Sus labios sobre los suyos, suaves al comienzo, luego dominantes, abriendo su boca y apoderándose de su aliento y de su razón.

Nessa era virgen, pero no una damita ingenua o despegada de la realidad carnal. Alguien como ella, curiosa e incansable, que recorría a diario el castillo, las edificaciones aledañas y los campos, había visto mucho.

No era ajena a la manera en que copulaban los animales, o a las formas en que un hombre y una mujer que se gustaban procedían allá en las Tierras Altas, más desinhibidas. Había escuchado los chistes subidos de tono de los trabajadores de las caballerizas o pastores cuando contaban sus andanzas durante el tiempo libre.

Había sido testigo de los palmetazos ávidos de los mozos en la grupa de una muchacha, y se había topado con más de una pareja copulando en un establo o cocina.

Ella lo había vivenciado sin traumas y con naturalidad, porque la vida en las Tierras Altas era más libre, menos constreñida o sometida a reglas como en este Londres en el que se movían.

A no dudar, las cosas no debían ser tan rigurosas fuera de esos salones o mansiones,

pero... Las damas de su edad debían tener castos hasta sus oídos, al parecer. ¿Cómo encajar?

Eso a pesar de que ella era tan virgen como ellas. Oh sí, lo era, porque lo único que había existido que podía ser tachado como contacto inapropiado eran unos besos robados en el calor de una feria y en una fiesta.

Mas el toque rápido y torpe de Jonah MacAllister, el muchacho alto y dulce que creyó amar hacía dos años, no tenía punto de comparación con la forma en que el duque de Worcester se había apropiado de su boca.

¡Lo que ese hombre invocaba en ella! Un ardiente deseo de más de su presencia, de su voz, de su toque. Anhelaba que él la creyese digna de su cortejo, concluyó, para su desazón. ¡Qué débil era!

Cuando él la besó, su cuerpo entero lo sintió, y tembló. Sus labios y su lengua la envolvieron en llamas y estas quemaron el buen sentido y las verdades que la buena de Anne le había repetido sin cesar por meses y meses.

La noción de que la proximidad y el encuentro sin testigos no era apropiado desaparecieron. Que el toque y el beso sin compromiso formal era sinónimo de deshonor se esfumó de su cabeza mientras el duque le hacía vivir la experiencia más sublime de su existencia.

Gozó sin reparos de la humedad y de la tibieza que las bocas fusionadas crearon. De las respiraciones mezclándose, y de paladear la saliva con trazos de brandy.

Enervante, así se había sentido, y la agitación se reflejó en el latir loco de su corazón, que pareció salirse del pecho mientras él se adueñaba de sus sentidos.

La presencia del duque en la habitación apenas iluminada la envolvió, tragándose el entorno, y Nessa se había dejado invadir por las emociones que el cuerpo ancho, duro y firme presionado contra ella despertaba.

No había experimentado antes esa levedad, esa confusión de su razón, que se derritió y se dejó convencer por la convicción con que su cuerpo lo dejó hacer.

Le permitió tomar su boca y con ello se perdió, alelada, anhelante, mareada de deseos de más.

¿Cómo pensar con claridad y llamarse a la contención cuando esos ojos la miraban como si pretendiesen devorarla entera, y sus labios firmes y sensuales se pegaban a los suyos?

No, Nessa no podía ser dura consigo misma, porque había actuado siguiendo a sus impulsos, con la naturalidad del que se pierde siguiendo al corazón y sin pretensiones, sin maldad ni cálculo.

Aquel instante se sintió natural, perfecto. Pero no dejaba de ser inapropiado, lo entendía. No podía ser ella misma aquí. No pertenecía en estos salones, y le costaba demasiado esfuerzo cumplir con convenciones y reglas que le parecían ridículas.

Socializar con personas que la veían con desdén y desconfiaban de sus intenciones

era duro. Dejarse envolver y conducir por la peligrosa atracción por un hombre noble con el que no tenía oportunidad y que no la consideraba a su nivel no era sabio.

Él le rompería el corazón, además de teñir su reputación y la de su familia.

¿Por qué la había besado así?, se preguntaba, y su mente se afanaba en encontrar certezas que se le caían al instante de encontrarlas.

¿Estaba el duque interesado en ella? ¿Era deseo del momento, un rapto de locura inspirado por la soledad de una habitación alejada de miradas?

¿Era un juego, la diversión de un hombre poderoso? Si esto era así, la que tenía todo por perder era ella. ¿Quién de esos fatuos que daban valor a las personas de acuerdo a su posición y título cuestionarían al duque?

Sí, habría rumores envolviéndolo, pero lo señalarían con benevolencia, y estos se desvanecerían prestos sin erosionarlo. Para ella, de saberse, de volverse público...

Es un juego peligroso y canalla el que él hizo contigo, y eres tan ilusa que te aferras a la esperanza absurda de que puede sentirse tan atraído y movilizado como tú. No debe repetirse, tienes que demostrar contención, recato, inteligencia.

No tenía que ser difícil, porque Isla y ella se marcharían en unos días, así lo habían acordado.

Fue un instante sin significado para él. Estuviste en el momento y lugar inadecuado, cuando el duque estaba arrebatado por la ira y la tensión que el enfrentamiento con ese hombre le provocó.

Pero a pesar de que quería convencerse de esto, también quería creer que había fuego ardiendo por ella en la mirada azul que la penetraba y que tuvo sobre sí en cada compás del vals.

En las dos piezas compartidas en la pista de baile, momentos en que él pareció verla solo a ella. Habían hablado, se habían tocado, y luego, se habían besado.

Fugaces momentos, intervalos en una noche larga. En otros, los formales, los que contaban para la alta sociedad, aquellos de los que se escribía y hablaba, el duque de Worcester había sido visto con Lydia Bournemouth.

Su sonrisa, la charla cordial, el devaneo cortés e intencionado, la cara descubierta, habían sido para la joya de la temporada.

La danza enmascarada, la conversación íntima en el espacio cerrado y alejado, el momento robado, para Nessa.

Esas eran pistas de que el duque de Worcester no tenía interés real en ella. ¿Era una presa sencilla para él? ¿Una mujer fácil con la que jugar y de la que podía disfrutar sin compromiso ni decencia?

El que así pudiese creerlo llevaba sabor ácido a su boca, y la entristecía. Era muy

probable que el duque se hubiese dejado llevar por los rumores maledicentes que la habían rodeado apenas llegó, basados en su origen y estatus.

Ella había propiciado que su comportamiento, guiado por impulsos y fantasías, la expusieran a ser considerada con liviandad por parte del hombre que la deslumbraba con la fuerza de diez soles.

No había actuado en acuerdo a lo que era la norma, esto es, pretendiendo, sonriendo cuando no tenía ganas, o huyendo de momentos incómodos o inconvenientes. Antes bien, se había metido hasta el fondo en ellos, sin recordar las lecciones de Anna.

La naturalidad entre estos aristócratas era sinónimo de descaro o atrevimiento. Así tacharían los testigos a sus paseos solitarios por un jardín en penumbras, cuando lo que quería era ordenar ideas, o escapar del tedio de una reunión.

Su retórica desinhibida o desafiante cuando se sentía cuestionada tampoco ayudaba. Habían sido varias las oportunidades en que el conde de Atholl, el señor Somerset, su primo Kyle o Francis... el duque de Worcester, se lo habían hecho notar con un gesto o una frase que la llamaba a ubicarse.

Pero no podía escudarse en las normas que odiaba. Había irrumpido en el escritorio de un duque... Aquí no tenía excusa, como no fuera la mala decisión del momento.

No había sido astuta como para correr en el sentido contrario al del duque, y debió hacerlo apenas notó que él... Que él la atraía, le hacía sentir emociones inusitadas.

Había invertido cada instante que lo tuvo cerca observándolo, apreciándolo, chocando con él en charlas cortas y desafiantes, secretamente admirándolo, dejándose permear por sus cualidades físicas, por la masculinidad y autoridad que exudaba.

—Nessa, aquí estás—la voz suave de Isla irrumpió en su cavilar, y la hizo suspirar. En buena hora su hermana venía por ella, porque su cabeza iba a estallar si seguía atrapada en círculos—. Margueritte y las demás ya están en la sala principal. Su cortejante estará aquí en poco tiempo.

—No soy necesaria allí, Isla. Ese pobre hombre no necesita más damas alrededor. ¿Te imaginas? Lo volverán loco.

El entusiasmo de Margueritte era reconfortante y estaba más que claro que el interesado tenía su aprobación entusiasta. Su prima no había dejado de hablar de él, de lo guapo que era, de lo bien que bailaba, lo maravillosa que era su colección de monedas, y Nessa había visto la mirada gentil que él posaba en ella en las ocasiones en que había estado en la mansión.

La tía Brodie esperaba que el compuesto baronet diese hoy el paso formal de solicitar la mano de Margueritte. A Nessa se le antojaba que un acontecimiento así necesitaba la mayor privacidad posible entre los involucrados, y tanto ella como Isla tenían poco que ver en la reunión, más allá de alegrarse mucho por su queridísima prima.

—Es posible, sí, tienes razón.

Isla se sentó a su lado, ambas en silencio por largos minutos, sus miradas deambulando por el jardín, disfrutando de la compañía mutua, como tantas veces en su hogar.

Nessa la miró luego de reojo, esperando lo que también era común, que era que la menor interrumpiese el silencio.

Isla estaba diferente, lo percibía desde hacía unos días. La chispeante muchacha, entusiasta y feliz que había llegado a Londres se había ido apagando con cada semana que pasaba.

Nessa no tenía claro si esto obedecía a la evolución natural, es decir, que la novedad se había vuelto rutina, o si lo que habitaba en su hermana era desilusión porque debían marchar.

Tal vez así era, y no se lo decía porque no quería aparecer como egoísta, o que Nessa se culpaba por arrebatársela de la ciudad. Era frustrante lo mucho que su cabeza se entretenía con cavilaciones y posibilidades.

Estaba harta de suposiciones, decidió. Esta era su hermana, podían hablar.

—Isla, ¿tú de verdad quieres irte? Porque odiaría obligarte a algo que vaya en contra de tu voluntad. La temporada promete aún, y ...

Isla sonrió y negó.

—Te quiero, Nessa, y tan porfiada que puedes ser, tienes claro que no puedes obligarme a nada que no desee. La situación de nuestra familia está por encima de deseos, y lo entiendo bien. Y seamos francas, no hay nada de prometedor aquí para nosotros, hermana. Ahora que el señor Sommerset tiene claro que no aceptarás su cortejo, nada nos queda por hacer en Londres.

¿Era reproche lo que trasuntaban esas palabras? Tragó saliva. Sí, Nessa había esquivado a Charles Sommerset en la mascarada, y cuando él visitó la mansión al otro día, terco, Nessa rogó a su tía que le hiciese saber que ella estaba con jaqueca, y que preparaba su vuelta a Escocia.

Su tía estaba muy decepcionada y trató de hacerla entrar en razón, como le llamó, pero Nessa estaba decidida. Isla le había manifestado su apoyo, pero Nessa se cuestionaba si no había sido demasiado tajante, enredada como había estado en la fantasía que era para ella el duque de Worcester.

El desencanto en las palabras de Isla era palpable. Su tono, su expresión pensativa, sus gestos... No era la hermana que conocía, la enérgica y alegre, llena de planes y esperanzas.

Isla podía tornar una tarde plomiza y pesada en una de risas y juegos, siempre había sido así. Veía lo mejor en los demás, era el alma de las reuniones. Esta maldita ciudad y su gente no solo la afectaban a ella, decidió Nessa.

—Yo... Isla, no quiero parecer una egoísta caprichosa que deja que...

—Nessa, no, no lo pienso—rechazó con vehemencia Isla, y le tomó la mano—. Te apoyo en lo que decidas, haría lo mismo en tu lugar. Mi único lamento es no haber estado a la altura de las esperanzas de nuestros padres—suspiró, y miró adelante—. No tengo más que mi apariencia como moneda de canje, y esta no sirvió de nada aquí, me temo.

Nessa desorbitó sus ojos y tomó el mentón de su hermana, girándola para la que la mirase.

—¡No digas eso, Isla! Eres muy hermosa por fuera, todos lo ven, pero lo mejor de ti es que tienes la misma belleza en tu corazón.

La abrazó, e Isla apoyó su cabeza en el hombro de Nessa, suspirando.

—Eso no paga deudas, Nessa—contestó—. Y no es lo que se aprecia por estos lares, lo sabes. No me gusta quejarme, porque estamos disfrutando de fiestas, buena comida, bailes, mientras nuestros padres y hermano lidian con las deudas y problemas... Es solo que... Tenía tantas expectativas. Y sí, ya sé que me lo dijiste muchas veces, me hacía demasiadas ilusiones románticas—suspiró—. Pero es duro, ¿no es así? Estas personas son... Descarnadas. Clavan dagas a nuestra reputación a nuestras espaldas, se ríen de nosotras luego de sonreírnos, nos humillan con frases vaporosas...

Asintió. El grupo de damas que rodeaba a Lydia Bournemouth como una corte lo haría con una reina era cruel, y los adjetivos aparentemente casuales eran hirientes. *Advenedizas... Cazafortunas... Salvajes sin modales...*

No tenía dudas de que habían calado en la duquesa de Worcester, entre otras personas, porque esta la había mirado con gravedad cuando se retiraban de la mascarada, e incluso había frenado a Olivia cuando esta la había invitado para ir de compras al día siguiente.

La señora había sido tolerante mientras Nessa era una más entre las amigas de Olivia y Bonnie, e incluso le pidió que amenizara su gala, pero... Tal vez habían vertido veneno en su contra. Lydia, suponía.

Pero podía ser que Bonnie le hubiese contado que estuvo sola en la sala del duque, y con él, y la situación había alarmado a su madre. Sería natural que una mujer poderosa como la duquesa desconfiara de alguien como Nessa, sin blanca y con la reputación en descenso.

Suspiró y se obligó a prestar atención a su hermana. Aquí estaba, otra vez sumergida en sus dudas, cuando Isla se sentía mal. No podía ser tan egoísta.

—La otra noche, en la mascarada... Un hombre me dijo... Fue muy descarnado en su sinceridad. Dijo que necesita más que una cara de ángel y levedad en los pies para lograr una alianza matrimonial. Fue cruel, y lo pretendió irónico, pero me sentí muy humillada, Nessa. Tiene razón, por supuesto, pero...

—¡Un bastardo, eso fue!—elevó la voz, indignada—. Ampararse en un disfraz para decir algo así fue muy grosero. ¿Quién era?—demandó saber.

—No importa, en realidad. Luego que mi estupor se evaporó, me llené de rabia, pero los días me han dado perspectiva. No se equivoca, Nessa. Es necesario aceptarlo.

Quedaron en silencio unos segundos.

—¿Crees que John tendrá buenas noticias?—inquirió Isla, y Nessa suspiró.

—Creo que lo sabremos cuando retornemos.

La voz de Anne llamándolas se esparció por el jardín, y cuando las vio, vino a ellas con celeridad.

—Nessa, Isla. El duque de Worcester está a la puerta, con su hermana Bonnie, y han solicitado verte—su mirada se clavó en Nessa, plena de interrogantes.

—Yo... La tía querrá recibirlo. ¿Estás segura de que me busca a mí?

Algo muy similar a la esperanza la excitó, pero procuró domarla con pragmatismo. Tenía que ser que venía a disculparse y marcar distancia. O a demandar que no dijese a nadie lo que había escuchado y presenciado.

Era una situación muy delicada en la que no habían ahondado, porque el beso lo llenó todo, pero esa pelea y amenazas... Era un asunto familiar del que no tenía idea.

—Nessa, ¿qué querría el duque contigo?—inquirió Isla, y las dos la miraban con fijeza.

—No lo sé—respondió—. Aunque es más factible que sea Bonnie la que necesita algo. ¿Tal vez hay una nueva gala, y pretenden que cante una vez más?

—Mm. No lo creo. Ya fue inusual que ofreciesen una mascarada—dijo Anne—. No lo hagas esperar, Nessa, es un hombre ocupado. El conde... Lamentará no estar aquí, pero más aún que no atiendan de la mejor manera a un hombre tan importante. Anda, apúrate.

No sabía qué pensar, pero la ansiedad y la expectativa la atravesaban, y la perspectiva de verlo una vez más era exhilarante.

¡Maldita esperanza que la exponía al dolor, que aparecía inevitable en su horizonte!

VEINTITRÉS.

Francis esperó, impaciente, su mano abriéndose y cerrándose alrededor de la fusta, que golpeó con suavidad en las botas de montar. En la puerta principal de la mansión Atholl junto a Bonnie, a la espera de ser recibido, su resolución no se resquebrajaba, pero no estaba exento de dudas.

La decisión que había tomado le había implicado días de desasosiego y confusión luego de la noche de la mascarada. Su cabeza y sus emociones habían estado... Estaban en conflicto.

Luego de mucha reflexión y de ponderar su situación, la de su familia, y la de Nessa Campbell, y de consultar con sus amigos cercanos, había resuelto que se daría tiempo y oportunidad para explorar las emociones que le provocaba la escocesa.

Así expresado parecía sencillo, y una acción común en Mayfair por estos días, inmersos como estaban en una época de cortejos. Pero en su caso implicaba un golpe de timón considerable que modificaba sus planes, y que tendría impacto cierto entre los suyos.

Atrás había quedado la certeza de que no podría interesarse en alguien que no fuese una mujer de alcurnia, compuesta, sobria, elegante, buena bailarina, y de irreprochable origen, entre otros atributos.

Muchos daban por sentado que estos se resumían en la persona de Lydia Bournemouth, y en algunos momentos de los pasados días estuvo a punto de elegir el futuro que un compromiso con ella implicaba. Uno previsible, seguro y razonable.

Lydia era encantadora y muy bonita, y su familia hundía sus gloriosas raíces en el lejano pasado inglés. Prósperos, y además el conde Bournemouth tenía una postura y defendía ideas que se acercaban a las suyas.

La unión entre ambos sería maravillosa si solo se pensaba en términos como lo *apropiado, esperable, y razonable*. Su madre lo daba por hecho, y por ello Lydia había estado en cada gala o tertulia a los que asistió, así como solía ser visita diaria en su mansión.

Se la ponían en bandeja, y tal vez por ello Francis se había demorado en solicitar autorización para visitarla o cortejarla. Le molestaba la convicción de que las dos matronas, su progenitora y la de Lydia, tramaban para asegurarse de que se comprometieran.

El otro factor disuasivo, y el más fuerte, no podía negarlo, era su atracción evidente hacia la señorita Nessa Campbell. Esa escocesa que no se ajustaba a las costumbres de la nobleza londinense, que se mostraba desafiante con quien la molestaba, que bailaba mal pero cantaba con dulzura, lo había subyugado.

Su naturalidad, su belleza serena y sencilla, esos ojos expresivos y esa boca que

sugería momentos de perdición que quería vivenciar no lo dejaban pensar con claridad y lo distraían.

El duque de Worcester se había encontrado pensando en ella primero de forma esporádica, luego repetida, y desde la noche de la mascarada, en bucle. Embebido en ideas y planes que la involucraban.

¡Un beso! Eso había bastado para hacerlo caer de rodillas. Ella había sido tentación irresistible en un instante de soledad pecaminosa en su escritorio, y minutos después del enfrentamiento más grave con su tío, el barón de Woodstick.

—Excelencia, bienvenido, adelante. Hola, Bonnie, cariño—La condesa de Atholl les saludó con calor y sorpresa poco disimulada, y les indicó que la siguieran—. Mis disculpas por la espera, su Gracia—agregó, y les hizo pasar a una sala no muy grande, pero arreglada con gusto, y donde había varios sillones.

Bonnie y él se sentaron, y lo mismo hizo la condesa, pero en el borde del sillón. Su ansiedad se reflejó en sus manos restregándose y la columna de su cuello moviéndose al tragar saliva.

—Le agradecemos que nos haya recibido a pesar de que no habíamos dado aviso de nuestra visita.

—Oh, Bonnie es siempre bienvenida—señaló la condesa, y su hermana sonrió y asintió—. Por supuesto, usted también. Es una pena que el conde no esté para recibirlo y agasajarlo como corresponde. Debió viajar por un imprevisto—agregó.

—Nada inconveniente, espero—comentó, y la mujer negó.

—Nada de eso, no.

—¿Margueritte o Maude no están?—inquirió Bonnie—. ¿Isla, Nessa?

—Verán...—la condesa bajó la voz y se inclinó levemente hacia ellos, en gesto conspirativo, y el duque se encontró adelantándose también—. El baronet Cohen está en la otra sala, y ha venido a formalizar su interés en mi Margueritte.

El rostro de la mujer lo decía todo. Estaba exultante por su hija. Francis pensó que era el día de suerte en esta mansión, y su decisión traería aún más felicidad a la noble, que de acuerdo con lo que Olivia y Bonnie le habían dicho, era muy unida con sus sobrinas.

—¡Oh, pero eso es maravilloso, lady Brodie! Margueritte está muy entusiasmada con el señor Cohen. Así que habrá boda pronto.

—¡Es perfecto, claro que sí!—señaló la condesa con énfasis, suspirando, y luego se rehízo—. Mis disculpas, la emoción me hace perder mis modales.

—Entendemos que esté ocupada en algo tan importante, lady Atholl, y por ello no le quitaremos más tiempo—dijo Francis, sentándose envarado, ligeramente incómodo—. Verá, Bonnie aquí quiere invitar a sus hijas y a sus sobrinas a nuestra casa solariega.

Era algo que había decidido el día anterior, y había enviado comunicación a Saint para que todo estuviese listo para recibir a una decena de invitados. Su madre aún no lo sabía. De hecho, Bonnie era la única que estaba enterada.

La única a la que había hecho saber sus intenciones, y esto porque lo había perseguido como un sabueso luego de que había ayudado a Nessa a salir del escritorio y volver a la mascarada sin despertar sospechas.

¿Qué hacía Nessa en tu escritorio, Francis?

¿Cómo que fue testigo de tu pelea con nuestro tío y trataste de tranquilizarla metiéndola en una sala cerrada y sin chaperona?

¿En qué pensabas? ¿No te das cuenta de que Nessa ya tiene suficiente con los rumores malignos que han echado a rodar sobre ella, su origen e intenciones?

Cada respuesta suya había elevado la alarma en su hermana, y le había hecho sentir como un cretino. Le costó calmarla, y le aseguró que lo arreglaría, pero no sería corriendo a disculparse con Nessa sin pensar.

Por ello, pasó en conferencia consigo mismo, y con Hugh y Grayson. Y por ello estaba aquí.

—¡Eso es encantador, claro! Me temo que Margueritte no podrá, claro, y lo mismo el conde y yo. El baronet nos ha invitado a su hogar en Gales. Pero seguro que Edward no tendrá inconveniente en acompañarlas.

—Eso es muy conveniente. El joven Edward y yo compartimos el gusto por los caballos de raza. Condesa, un asunto más antes de dejarla ir a cumplir con el baronet—carraspeó—. Quisiera que me autorice a cortejar a la señorita Campbell.

La noble parpadeó, luego abrió su boca y volvió a cerrarla, y enrojeció, para luego palidecer.

—¿De verdad? Oh... Eso...—Francis asintió, y lo mismo hizo Bonnie—. Oh, por Dios, eso... ¡Es maravilloso!—sonrió abiertamente—. Isla estará encantada, eso creo. Vamos a llamarla...

—¡No, no!—negó, maldiciéndose por la falta de claridad en su discurso. Había olvidado por completo a su hermana—. Me refiero a Nessa, lady Atholl.

Esta volvió a parpadear, confundida.

—¿Nessa?—Él asintió, y ella tomó una campana y la agitó—. ¿La de cabello rubio rojizo, Excelencia? ¿Que habla alto y suele dar su opinión sobre...?

Sonrió, divertido de que la propia tía reconociera el carácter desafiante y poco convencional de Nessa.

—Esa misma. La que baila mal y le gustan más los jardines que los salones.

La condesa asintió, sonriendo.

—Pues allí está precisamente. Me alegra, me alegra mucho que alguien de su importancia aprecie la valiosa gema que es mi querida Nessa.

—Una gema sin pulir, pero me gustan los desafíos—agregó, más satisfecho, y Bonnie suspiró.

—Oh, habrá desafíos—murmuró su hermana, pero justo entonces llegó a la sala la que reconoció como Anne Holloway.

¿Trabajaba en la mansión? Qué extraño, consideró, pero su mente se abocó a lo principal, su objetivo aquí.

—Anne, por favor, ve y dile a Nessa que su Excelencia el duque de Worcester quiere hablar con ella.

—Sí, señora.

Francis se recostó en el sillón y esperó, sintiendo una ligera agitación nacer al considerar que tal vez ella... ¿Y si Nessa no aceptaba ser cortejada? Le dijo que rechazó el de Sommerset.

Pasaron pocos minutos hasta que ella estuvo en la sala, por fin, y su rostro serio y cuerpo envarado no le inspiraron mucha esperanza, pero se obligó a no apresurarse.

Nessa no sabía de su intenso debate interno estos días pasados o de la decisión que había tomado. Era muy factible que estuviese nerviosa, sin saber qué pensar de su presencia aquí.

La última vez que estuvieron juntos, habían compartido un beso ardiente y ella señaló que nunca usaría la situación a su favor para chantajearlo. Y él había escapado del escritorio y dejó que Bonnie se encargara.

—Hola, Bonnie—la besó, e hizo una reverencia—. Excelencia.

—Buenas tardes, Nessa. Señorita Isla—saludó—. Gracias por recibirme.

—Nessa, querida, ven, siéntate aquí—lady Atholl le señaló su lugar, justo enfrente de Francis—. Tengo que retirarme para atender asuntos en la otra salita, Excelencia. Con su permiso—hizo una reverencia, y su cara sonriente buscó alentar a Nessa, que la miró con confusión.

Francis esperó que la mujer se retirase, y se acomodó en su asiento, carraspeando.

—Señorita... Nessa, lo que voy a decirle ya se lo comuniqué a su tía, y ella me ha hecho saber que está de acuerdo—se detuvo, y ella parpadeó y esperó—. He estado pensando mucho y creo que este paso... Es lo más adecuado considerando la situación...—Mm, le estaba dando vueltas al asunto, y sonaba demasiado formal, frío. Más nervioso, tomó aire por la nariz con ruido—. Lo que pretendo decir es que he considerado varias situaciones y mis intereses, y ... —Brr, sonaba horrible. Suspiró.

—Mi hermano, el duque de Worcester, de habitual más fluido y articulado, quiere cortejarte, Nessa. ¿Aceptas?—dijo Bonnie, y Francis la miró con descrédito.

Bonnie le hizo una mueca de burla con clara diversión. Este momento sería compartido con Olivia y Samuel, y lo perseguiría, lo sabía.

—¿Cortearme?—Nessa elevó la voz, y su cara fue un poema de sorpresa—. Pero... Pero... ¿Qué pasó con la señorita Lydia?

—Nada. No es a ella a la que he decidido cortejar. ¿Qué me dice, señorita Nessa Campbell?

++++

Las palabras de Bonnie, refrendadas por las del duque, la congelaron, y el estupor la hizo sentir muy, muy confusa. Él había estado protagonizando sus fantasías, y por un brevísimo instante Nessa creyó estar viviendo una.

Esta no era una broma, se dijo, alelada, porque aquí también estaba Bonnie, y el pedido era formal. ¿Cómo es que él estaba aquí, estableciendo su intención de cortejarla?

Su primer reacción fue lanzar una pregunta propia de su boca sin frenos: inquirir por su vínculo con Lydia. Aunque no era tan ilógico. Muchos daban por hecho la cercanía entre ambos.

Luego, parpadeó, y bajó la cabeza, perdida otra capacidad de respuesta verbal, aunque en su mente campeaban los *síííss* enfáticos, decididos. Observó la figura del duque en su atuendo de cabalgar, en negro, gris y blanco. Era magnífico.

Tragó saliva. Le atraía tanto que contemplarlo la dejaba sin aire. Él aparecía estoico, aunque una de sus manos se abría y cerraba sobre la base de la fusta, ¿tal vez con tensión o expectativa?

¿Estaba nervioso? ¿O leía mal sus emociones? Levantó su mirada y encontró sus ojos fijos en ella.

—¿Y bien?—le inquirió, elevando sus cejas.

—El duque espera una respuesta, Nessa—susurró Isla en su oído.

La miró, para luego observarlo a él, que asintió.

—Está... Sí, creo que es una buena idea—dijo—. Acepto—asintió.

—¡Perfecto!—dijo Bonnie, y Nessa la miró, y sonrió con timidez.

La reacción de la muchacha era afectuosa, favorable, y la hizo sentir cómoda. Más, ¿pensarían los demás lo mismo? ¿Olivia, o su madre, la duquesa, que parecía tan en sintonía con Lydia? ¿Los amigos de su círculo? Seguro que no.

Esta no sería una noticia celebrada por aquellos que la habían mirado por encima del hombro y la habían hecho sentir que no pertenecía. ¿Cómo afectaría esto al duque? ¿Lo habría pensado bien? Tomó aire, procurando calmar el remolino interno.

—Queremos recibirte en nuestra casa de campo, Nessa. A ti, y a Isla, además de tus

primas. Lady Atholl me dijo que su hijo Andrew probablemente pueda asistir.

—Y Anne—dijo Bonnie, sonriendo abiertamente a la mencionada, que negó, nerviosa, probablemente pensando que a la tía Brodie esto no le gustaría.

—Tienes que venir, Anne. Lo pasaremos genial—dijo Isla, y Nessa asintió.

Había fuerza en el número y en los aliados, decidió, y estas mujeres eran sus amigas, y las quería con ella en un lugar donde sería una extraña y necesitaría consejo y guía, estaba segura.

Poco a poco la niebla que pareció haber invadido su cabeza comenzó a despejarse, y las ideas y emociones que la habían invadido, enredadas, imprecisas, se ordenaron, y algunas comenzaron a prevalecer.

A la confusión siguió la alegría y el alivio, y a continuación el entusiasmo. El duque había establecido que quería cortejarla, y la invitó a su casa solariega, con sus primos y hermana. ¿Qué declaración de interés más nítido y cristalino se podía pedir?

Era mejor que un sueño. Entre las locas posibilidades que Anne, Isla y ella habían barajado allá en el castillo Campbell, donde gustaban de teatralizar y pretender que eran la sensación de Londres, nunca habían imaginado a un duque como pretendiente.

Nessa solía emparejar a Isla con algún barón, o el segundo hijo de un marqués, o el primo lejano y en línea de sucesión para un condado, pero se habían constreñido, conociendo las oportunidades limitadas que tenían.

Estas se habían desplomado apenas estuvieron en Londres en virtud de la crisis económica de su familia, que había sido ventilada por rumores y escritos maledicentes en panfletos que sazaban el aburrimiento de los nobles mientras no estaban en fiestas o galas.

—Me gustaría hablar unos minutos a solas con Nessa—escuchó decir al duque, y su pedido fue atendido apenas lo pronunció.

Anne, Bonnie e Isla se incorporaron, esta última apretando su mano y sonriendo radiante, feliz por ella.

—Acordaremos detalles del viaje mientras tú y Nessa conversan—dijo Bonnie.

Las risitas marcaron su salida, y dejaron la puerta abierta para instalarse en las sillas del pasillo, supuso, porque los murmullos no se oían muy lejos.

—Nessa, ¿estás bien?—inquirió él, los ojos entrecerrados, evaluándola—. Entiendo que te tomé por sorpresa.

—Así es—asintió, colocando sus manos sobre sus rodillas—. Confieso que no esperaba que el duque de Worcester llegase aquí y ...

—¿Tenías a alguien más en mente? Porque me imagino que cualquier dama que llega a los salones en la temporada tiene... expectativas. ¿Acaso no estoy acorde a las tuyas, Nessa Campbell?—inquirió, en un tono irónico, la ceja levantada, como si la retara a decir lo

contrario.

Nessa se encogió de hombros, con una indiferencia que no sentía.

—Es el menos malo de los ingleses que encontré en Londres—estableció.

No iba a reconocer en voz alta lo mucho que la atraía. Este noble tenía el ego alto, no había necesidad de alentarlo.

—Bien, ese es un buen comienzo, supongo. Hay damas que tendrían vahídos en una situación como la que estás, Nessa. No pretendo sonar fatuo, pero hay publicaciones que han sostenido que quien tuviera mi atención sería afortunada. Han incluso subrayado lo simétrico de mis rasgos, lo contundente de mi cuerpo marcado por la cabalgata y el boxeo, o incluso, mi posición y fortuna—indicó, con voz de falsete, como si estuviese leyendo tales publicaciones justo ahora, y al final sonrió, y le guiñó un ojo.

Era guapo, lo sabía, pero se reía de ello. Nessa pretendió que no temblaba por dentro, que no la conmovía este duque en versión... juguetona. Fingió mirarlo como si se percatase de sus rasgos por vez primera, y una leve sonrisa se dibujó en su boca.

—Supongo que habría quienes remarcaran esos detalles suyos, sí.

—Dejaré pasar que no pareces muy convencida. Me he dado cuenta de que eres una mujercita difícil de persuadir, pero eso hará que me esfuerce—estableció, sonriendo con amplitud, y Nessa lo observó con embeleso, apreciando como el gesto aflojaba sus rasgos y lo volvía más cercano, menos formidable.

Menos... duque. Más Francis, podría decirse.

—¿Ha venido en su caballo?—inquirió, señalando a sus botas y la fusta, y él asintió.

—La cabalgata suele despejarme la cabeza, y la necesitaba muy clara para llegar aquí y... exponerme—señaló, dudando al pronunciar la última palabra.

—Así que así se siente usted, expuesto—le dijo, y él asintió—. ¿La presencia de Bonnie a su lado...?

—Apoyo fraterno. Y un recurso útil. No creí que tuviera corazón para rechazarme frente a mi pobre hermana, supongo.

Nessa rio, y él la coreó, brevemente. Luego se puso serio y la miró.

—Me ha tomado tiempo reconocer que... Aceptar mi interés profundo en conocerla más, Nessa, en explorar esta... conexión—suspiró con frustración—. Suelo ser más elocuente, pero no he... Es la primera vez que estoy frente a una dama dando a conocer mi deseo de cortejarla, espero lo comprenda.

Esas dulces palabras intentaban ser disculpa, pero eran una declaración en sí misma, y Nessa sintió la satisfacción filtrarse por sus ojos y en su rostro. Había sencillez y honestidad en este hombre al que había considerado pomposo y seco.

—Si le hace sentir mejor, no tengo mucha experiencia en esto tampoco.

Lo de Sommerset no contaba, porque no le había permitido expresarse directamente con ella, así que eran dos primerizos.

—Me hace sentir mucho mejor. Ser su primer pretendiente formal—aseguró él, sus ojos fijos en ella, y hubo una nota de posesividad en la frase que hizo que un estremecimiento la atravesara.

—Creí que había comenzado a cortejar a la señorita Lydia. Es una mujer con muchísimas cualidades, muy bien relacionada. Baila de maravilla, tiene el don de la conversación que los salones adoran...

—Oh, sí, ella se ha ganado la admiración de muchos, y tiene una cohorte de seguidores.

—Muchos piensan que usted es el favorecido entre ellos—deslizó, seria, y se mordisqueó el carrillo, molesta por demostrar la ansiedad que le provocaba pensar que él podría... Querría...

—Yo me siento muy favorecido ahora, aquí y contigo, Nessa—dijo él. Sus miradas se enredaron, la de él suavizada, cálida, y Nessa sintió que la acariciaba con ella—. A no dudar, la señorita Lydia es muy adecuada. Una representación de lo que muchos buscan en una dama de alta sociedad, y en una futura esposa.

Él se incorporó y se acercó a su lado, sentándose muy cerca, y su mano envolvió la de Nessa, para luego traerla a su boca y besar el dorso. Sus labios parecieron quemar su piel, con el mismo calor que la cera líquida lacra un sobre.

—Sin duda así es—dijo muy bajito.

—Pero no es lo que quiero. Me convencí de que así era, pero...

—¿Qué cambió?

—Una presencia inesperada, directa desde las Tierras Altas. Nessa Campbell, erosionando mis certezas, modificando mis prioridades.

—Eso debe haber sido difícil de aceptar—dijo, expectante por escuchar la que confiaba sería la verdad.

Tenía que saber si era una debilidad pasajera, una locura momentánea de la que él se arrepentiría, el remordimiento en la mente de un caballero que creía haberse propasado. O la atracción pura y libre, como la que la tenía a ella con la mirada pegada a él, sus dedos enredados en los masculinos.

—No me gusta actuar desde mis impulsos, pero tú los estimulas solo con aparecer en un salón. Cuando a eso se le suma tu charla vivaz y sin dobleces, el toque de tu piel, tu fragancia, tus labios, se me hace difícil proceder con calma. Estos días y noches han sido de intenso pensar y considerar aspectos...

—¿Cómo cuáles?—preguntó, impulsiva, urgida de saber

—Esa impaciencia curiosa es un rasgo... refrescante, lo confieso.

—La han señalado como una de las debilidades de mi carácter—murmuró, y él usó el dedo índice para levantar su mentón, y negó suavemente.

—No vamos a hablar de debilidades o defectos. Sabe Dios que no deseo que retornes corriendo hacia las Tierras Altas cuando contemples los míos.

—Mm. Como dijiste, no he escuchado a nadie en los salones que no hable más que de los atributos y talentos del duque de Worcester.

—Traté de ser irónico antes. Sé lo que dicen y escriben sobre mí, así como lo que creen muchas de las matronas y muchachas en edad casadera. Repiten lo que escuchan y esparcen verdades a medias o, de plano, falsedades. La temporada, querida Nessa, se nutre de escándalos, dramas, buenos y malos, ganadores y perdedores.

—Hasta hace apenas un rato, creí estar entre los últimos—confesó, en un susurro incrédulo. Carraspeó con suavidad, procurando mostrar mayor control—. Dígame, Excelencia...

—Francis...—corrigió—. No he logrado que me nombres, y te ruego que lo hagas desde hoy. A mí me gusta pronunciar tu nombre, como habrás notado.

—Francis... Lo que ocurrió en su escritorio...

—Te besé, además de tocarte de una manera impropia, aunque... deliciosa.

Ella se estremeció, pensando que así había sido, en efecto. Escandaloso, de conocerse, pero exquisito.

—¿Cree que se sobrepasó y necesita resarcirse? Es por eso... ¿Por eso está aquí? Porque de ser así, le ruego que me lo diga, y que se considere libre de cualquier responsabilidad.

—Nessa...

Ella negó y levantó una mano, dispuesta a ser muy honesta y quitarse la duda que la carcomía y amenazaba este momento.

—Si lo que le preocupa es que alguien sepa lo que ocurrió en su mansión esa noche... El enfrentamiento con su primo y sus amenazas, o el beso...—su voz era un hilo, pero su vista estaba clavada en él, queriendo ver su reacción.

—Creo que me sobrepasé, no hay duda de ello, pero no me arrepiento—le dijo con total convicción en su voz y expresión—. No me preocupa que alguien sepa lo que mi primo hizo y dijo... De hecho, en las siguientes horas podré dedicarme más a considerarlo, ahora que tengo el camino allanado para cortejarte. Ya ves, pensar en ti quitó eso de mis prioridades.

—Oh...

—Me alegra saber que puedo dejarte sin palabras—elevó una de sus comisuras en una semi sonrisa—. Por otra parte, ya hay personas que lo saben—dijo, y su faz estaba calma—. Bonnie, los duques de Lycombe y Bristolbridge...—Ella inspiró con ruido, sorprendida, y él movió su mano para acunar su mejilla—. Conocen sobre el enfrentamiento con el barón y que tú

lo presenciaste, así como que estuvimos a solas en el escritorio. No sobre nuestro beso. ¡Jamás! —sentenció con fiereza—. Eso queda entre ambos, Nessa. Un momento privado que atesoro y ansío repetir. No me avergüenza decirte que no he dejado de pensar en él.

Dios, esas palabras pronunciadas con su voz ronca y viril, un murmullo acompañado por ojos que estaban pegados a su boca. Nessa echó en falta su abanico, porque su rostro y su cuello estaban en llamas.

Se conminó a reordenar sus ideas y a no quedar presa de sus emociones, pero las yemas de Francis acariciando su barbilla, la manera casi... voraz en que la miraba, la intensidad con la que le hablaba, la enardecían y la debilitaban.

Pero debía sobreponerse, porque este instante entre ambos era de aclaraciones y advertencias.

—Francis... Debes saber que lo que dicen sobre mi familia... Nuestras deudas son reales, y extensas. Estamos en una situación muy complicada. No tengo nada material para ofrecerte, no pertenezco a una familia con influencias. De hecho, necesitamos ayuda y por ello vinimos. Creyendo que podríamos...

—Encontrar a alguien que pueda ofrecerles apoyo financiero, sí, lo entiendo. No es inusual, y muchos que fingen horrorizarse y tachan a otros de cazafortunas están tan o más interesados en conseguir poder o dinero.

—Creo que hay mucha hipocresía, así es—dijo ella, elevando la barbilla, aliviada de que él concordara.

Había mucha altanería y doble moral en los que había tratado o cruzado estas semanas.

—Tengo la convicción de que tú y tu hermana se cuidaron de que no fuese su situación económica la que guiara sus pasos y acciones. De ser así, el señor Sommerset habría tenido su oportunidad y tal vez estaría en mi lugar—Entrecerró sus ojos, y fingió temblar—. O tú hubieses aprovechado el momento para demandar resarcimiento por mi atrevido comportamiento. No dudo que tu hermana Isla, que ha sido admirada con largura, ha de haber tenido posibilidades varias, pero, aquí están las dos...

Asintió, y un peso se quitó de sus hombros. Él decía las palabras correctas, y era el único, con excepción de sus seres queridos, que le había hablado como si la conociera, como si viera su espíritu y su corazón sin guiarse por apariencias o rumores.

—¿Cómo es que Lydia no logró...?

—No se trata de lo que ella no logró, sino de lo que hiciste tú...—tomó sus dos manos y la miró con mucha seriedad—. Aprecio una mujer que puede hacerse oír y defiende sus ideas, que no cree en darme la razón para satisfacerme, que aprecie a los caballos y conozca de negocios...

—Eso...—enrojeció, recordando el momento en que había intentado venderle la lana de sus majadas por anticipado—. Desesperación. Escuché cuando le contabas a Lydia sobre tu fábrica de alfombras—resopló—. Si supiese cómo moverme aquí, o si no estuviesen tan abocados a tratar a las mujeres como adornos finos o vientres para procrear, habría podido llegar a la City, o incluso pedir una audiencia con usted... Contigo.

—¿Oh, lo hubiese hecho?—sonrió y meneó su cabeza—. Sí, ¿por qué lo dudo?

—Lo que me ha detenido es que no quiero avergonzar a la familia de mi tía, a mis primas. O a la de mi tío Colin... El vizconde de Argyll.

—Así que te he conocido en un momento de contención y medida—fingió desmesurar sus ojos, pero luego rio, y ella suspiró.

—Anne... La señorita Holloway dice que puedo ser muy tenaz y perseverante cuando quiero algo.

—Oh, Nessa, esos son rasgos que tenemos en común—le susurró, y su cabeza se acercó de manera que sus labios quedaron a milímetros de su boca, y Nessa tragó saliva—. Te prometo que seré infatigable en mis esfuerzos por repetir ese beso.

Lo único que evitó que ella lo besara aquí mismo fue el sutil sonido de una garganta aclarándose, que les hizo sentarse rectos, Nessa muy roja, y el duque sonriendo.

—¿Es todo el tiempo que tengo, señorita Holloway?

—Me temo que sí, Excelencia. Lady Atholl me ha pedido...—dijo Anne, muy compuesta y seria.

—Compostura, medida y respeto por las formas, como debe ser.

Se incorporó, y alisó su chaqueta, haciendo una reverencia a Nessa y a Anne.

—Nos veremos muy pronto. Worcester Manor estará a su disposición, y no puedo esperar a que me demuestres tus dotes como jinete, Nessa.

—No puedo esperar—murmuró, y no había una verdad más grande que esta.

VEINTICUATRO.

—No recuerdo haberte visto así, Francis—le comentó Bonnie cuando ya iban de vuelta a su mansión, cruzando el parque a paso vivaz de sus monturas.

La miró, dejando a un lado sus pensamientos, y la sonrisa dulce de su hermana hizo que se la devolviera.

—¿Así como?

—Entusiasmado. Interesado en algo más que en tu intervención en el Parlamento, en la nueva máquina para una de las fábricas, o en un caballo.

—Así como lo pones, se escucha aburrido y serio.

Tal vez lo era. Había pasado parte de su adultez con la cabeza puesta en temas grandes y generales, y había dedicado poco espacio a lo personal. O a su vida sentimental. La carencia de esta.

Visitar a Antoinette para satisfacerse había sido una actividad semanal, tan previsible como montar por las mañanas o reunirse con sus amigos en el club. Mecánico, carente de profundidad, además, porque había sido atento y generoso con su amante, pero nunca fue alguien importante en su vida.

—Sí, diría que sí—asintió Bonnie—. Y por eso me complace tu decisión. Que actúes en acuerdo con lo que sientes es emocionante, Francis. Me da esperanzas.

Miró a su hermana, frunciendo el ceño.

—No te entiendo bien, Bonnie.

—Si tú, tan apegado a las reglas sociales, no tienes prurito en romperlas en pos de una atracción tan fuerte... Creo que es posible para mí un futuro con alguien que desee, aunque no parezca estar a la altura de mi posición.

—¿Eso ocurre, Bonnie?—inquirió, alerta, sus ojos entrecerrados, tratando de leer en el rostro de su hermana, que lo negó.

—No hoy, pero... ¿Quién sabe qué podría pasar, ahora que nos muestras que podemos nadar fuera de aguas tranquilas?

Resopló.

—Esta tendencia tuya al discurso figurado. Mira, sé que a veces soy intransigente...

—O apoyas a mamá cuando lo está siendo—agregó, y él asintió.

—Para alguien como yo, hombre, adinerado, con poder sobre muchas personas, resulta fácil sortear las reglas, en ocasiones, Bonnie. Tienes edad suficiente para saber, o haber escuchado, que a veces hay una doble moral en los que imponen reglas, que las rompen en privado.

—Creo que hay casos así, sí—dijo ella—. Y oídos sordos y ceguera alrededor de los mismos.

—Mm. Quiero lo mejor para ustedes, tenlo muy claro, mi querida hermana. Pero los intrínquilos de la conducta femenina en nuestro círculo, lo que se espera de ustedes... Más allá de lo que discrepe con ello, he pensado que incitarlas a romper con eso es exponerlas a momentos dolorosos y desilusiones. Quiero alegrías e ilusiones para mis hermanas, nada menos.

—El mundo no funciona así, aunque a veces lo parezca. Admiro cuando lo planteas y buscas cambios con pasión, como lo propones en la Cámara o lo promueves en tus propiedades. No sé por qué me convencí de que cortejarías a Lydia Bournemouth, y sufrí por ello —suspiró—. Aunque creí que la devoción que sientes por nosotros te había convencido de que necesitabas una mujer como ella para conformar a nuestra madre.

—Sí, nuestra querida madre puede ser muy convincente, no lo niego, y reafirmo que ustedes son mi queridísima familia, Bonnie. Siempre estaré para ustedes, para ti. Cuando llegue el momento de defender tu postura lo haré, si creo que es lo que deseas y es bueno.

—Lo creo, Francis.

—Hay situaciones, personas, que nos mueven y nos hacen virar, Bonnie. Que hacen saltar las agujas de la brújula que nos conduce. Nessa Campbell parece ser eso para mí.

—Me alegra. Es un pelín inapropiada en su honestidad a veces brutal, o en su ingenua manera de apreciar todo desde sus emociones, pero... También es divertida, natural, abnegada... Su hermana ha sido su prioridad desde el inicio, y sé que la situación de su familia la desvela. Y he visto cómo te mira...

—¿Oh? ¿Cómo?—inquirió, interesado.

—Con mucha, mucha admiración, y con la apreciación de una mujer que ve al otro muy atractivo.

—¿Cómo podía ser de otro modo?—bromeó, y Bonnie rodó sus ojos.

—Prepárate para la guerra que te espera en casa, Francis. Madre va a estar muy decepcionada, y va a querer convencerte de desistir de cortejarla.

—Eso no va a pasar—aseguró—. Y no tendrá mucho tiempo, porque hoy mismo parto para Worcester Manor. Quiero que todo esté preparado.

Luego de la reunión con su administrador y del encuentro con Grayson, con el cual tenía asuntos pendientes.

No había sido por mera galantería que le dijo a Nessa que lo había distraído, en el mejor de los sentidos, de la situación con el barón de Woodstick. No era una a desconocer, por cierto. Este era un hombre vil que no dudaba en acudir a medios desagradables para conseguir lo que deseaba.

Y no había nada que deseara con tanta fuerza como el ducado de Worcester, esto lo

sabía Francis desde que eran niños. Su padre le había advertido que era necesario cuidarse las espaldas, pero Francis había desestimado que su tío hiciese algo más que *anhelar* su muerte.

Tenía que protegerse, y a los suyos, de cualquier acción que aquel pudiese tomar en su contra. Grayson y Hugh habían estado lívidos de ira cuando se enteraron de la pelea y las amenazas proferidas, y habían insistido en que tenía que tomar el toro por las astas.

<<Un duelo>>, había dicho Hugh, <<réalo a duelo. El muy cobarde se meará en sus pantalones, y se irá corriendo a la ratonera en la que vive. Y de aceptarlo, no te costará nada terminar con él. Eres el mejor tirador que conozco>>.

<<Eso no solucionará el problema a largo plazo>>, había discrepado Grayson. <<Ese hombre no procederá con honor cuando decida eliminar el obstáculo que representas, Francis. No quiero alarmarte, pero tu tío está en caída libre, sus deudas impagables a estas alturas. Se rumora que tiene vínculos con los bajos fondos. Drogas, robos, contrabando>>.

Grayson tenía contactos muy estrechos con magistrados, guardias y policías privados que controlaban la seguridad de la ciudad, así como en el Ejército, por lo que Francis no tuvo duda de que su información era más que acertada.

<<¿Estás convencido de que podría llevar a cabo alguna acción en mi contra?>>, le preguntó, y Grayson había dudado.

<<Presentarse en tu casa, desafiarte, amenazarte, golpear... Eso es desesperación, Francis, y sabes que eso empuja a los hombres a tomar las peores decisiones. Máxime cuando no hay un gramo de honor, como es el caso de ese bastardo. Déjame que investigue un poco más y podré informarte mejor>>.

Había acordado con esto, y le dijo que no reparase en gastos para contratar al mejor investigador privado que conociera. Francis no tenía temor de un enfrentamiento con los puños o con arma de fuego con su tío, pero Grayson había abierto sus ojos a algo más grave.

Pronto se divulgaría la novedad de que estaba cortejando a Nessa y la posibilidad real de un compromiso y posterior casamiento pondría iracundo a su tío, y podría empujarlo a acciones indeseadas y peligrosas.

Parpadeó y sacudió esta idea de la cabeza, porque lo hablaría luego con Grayson.

<<¿Cómo que estuviste con esa escocesa a solas y sin la protección de un testigo, Francis? ¿Es que perdiste el juicio? Esas dos mujercitas, hermosas como son, están a la caza de un hombre rico, y le serviste la oportunidad en bandeja de oro>>, había dicho Hugh, recordó ahora, su cabeza volviendo a su reciente encuentro con Nessa.

La manera en que esta había indagado para comprobar que él no estuviese proponiendo el cortejo por culpa y honorabilidad reafirmó lo que ya sabía: Nessa no había considerado obligarlo ni por un momento, no le había puesto una trampa ni buscó aprovecharse del momento.

<<Pones demasiado mérito en los rumores, Hugh>>, había dicho Grayson, divertido con el escándalo dibujado en la faz de su amigo, por lo habitual distendido y poco dado a juicios apurados. <<No me parecieron de esas mujeres que hacen lo imposible por *cazar a alguien*, como dices.>>

<<¿Cómo si fueses a enterarte de algo que no sea lo que la señorita Anne Holloway haga o diga!>> dijo Hugh, y Francis notó que este había logrado lo imposible, molestar a Grayson, que resopló indignado, mas no dignificó el comentario con una respuesta.

Lo que su amigo había dicho a continuación, empero, había traído de nuevo la atención a la situación de Nessa. Esta era la razón por la que había recibido con gracia y sin alboroto lo que esta pretendió contarle como novedad: la bancarrota de su familia.

<<En otro orden, debo contarles que recibí correspondencia de aquel soldado escocés que salvó mi vida, ¿lo recuerdan?>> dijo Grayson.

Por supuesto que lo hacían. El muchacho había sido la barrera que protegió a Grayson de una estocada feroz en medio de una lucha sangrienta en la Península. El batallón de escoceses, al que varios oficiales ingleses denostaban, estaba compuesto de hombres fieros y valientes, y aquella defensa arrojada fue uno de los tantos ejemplos.

<<¿Qué es lo que quiere? Lo que sea, lo ayudaremos>>, dijo Hugh, que era generoso y no dudaba en ser amigo de sus amigos. <<Cuando prometiste que estarías para lo que ese soldado necesitase, Francis y yo también lo hicimos>>.

<<Por supuesto. Tenemos una deuda enorme con él>>, había afirmado Francis, antes de saber lo más importante. Nunca había conocido el apellido del soldado, que se le develó en la reunión. *John Campbell*. Hermano de Nessa e Isla.

El detalle de la situación había sido sucinto, pero se había enterado del endeudamiento, del robo que sufrieron, de la prenda que pesaba sobre su ganado. La suma que le solicitaba a Grayson no era tan alta, pero sin duda imposible de afrontar para un terrateniente escocés.

Con el pedido venía la promesa de devolver cada libra con futuras ventas de lana y carne. Algo improbable en el corto plazo, pero eso no preocupaba a ninguno. Fue Francis quien hizo notar a los otros la conexión, y eso pareció aflojar en algo la actitud de Hugh en relación a las jóvenes.

Que el destino o Dios o vaya a saber quién estuviese enredando las vidas de todos había sentado bien a Francis, y fue el empujón para la decisión definitiva, que hoy se había concretado.

No podría estar más satisfecho, y esperanzado, a pesar de la espina que el barón representaba en su vida. Lo resolvería, vaya que sí, y se dedicaría a esculpir su futuro, en el que esa preciosa escocesa tendría protagonismo principal.

VEINTICINCO.

Fragmento del diario de Anne Holloway

Henos aquí, en Worcester Manor, la propiedad campestre del duque de Worcester. No creí conocer este lugar, del que había escuchado maravillas. Los comentarios extasiados le hacían justicia.

Es magnificante, y a la vez encantadora. La gran casa nada tiene para envidiarle a su homónima en Londres, porque es muy amplia, con dos pisos, escaleras de mármol, esculturas y pinturas de maestros reconocidos.

Mas los muebles, cortinados, alfombras, y detalles diarios nos recuerdan que estamos en la campiña, y toda la combinación es una mixtura de discreto lujo y confort sin que se pierda la impronta rural.

Los colores que predominan son matices de marrones, verdes, ocre y azules, y ellos nos referencian el denso bosque apenas a dos millas, el río que corre cortando la propiedad al medio y las tonalidades variadas del cielo al amanecer y atardecer.

Aire limpio, fraganciado, fresco pone rubor a nuestras mejillas en las caminatas, picnics o cabalgatas. No es que haya participado en una de estas últimas, porque no he podido acercarme a un caballo en años, y ni siquiera el entusiasmo de Nessa por la caballeriza poblada de los corceles más increíbles lo ha logrado.

Los cuatro días transcurridos hasta hoy han sido de descanso y disfrute, y me han permitido alejarme de la casa Atholl, del conde y la condesa, y por tanto, me he sentido libre. Sin preocupaciones ni sensación de culpa constante; por el contrario, entretenida y asombrada, en el mejor de los sentidos.

La decisión del duque de cortejar a Nessa me tomó por sorpresa, como a todos. Que un hombre de la talla de su Excelencia la eligiera entre tantas candidatas importantes que pululan por la temporada es un hecho significativo.

Habla de la inteligencia de un hombre que es capaz de distinguir una flor diferente en un jardín multicolor y con aromas fuertes. Una flor sencilla entre las exóticas, que a la vista rápida parece simple y de la que se aprecia la belleza cuando uno se toma el tiempo.

Nessa es eso y más, lo sé, y me alegra tanto verla feliz. Sí, sonriente, abierta, expectante, con la mirada fija en cada paso del hombre, embelesada por él. ¿Quién podría culparla? El duque es guapísimo y se ha mostrado cercano y divertido, presentándonos una faceta de su personalidad que probablemente solo su familia y amigos cercanos conocen.

Él está embobado con Nessa, también. No deja de agasajarla, de cuidar que esté

atendida, cómoda, y se encarga de esos menesteres con el celo de alguien que ya la ve como suya.

Son los pequeños gestos los que evidencian su interés. El cómo apoya su mano en su espalda para guiarla, o le ofrece su brazo a la hora de caminar, y su presteza para ayudarla a montar y desmontar, aunque sé positivamente que ella aprendió a hacerlo sola, tras días de práctica en las caballerizas de Atholl. ¡Cuánto me gustaría ser mirada y tratada así!

Oh, no dudo de que haya contactos más estrechos entre ambos, porque esos paseos suyos para mostrarle las joyas de la propiedad suelen traer a Nessa sonrojada y nerviosa, y al duque con una sonrisa traviesa.

Me inquietó al comienzo fallar en mi función aquí, cuidarla, ser su chaperona, pero tanto Bonnie como Olivia me han hecho ver que su hermano está decidido, porque su corazón fue conmovido por Nessa.

No conocía a mi hermano sacudido por una mujer, me dijo Olivia, y me encanta que sea alguien como Nessa la que lo logró. Y que Lydia esté lejos. Temí que Francis se inclinara por alguien como ella, hermosa pero vacía. Nessa es encantadora, y es justo lo que necesita. Alguien que lo haga feliz y lo desafíe un poco a diario.

Es algo que puedo ver a Nessa haciendo. Competitiva como es, no lo dejará quedarse con el triunfo en nada, y la manera en que corrió para llenar su canasta cuando competimos para recoger zarzamoras, o cómo discute al jugar cartas, es muestra clara. El diálogo entre ambos combina ironía, inteligencia y una sutil complicidad que crece día a día.

¿Lo único que distorsiona el inusual cortejo en este idílico retiro? La avinagrada cara de la duquesa madre, que se guarda de comentarios abiertos o de destratar a Nessa, pero que no evita que su faz evidencie su malestar con la elección de su hijo.

La escuché una mañana quejándose con Bonnie mientras desayunaban, y cuando el duque y Nessa habían ido a cabalgar. Luego, por la tarde con Olivia mientras hacían tareas en el jardín, o pretendían hacerlo, porque de la manera en que usaba su pala, creo que el jardinero tuvo mucho por arreglar. Al otro día igual, y así hasta hoy.

No puedo creer que Francis sea tan tonto como para caer en las redes de esa chica.

No debí darle entrada a nuestra casa.

Me han dicho que su situación económica es desesperada y vinieron a Londres a por un hombre con fortuna. Lo ha enredado, ya no lo reconozco.

Lydia Bournemouth está desolada, lo sé, tuve que avisar a su madre, y la vergüenza no me dejó dormir por la noche.

¿Qué van a decir? Seremos el hazmerreír, y él perderá credibilidad, además de dinero.

Cada frase me golpeó por Nessa, pero también porque refleja lo que la mayoría dirá

de Nessa y pensará del duque. Me molesta, me pone triste, porque muchas de esas frases se podrían aplicar a mí con precisión. Es lo que piensa la condesa Atholl de mí. No puedo evitar encontrar algunos paralelismos entre las Campbell y yo.

Lo que me parece seguro es que el duque no se dejará permear por lo que su madre piense o quiera, porque ha frenado cada intento de aquella por llevar la conversación por caminos escabrosos, defendiendo a Nessa antes de que sea atacada.

Es irónico que siendo Isla la que adora las historias de amor, sea Nessa la que esté viviendo una. Oh, porque no me cabe duda alguna de que estos dos están cayendo rápido uno por el otro.

++++

—Esta propiedad es enorme. Hemos recorrido varios puntos estos días y todavía me dices que hay sitios que debo conocer—dijo Nessa, mirando alrededor con curiosidad mientras tocaba la grupa derecha de su caballo con su fusta.

El paisaje adelante era más quebrado en comparación con lo plano de las tierras que rodeaban la casa principal. Lejos, a la izquierda, se avizoraba el bosquecillo de robles y a la derecha, el trillo que conducía a la zona más poblada, donde los arrendatarios tenían sus sembradíos y animales.

—De hecho, hoy voy a mostrarte mi lugar favorito—sonrió Francis, y Nessa clavó su mirada en él.

No creo que alguien me pueda impactar más que este hombre en la grupa de su magnífico corcel. Nadie monta con tanto aplomo y gracia, o domina al nervioso bruto sin que se le mueva un pelo mientras discute apasionado sobre la necesidad de nuevas leyes para la sociedad.

Sí, él era atractivo, varonil, y lograba que sus piernas temblaran y su mente se enredara en imágenes que la hacían ruborizar. No había observado el cuerpo de un hombre con tanto detalle antes.

Pero estos días parecía obsesionada, y era... Agradable, salvo la parte en que él la atrapaba con sus ojos pegados a sus brazos o pecho húmedo, como ocurrió ayer, cuando se quitó la camisa y corrió para zambullirse en el agua en una decisión espontánea que la asombró.

Habían estado caminando y entraron en calor, y él decidió que un chapuzón lo aliviaría. El pecho ancho, los pectorales marcados y con poco pelo, el estómago plano, los bíceps abultados, todo era muestra de un hombre que ejercitaba.

Nessa se había atragantado mientras lo veía nadar con brazadas enérgicas, imaginando qué se sentiría ser abrazada por esos brazos fuertes, o apoyar su mejilla en ese torso que imaginaba duro y tibio.

Y cuando emergió del agua, trepando con agilidad y se estiró y sacudió, su cabello

sobre sus mejillas, goterones gruesos corriendo por los valles y colinas de piel, ella apenas respiraba, imaginando su lengua trazando esas líneas y saciando su sed...

La mirada sabedora la atrapó en el acto del pensamiento prohibido, y el calor asfixiante de un rubor la consumió desde la raíz hasta su escote.

<<¿Estás viendo algo que te gusta, Nessa?>>, le había dicho, viniendo hacia ella, sonriendo con travesura, y pareció más joven y libre, y ella había asentido, pero mirando a un costado, tímida y sin saber qué hacer o decir.

Por fortuna, él sí, y había tomado su rostro entre sus manos y la había besado, lento y dulce, largo. Esa se estaba convirtiendo en una costumbre bonita. Los labios encontrándose parecían un acto recurrente que ella sabía que no podía aburrirla jamás.

Había una sed en ella que no se apagaba de manera tradicional, un hambre de esa boca asediándola, de la lengua masculina abriéndose paso para acariciar la suya y enervarla, dejarla casi jadeante, con el pecho subiendo y bajando como si hubiese ejercitado por un largo rato.

Sus labios volvían hinchados de cada paseo, y sentía sobre sí la mirada divertida de Isla y evaluadora de Anne. Por supuesto que huía hacia su habitación antes de que la duquesa adivinase en qué gastaban su hijo y ella parte del tiempo juntos.

La desaprobación se leía en la mirada y en el gesto molesto de su boca, y la ponía nerviosa, mucho. Había traído el tema a colación con Francis, ofreciéndole marcharse para que su madre no estuviese incómoda en su casa, pero este se negó con vehemencia.

<<De ninguna manera. Tú eres la mujer que elegí, y la única que puede decirme sí o no. En tus manos estoy depositando mucho de mí, Nessa, ¿lo entiendes? Mi deseo de una familia, mis esperanzas de una vida bonita y feliz, de tener a mi lado a una esposa que entienda mis pasiones y mis compromisos. Que me quiera con mis virtudes y fortalezas, y disculpe mis debilidades y defectos>>.

<<En la medida en que obtenga lo mismo de vuelta, estoy contigo en esto>>, le había contestado sin un ápice de duda en su corazón>>.

Acá eran Francis y Nessa, para su alivio, si bien la deferencia de la servidumbre y arrendatarios, así como la magnificencia de la casa solariega y los campos aledaños eran recordatorio de su fortuna y posición.

Cuando ambos estaban juntos y solos, sus manos se buscaban, y exploraban, bosquejando mapas mentales de sus cuerpos. Sus bocas se regalaban disfrute, dulce en algunas ocasiones, ardiente y húmedo, generando deseos de más en ocasiones en las que nadie los rodeaba.

Y esto sucedía más y más, porque la convicción de que esta relación crecía no solo la tenía Nessa, sino las hermanas de Francis, la suya, y Anne. Incluso también el querido

Edward, que estaba resultando un invitado de lujo, divirtiéndose con sus ocurrencias y siendo el perfecto partenaire para los bailes improvisados, los juegos de mesa, la charla insustancial o seria.

Su primo sería un hombre digno y haría feliz a alguna mujer en el futuro. Nessa tenía la impresión de que Olivia tenía su mirada puesta en él, por cierto, pero no era algo que diría a Francis. La duquesa tenía suficiente con ella, suponía.

—A doscientos metros está mi rincón de pensar—dijo él, mirándola con desafío—. Te reto a ...

No había terminado de decir la frase que Nessa ya estaba espoleando y gritando a su caballo para que iniciase el galope.

—¡No había dado la orden de salida!—escuchó, y el batir de las patas de su caballo y del que venía en inmediata persecución la exaltaron, aferrándose a las riendas con firmeza y asegurándose en la montura, su pantorrilla derecha encasquetada en el hueco para ese fin, y el pie izquierdo en el estribo.

Esto era un regalo, decidió, y cuando la cinta de su cabello se desató y voló, y su cabello se esparció y pareció flotar como un halo sobre sus hombros y espalda, Nessa se sintió en las tierras de su familia.

¿El único detalle molesto? El duque pasó a su lado como una flecha, cual centauro mítico, demostrando sus cualidades de jinete magnífico, que le permitieron ganar la improvisada carrera, y esperarla ya en tierra, con una sonrisa triunfante y oscuridad en su mirada, que la taladró de pies a cabeza.

Con las riendas del corcel en su mano vino a ella y le pidió las de su cabalgadura, y la guio hasta un conjunto de árboles que conformaban una especie de parque, porque el orden y la variedad de especies sugería la mano humana.

Rodearon el mismo y cuando Nessa iba a preguntar adónde iban, vio el cottage pequeño. Una especie de refugio en el medio de la naturaleza.

—Tu rincón de pensar.

—Alejado de todo y todos. Mi refugio cuando el mundo se vuelve complejo y tengo que desentrañarlo. O cuando quiero traer un pedazo de él para disfrutarlo a solas.

La tomó por la cintura y la elevó sin esfuerzo para desmontarla, pero no la dejó en el suelo sino que la apretó contra sí, y Nessa se encontró con los pies en el aire. Sus brazos se colgaron de su cuello en un movimiento instintivo y sus ojos conectaron, por un breve instante sin palabras.

Nessa intuía que entrar en ese cottage marcaría un antes y un después en su relación, y acceder a hacerlo era la muestra de la confianza más elemental en él. Que la tenía. Francis había sido honesto, honorable y encantador, así como querible y apasionado.

Nessa sabía que lo quería todo con él, aunque se le desdibujaban los tiempos y el orden de los sucesos. Los convencionalismos lo marcaban muy claro, pero la química entre ambos era mucha, y parecían haber renunciado a conocerse pautados por las reglas de la élite. Al menos, eso le parecía, y la desaprobación de la duquesa lo enfatizaba.

—¿Soy un pedazo de tu mundo?—susurró, y él asintió, suspirando, y se acercó para quedar a milímetros de su boca, sobre la que habló:

—Te estás convirtiendo en el axis de mi mundo, a una velocidad que sería alarmante, de no ser que lo deseo y quiero con imprudente necesidad.

La dejaba sin palabras, pero podía sentar un punto de una manera más efectiva, decidió, y por ello asaltó su boca sin más consideraciones. Sus labios atraparon el superior de Francis, y lo sorbieron, para luego hacer lo mismo con el inferior, mojándolos, saboreándolos.

La respuesta no fue inmediata, porque él la dejó hacer, aunque sus manos fueron más abajo, para sostenerla firmemente por las posaderas. Un gesto de una intimidad que no la alarmó. Desde el día en que él solicitó cortejarla Nessa había sabido que su cuerpo y su corazón no saldrían ilesos, pero la exilarancia suprimió el leve temor que había acompañado esta convicción.

Las reacciones de su cuerpo eran desconocidas, porque si ella no ignoraba las dinámicas entre hombres y mujeres, no las había vivenciado más allá de besos castos. Que no eran los que Francis ofrecía, ni los que ella parecía determinada a devolver.

No, no había nada de púdico o contención en la manera de pegarse a él y en el recorrido que sus dedos hacían en su cabeza, enredándose en su cabello, atrayéndolo más, como si fuera posible fundirlo en ella.

Acción que repitió ahora mismo, mientras mordisqueaba y trazaba los labios de Francis con su lengua, para volver a besarla, desgranando pequeños sonidos de gozo. Francis rompió la inacción para envolverle la boca, y su mano se deslizó presta por su columna para sostener su nuca y cambiar el ángulo del beso, lo que le permitió devorarla mejor.

Así se sentía, al menos, y nubló su cabeza, sintiendo el pulsar frenético de su corazón, que repiqueteaba también en sus oídos. Los ojos cerrados, ciega a nada que no fueran sensaciones recorriéndola por sus senos y pubis, extrañas, pero exquisitas.

Con renuencia, Francis apartó su boca y la dejó descender, y Nessa rozó la evidente huella de su excitación, que se pegó a su vientre cuando estuvo sobre sus pies, aunque a ella le parecía que volaba.

—No sé si ingresar es buena idea—dijo él, y suspiró largo, posando su frente en la de Nessa, y dio un beso breve en la punta de su nariz—. Quería hablar a solas, porque las constantes interrupciones en la casa son frustrantes, pero... Me temo que estoy entendiendo el punto de un chaperón, porque tenerte a mi merced apela a mis instintos más básicos. Te deseo

mucho, Nessa, y me disculpo por mi crudeza—Sacudió su cabeza—. Parezco un jovencito inexperto, lo que no soy, pero así me pones—acarició su mejilla y bajó por su garganta, trazando el tendón de su cuello con dos dedos.

—Creo que las buenas ideas son cuestión de perspectiva—respondió, con más confianza y aplomo del que sentía—. Dejo constancia de que me gusta tu cruda honestidad y desde una posición mucho menos experta...—se aclaró la garganta, y a pesar de la grana furiosa de su tez, completó su discurso—... Creo que estas sensaciones urgentes que siento son deseo.

—Mi directa y honesta escocesa, no da nunca un paso atrás—susurró él, sus ojos ranuras oscuras fijándola como la presa que Nessa se sentía—. No puedo ser menos valiente—le susurró, y sus brazos la envolvieron por la espalda y la parte trasera de los muslos, de manera que quedó acunada contra su pecho, y así la ingresó al cottage, que estaba sin llave.

VEINTISÉIS.

En su cabeza, traerla al cottage se había visto como el paso lógico de abrirle su mundo casi por completo, exceptuando las fábricas. Ella conocía la mansión de Londres, la casa solariega y sus zonas campestres más notables, y solo había quedado mostrarle este. Su reducto rural.

Por ello había pedido a Saint que se asegurara de que estuviese limpio y con refrigerios, tarea que este delegó en Pete O'Dampey. Su medio hermano, una preocupación para más adelante, había vuelto con la novedad de que la llave se había perdido, razón por la que el lugar estaba abierto.

No había contado con estar tan excitado al llegar. Tanto, que apenas podía contenerse de tocarla y besarla. Su miembro en alerta, sin poderlo llamar a la disciplina, y Nessa tenía que sentirlo.

Era inapropiado, por decir lo menos. Debería sentirse avergonzado de haberla traído a un lugar lejos de sus familiares y de Anne, que estaban en la propiedad para mantener las formas.

Mas la deseaba, joder, ¡y cómo! Arrebatarla del grupo entusiasmado que inventaba a diario actividades conjuntas era darse la oportunidad de hablar más, de conocerse, de continuar absorbiéndose mutuamente.

Así se sentía: eran opuestos en algunos sentidos, pero en lugar de repelerse, se atraían y sus diferencias se complementaban. Y en otros, eran afines.

Empero, lo que le interesaba ahora precisamente no era su pensamiento político, sus ideas sobre lo mucho que la mujer podía hacer y no se le permitía (punto que defendía con pasión), o su inagotable curiosidad por cómo manejar una propiedad rural.

En este instante en que la tenía contra su pecho, vibrando de nervios, tibia y liviana, con sus enormes ojos sin un pelín de desafío, llenos de ingenuo deseo, Francis se sintió dueño del mundo.

Con su preciosa carga protegida, caminó hasta su sillón favorito, y allí se sentó, ubicándola sobre su falda. Ella movió su cabeza y llevó una mano a su cabeza para tratar de ordenar la mata de suave cabello rubio rojizo que la cabalgata y el viento habían enredado.

Bajó su rostro para besarla, otra vez. Una adicción, pero de las bonitas, eso era la constante necesidad de saborear sus labios, que humedeció y mordisqueó sin prisa. El ardor y naturalidad algo torpe con los que ella respondía al comienzo había mejorado, aprendiz capaz y ágil como era, y demostrando que la práctica hacía al maestro.

Desde que habían llegado, Francis no había dejado pasar momento a solas sin

besarla, esa era la realidad, obsesionado como estaba con esa boca. Había sido así desde la vez primera en que la vio.

Pero quería más, y la soledad del cottage y la disposición de Nessa estaban deteriorando su voluntad de respetarla y preservarla, como debería. No tenía dudas de que era pura, y avanzar sobre sus impulsos y tomar su virginidad sería adelantarse a disfrutar de un regalo que tendría que recibir una vez que el matrimonio se hubiese formalizado.

Pero también era cierto que él no tenía dudas de que Nessa Campbell era la única mujer con la que quería casarse. La que le haría anhelar llegar a su casa y con la que disfrutaría de momentos maravillosos, felices, y discusiones amenas y triviales, y con la que no podía existir el tedio. La futura madre de sus hijos, esa era Nessa.

Su propia madre aún no lo entendía, pero lo haría, porque no podía dejar de apreciar cómo ella alegraba cada día de Francis y lo estimulaba, mental y físicamente. Este último era el asunto por dirimir ahora.

Su nariz subió por la columna de su sedosa garganta, y se coló por la línea de la mandíbula, subiendo por la parte trasera de su oreja, dando oportunidad a los labios para que mordisquearan el lóbulo.

Nessa se estremeció, denunciando que estaba torturando una zona erógena, y el gemidito suave lo enardecía, por lo que cerró sus ojos, llamándose a la cordura.

—Me desarmas, Nessa—le susurró, su mano acariciando el muslo a través de la tela de su pollera de montar.

—Ese es un halago que no creí recibir. La primera vez que te vi te consideré un engreído pomposo—murmuró ella, sonriendo, llevando sus dos manos a sus mandíbulas, e inclinándose para besarla, movimiento que la frotó contra su polla enhiesta, y él graznó, en una queja—ruego que no encontró salida, porque ella la tragó en un beso abrasador.

Él tomó sus muñecas y se hizo atrás, respirando con dificultad, la cabeza baja, conminándose a la calma. Ni en los momentos más tensos de su corta vida como militar Francis se había sentido así, al límite.

La lucha contra las huestes napoleónicas no había tenido el impacto que Nessa sí. Traerlo de rodillas, y hacerle perder la ecuanimidad y el control que tanto le gustaba mantener.

Tendría que estar pensando en el barón y las amenazas, empujando a Grayson para conseguir información sobre sus movimientos, pero aquí estaba. En un cottage apartado en su propiedad, aislados por kilómetros de sus familiares, atizando un fuego peligroso y divino.

—Lo soy en ocasiones, pero no contigo. Ya no, al menos—dijo, y su mano trajo la tela de la falda hacia arriba hasta encontrar el hueco que le permitió colarse y entrar en contacto con la piel suavísima. Cerró los ojos, arrebatado de deseo, y acarició desde la rodilla hasta la zona media del muslo, en líneas, y luego círculos—. Noto que sigues sin atar tu falda a la pierna.

Eso podría hacer que un viento la elevara y expusiera lo que solo puede ser para mis ojos—susurró con intensidad en su oreja, y ella tembló.

Ahh, lo que le hacía a su ego el tenerla entregada y anhelante, a la espera de su toque, de sus besos, de la pasión que él quisiese desatar. Y tan poderoso como esto lo hacía sentir, le era más y más claro que él era un esclavo de los deseos y fantasías que ella provocaba. Perdición hermosa, prisión que no podía esperar a cerrar sobre él, eso era.

Su mano subió por el muslo un poco más, sorteando los *cajones*, esa suerte de calzoncillo a la rodilla compuesto por dos perneras que se ataban a la cintura y dejaban una abertura central, que sus dedos buscaron como al Grial.

Nessa se tensó cuando sintió la invasión de su intimidad por la mano que se posó en la colina cubierta de vello suave y enredado con el que sus dedos jugaron. La miró fijo para observar su reacción, dispuesto a retroceder al mínimo vestigio de indisposición o rechazo.

Cuando este no llegó, y lo que si hubo fue un suave morderse los labios y pupilas llenando el iris, probó una avanzada más atrevida, dejando que sus dedos mayor e índice se deslizaran por el canal de su intimidad, resbaloso por la humedad creada por la ostensible excitación de su bella escocesa.

Ella gimió suave, dulcemente, y se encorvó ligeramente al recibir la audaz caricia, lo que llenó a Francis de una desesperación hambrienta. Sin pausa, le abrió las piernas para crear más espacio, y la movió para que quedara sentada con su espalda contra su pecho y con los glúteos sobre su polla.

Maniobrar otra vez con la pesada tela de su falda, enaguas y cajones fue más sencillo, porque usó sus dos manos, tras lo cual una se convirtió en cepo en la cadera femenina, para sostenerla, y la otra volvió a la carga en su bajo vientre.

—Dime que me detenga—le murmuró, su boca mordiendo su oreja y luego por su cuello, encadenando besos leves y húmedos.

El silencio resonó, pero ella se recostó más contra su pecho, y sus piernas permanecieron abiertas, lo que Francis asumió como aceptación. Su deseo escaló al cielo, y su mano izquierda maniobró con botones y cuerdas para liberar los senos.

Cuando uno de ellos estuvo expuesto, lo torturó con suavidad, apretándolo, acariciándolo, concentrando su experiencia en su dedo pulgar para lograr que su pezón fuera un botón duro y tenso.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!—gritó ella, moviéndose sobre su pelvis, torturándolo a su vez, llenando sus testículos de semilla y volviendo roca su miembro—. ¿Cómo es que...? ¿Por qué me duele pero a la vez...?

La ingenuidad de la pregunta, que se refería a porqué sus pechos y su coño parecían conectados, así como la definición de tenso deseo físico como un dolor—placer, recordaron a

Francis que Nessa era virgen, y que tenía que hablarle y calmarla, además de excitarla hasta el desquicio.

—Shh, es natural, mi preciosa. Tus pechos y tu coño—lo apretó con suavidad, y deslizó un dedo en su interior, provocando que ella se sobresaltara y lanzara una exclamación estrangulada— se excitan mutuamente, digamos, con la debida estimulación. Y esta lubricación que cubre tu coño y hace que mis dedos resbalen, empapados, es la muestra de lo mucho que te excito.

Movió su mano izquierda para dar atención al otro seno, y unió un dedo más al que se hundía en el canal, calando hondo, hasta que chocó con la membrana que certificaba su presunción—. Tu himen te protege todavía, y cuando te tome, deberé romperlo, y eso va a dolor brevemente. Luego, todo será placer.

—Oh, por Dios, santo cielo—gimió Nessa, echando su cabeza atrás para que quedara sobre el hombro masculino, su cara transfigurada, y Francis supo que no tomaría mucho hacerla llegar a un orgasmo.

De pronto, la necesidad de ver su faz transformada de placer y su cuerpo desarmarse sobre sus dedos fue más importante y necesario que dar satisfacción a su miembro. La convicción hizo que sus movimientos ganaran en precisión y sus dedos se convirtieran en herramientas sutiles.

—Aquí...—tocó el pequeñísimo bultito que tanto placer daba a las mujeres, cuando estas trascendían su función de meras reproductoras y no tenían miedo de sentir. Nessa era de estas, Francis lo sabía—. Este es el clítoris, y es la muestra de que algo minúsculo puede ser poderoso.

Su índice se abocó a estimularlo con vicio, y tomó menos de un minuto que ella se quedara muy quieta y luego se sacudiera y elevara su cabeza, gimiendo con descontrol, para correrse con su nombre en sus labios, para frenesí de Francis, que finalmente la acunó, el corazón palpitando como si hubiese hecho un esfuerzo físico brutal.

Cerró sus ojos mientras le decía lo bella que era y lo hermoso que era su rostro en la cima del placer, e hizo caso omiso al desastre viscoso en sus pantalones, porque se había corrido como un niño. Hugh reiría hasta el fin de sus días si lo supiera, algo que no pasaría.

—¿Francis?

—¿Mm?

—Esto es muy... satisfactorio. No imaginé que fuera posible... ¿No tienes que...?—carraspeó, y hubo un silencio, que él entendió.

—Quiero mostrarte lo maravilloso del sexo poco a poco, y da por seguro que te deseo mucho, pero me complacerá esperar para poseerte.

—Si tú crees que está bien, supongo que es así, aunque por el vigor con el que el

mozo de cuadra movía sus caderas contra las de la hija de la cocinera de nuestro castillo creí que eso era todo lo que pasaba entre un hombre y una mujer.

Francis lanzó la carcajada, porque el comentario era típico de la deslenguada, que había presenciado un acto físico, al parecer, pero no tenía mucha idea de las infinitas variantes que hacían de este tan maravilloso. Máxime si era con alguien que se quería.

—Nooo, ese es el sexo en su versión más simple. Tal vez apurado y robado—sugirió, y ella pareció pensarlo.

—Eso supongo, no sé. Yo era más chica, y ahora que lo dices, en esa época esa mujer estaba casada, creo.

—Deja a esa mujer y lo que pudiste ver en el olvido. Te voy a enseñar a pensar en el sexo con reverencia. Conmigo—advirtió, ayudándola a elevarse y girándola para mirarla de frente, y la abrazó—. Solo conmigo.

—Solo contigo. No hay nadie que quiera como a ti. Nunca lo ha habido, ni lo habrá—señaló, convencida—Francis asintió, solemne, y se removió—. ¿Pasa algo?

Incómodo en sus pantalones y sabiendo que era hora de volver, negó, y la ayudó a acomodar sus prendas.

—Todo está bien, Nessa—la besó con dulzura—. No podría estar mejor. ¿Entiendes que esto significa que estamos comprometidos y nos casaremos?

Ella asintió con lentitud.

—¿Eso es lo que quieres?

—Es lo que quiero—aseguró—. Tú también, espero.

—Sí. Quiero todo contigo, Francis. Deseo que tu madre me acepte y que nuestro compromiso no altere tu vida—agregó con sencillez—. Pero temo que esto no va a ocurrir.

—Alteraste mi vida al llegar a Londres, y lo celebro. Habrá algunos saltos en el camino, pero nada serio, ni importante—le aseguró—. Mi madre aceptará mi decisión, y llegará a quererte, como ya lo hacen Bonnie y Olivia.

Estaba convencido de esto.

++++

Los días que pasaban afianzaron la convicción de que no estaba viviendo una fantasía. Francis J. George, quinto duque de Worcester, la estaba cortejando de verdad. Más que eso, le aseguró que le pediría su mano al conde de Atholl y su tía al volver, como los representantes de sus padres en Londres, y habló de viajar con ella a Escocia a conocer a su familia.

Los días en Worcester Manor se extendieron, e idílica era la palabra que se le ocurría para resumir su estadía allí, y la forma en que el vínculo entre los dos se había vuelto íntimo.

Oh, Nessa era muy consciente de que los actos entre ambos serían considerados obscenos y lascivos, y su reputación sería llevada al lodo de saberse que dejaba que el duque... Que él la tocara y besara por cada porción de su cuerpo.

Cada. Porción. Y eso incluía sus senos y su bajo vientre, pensaba por las noches, estremeciéndose con el recuerdo de sus dedos en ella, que la hacían vibrar y volar.

Lo que había visto y oído en su hogar no la había preparado para las sensaciones reales de estar a merced de un hombre. Voluntariamente entregada a sus deseos. Francis no había hecho nada que ella no quisiese, dándole tiempo a retirarse o negarse cada vez que la hizo vivir la pasión y el placer.

Curiosa como era para todo, Nessa no conocía su cuerpo como pensó, ni se había aventurado nunca a recorrerlo, pero el duque parecía propuesto a mapearlo con esmero, y con él se sentía bonita, apreciada, hasta venerada.

La ronca pasión que brotaba de los labios que la besaban, succionaban y torturaban era enloquecedora, y eso que aún...

Él estaba decidido a no poseerla por completo, imbuido por la honorable idea de que no comprometería su virtud hasta que las formalidades se cerraran. Y estaba haciendo todo para acelerarlas. Era estimulante, porque refrendaba la suposición de Nessa de que él la deseaba, y mucho.

Los signos físicos eran inequívocos: los ojos que quemaban, las manos que acariciaban, las yemas de los dedos en constante contacto con su piel, su boca aprovechando cada instante para apoderarse de la suya y consumirla.

Nessa ardía cuando escapaban del asedio de la duquesa y de las que se habían vuelto sus obligadas acólitas, Bonnie, Olivia, y el bromista Samuel, que había arribado a la propiedad y puesto humor a las comidas y juegos. Había sustituido a Edward y Anne, que se habían marchado.

Por ello el muchacho era improvisado chaperón, y cuando Francis había sido grosero con él y le había gritado que les molestaba y no lo quería alrededor, les había susurrado que lo lamentaba, pero tenía orden de no dejarles solos.

Resoplando, había tomado a Nessa de la mano y la había llevado consigo a los establos, donde ordenó que alistarán sus caballos, y habían ido al cottage. Cada tarde, allí habían compartido momentos increíbles, de mágica soledad y mutua veneración.

Nessa había rogado por tocarlo, y él accedió a quitarse la camisa, dándole acceso a su pecho, que acarició, besó, y sobre el que incluso dormitó. La dureza de su entrepierna se había vuelto una constante entre ambos, y ella rogaba que eso no le doliera, porque tenía que ser agotador controlarse.

Él le había informado que le gustaba desafiarse, y que encontraba salida a sus

impulsos en montar y en golpear un saco de boxeo que había colgado en un sector de las caballerizas.

Cuando descubrió que lo hacía con el torso descubierto, se había complacido en ir a observarlo, para luego besar los nudillos rojos con ternura.

Francis decía que esto no era nada, simple práctica. *Lo hago habitualmente con oponentes dispuestos, y he atizado a Hugh en varias ocasiones.*

Bien, había pensado ella, porque el duque de Elywood era un idiota, y había estado un día entero, en el cual se complació en molestar a Isla con sandeces.

Su intimidad física crecía, pero también lo había hecho la emocional. Francis le habló de sus intereses, le explicó lo que pensaba sobre los cambios en la sociedad y los que quería que ocurriesen, le contó lo que quería para su familia.

Incluso le había contado sobre la relación que tuvo con su padre, y le contó quién era en verdad Pete O'Dampey, el rudo empleado que *solo recibía órdenes de Saint*, el administrador de Worcester Manor.

Eso era lo que el joven le había dicho con inquina a Nessa cuando esta le pidió que llevara unas cartas a la posta del poblado. Ella se guardó bien de contarle a Francis en su momento, pero sí se lo había comentado con el agradable señor Saint, porque no correspondía que un subordinado hablara con esa falta de respeto, máxime cuando ella había sido educada y gentil.

El administrador había meneado la cabeza y le dijo que lo solucionaría, a lo que ella agregó que no pretendía nada, salvo que lo supiera. No estaba en ella que castigaran a alguien por una tontera.

Cuando Francis le contó sobre su origen, lo complicada que era su actitud y el rencor que lo llenaba, y que se volvía más y más desafiante con él, al borde del insulto, entendió los reparos de Saint, y la llenó de orgullo comprobar que su prometido era un buen hombre.

Francis había roto sus prejuicios y destrozado la imagen que se había hecho de él. El duque pedante, pomposo y frío se había vuelto un hombre de carne y hueso gentil, preocupado por su familia y también por la sociedad, y abocado a impartir justicia y construir sobre la base de lo que su padre destruyó.

Tal vez no lo lograría del todo con este Pete, al que la vida y la crianza habían vuelto hostil, pero su otro medio hermano, Ewan, parecía encantador, y ella ya quería conocerlo. Y los empleados de esta propiedad, o los de sus fábricas debían agradecer tenerlo como superior.

Sí, su pensamiento actual estaba en las antípodas del que tuvo unas semanas antes, y no cabía en sí de gozo.

—¡Nessa, ven!—llamó Isla, con Olivia y Bonnie a su lado—. ¡Llegó una carta para nosotros!

Se movió con celeridad, alborozada y a la vez preocupada. Incluso un pelín culpable, porque su aprehensión por las deudas había aminorado desde que vino aquí...

O mejor dicho, sus prioridades se habían modificado, y esto era un problema, porque las dificultades en su casa no desaparecían porque ella estuviese enamorada. Lo estaba.

—Las dejamos para que lean tranquilas—dijo Bonnie, y ellas asintieron, sentándose en un banco cerca de la gran fuente de Apolo que era el orgullo de la duquesa.

De Francis, no tanto.

—Oh, Nessa, es la letra de papá. ¿Crees que ya sabe del cortejo del duque?

—No sé, calculo que las cartas se han cruzado—dijo ella—. ¡Anda, lee en voz alta!

—Ya va, ya va. A ver,

Mis queridas hijas.

Espero que sigan bien. Su madre me leyó la carta anterior y me da tranquilidad saber que están bien, y Londres es lo que esperaban, en especial para ti, Isla. Supongo que el cariño de Brodie y sus hijas y las novedades de la ciudad habrán ablandado tus juicios, Nessa.

—Oh, si padre supiera—dijo Isla, mirándola y moviendo las cejas con gesto que pretendió ser sugestivo—. Lo ablandada que te tiene el duque de Worcester. No, no leyó tu carta.

—¡Sigue!

Por acá, las cosas mejoran, gracias a Dios. O a John, que tomó las riendas de nuestros problemas y escribió a un amigo del Ejército para solicitar ayuda económica. Tal parece que nuestro John salvó la vida a un noble durante la guerra, y este quedó en deuda con él. Fue escribirle y este de inmediato reaccionó y movió sus influencias, ¿Pueden creerlo?

Estoy escribiendo esta carta justo cuando se retiró del castillo un importantísimo banquero de Glasgow, que trajo dinero personalmente, y nos dijo que nuestras deudas serán atendidas. Solo tenemos que remitir a nuestros acreedores a sus oficinas, labor a la que John se ha puesto de inmediato. Su ánimo ha cambiado, su voluntad ha vuelto, hijas mías, y ¡estamos salvados!

También se me informó que llegarán importantes comerciantes a evaluar nuestras majadas y acordar próximos negocios. El alivio que siento es inconmensurable.

Isla, Nessa, no hagan nada que no deseen, queridas. No es necesario sacrificio alguno de su parte, y aquí las esperamos con los brazos abiertos.

Las quiere y extraña, su padre.

Hubo un silencio largo, y luego, gritos y abrazos entre ambas, además de lágrimas y palabras emocionadas de alivio.

—¡Es maravilloso! ¡Qué alivio han de estar sintiendo! Y qué descanso, te lo juro, porque ya no lo tolero más—susurró, y se abrazó más a Nessa, que parpadeó, con sorpresa.

—¿Isla? ¿Qué ocurre?

—Estoy tan feliz por ti, Nessa, espero que lo entiendas.

—Lo sé, sin una duda.

No había celos entre ellas, nunca había sido así.

—Pero me siento perdida. Llegué emocionada, y así seguí por unas semanas, pero... No siento que encaje en este sitio, en Londres. La sucesión de galas y los comentarios desagradables se acumulan uno sobre otro, Nessa, y me ahogan.

—Isla, eres tan hermosa que es cuestión de tiempo para que...

—Es que estoy cansada de que solo vean eso de mí, Nessa—suspiró—. No parece que valga por otra cosa que por como luzco, y tú sabes que soy una mujer inteligente, aunque a veces demasiado soñadora.

—Claro que lo eres—dijo con fiereza.

—Además, ¿de qué sirve ser bonita, si se ve como una trampa?

—¿Cómo?—preguntó, sin comprenderla.

—Eso me han dicho, que uso mi rostro como carnada para llevar a los hombres a mis redes—murmuró.

—¿Quién fue el idiota descerebrado que lo dijo? Voy a atizarlo—amenazó—. Mejor, le diré a Francis que lo haga.

—No importa, y respondí como se debía, pero eso no quita que me cuestione qué hago aquí. Y ahora, con esta carta...—sonrió—. Es una liberación, creo. No hay necesidad de ir a más fiestas, Nessa, si así lo prefiero. ¿No te resulta increíble? ¡Tanto que di la tabarra con eso!

—Pues irás a una más, al menos, porque cuando regresemos a Londres y la novedad de mi compromiso se extienda, muchas querrán acercarse a mí para incordiarne e insultarme veladamente. Te necesitaré a mi lado.

—Y me tendrás—aseguró, haciendo un gesto de asentimiento vehemente con su cabeza—. ¡Me hace bien verte feliz, hermana!

—Pues no permitiré que tú no lo seas—le contestó—. Haré lo imposible por tenerte con el ánimo alto. Ten fe. Cuando la polvareda que desataremos Francis y yo entre las matronas y señores se asiente, los rumores que nos envolvían y señalaban se irán apagando, y pronto no existirán. Entonces, uno de esos caballeros que te hirió vendrá y...

—Oh, no, no, no, Nessa—negó, determinada—. No soy rencorosa, pero tengo memoria larga. No aceptaré a mi lado a nadie que se complació en humillarme o recordarme lo que soy...

—Lo que creían que eres—corrigió—. Porque tú vales mucho, Isla, y tienes razón.

—Señoritas, ¿están conspirando aquí, las cabezas tan juntas? ¿He de preocuparme?

Nessa se volvió y contempló el rostro atractivo y la sonrisa seductora que danzaba también en los ojos azules.

—Para nada, Excelencia. Solo buenas noticias por aquí.

—Eso es grato. Isla, voy a robarte a tu hermana. Tenemos mucho que planear, y la duquesa madre quiere afinar detalles del anuncio del compromiso y la futura boda—guiñó un ojo, e Isla batió palmas.

Ella se mordió los labios y asintió. Una boda. Sonaba increíble, en particular, que la duquesa quisiera involucrarse en ella. Tal vez lo hacía con la esperanza de poder postergarla indefinidamente a la espera de algo que salvara a su hijo de la ignominia.

Sus ojos no se entibiaban al mirarla, a pesar de que era educada con ella. Lo comprendía. Que Francis la hubiese elegido era extraño. Conmover, maravilloso, y le llenaba el alma de dicha, pero a ojos ajenos, era una elección poco apropiada. *Pero fue su elección*, se dijo.

VEINTISIETE.

—Te lo agradezco, madre—dijo Francis, besándola con cariño en la mejilla, y ayudándola a subir al carruaje en el que se volvía a la ciudad. Bonnie y Olivia ya estaban sentadas, y les sonrió—. Compórtense. Estaré con ustedes en un par de días.

—No sé por qué necesitas ir a Kidderminster, Francis, pero no discutiré—dijo su madre, la boca apretada.

Sus decisiones la tenían muy molesta, lo entendía, pero confiaba en que las semanas irían erosionando su disgusto y le harían ver que no habría retroceso en las determinaciones que él había tomado. La principal, el compromiso y próxima boda.

Honestamente, no había esperado tanta inquina y reluctancia. Creyó que sorteada la sorpresa y el impacto de que eligiera a alguien como Nessa, lady Brenna George asumiría la relación y trabajaría con ahínco para fortalecerla, porque con ello lo hacía con su hijo y el ducado.

No había ocurrido, y si no expresaba su desaprobación frente a Nessa de manera explícita, su proceder frío era mensaje obvio y le molestaba, mucho. Lo había comentado con Hugh, que había estado de visita dos días atrás, y para su sorpresa, este pareció entender a su madre mejor que él.

<<Es difícil aceptar que tú, el compuesto y razonable hombre que siempre fuiste, hayas caído en los brazos de una mujer de la que se rumora es una cazafortunas.>>

<<No lo es, y cualquiera que esté con ella más de una tarde y se tome el trabajo de conocerla de verdad lo entiende>>, sentenció, pero Hugh se había encogido de hombros y hecho un gesto de duda. << ¿Qué carajos te pasa? ¿Justo tú, que eres tan amplio en tus gustos y saltas cualquier norma, la juzgas?>>

<<No lo hago, respeto tu inteligencia, pero creo que piensas con otras partes de tu cuerpo, amigo. De todos modos, te apoyaré>>.

Esa conversación le había dejado mal sabor de boca. Lidiar con las estúpidas pretensiones de su medio hermano Pete, que tenía cansado a Saint, lo habían terminado de agotar. La última interacción había sido a gritos, e incluyó amenazas de contar su verdad a sus hermanas. Esta misma mañana había dado órdenes a Saint de que lo despidiera.

No podía seguir avalando su comportamiento. Se le entregaría una suma de dinero importante y con eso, si era inteligente, podría empezar una vida decente en algún sitio lejos de su familia.

Lo ponía lívido el que creyesen que podían obligarlo a actuar en base a amenazas, como si fuese un cobarde incapaz de lidiar con la bazofia. Que quienes lo hiciesen además

compartieran una parte de su sangre lo rebelaba más. El hermano y el bastardo de su padre, nada menos.

Nada había sabido del barón de Woodstick, y creía que eso eran buenas noticias. Grayson le habría hecho saber si se enteraba de que se traía algo entre manos, y su amigo tenía oídos y ojos entre las autoridades y los guardias más importantes que caminaban los barrios bajos de Londres.

Su prioridad aquí era consolidar su relación y disfrutar de su prometida. ¡Con qué facilidad había derivado su curiosidad y atención a Nessa en atracción irresistible!

Ella despertaba su cuerpo, porque sus ojos, manos y labios no podían dejar de posarse en ella, y cuando estaban solos, de regodearse en la maravilla que era su piel, sus curvas, sus pechos, y su sexo.

Tocarla y hacerla correr con la incansable tracción de sus dedos en su húmeda intimidad se había convertido en su ejercicio favorito, aunque por fortuna se contenía de avergonzarse.

Su mano estaba trabajando extra por las noches, friccionando su miembro hasta correrse con el recuerdo de esos ojos verdes desenfocados y su expresión de éxtasis.

Saludó la salida del carruaje familiar, y se dirigió al otro, ya listo, donde lo esperaban Samuel, Isla y Nessa. El destino era la fábrica de alfombras, porque quería que ella viera con sus ojos cómo la lana, producto que conocía tan bien, se convertía en una pieza especial. Aprovecharía para hablar con el administrador en persona y anunciarle que estarían ampliando los proveedores, porque era su intención que la lana de las ovejas de Campbell llegara a Kidderminster.

Así lo habían planificado con Grayson, quien había orquestado el plan que llevó alivio a las penurias económicas de la familia de Nessa, algo que no le diría todavía.

Esta había recibido una carta de su padre que la tenía feliz, igual que a su hermana, y el alivio se notaba en ambas. Esto quitaría presión sobre sus hombros, porque no estarían urgidas.

La buena nueva ya la sabían su madre y hermanas, además de Grayson y Hugh, y Francis les pidió que la difundieran, para desarmar a los rumores que habían hostigado a las hermanas. Nessa no estaba disponible, pero Isla podría beneficiarse.

—Nessa, Isla, gracias a Dios que vienen también. Francis piensa este como el viaje al mundo de los sueños, porque así ve a sus fábricas, pero verán que es aburridísimo—dijo Samuel mientras ascendían al carruaje.

Las dos rieron.

—Yo quiero ver esas máquinas de las que me habla, y conocer el proceso—dijo Nessa.

—Dios, son tal para cual—gruñó su primo, al que asestó una palmada leve en la nuca.

—Ponte serio, que esto te va a servir. Ya te he dicho que tienes que comenzar a prestar más atención a los negocios.

—Sí, sí—indicó—. ¿Les parece si jugamos charadas? Va a ser un viaje largo.

—Menos de una hora—gruñó, meneando la cabeza—. Dos si hay que hacer el rodeo por el río.

—Juguemos—dijo Isla con entusiasmo.

La siguiente hora transcurrió entre adivinanzas, referencias al paisaje y preguntas de Samuel sobre Escocia. El cochero gritó que deberían hacer el rodeo, porque la ruta estaba cortada por el río crecido, y estiró las piernas, tomando la mano de Nessa, entre las suyas.

El sonido de disparos lo tomó por sorpresa, y las sacudidas del carruaje mostraron que los caballos se habían espantado. Los gritos de las mujeres se elevaron, como los improperios de Samuel.

—¡Al piso del carruaje, y aférrense a los maderos!—rugió, y abrió la puerta, parándose en el vano, intentando no perder el equilibrio mientras miraba alrededor.

Los caballos corrían enloquecidos y sin control, y la mitad del cuerpo de Jackson, el conductor, se asomaba, balanceándose sin control. Sin vida, comprendió, y la alarma subió de nivel.

Adelante, se aproximaba la hondonada grande en la que había habido múltiples accidentes de carros. Tenía que parar el vehículo. Se quitó la chaqueta y procedió, ignorando los gritos de Nessa de horror.

Se abrazó a los maderos y caminó rápido por las salientes, llegando al pescante, del que apartó con cuidado a Jackson, pobre alma. Intentó controlar el furioso galopar, pero el silbido de otros disparos le anunció compañía no grata.

—¡No se asomen!—gritó, desesperado, porque la posibilidad de que hirieran a Nessa o los otros lo aterró.

—¡Francis! ¿Qué ocurre?—escuchó a Nessa gritar, e inclinó la cabeza con esfuerzo para tener visión trasera.

Nessa se asomaba por la puerta, y más lejos venían jinetes con armas en la mano.

—¡Adentro, Nessa! ¡Nos atacan! ¡Cierra la puerta!

El rugido la hizo actuar y obedecer, justo a tiempo, porque se acercaban, y la bala de uno de ellos se insertó en su hombro. No tenía otra salida que controlar la dirección de los caballos, pero sin detener su galopar, porque no tenía armas.

Más disparos. Maldijo con furia, enfocándose en gritar a los brutos y tironear de las riendas con propósito, a pesar del dolor. Si lo lograba, si torcía el rumbo para lograr que

esquivaran la parte más peligrosa de la inminente hondonada, el poder de la cabalgata de los cuatro corceles ganaría a los jinetes y tal vez, podrían llegar al poblado. Quedaba poco, bien poco, se alentó.

Entonces, la debacle se abatió sobre ellos. Uno de los disparos que arreciaban dio en uno de los caballos, que relinchó, herido de muerte, y con su caída arrastró al resto y al carruaje, provocando el rodar de brutos y el balanceo del carruaje, que se volcó de lado, arrojándolo por encima del pescante.

El golpe y el dolor terrible en su espalda y piernas, los cracs que señalaban la rotura de huesos, y el impacto que nubló su vista y pareció hacer explotar su cabeza, no le impidió tener un último pensamiento.

¡Nessa, Nessa, noooo!

++++

Isla y Nessa reían festejando un chiste del joven Samuel cuando el estampido de un tiro y el relincho alocado de los caballos rompió la calma, y precipitó acontecimientos desastrosos.

Francis había saltado y gritado que se protegieran en el suelo, mientras se lanzaba hacia el exterior y buscaba un equilibrio difícil por el vaivén descontrolado del carruaje. Antes de que desapareciese de su vista le gritó que se cuidara, y trató de mantenerse quieta y tranquilizar a Isla y a Samuel, pero era imposible.

El ruido de balazos y los cimbronazos del pesado vehículo no anunciaban nada bueno. El pesado carruaje volcaría si no lograban controlarlo, y para ello, había que calmar a los caballos, lo que era imposible con el ruido de las balas.

Se arrastró y abrió la puerta, sin pensar, en su mente solo la idea de ver a Francis, rogando que estuviera bien. Le gritó, desesperada, y mirar atrás la aterrorizó, porque jinetes desconocidos y con pañuelos venían en persecución.

—¡Adentro, Nessa! ¡Nos atacan! ¡Cierra la puerta!—le gritó Francis, torcido desde el pescante, y ella obedeció, con pavor.

—¿Qué pasa, Nessa?—gritó Isla, y ella se aferró a uno de los asientos.

—¡Un ataque! ¡Forajidos!

—¡Maldita sea! ¡Bastardos!—gruñó Samuel, que intentó levantarse, pero ella le tomó del brazo.

—¡No! ¡Francis está tratando de controlar los caballos! No puedes salir, están disparando.

—¡Está en peligro, Nessa! ¡Tengo que...!

—Si lo haces, te pondrás expónrás, y eso no ayudará a Francis.

Un cimbronazo a la derecha y un crujido espantoso fue el preludio de sacudidas furibundas que los arrojaron unos contra otros y les hicieron golpearse contra las maderas, y enseguida, el carruaje tembló y se inclinó a un lado, y el golpazo brutal de un choque frontal los sacudió.

—¡Nessa!—El grito de Isla fue lo que escuchó antes de que la negrura la tragara.

Dolor. Pinchazos. Gritos de hombres y relinchos. Sonidos de balazos. Un gemido femenino sordo y apagado que denotaba un dolor mayúsculo.

Nessa emergió de la inconsciencia a la vorágine de sonidos que la envolvía, y su cabeza se elevó enloquecida, buscando las fuentes de los sonidos.

Peligro, dictaba su cabeza. *Ataque, bandidos. ¡Francis! ¿Dónde está Francis?* Miró frenética alrededor, percibiendo el amasijo de maderos y cuero, y a Isla desvencijada en el piso, sangrando y gimiendo de un modo estremecedor.

—¡Isla, Isla!—se incorporó con extrema dificultad, sintiendo náuseas y un dolor atroz en su cabeza, pero la urgencia de escuchar el corazón de su hermana opacándolo todo—. ¡Oh, Isla!—sollozó, y su oreja fue al pecho, casi desmayándose de alivio al escuchar el débil pero rítmico sonido de los latidos—. ¡Vas a estar bien!—le dijo, y sus ojos se clavaron en la posición imposible de su pierna izquierda.

Estaba quebrada, no cabía duda, y el dolor debía ser intolerable. Acarició su cabello y buscó algo para elevar su cabeza, reparando entonces en el corte feroz en su cara, y cerró los ojos con desmayo.

—Nessa... Duele... Mucho...

—Shh, querida, lo sé, pero va a pasar. Iré por ayuda, tranquila—susurró, y le besó la frente—. Estarás bien, lo prometo.

—¡No me dejes, Nessa, por favor!—sollozó, y le partió el corazón, pero tenía...

Tenía que ir afuera y ver qué había ocurrido con Samuel, con Francis.

—No lo haré, Isla—se obligó a hablar con autoridad y sin demostrar dolor, guardando el llanto, porque su hermana tenía los ojos muy abiertos—. Voy a buscar a Samuel, y a Francis. Estaré contigo enseguida. Confía en mí, Isla.

Se movió presta y sin dar atención al mareo que la quería detener, y salió a trompicones. Apenas bajó, vio el desastre.

El carruaje estaba metido hasta la mitad en una hondonada del camino, y había un caballo muerto atado al mismo.

Unos metros adelante, vio a Samuel de rodillas frente a un cuerpo exánime, y gritó sin control, corriendo hasta él, para encontrar a Francis sin conciencia.

Se arrodilló y buscó signos de vida, percibiendo el hombro sangrando, además de la cabeza.

—¡Francis!

—Está vivo, pero inconsciente. Se golpeó duro, eso creo, contra esas salientes de roca—las miró, y luego a Samuel—. ¿Están bien? ¿Isla?

—Isla...

El ruido de caballos la impelió a incorporarse, y a su lado Samuel.

—¡No son ellos, Nessa! ¡Vi que daban la vuelta y se iban cuando uno fue abatido por tiradores! ¡Estos que llegan!

Así que había estado inconsciente apenas segundos, y la acción no terminaba.

—¡Francis!—se escuchó el grito entre los jinetes que llegaban en desorden, los dos primeros ya desmontando a la carrera.

—Hugh...—dijo Samuel—. Y Saint. ¡Gracias a Dios! ¡Aquí! ¡Aquí!—gritó, y Nessa volvió a caer frente a Francis, buscando señales de que seguía con ellos.

—¡Despierta, amor mío, por favor! ¡No te rindas! ¡Te prohíbo que te dejes morir!—le susurró en el oído—. Por favor, por favor.

—¡Maldita sea! ¡Mil veces maldita sea!

El duque de Elywood cayó de rodillas a su lado, y puso sus dedos en el pulso de Francis. Luego, palpó su cuerpo y con velocidad rompió la camisa en pedazos.

—Balazo en el hombro. Costillas quebradas. Golpe en la cabeza—determinó—. ¡Saint! ¡Tenemos que llevarlo al poblado!

El administrador estuvo a su lado al instante, y comenzó a gritar órdenes. Nessa estaba de rodillas, temblando.

—¡Nessa! ¿Estás bien?—escuchó que le decían.

—Isla... Isla... En el carruaje.

Hugh lanzó una imprecación y se incorporó para correr al destruido vehículo, en el que se metió sin vacilar, y del cual emergió pálido, gritando por auxilio.

Nessa vio que con los dos hombres habían llegado una decena de trabajadores de Worcester Manor, que se dividieron para colocar los cuerpos de Francis e Isla sobre improvisadas camillas hechas con los maderos y tientos de cuero.

Se colocó a la cabecera de ambos y les habló en susurros todo el tiempo, mientras Hugh detenía la hemorragia en el hombro de Francis y luego acomodaba con delicadeza la pierna de Isla, que parecía una muñeca rota.

El carruaje en el que colocaron a los heridos demoró menos de lo pensado porque el poblado estaba cerca, y solo cuando llegaron y médico y enfermera se abocaron a lidiar con los heridos, Nessa se permitió derrumbarse y llorar en silencio.

—Nessa, tienes que permitir que vean tus heridas—le dijo Samuel, y ella asintió, pero no se incorporó.

—Cuando terminen con ellos. Yo estoy bien—susurró.

Luego de un rato, la enfermera vino a ella y le limpió y vendó algunas heridas menores. Ella y Samuel habían salido bien librados.

La pobre Isla había estado del lado más afectado del carruaje, y Francis había sido herido de bala en un hombro, y el impacto de volar varios metros y chocar con una piedra había ocasionado lesiones muy serias.

Luego de horas, Saint vino con refrigerios, que ella no tocó, y se enteró de lo que había pasado. Habían sido emboscados. El ataque se había perpetrado con astucia, y de no haber sido por el accionar de Francis, que azuzó a los caballos para escapar, y por la llegada de Hugh y Saint con refuerzos, esos indeseables les hubiesen matado.

—¿Quién? ¿Por qué?—susurró.

—El barón de Woodstick está detrás de esto, ¡hijo de mil perras!—gruñó Hugh, y su rostro, que solo conocía distendido en arrogancia y liviandad, tenía una oscuridad amenazante—. Trata de quedarse con el ducado de la manera más vil. Francis no entendió la amenaza real que representa.

—Lo amenazó, yo lo escuché, pero Francis... Dijo que todo estaría bien.

—Grayson se enteró de lo que tramaba apenas ayer. Ese malnacido estuvo reclutando escoria en los bajos de Londres para esto. Por eso volví a Worcester Manor. Me crucé con el carruaje de la duquesa, y aunque azucé mi caballo para alcanzarlos, ustedes ya habían partido. Busqué a Saint... Como cosa del destino, este estaba frenético, organizando una partida para venir tras el duque, porque uno de los mozos de cuadra le hizo saber que O'Malley había reído y dicho que el duque moriría hoy.

—¿Qué? ¿Ese no es ...?—Nessa parpadeó, incrédula.

—El bastardo medio hermano que le dijimos que tenía que mantener lejos. ¡Maldito Francis y su afán de salvar el mundo!—levantó sus brazos al aire Hugh—. No dudo que el barón haya estado tramando con él. Era la pieza perfecta, dándole información sobre los movimientos de Francis.

—Lo encontraremos, Excelencia—dijo Saint, la voz helada—. No encontrarán cómo escapar de nosotros. Son de Londres, incluido Pete, que solo conoce el entorno de la propiedad. Tendrán que detenerse en alguna posada, y mis hombres lo atraparán.

—Así como haremos con el barón—dijo Hugh.

—Francis... ¿Estará bien?—inquirió Nessa, que solo quería escuchar sobre su prometido y su hermana.

—El pronóstico es cauto. No ha despertado, y el golpe de la cabeza es complicado. Perdió mucha sangre. El doctor hizo lo que estaba en sus manos, y está cómodo y atendido.

—¿Isla?—gimió.

—Su pierna está quebrada en dos partes, y sanará. Su rostro...—Hugh hizo un silencio—. Sanará, pero va a quedar una huella en él. La herida fue muy profunda—indicó, la voz más baja y con algo que era indudablemente pena en su rostro.

Nessa sintió las lágrimas deslizarse por su faz y una liviandad extraña invadirla, y se sentó en el piso, desgonzada, agotada.

—Venga conmigo, señorita. Tiene que descansar, y le daremos algo para el dolor de los golpes—le dijo la enfermera.

—Francis...—dijo.

—Lo cuidaremos bien, Nessa. Descansa. Él querrá que estés bien cuidada. Y tu hermana está sedada para calmarla—dijo Hugh.

Se dejó conducir, sin fuerzas para negarse, azorada por lo que el destino les estaba poniendo como prueba.

++++

El cuerpo le dolía todo, y tenía machucones en brazos, muslos, espalda y estómago, pero nada roto. No había podido comer, y había retornado rápido a la casa del doctor del poblado, que era donde estaban Francis e Isla.

Durmió en un sillón que tuvieron la deferencia de proveerle, sin hacer caso a las insistencias de Hugh o Saint de volver a la posada del pueblo. Pasó la noche entrando a las dos habitaciones para comprobar que respiraban, que estaban vivos.

Estaba entredormida cuando escuchó las voces altas afuera, y parpadeó, confundida. Era de día, comprobó, y la voz inconfundible de la duquesa, autoritaria, se impuso sobre las que procuraban calmarla a la entrada.

—¡Quiero ver a mi hijo, Hugh, y no me vas a detener! ¿Doctor?

—Excelencia, por aquí, le aseguro que hemos hecho lo mejor por él.

El taconeo enérgico la trajo a su lado de inmediato, pero la mujer la ignoró en pos de entrar a la habitación que el médico le señaló. Nessa se incorporó, aturdida, e ingresó tras la duquesa.

—¡Oh, Francis, mi querido!—dijo, su voz quebrada, y sus manos arrollaron la tela de las sábanas, balanceándose, sus piernas doblándose, pero sin llegar a caer.

—¡Duquesa!—gritó el doctor, sosteniéndola con un brazo y haciendo señas de que le acercaran un sillón, cosa que Hugh hizo, y el galeno usó unas sales para espantar el desmayo.

—Oh, mi querido hijo, adorado...—susurró la mujer, y estiró el brazo para tocar el rostro.

Nessa se mordió el labio y se acercó a los pies de la cama, su mirada clavada en el rostro guapísimo del hombre que amaba, que yacía pálido y parecía menos imponente y poderoso. Lágrimas de pesar bañaron las mejillas, pero contuvo los sollozos, porque no sumaban

nada.

Estaría bien, se recuperaría, volvería a sonreír y a abrazarla, a montar a caballo y hablar de alfombras o de máquinas. Su brazo se estiró y se posó en la pantorrilla cubierta por la sábana, sin presionar, cediendo a la necesidad de tocarlo, de sentirlo.

—Entonces, ¿está estable?—inquirió la duquesa.

—Así es. La herida del hombro sanará, y lo mismo las costillas. El trauma general, la pérdida de sangre, y el golpe en su cabeza es la razón para la inconsciencia. Esto es lo que me preocupa, y no me atrevo a asegurar nada.

—Ha de verlo un especialista. Tenemos que llevarle a Worcester Manor. ¿Resistirá el traslado?

—Si se hace en condiciones óptimas, sí. Pero...

—¡Saint!—dijo la duquesa, y el administrador apareció en la habitación de inmediato, el rostro grave y su mirada en Francis—. Contrate uno de los coches de correo ahora mismo. No importa lo que haya que pagar. Son los más grandes y cómodos. Dos cocheros. Doctor, irá con él por cualquier inconveniente.

—Excelencia... Mis pacientes.

—No hay ninguno más importante—cerró la duquesa con un gesto imperioso.

Nessa apretó su boca para no intervenir y decir que su hermana estaba herida y necesitaría asistencia, y si se lo llevaba, ella no podría estar con los dos.

—Lady Brenna, quisiera...

—Lo que desees no tiene importancia, Nessa. Mi hijo, el duque, está grave, y tengo que llevarlo a un lugar donde pueda ser atendido y esté seguro. Esos rufianes están sueltos, y el barón aparecerá en cualquier momento como un ave de presa, para presionar. Podría intentar otra vez...

—No pasará, estaremos resguardando cada rincón de la propiedad—dijo Saint.

—Mi hermana está herida y ...

—Razón de más para que te quedes con ella y la cuides. Francis tiene quien lo haga. Cuando se recupere de esto, Dios así lo quiera, necesitará tiempo y tranquilidad.

—Los golpes en la cabeza son imprevisibles. Podría despertar sin problemas, o hacerlo sin recuerdos. Incluso...—dijo el médico, pero fue interrumpido por la duquesa.

—Ante un escenario tan complejo, creo que coincidirá en que se impone la presencia de la familia a su lado, y nada de distracciones.

Ella parpadeó, confundida, y sacudió su cabeza.

—Yo... soy parte de...

—Nessa, Nessa...—la interrumpió con impaciencia, su mirada en su hijo, el dolor colándose en sus rasgos de habitual serenos y fríos—. He tolerado este capricho de Francis

contigo, pero no lo haré más. Mi hijo está muy grave, y lo que tú aportas a su vida es preocupación. ¿Crees que no sé qué fue uno de los que aportó dinero para pagar las deudas de tu padre? El barón de Woodstick, ese bastardo de mi esposo, tú... ¡No han hecho más que explotar a mi hijo!—estalló— ¡No la quiero aquí! ¡Sáquenla!

—Cálmese, mi señora, le hará mal, y afecta al herido. No sabemos cuánto puede escuchar—dijo el doctor, que miró a Nessa—. Señorita, por favor, ¿podría...?

Asintió, como una autómatas, y salió de la habitación, sin palabras, aturdida. Hugh y Samuel bajaron la vista, y no supo que otra cosa hacer que no fuera ir con su hermana, la única familia que tenía aquí.

Se sentó muy tiesa a su lado, y la miró dormir por lo que supuso eran horas, hasta que vio sus pestañas aletear y sus ojos observarla.

—¿Nessa? ¿Qué...pasó? Ohh—gimió, y apretó sus ojos, adolorida.

El gran vendaje rectangular que cubría parte de la cara era un ominoso recordatorio de un huella que al parecer el tiempo no borraría del todo. ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo lo tomaría?

Quería a su madre aquí, a la tía Brodie. Alguien que la abrazara y le dijera que todo iba a estar bien, tal como ella le dijo a Isla entre los restos del carruaje.

—Nessa...

—No te canses, Isla. Hubo un ataque, y un accidente con el carruaje. Tienes la pierna rota, pero ya la vendaron y se curará. Cortes, golpes y raspones por doquier, por ello estás con dolor.

—Sí—cerró y abrió sus ojos—. ¿Samuel, Francis?

—Sin heridas el primero, todavía inconsciente el segundo.

Y se lo llevarían de su lado, y le impedirían verlo, porque al parecer era mala para él, a pesar de que lo amaba y él también, y había sido tan maravilloso como para hacer algo por su familia sin que se lo pidiera.

Los ruidos y movimientos afuera de la habitación la alertaron, y dio una palmadita a Isla y la instó a descansar, tras lo cual salió y cerró tras de sí.

Alcanzó a ver a los hombres portando la camilla que trasladaba a Francis, y corrió para ver cómo lo introducían con cuidado y trabajo en el coche contratado.

Saint ayudaba a la duquesa a ingresar en un faetón, y Nessa se acercó para dar una mirada a Francis y ver que estuviese bien. Habían dispuesto el interior con mucho esmero e iría cómodo.

—Nessa, es mejor que dejes que lo lleven sin problemas—escuchó a Hugh a su lado. Parpadeó, y lo miró—. La duquesa habló guiada por el dolor, pero hay una parte de verdad en lo que dijo. Todavía hay peligro para Francis, y estará bien atendido en su propiedad, a la que ya se llamó al mejor médico de Londres.

—Cuidaré a Isla y cuando pueda iré a verlo. Quiero estar con él cuando despierte—indicó.

—Dejé pago un coche para que las traslade hasta la mansión Atholl con la mejor atención para tu hermana. Lo mejor es que ambas vuelvan a Londres, hasta que todo se resuelva—le contestó Hugh.

El duque de Lycombe. Este no era el hombre afable al que Francis hacía referencia. Era el aristócrata cerrando filas con la duquesa y haciéndola sentir un estorbo al que habían tolerado mientras Francis jugaba, pero que hacían a un lado apenas este no podía detenerlos.

—Francis va a querer verme cuando abra sus ojos—lo dijo con convicción, porque nadie fingía el amor que él le había demostrado.

—Francis va a querer justicia y venganza por encima de todo—le contestó con mucha dureza—. Tú no lo conoces como yo. No hay nada que esté por encima de su responsabilidad con su familia, y perder la vida implica dejarla desamparada. No tendrá mente más que para destrozar a sus enemigos. Tal vez después de eso vaya por ti, pero no me quedaría parada esperando. Con honestidad, he visto que lo obnubilaste, pero no creo que esa emoción sobreviviera a una experiencia así.

Cada palabra era un golpe bajo y la destrucción de un sueño, pero como era habitual en ella frente a los que pretendían herirla, no lo demostró. Lo miró muy fijo y le dijo lo más sincero que se le ocurrió.

—Alguien debió herirte mucho para que tengas tan pobre opinión del amor, y de una mujer.

Luego, fue hasta el carruaje y miró a Francis antes de que se lo arrebataran. La palidez calma del rostro que adoraba fue lo último que apreció, y el corazón pareció astillársele de a poquito a medida que el carruaje se alejó, a paso de hombre.

—No pierda la fe, señorita—escuchó la voz serena de Saint a su lado—. El duque es un hombre recio y fuerte, y va a sobrevivir para enterrar a sus enemigos. Y va a volver a usted, porque también es un hombre enamorado. Lo conozco desde niño—le sonrió, y Nessa apretó los labios y no dijo nada.

Se dio la vuelta para ir a Isla, su única certeza en este instante, y sabedora de que tendría que sostenerla a pesar de la rotura de su corazón.

VEINTIOCHO.

¡Cómo costaba abrir sus párpados, joder! Parecía que pesaban como bloques. Lo intentó con mayor ahínco. Una, dos, tres veces, y parpadeó, para cerrarlos y proteger sus ojos de la luz brillante que los hería.

Otra vez, y otra, hasta que se acostumbró y pudo focalizar. Confundido, tomó aire y el dolor en su cuerpo le hizo lanzar una interjección, que sonó débil y corta. Movi6 su cabeza a un lado, y encontrar objetos queridos le ubicó en su habitación.

Estaba en su dormitorio en Worcester Manor. Era temprano, dedujo al mirar al otro lado y ver el color del amanecer ingresando por el ventanal, esa luz aún tenue que anunciaba el comienzo del día filtrándose por cortinados entreabiertos.

—Excelencia...—la voz baja y el rostro preocupado, pero también aliviado de Thomas, su valet, lo despertó más.

¿Thomas, aquí? Solía quedarse en Londres cuando venían por unos días, como esta vez. Parpadeó ante el pensamiento, y frunció el entrecejo. Le dolía bastante la cabeza, ¿por qué? Y estaba en cama cuando debería...

—Excelencia, ¿cómo se siente?—inquirió Thomas.

—Mm... Cansado... adolorido. Como si me hubiesen arrollado—gruñó, y hubo recuerdos pugnando por aparecer, chispazos, pero un dolor punzante atravesó su cráneo y cerró sus ojos de nuevo—. ¿Qué me pasó?—dijo bajito.

—Bien... Tuvo un accidente con el carruaje. Sucedió posterior a ser emboscado y perseguido en el camino a Kidderminster, Excelencia.

La información lo agitó, y quiso moverse, pero la opresión en el pecho y la sensación de cuchillos atravesándolo le hizo perder aire, y abrió la boca con desesperación, boqueando por el ansiado oxígeno.

—Lento, respire lento. Tiene un par de costillas quebradas, es por eso que le duele al respirar o agitarse—aclaró Thomas—. Señor, debo ir por su madre y avisar que despertó. Ha pasado por un infierno, y ...

Asintió, autorizando su salida. Respiró procurando no agitarse, pero se le hacía difícil, y el sueño parecía reclamarlo otra vez. Su cuerpo debía estar muy débil. Voces lejanas. Parpadeó, sintiéndose invadir por la pesadez.

—¡Francis! Querido mío, despertaste—La cara de su madre anegada de lágrimas estaba cerca, y su angustia...

Lo molestó, por lo que movió su brazo para tocarla.

—Tranquila...—Hablar costaba—. Duele...

—Sí, mi querido, lo sé, lo sé. ¡Calmante, Thomas!—ordenó con aspereza, y volvió a mirarlo—. Estarás bien, Francis. Lo peor ha pasado. Han sido días duros, pero has sido fuerte y te recuperarás—le dijo con fervor, apretando su mano con suavidad.

—¿Cuánto...?

Si tan solo pudiese articular más de una palabra sin quedarse sin aire y fuerzas, lamentó.

—Dos semanas, querido. Dos terribles semanas en las que nos tuviste en vilo. Has estado grave, mucho, pero ya pasó—Su madre sollozaba en silencio, tratando de mostrarse fuerte.

—¡Francis!

Enseguida tuvo a Olivia y Bonnie a cada lado de su cama, y a Samuel más atrás. Sonrió, e hizo un gesto leve de saludo con su cabeza, pero...

—Cansado... Pero tengo...

—No te preocupes por nada—negó su madre—. Todo está bajo control aquí. Hugh y Grayson, benditos sean, están ocupándose de tus asuntos en Londres, y Saint del resto. Tú descansa, que ahora que despertaste, todo irá mejor.

—Sí...—asintió, dejándose llevar por la duermevela, y aunque algo importante se le escapaba, no tenía fuerzas.

+++

—... muy alentador, pero hay que ser cauteloso y no permitir que se frustre o exceda esfuerzos.

La voz grave exudaba autoridad, pero era desconocida, pensó, abriendo los ojos. Mm, seguía en su habitación... Y era avanzada la tarde, porque la luz entraba oblicua.

Se movió, e intentó incorporarse, pero gruñó al experimentar otra vez el dolor feroz.

—¡Excelencia, con calma!—El dueño de la voz, un hombre mayor con porte distinguido apareció a su lado—. Moverse con brusquedad no es conveniente. Soy el doctor Merry White, y me he encargado de su salud estos días.

—Dolor...

—Sí, lo entiendo. Le estamos administrando calmantes. Nos congratula que haya despertado. Voy a revisarlo, si me permite.

Asintió, y dejó que el médico le mirase los ojos y moviese su cabeza a un lado y otro, y luego su pecho y hombro, en los que tenía vendajes, percibió.

—Se ve bien. No hay infecciones y las heridas han cerrado. El dolor es normal.

El hombre apareció satisfecho, y sus palabras fueron tanto para él como para su madre, que estaba más lejos, y su amigo Hugh.

Le alegró verlo, e intentó una sonrisa.

—Estoy... vivo—dijo, y se mojó los labios uno con otro—. Sed...

—Por supuesto. Vamos a ponerle más cómodo. Dolerá un poco, pero deje que los que le ayudan hagan la fuerza.

Costó varios minutos, y el jodido médico tenía razón, dolió, pero estar en una posición semi sentada con almohadones detrás llevó alivio a su cuerpo y respiró mejor.

Tomó agua con lentitud. Su mirada fue evaluando a los que le miraban, y esbozó una sonrisa.

—Les... asusté.

—Asustarnos es poco—gruñó Hugh—. Pero debí confiar en lo duro de tu cabeza y en tu porfía para aferrarte al mundo de los vivos.

—A Dios gracias—murmuró su madre, más compuesta que en la mañana.

—Excelencia, ¿qué recuerda?

Tomó aire con cuidado y entrecerró sus ojos, y dejó vagar a su mente en pos de memorias que explicaran su situación. De a poco, comenzaron a llegar algunas.

Caballos desbocados. Su miedo al ver que se precipitaban a una hondonada. Volar por los aires. Disparos que sonaron fortísimo en su cabeza y lo agitaron, y al hacerlo, su respiración se volvió errática. Se movió, y el dolor de cabeza y pecho lo partió al medio, y graznó, los dientes apretados.

—Con calma, Francis, contrólate, tú puedes.

La voz profunda de Hugh a su lado lo instó a volver a sus cabales, recordándole que había pasado una vida trabajando para poner su voluntad por encima de sus impulsos. Le tomó unos instantes, pero logró recobrarse.

—Accidente, y disparos. Me atacaron. ¿Quién?

Su voz sonaba extraña a sus oídos, como si viniera de adentro de una caverna, pero el imperio de su pregunta sonó igual de cáustica que siempre, o más, creyó.

—No importa, Francis, después...—dijo su madre.

—¿Quién?

—El barón de Woodstick financió y planificó el intento de asesinato, y tenemos las pruebas casi todas listas para exigir justicia, Francis. No quedará impune, porque hemos atrapado a los perpetradores. Pete O'Malley entre ellos.

El nombre desorbitó sus ojos. ¡Ese maldito infeliz, desagradecido! *Calma, tranquilo, respira.* Dolor, dolor.

Tomó un momento para recuperarse, y lo hizo bien, porque el gesto de aprobación del médico lo demostró.

—Así, duele menos, ¿verdad?

Asintió.

—Cuando me recupere... Si no lo condenan... Duelo...

—¡Oh, por Dios, Francis! ¿Quieres llevarme a la tumba?—estalló su madre, pero se frenó, claramente en su beneficio.

Clavó su mirada en Hugh, que asintió en silencio. No necesitaba palabras para que su amigo entendiera su determinación. Ese hombre...

El barón había firmado su sentencia de muerte, y también Pete. ¡Habían tramado para matarlo! Para quedarse con el título y destruir a su familia.

—Pete... Idiota... ¿Qué piensa?

—Es un débil mental, pura escoria. Dinero, eso piensa. No te preocupes, está tras las rejas, Grayson se aseguró de ello. Falta el cabecilla, pero es cuestión de tiempo, y él delatará al barón.

Pete le informaba de sus movimientos, pensó. Por eso el barón había sabido de la mujer con su bebé en la propiedad, recordó. Lo dijo cuando tuvieron la pelea, allá en Londres, cuando Nessa fue testigo.

¡Nessa!

—¿Dónde está Nessa?—se hizo adelante, alerta, agitado, y no le importó el dolor—. Ella... Iba en el carruaje, ¿qué pasó con ella?—insistió, y la mirada huidiza de su madre lo espantó—. Hugh, ¿murió, dime? ¡Tengo que saber, dime!

—No, no, tranquilo, quédate quieto. No murió, no, ella está bien—repitió, y el aire volvió a ser importante, y el dolor a taladrarlo.

—¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?—inquirió luego de unos segundos.

—Ella... —dijo su madre.

—Su hermana Isla está bastante lastimada, la está cuidando.

Isla... Pobrecilla, sí, iba en el carruaje, recordó. También Samuel. Pero él estaba bien, lo vio en la mañana, sí.

—¿Se recuperará?

Los ojos de Hugh bailaron en sus órbitas, y eso delataba que algo no estaba bien, lo conocía. Pensó un instante antes de responderle.

—Lo hará, aunque pueden quedarle algunas secuelas.

—¡Ese maldito, maldito hombre! No merece vivir.

—No, no lo merece, y lo hará por poco tiempo—indicó Hugh, con una gravedad poco usual.

Estaba conmovido. Solo lo había visto así en algunos momentos infaustos de su vida, y durante la guerra.

—Quiero que atiendan a Isla de la mejor manera. Sin reparar en gastos.

—Eso está hecho—asintió Hugh.

—Necesito a Nessa aquí—añadió—. Isla puede recuperarse en Worcester Manor.

—Ellas están en Londres, Francis—dijo su madre—. Cuando tú te recuperes, podrás viajar.

—Quiero a mi prometida conmigo—insistió, y aunque sonaba como un niño caprichoso, la urgencia por tenerla junto a él aumentaba.

Necesitaba su consuelo, su voz, su presencia. Curaría más rápido con sus cuidados, estaba seguro, además de que podría protegerla de cualquier intento... El temor lo acució.

—Hugh, tienen que protegerla. Ese hombre está libre todavía, podría...

—Grayson tiene todo bajo control, Francis—indicó—. Tienes que...

—Preparen todo para ir a Londres—ordenó, sin atender a nada más que a su necesidad de ir a ella.

—¡No puedes viajar así!—dijo su madre—. ¡Te harás daño, hijo! ¡Razona! ¿Qué te ha hecho esa mujer? ¡Te ha enloquecido, tú no eres así!—estalló, muy agitada, roja.

La miró con asombro, y luego con sospecha, porque ella evitaba su mirada. Su madre nunca aprobó a Nessa.

Nessa no estaba en Worcester Manor a su lado, como debía ser, y la excusa de Isla... ¿Por qué llevarla a Londres si estaba mal, y no traerla aquí, para ser atendida como él?

—Madre, ¿qué hiciste?—preguntó, y se movió para sentarse, con tanta torpeza que casi se cayó de bruces.

Thomas, que había estado a un costado, y Hugh, vinieron en su apoyo, mientras el médico cacareaba que tenía que calmarse, respirar, sentarse.

—Todos fuera, menos mi madre y Hugh—dijo, muy serio, y fue obedecido al instante.

Temblando sobre sus piernas y atravesado de dolor no era la figura de autoridad que hubiese querido, pero sus ojos tenían que estar transmitiendo a ambos su furia y desazón. Su decepción.

—Dime qué hiciste.

—¡Lo que debía! Alguien tenía que traer razón en la insania, y tú no podías. Estabas entre la vida y la muerte... Esos atacantes estaban sueltos. No podía permitir que nos rodeasen más dramas y problemas, y esas escocesas son eso. Así que la alejé.

Se quedó en blanco unos segundos, sin poder creer que su madre... El atrevimiento, la presunción de saber mejor que él lo que quería... Lo que *debía* hacer, según sus parámetros. Se llenó de rabia.

—¿Cómo es que nunca demostraste esta decisión con nuestro padre, mamá? Porque de haberlo hecho, Peter O'Malley no existiría—le espetó, con rabia, que se disolvió de inmediato al ver el dolor permeando su faz.

—Eres cruel, hijo mío.

—Tal vez, pero tú... Tú, madre... ¿Cómo pudiste? Nessa es la mujer que amo, tienes que haberlo visto. ¿Cuándo había estado tan feliz, tan esperanzado y libre?

Oh, le costaba hablar, y se agotaba con rapidez, ¡maldita sea! Quería salir, ir por su carruaje y volar a Londres, ir por ella y asegurarle que nadie, nadie, podía separarlos, porque ella era su alma.

Sí, lo era, porque la desazón de no tenerla le hacía doler el corazón más que sus costillas quebradas.

—Francis... No puedes hablar así a tu madre—dijo Hugh—. Quiere lo mejor para ti, y tal vez tiene razón, amigo. Date tiempo para pensar...

Lo miró, desconociéndolo.

—No tengo nada para pensar. Me la he pasado pensando mi vida entera. Quiero *sentir*, Hugh. Creí que lo habías entendido. Que podrías entenderlo, tú, que sabes tanto de ser incomprendido y mal valorado...—se tambaleó, furibundo, y caminó con dificultad al sillón al lado de la ventana.

—Francis, entiende...

—¡Déjenme solo! Quiero mi carruaje listo para partir mañana a primera hora. Hagan pasar al doctor.

—Hijo...

—De Pete podría entender la traición, pero de ustedes... No lo imaginé jamás—murmuró, y no lo conmovió el llanto de su madre ni la faz sombría de Hugh—. Te agradezco la ayuda, Hugh. Encargarte de mis negocios, de mi familia... Pero Nessa es parte de mi vida... Lo será, otra vez, y si no eres capaz de aceptarlo, o te empeñas en despreciarla e ignorarla, deberemos dar por finalizada nuestra amistad.

—Joder, crecimos juntos. ¿Una escocesa puede partir una amistad de años?—le respondió con rabiosa indignación.

Se sumió en el silencio y no les miró más, y solo cuando salieron y el médico ingresó y lo nombró, volvió la vista a la puerta. Tenía un viaje para el cual prepararse, e iba a ser muy dificultoso.

++++

Como había pasado siempre con cada pelea de su infancia y primera juventud, Hugh no se retiraba, sino que se quedaba rondando, en silencio, su faz seria y ofendida, esperando sus disculpas.

En este caso, Francis lo estaba soportando en su viaje de vuelta a Londres, y cada kilómetro que recorrían lo ponía más y más iracundo, porque, ¡joder!, cómo le dolía todo. Finalmente, la bronca estalló, y los reproches e idas y vueltas duraron el resto del viaje.

Cuando finalmente llegaron a la mansión, el rostro del médico era de cansancio absoluto, y los dos duques se miraban con fiereza. Hugh se bajó airado y dejó la puerta abierta para él, ayudándolo a descender, y ambos bufaban.

—Su Excelencia, dichosos los ojos—dijo Cameron, que gritó para que viniesen a ayudarlo, pero Francis se sacudió de los brazos solícitos y cuadró los hombros, caminando con la seguridad que podía.

—Con cuidado, Excelencia—dijo el galeno, que lo siguió, y revisó sus heridas y signos luego de que estuvo tendido en un sillón.

—Estoy bien.

—No estás bien—ladró Hugh—. Te estás recuperando, y te has forzado en extremo. Dígale, doctor.

—Se está recuperando, Excelencia, pero este viaje fue agotador... En más de un sentido—agregó, suspirando—. Recomendando descanso total, comida sin excesos y tomar las cosas con más calma.

—Lo haré, una vez que tenga a Nessa a mi lado. ¡Cameron!

El mayordomo se apersonó a su lado muy compuesto.

—Envíe un mensajero a la mansión Atholl. Que haga saber que estoy en Londres y solicite que la señorita Nessa Campbell venga aquí—dijo, y luego se corrigió—. No, mejor, que lleve mi tarjeta y diga que mañana estaré allí. Es mejor que me presente personalmente. Nessa puede ser un pelín quisquillosa—sentenció, pensativo—. Ha de estar muy molesta.

—Mm, su Excelencia...—Cameron carraspeó, y Francis lo miró.

El hombre estaba... agitado.

—¿Qué ocurre?

—Verá usted... Hace unos días un enviado de la condesa Atholl trajo la invitación para una boda, de una de sus hijas—Francis parpadeó, impaciente ante la pausa—. No es mi costumbre fomentar el cotilleo, pero dicho enviado... Mencionó que las sobrinas de la condesa... Habían vuelto a Escocia.

Un mazazo a la cabeza no habría tenido peor efecto. ¿Retornado a Escocia? Pero... ¿Por qué haría eso Nessa, si sabía que ...? ¿Si ellos...? La resolución imparable que lo había traído de vuelta a Londres retrocedió, impactada por la inesperada noticia.

—¿Está...? ¿Estás seguro, Cameron?

—Me temo que sí, Excelencia. Mm... Al parecer...—el mayordomo suspiró, cerrando los ojos, sufriendo por tener que hacer algo que detestaba, que era hablar de más, y exponerse a parecer un chismoso—. La infausta novedad del ataque que usted sufrió se extendió, y con ella que la duquesa había expulsado a su señorita prometida Nessa de Worcester Manor. Entonces, la familia del baronet Cohen exigió a los Atholl que enviasen de vuelta a Escocia a sus

sobrinas, ya que de no hacerlo, la unión no sería del agrado para ellos. No sé si me expliqué con claridad.

—¡Joder!—susurró Hugh, hablando por primera vez—. Francis, te juro que eso no lo sabía, tienes que creerme, estuve viajando entre Londres y tu propiedad la mayor parte del tiempo, y...

Había bastado que él no pudiese protegerla para que la trataran como a una leprosa, consideró, sintiendo la furia larvada volviéndose marea roja, y el sonido agitado de su respiración fuerte trajo silencio a la sala.

Pugró por calmarse, por tomar las riendas del desastre, pero la convicción de que había perdido lo máspreciado lo frustró y finalmente, aulló su ira y sus gritos llenaron el espacio, exigiendo que lo dejaran solo.

—Francis...—dijo Hugh desde la entrada, insistente malnacido que era—. Lo voy a arreglar, Francis, te lo prometo. Te llevaré yo mismo a Escocia, amigo, pero tienes que tranquilizarte. Solo podrás llegar a ella si te mejoras.

—Mañana...—sentenció—. Mañana mismo partimos, Hugh... Así me tome un mes llegar a ella, y deba parar en cada posada del camino, lo haré.

—El barón está aún suelto, y en un carruaje en camino serás blanco fácil. Escucha... Iremos, pero cuando estés fuerte, y ese maldito haya sido atrapado. Grayson lo conseguirá en pocos días, Francis.

—¿Cómo voy a lograr que me acepte de vuelta?—susurró.

—Iré contigo. Ella sabe que no fuiste tú quien la rechazó—le dijo.

Eso no cambiaba el desenlace. Ella estaba lejos, herida, humillada, y tal vez creyendo que él había despertado y estado de acuerdo con el abandono. *Tienes que recuperarte para ir a ella, y para eso, debes descansar. Y confiar en tus amigos.*

Hugh podía portarse como un estúpido de tanto en tanto, pero era incondicional. Aquí estaba, después de todo.

—Hugh, dile a Grayson que quiero a ese hijo de mil perras muerto—sentenció—. Necesito quitar de mi espalda el problema para poder viajar y dejar a mi familia segura.

—Así será.

Cerró los ojos y se tendió en el sillón largo, convocando al sueño y a la sanación de su cuerpo para poder viajar lo antes posible hasta ella.

VEINTINUEVE.

Se tendió en el pasto y miró el cielo, una ramita en su boca, dejándose permear por la brisa y los olores, como cada tarde desde que había regresado a su hogar.

Las tierras ancestrales, incólumes al cambio y a sus emociones turbulentas, le habían dado algo de paz y perspectiva. No habían aliviado el dolor y la nostalgia, pero esto sería algo con lo que tendría que vivir, porque la burbuja había estallado allá en Worcester Manor, y se había quedado sin nada.

No *sin nada*, se corrigió, forzándose a enumerar las bendiciones que la rodeaban, algo que había comenzado a hacer para contrarrestar la tristeza que la acongojaba día sí y otro también, y amenazaba extenderse a los que la querían.

No podía permitirlo, porque Isla tenía ya mucho pesar, y John estaba mejor, mucho, pero aún tenía camino por transitar para estar entero.

Nuestras tierras, el ganado y el castillo están libre de deudas. Tenemos negociada la compra de la lana de la siguiente esquila de estas pequeñas... Miró al rebaño que cuidaba, o fingía cuidar, porque no la necesitaban y no había peligro en los alrededores.

Papá y mamá están bien, contentos, aunque preocupados por nosotros. Elizabeth, Maude, Margueritte y Anne nos han escrito y nos envían su amor. Oh, y la tía Brodie anunció que vendrá en el verano. La pobre se siente tan culpable, pero... ¿Qué otra cosa podía hacer? El futuro de Margueritte estaba en juego, y no guardo nada de rencor.

¿Para qué hacer desarrollo de lo feo, si aparecía solo y a cada rato en su cabeza?

Lo más cercano, su pobre hermana. Isla tenía su pierna herida, pero mejoraba a diario, y se arreglaría con el tiempo. Su rostro... Ah, la línea que atravesaba su pómulo desde el rabillo del ojo y hacia el lóbulo de su oreja se veía roja, fiera.

Al comienzo le decían que se iría decolorando, pero los espejos habían desaparecido del castillo, y ahora se cuidaban de mencionar el tema. Isla pretendía que nada la molestaba, pero su llanto se escuchaba por las noches.

Había cartas que no habían llegado y que Nessa aún soñaba con recibir. Sabía que el duque había sobrevivido. Así lo hizo saber Grayson en una carta a su hermano. Resultó que el oficial al que John salvó había sido el duque de Bristolbridge.

Dio gracias a Dios por salvarlo, porque amaba a Francis con locura, pero parecía... Comenzaba a creer que lo que la duquesa había dicho era cierto. *Lo que tú aportas a su vida es preocupación... Lo han explotado...*

O lo que había agregado el duque de Lycombe, que conocía tan bien a Francis: *he visto que lo obnubilaste, pero no creo que esa emoción sobreviva a una experiencia así.*

Comenzó a entonar una melodía y dejó que las estrofas fluyeran, concentrándose en el canto. El tiempo lo curaba todo, lo decía la gente sabía, y debía ser así.

Ella tenía la libertad de las praderas, a su familia con ella, sus mascotas... Sonrió y miró a *Lento* y *Buster*, su caballo y su perro.

Y había planes de crecimiento para la producción, lo que era notable. Más ganado de carne y ovejas para sortear los tiempos difíciles que pudieran venir. Cerró los ojos y elevó la voz, sin importar que los únicos espectadores fueran animales.

—La voz más bella del mundo emanando de los labios más dulces—escuchó, y abrió sus ojos alhelada, y se hizo un nudo tratando de incorporarse.

Francis... De pie, a diez metros. En su traje de montar favorito. ¿Qué...? Pero...

—¿Francis?

—Nessa...

Él avanzó con calma, pero los últimos metros los cubrieron ambos a saltos, y se frenaron apenas a unos centímetros, sus ojos paseando por el cuerpo del otro, como si ambos quisieran comprobar con detalle que estaban bien.

—Estás vivo, sano—susurró—. Temí que... Hasta hace unos días temí que hubieses muerto.

Bajó la mirada porque se le inundaba, y apretó los labios para detener el llanto ruidoso que se le había agolpado por semanas. Había llorado poco, muy poco, como aletargada. Como si llorar implicase el reconocimiento del fin del sueño.

—Oh, Nessa, Nessa—la abrazó con fervor, y la apretó como para fundirla contra sí, aunque luego dio un graznido y aflojó—. Joder, estas costillas aún duelen... Han sido semanas largas, te lo juro. Quería venir, pero... Me costó recuperarme.

—Fue horrible dejarte atrás. Estabas tan quieto, tan pálido... No quise abandonarte...

—Lo sé todo, y he estado furioso... Aún lo estoy, y me va a costar perdonar a mi madre—susurró.

—Confieso que la he odiado, Francis, y no me juzgues por ello—dijo, con su honestidad habitual, y él sonrió, meneando la cabeza.

—¡Cómo te he extrañado! No te juzgo. Mi madre no conoce otro círculo que el de la nobleza, y frente a la debacle, reaccionó con virulencia.

—Me detesta.

—Digamos que no eres su favorita, pero... Ya comprendió que no hay otra mujer para el puesto de duquesa de Worcester que no seas tú.

Aspiró muy hondo, y lloró más, y se le iba un peso grande en agua que drenaba tristezas y decepción. También humillación, porque si el duque la quería con él, ¿qué diablos

importaba lo que dijera el mundo entero?

—Escúchame, te diré lo que va a pasar. Vine preparado porque no sabía con qué Nessa me encontraría.

—Te amo, Francis. Que estés aquí es suficiente declaración. Si no me quisieses, te hubieses quedado en Mayfair.

—Mi pragmática escocesa, tienes toda la razón.

Sus brazos se deslizaron por su talle y hacia sus omóplatos, y con suavidad, la trajeron a él, para besarla largo y devolverle el alma. Sus labios no se despegaron por un rato, reconociéndose y mimándose, humedeciéndose, hasta que los ladridos de Buster, que empujaba a Francis, les hizo separarse, riendo.

—Bienvenido a mi mundo, Excelencia—sonrió Nessa.

—Mm, estoy fascinado de estar en él—La besó otra vez, y luego la abrazó por los hombros, y la giró para que miraran la majada—. ¿Esa es la lana de mis futuras alfombras?

—Eso parece.

—¿Crees que podrán cuidarse solas? Porque como comencé a decir hace unos instantes, cuando me distrajiste con tu declaración de amor...

—Que no respondiste...

—Te amo, Nessa Campbell. Por eso, pasé por el castillo y hablé con tu padre, y le pedí tu mano formalmente. También le dije que quiero que nos casemos de inmediato, porque no voy a arriesgar a que ocurra algo que nos separe.

—¿Casarnos aquí, en las tierras Campbell?—se asombró.

—Sí. Traje a un sacerdote conmigo. El carruaje vino completo, en realidad. Un médico, por si acaso, también. Bonnie, Hugh, Anne.

—¿Anne y Bonnie?—se alegró, y aplaudió—. Eso es maravilloso. Isla estará feliz de verlas. Ella... quedó con una gran cicatriz, Francis, en la cara, y está devastada, aunque no dice nada. Nada—lo abrazó, dejando que la angustia fluyera.

—Shh, amor mío. No hay nada que no se solucione, ya verás. Anda, cálmate. Bésame otra vez, por favor.

¿Cómo no complacerlo, si la hacía feliz? Alguna noche en vela la había pasado fantaseando con lo que haría y diría si lo viese otra vez, y había ensayado discursos rencorosos encendidos, pero...

Lo que le surgió apenas verlo recortado contra el cielo escocés había sido puro amor. Uno que él le devolvía, tocándola como si no creyese que estuviesen juntos, besándola con la entrega a la que la había acostumbrado, allá en el cottage.

Volverse a ver había sido retomarse como si el tiempo no hubiese pasado y los dolores e incógnita, las humillaciones, nada pesase. Increíble, pero ¿para qué complicar lo

sencillo? El amor era el amor.

—Nos van a casar—dijo él.

—No tengo nada, ni ropa, o ...

—Mi madre envió un vestido maravilloso, joyas, y regalos. Sabe que tiene mucho por resarcirse, y es una manera de comenzar. Te pido que lo comiences a considerar, sin presiones. Yo mismo todavía estoy muy afectado. También te ruego piedad con Hugh, que te trató mal y está arrepentido. El idiota ha hecho lo imposible por reunirnos. Organizó el viaje y fue el que capturó a mi tío cuando escapaba.

—Ohh, ¿de verdad? ¿Qué pasó con él?—Abrió sus ojos, expectante.

—Está muerto. Las pruebas que Grayson recolectó, que incluían las confesiones de los que nos emboscaron, lo desesperó, y organizó su huida a Francia. Hugh lo desafió a duelo en el mismo lugar donde lo atraparon, y lo ganó con facilidad.

—Bien—asintió—. Así que no hay peligro para ti.

—No, salvo que tú te arrepientas de casarte conmigo—dijo, muy serio.

Ella negó.

—No, no lo haría.

—Vamos, Nessa. No hagamos esperar a nuestros invitados.

++++

Cuando despertó este día, no creyó que lo terminaría en una de las habitaciones de huéspedes, con el duque de Worcester como su esposo.

La ceremonia había sido de lo más sencilla: menos de una veintena de personas presenciándola, pero la mayoría de ellas las más importantes de su vida.

El vestido que utilizó era hermoso, de hechura simple, pero de una tela espléndida, y las perlas y rubíes del collar y de sus aretes la hicieron sentir una... duquesa, lo que era ahora. ¡Increíble!

Bonnie, Anne e Isla también lucían radiantes, aunque su hermana había usado un sombrero con un tul cubriendo su rostro. La había abrazado tanto unos minutos antes de la boda, a solas en la cocina, y le prometió que haría todo por ayudarla a ser feliz.

Isla asintió, y le dijo que era feliz por ella, y se emocionaba por el amor que veía en Francis, y que lo merecía.

Le alegraba el que Anne fuese a permanecer un tiempo en el castillo, porque sería una compañía vital para su hermana. Confiaba en que podría lograr que fuera a ella en un futuro.

—Ven a mí, duquesa. Quiero verte desnuda por completo, por fin—la llamó Francis desde el borde del lecho, en el que se desvestía con rapidez—. No puedo creer que al fin ha llegado el día de hacerte mía—susurró, y la tomó de la cintura, atrayéndola para colocarla entre sus piernas.

Ella se quitó los guantes con morosidad, y luego desató cintas y desabrochó el vestido, que dejó caer, y a este siguieron las capas que la envolvían, hasta que quedó desnuda ante los ojos hambrientos de su esposo.

Su esposo. El duque. Que deslizaba sus manos por sus lados y las volvía arriba, y luego por sus senos, y en rápido movimiento, hacia sus glúteos.

La empujó hacia él, y su boca se apoderó de uno de sus pezones, que lamió con suavidad, y Nessa casi colapsó ante la sensación que la recorrió por el vientre y que él pareció atajar en su sexo con sus dedos, y enviar de nuevo en ascenso al presionar su clítoris.

Pronto no era más que una madeja de placer y gemidos, y estaba aferrada a su cabello, dejándose venerar.

No hay material que sea tan suave como tu piel, Nessa...

Me fascinan tus reacciones a mis caricias...

Eso, Nessa, goza con mi lengua, mis dedos... Te estoy preparando, mi amor...

Hoy vas a ser toda mía...

—Sí, sí, sí—parecía ser todo lo que ella podía decir.

Cuando estaba a punto de estallar, él se retraía, para empezar de nuevo en una tortura indescriptible. Puede que ella lo haya maldecido alguna de esas veces, e incluso amenazado, pero no podían culparla. La volvía loca.

Estaba a punto de colapsar cuando él se incorporó y la ayudó a tenderse en la cama, y sus dedos volaron para quitar lo que quedaba de su atuendo. Nessa lo vio por primera vez en su gloriosa magnificencia.

Era... Era... Hermoso. Poderoso. Sus piernas gruesas y de músculos tensos, sus caderas finas y su abdomen plano, y su... Su miembro envarado, rígido, largo y... ¿Cómo?

Parpadeó, y tragó saliva, y elevó su vista, encontrando la de Francis muy fija sobre ella.

—No temas nada, querida mía—le susurró, plantando una rodilla en el lecho, y avanzando con sus brazos para quedar sobre ella, y le sonrió—. Va a ser hermoso, ya verás—susurró—. Un poco de dolor, pero breve. Lo demás será largo placer.

La besó y la envolvió en su calor, piel a piel, restregándose contra sus pechos, y luego elevó el torso y fue momento para que su miembro se encontrara con el sexo de Nessa y lo enervara.

Ella se abrazó a su nuca y lo atrajo para besarlo con entrega, y mientras sus bocas se gozaban, el miembro duro buscó su lugar natural y lo exploró en enviones cortos, abriéndose paso, y Nessa instintivamente se abrió más, envolviendo las caderas de Francis con sus piernas.

—Eso es, así... Déjame entrar... Voy a dejar mi huella en tu interior para que no me olvides nunca.

—No podría... Ahhh—gimió, transida de ansiedad y deseo, sintiendo algo de dolor cuando la masculinidad encontró freno, y un grito largo siguió, porque la estocada que rompió la barrera dolió.

—Ya está, mi Nessa. Adiós virtud, hola placer infinito—le susurró en la oreja, y pujó en ella, pero ahora acompañó los enviones con besos a sus pezones, y caricias por sus curvas, urgiéndola a responder, y lo hizo.

Lo tocó y besó, y elevó sus caderas para recibirlo y empujarlo, sus ojos fijos en el azul que la envolvía. Entonces, se encontró entrando al Paraíso, desarmándose, contorsionándose en una liberación maravillosa.

Gritó su nombre, y recibió el suyo de vuelta, y no perdió de mirar cada reacción de su esposo, que era placer dibujado en cada rasgo. La sonrisa de ambos al aplacarse el remolino turbulento de la entrega total fue... Mágica.

—No tenía idea de que... sería tan maravilloso—dijo muy bajito, y él la abrazó fuerte y asintió.

—Tampoco yo.

Lo miró confusa.

—Pero tú... Tienes mucha experiencia.

—En el sexo, sí. En la entrega amorosa, soy tan virgen como tú. Lo era.

Ella sonrió.

—Perfecto—asintió—. Al final, sí era la mujer adecuada para ti, ¿o no?

—No podría haber una más adecuada. No pensé que una escocesa en apuros fuese mi dulce perdición, pero me entrego.

—Oh, sí, duque querido, eres tan mío como yo soy tuya. Y que tiemble Londres, porque iré de vuelta, y no pienso cambiar un ápice.

—Ni se te ocurra, Nessa. Concuerdo. ¡Qué tiemble Londres!—rio, y la besó—. ¿Tu primer acto como duquesa?

—Lo acabo de hacer—guiñó el ojo—. Y creo que me gustará practicar para dar herederos al ducado. Mi segundo acto, elevar a *Lento* al cargo de caballo oficial. Va a ser la sensación en Hyde Park.

—Nessa...—gruñó—. Es un jamelgo.

—Es un caballo maduro y confiable. Y quiero que sus últimos años sean por todo lo alto, al lado de tus sofisticados caballos. Será un pedacito de mi hogar conmigo. Y tal vez puedas enseñar a montar a tu heredero en él. Es muy bueno con los niños.

La sonrisa extensa de Francis y su mirada soñadora le dijo que lo había comprado con ese argumento. Sonrió, y lo volvió a besar.

La temporada había tenido un final inesperado, pero perfecto.

FIN.

PRÓXIMA NOVELA DE LA SERIE

Mis queridos lectores:

Agradezco que hayan llegado hasta aquí, y deseo fervientemente que hayan disfrutado esta novela, mi primera en el subgénero del romance de Regencia. Lo hago de la mano de un retazo de mi amado mundo escocés.

¡ Vaya viaje que ha sido este para mí ! De releer clásicos, sumergirme en el mundo de Austen y leer mucho a las talentosas autoras contemporáneas. La he pasado bien, pero investigar ha sido largo. Nunca tedioso, al contrario.

Espero que la historia esté a la altura de los lectores que gustan de este tipo de novelas, y supongo que me lo harán saber con sus comentarios e impresiones, que siempre espero con ansiedad.

Si hay errores para hacer notar, no lo duden, aunque ... Sean magnánimos, recuerden que ser un autor independiente implica una suma increíble de acciones. Aunque la generosa ayuda de otros autores y lectores, reseñadores, correctores, y más es un insumo trascendental.

La que sigue será la historia de Isla, pobrecilla, y del duque de Elywood. Hugh, para los amigos. Ya la pueden reservar anticipada.

¡ Gracias!



ENLACE DE RESERVA: rx.me/1N4DY9

^[1] "El Espejo de las Gracias" es un libro que fue publicado en 1811 por un autor anónimo conocido como "Una Dama de Distinción" y ofrece orientación sobre moda, etiqueta y comportamiento social para las mujeres de la época de la Regencia.

^[2] Personaje aparentemente imaginario que evocaba el nombre de un aprendiz de tejedor, Ned Luddlam, que

rompió a martillazos el telar de su maestro en 1779. Luddita es el nombre que recibió el movimiento rebelde que rompía máquinas en protesta por las condiciones de trabajo en las textiles inglesas.